

MARION OLHARAN

DIANNE

*Traducción de
Beatriz Villena Sánchez*



AttitudE n°1

amazon crossing 

DIANE

DIANE

ATTITUDE: VOLUMEN I

MARION OLHARAN

*Traducción de
Beatriz Villeria Sánchez*

amazon crossing 

Título original: *Diane*

Publicado originalmente por Montlake Romance, Luxemburgo, 2018

Edición en español publicada por:

AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl

5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg

Julio, 2018

Copyright © Edición original 2018 por Marion Olharan

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2018 traducida por Beatriz Villena Sánchez

Diseño de cubierta por Cristina Giubaldo / studio pym, Milano

Imagen de cubierta © Nisian Hughes/Getty Images © Larysa Ray/Shutterstock

Primera edición digital 2018

ISBN: 9782919801664

www.apub.com

SOBRE LA AUTORA

Profesora de inglés (con acento francés) en Japón, aprendiz de peluquera en Auvernia o surfista aficionada, por no alcanzar el nivel de experta, en Hawái, Marion Olharan ha vivido varias vidas antes de hacer realidad su sueño de escribir. Desde entonces, sus novelas le permiten aplacar sus deseos de viajar. Es una apasionada de la danza, las olas y la observación más o menos discreta de sus semejantes.

Para todos aquellos que aman la danza y para Myriam, paladina de *Attitude*
desde el primer día

ÍNDICE

[PRÓLOGO DIANE](#)

[CAPÍTULO 1 DIANE](#)

[CAPÍTULO 2 ETHAN](#)

[CAPÍTULO 3 DIANE](#)

[CAPÍTULO 4 DIANE](#)

[CAPÍTULO 5 ETHAN](#)

[CAPÍTULO 6 DIANE](#)

[CAPÍTULO 7 DIANE](#)

[CAPÍTULO 8 ETHAN](#)

[CAPÍTULO 9 DIANE](#)

[CAPÍTULO 10 ETHAN](#)

[CAPÍTULO 11 DIANE](#)

[CAPÍTULO 12 DIANE](#)

[CAPÍTULO 13 ETHAN](#)

[CAPÍTULO 14 DIANE](#)

[CAPÍTULO 15 ETHAN](#)

[CAPÍTULO 16 DIANE](#)

[CAPÍTULO 17 ETHAN](#)

[CAPÍTULO 18 DIANE](#)

[CAPÍTULO 19 ETHAN](#)

[CAPÍTULO 20 DIANE](#)

[CAPÍTULO 21 ETHAN](#)

[CAPÍTULO 22 DIANE](#)

[CAPÍTULO 23 ETHAN](#)

[CAPÍTULO 24 DIANE](#)

[CAPÍTULO 25 DIANE](#)

[CAPÍTULO 26 ETHAN](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

PRÓLOGO

DIANE

Entreabro los ojos. Desorientada, miro a mi alrededor. ¿Dónde estoy? ¿En el compartimento de un tren? No, en una cabina. ¿En un avión? Sí, eso es. Me froto los ojos intentando quitarme los granos de arena que parecían deslizarse entre las pestañas. ¡Ay! Tengo la impresión de haberme pasado papel de lija por los ojos. Sacudo la cabeza para intentar despertarme, pero lo único que consigo es marearme. Me siento a la vez pesada y sin sustancia, como suspendida en el vacío.

No pienso volver a mezclar somníferos y champán.

A mi derecha, junto al pasillo, un hombre de negocios, a juzgar por su traje y el maletín que se dispone a cerrar en este momento, me dedica una mirada entre indulgente y lasciva. Recorro mis brazos con las manos, luego mi torso y mis piernas, una costumbre habitual en mí tras un sueño narcotizado, para retomar la posesión de mi cuerpo y verificar que todo está en su sitio. Físicamente estoy entera, pero mentalmente no estoy tan segura. Mi campo de visión todavía está borroso. Me siento confusa. ¿Se puede saber qué hago en un avión? ¡Odio los aviones! De ahí el somnífero. Prefiero despertarme grogui que viajar muerta de miedo.

Me incorporo no sin cierta dificultad y cruzo la mirada con mi vecino, que aprovecha para entablar conversación.

—¿Y qué le ha traído aquí?

—¿El... trabajo?

Eso es, el trabajo. ¡Debo de estar de gira!

Lo veo levantar una ceja, sin lugar a dudas comprobando si es cierta la primera impresión que se ha hecho de mí. Sin maquillaje y vestida con un jersey amplio y unas mallas, no aparento veintisiete años. Ya puede guardarse la fantasía de la estudiante en ese maletín suyo.

—Ah, ¿y a qué se dedica?

—Soy bailarina —respondo con más seguridad.

Me observa, dubitativo. Mi presencia en clase preferente no se corresponde con su idea de lo que podría permitirse una bailarina. Seguramente está pensando en un tipo concreto de baile. Le lanzo una mirada de exasperación que no parece captar, demasiado ocupado intentando adivinar mi silueta bajo la manta que tapa la mitad de mi cuerpo.

—De *ballet* —apostillo, antes de que acabe con tortícolis a fuerza de intentar desnudarme con la mirada.

—Ooooh, vale.

De repente, el destello lascivo de su mirada adquiere un matiz, aunque muy leve, de respeto.

Una azafata se acerca y se dirige a mí:

—¿Se encuentra bien, señorita Mychkine? ¿Señor?

—Muy bien, gracias.

Ahora recuerdo que fue ella la que me había reconocido cuando facturé el equipaje y quien me había cambiado de clase. Le dedico una sonrisa más sincera con la esperanza de que los últimos efectos del somnífero se hayan disipado y de que lo que creo una sonrisa sea algo más que una vaga mueca. Después de todo, gracias a ella solo estoy medio anquilosada.

—Espero que el vuelo haya sido agradable.

—Sí, mucho. Gracias.

Tengo la impresión de que quiere decirme algo, así que la animo con un discreto asentimiento que me cuesta un esfuerzo sobrehumano.

—¿Cree... le importaría hacerse una foto conmigo?

—Sí, bueno... —dudo antes de continuar—. ¿Pero podría tomarme un café antes? Todavía ando algo dormida.

Se pone manos a la obra con entusiasmo y, tras tragarme dos cafés bien cargados, me presto al *selfie*, con naturalidad, *jet lag* y sonrisa de recién levantada incluidos. Mira la pantalla de su teléfono sonriendo antes de exclamar:

—¡La van a adorar aquí! ¡Estoy segura!

En cuanto se va la azafata, mi vecino se vuelve a girar hacia mí y,

visiblemente sorprendido por lo que acaba de suceder, me pregunta:

—¿Es... es famosa? ¿Es *étoile*?

Miro al frente, en un intento por evitar revelar la amargura de las palabras que están a punto de salir del fondo de mi garganta.

—No —mascullo.

Y jamás lo seré.

CAPÍTULO 1

DIANE

Incluso antes de haber terminado mi *pas de deux*, ya sé que el público de la Ópera Garnier está electrizado. Concluida la última pirueta, me aproximo al borde del escenario cogida de la mano de mi *partenaire*, Nicolas. Doblo las piernas, una tras otra, rozando el suelo con la rodilla derecha al inclinarme para saludar al público. Los aplausos estallan y se prolongan.

Más.

Y más.

Elevo la mirada y sonrío, incapaz de ocultar el intenso placer que me produce este reconocimiento efímero. Ese nudo en el estómago, del que no me había percatado hasta entonces, se deshace de repente en miles de partículas que me reconfortan de la cabeza a los pies. Ya no siento nada, ni dolor, ni tristeza, ni cólera. Cierro los ojos y recibo esos aplausos como una lluvia generosa.

Ya entre bastidores, los aplausos continúan y siento la mirada de Nicolas.

—Gracias —me dice.

Esboza una sonrisa tímida. Con sus veintiún años, acaba de pasar a *sujet*, rango que precede al de primer bailarín. El mío. He ascendido por la escala del cuerpo de baile en tiempo récord. A los diecisiete años entré en la compañía y, cada año, me presentaba y aprobaba las pruebas de ascensos. Estaba predestinada a convertirme en *étoile* en poco tiempo. Como mi madre antes que yo, bailarina del Ballet Mariinski que, como tráfuga, se convirtió en *étoile* a su llegada a París. Cuando yo llegué, mi madre solo tenía treinta y siete años. Bailamos juntas cinco años. A los cuarenta y dos años, su marcha de la compañía provocó una auténtica apoteosis y aquello ocurrió justo cuando yo acababa de ascender a primera bailarina. En mi infinita ingenuidad, pensaba que me nombrarían *étoile* tras su retirada y que el linaje de los Mychkine continuaría conmigo.

Idiota.

Natalia, conocida como «Natacha», Mychkine había reinado en la escena francesa e internacional, pero también era una diva que había hecho morder el polvo a muchos bailarines a su alrededor. Y a algunos coreógrafos. Entre ellos, nuestro actual director artístico. Es bien sabido que, hace quince años, se negó en varias ocasiones a bailar con él porque lo consideraba un artista demasiado «prudente». Un auténtico beso de Judas. Édouard Marsey, que llevaba cuatro años al frente de la compañía, parecía haber decidido que yo no era una bailarina lo bastante segura y, en giro irónico de los acontecimientos para mí y sabroso para él, no quiso ser especialmente generoso conmigo a la hora de repartir los papeles. Mi parecido físico con mi madre no ayudó tampoco.

Yo, que había sido Julieta, Giselle e, incluso, Odile/Odette en *El lago de los cisnes*, me veía reducida a unos cuantos *pas de deux* por aquí y por allá. Mi rango de primera bailarina le impedía hundirme de forma sistemática en el cuerpo de baile, pero intentarlo, lo intentaba. Resultado: solo pisaba el escenario unos minutos. Y así casi cuatro años. Una eternidad en la vida de un bailarín.

Pero volvamos al presente, cuando Nicolas, que me acompaña entre bambalinas, me dice, ruborizado:

—Has estado genial.

Le sonrío con gratitud. Mi posición dentro de la compañía es inestable y me expongo a actitudes muy... variables por parte de mis colegas. Algunos me ningunean sin la más mínima intención de hacer gala de buena educación, mientras otros, en general los recién llegados, me evitan como la peste por miedo a que mi condición de apestada sea contagiosa. Raros son aquellos que, como Nicolas, osan felicitarme en público. No gozo de los favores del director artístico, pero, el público sí que me aprecia. Y ese es precisamente el problema.

Cuando la representación termina, volvemos al escenario para saludar, justo antes de que la pareja principal, formada por dos *étoiles*, se adelanten. Los aplausos y los bravos que resuenan de todas partes para Nicolas y para mí disminuyen sensiblemente cuando llegan las *étoiles*, Léa y Jérôme. El público de la Ópera, que adoraba a mi madre antes que a mí y que me había visto crecer, ha hecho suya mi causa sin saber que eso empeora todavía más las cosas entre bastidores. La potencia de los aplausos que recibo es inversamente

proporcional al tiempo que paso sobre el escenario.

Pero también es inversamente proporcional al respeto que puedo esperarme entre bambalinas.

—¡Estoy harta! —grita Léa, la *étoile* que ha interpretado el papel principal esta noche.

Lanza el ramo de flores que le han dado al director artístico. Édouard mantiene la compostura ante el arrebató de la bailarina que no ha hecho más que empezar a proferir insultos.

—¿Cuándo va a aprender cuál es su sitio?!

Nicolas me mira con inquietud y le hago señas para que me deje. Estoy acostumbrada a la cólera de ciertos miembros de la compañía. Es eso o ignorancia. Revitalizada por la reacción del público, me siento preparada para enfrentarme a Léa esta noche. Con su moño bien tirante, en su largo tutú blanco y encajada en unas alas que tiemblan a cada grito, parece una niña pequeña.

Édouard se alisa la corbata y, cogiéndola por el codo, aleja a Léa de mí antes de que me abalance sobre ella.

—Léa, tranquilízate, querida. Quería presentarte a Audrey Selman, directora artística del Ballet de Nueva York. A Audrey le gustaría que fuéramos a Nueva York la primavera que viene para una serie de representaciones. Bueno, una parte de la compañía —añade, lanzándome una mirada de reojo que acaba con mis esperanzas de formar parte de los afortunados.

Léa hace una pausa, controlándose con una rapidez admirable, para recuperar su imagen de bailarina. Sus alas por fin han dejado de moverse. Audrey Selman aparece justo en ese momento junto a Édouard. Antigua bailarina principal —el equivalente a la *étoile*— del Ballet de Nueva York, Audrey es una mujer imponente. Vestida con una capa de cachemira en color crema sobre un vestido un tono más claro, resulta todavía más visible en la semioscuridad de las bambalinas. Lleva su larga cabellera dorada recogida en un moño alto que resalta la línea de su cuello. Casi con cincuenta años, su cuerpo se mueve como el de una mujer joven, señal de que sigue bailando. Parece no haberse percatado del escándalo que Léa acaba de protagonizar y le ofrece la mano, adornada con un diamante del tamaño de mi puño, al menos esa es la impresión que da, y, a juzgar por el grupo de bailarines a mi

alrededor que no le quitan los ojos de encima a semejante piedra, no soy la única que se ha dado cuenta. La ceja arqueada de Édouard parece indicar que, en su opinión, es demasiado grande. Vulgar. Americano. Aun así, se deshace en reverencias ante Audrey, que parece decidida a permanecer entre bastidores rodeada de bailarines curiosos.

Cuando me dispongo a volver al camerino que comparto con una primera bailarina, escucho a Audrey dirigirse a Édouard en un francés con un acento delicioso.

—¿Diane Mychkine estará entre los bailarines?

Me quedo inmóvil, nerviosa.

La risa de Édouard resuena. No necesito levantar los ojos para adivinar la mirada de conmiseración y burla que me está dedicando.

—Audrey, créeme, no creo que la presencia de Diane sea necesaria.

—El público no parece estar de acuerdo, ¿no? —pregunta.

Vuelvo a sentir una oleada febril de esperanza. Sé que no debería dejarme arrastrar por un sueño. Y sin embargo...

—Ya conoces al público, creen ver en ella a su madre, Natacha, pero no es más que un esbozo de ella. Parecía prometedora, estoy de acuerdo, pero ya con veintisiete años... creo que debería considerarse afortunada por ser primera bailarina. Con su temperamento, resulta complicado trabajar con ella.

Audrey no dice nada. ¿Qué se puede decir después de eso? Las palabras de Édouard son demoledoras. Sin mi madre, ¿habría sido bailarina? No lo sé. Era la única forma de captar su atención, de entrar en su mundo cuando tenía siete años, antes de apasionarme. Creo ser buena bailarina, técnicamente. Las pruebas no mienten, ¿no? Con tan solo unas palabras, Édouard parece haber acabado con la poca confianza que quedaba en mí misma después de aquellos últimos años. Solo soy capaz de ver mis pies en las zapatillas de puntas, sobre aquel suelo oscuro, hasta que la cólera se abre paso entre el dolor, como si las palabras de Édouard, palabras que no había dejado de escuchar en sus diferentes formas, hubieran derribado el último muro. Desde la llegada de Édouard y ante sus comentarios sobre mi temperamento, había hecho todo lo posible por controlarme. Ni una palabra más alta que la otra. Siempre dispuesta a escuchar una crítica. A refrenar mi frustración. Mis emociones. Mi

cólera.

Pero se ha acabado.

Doy un golpecito en el hombro de Édouard, que se gira con gesto de sorpresa.

—Vete a la mierda, capullo.

—¿Perdona?

Esta vez, la expresión de sorpresa de su cara no tiene nada de fingida. Que cree que soy una especie de sucedáneo de Natacha Mychkine. Pues muy bien, se va a enterar.

—¡No tengo intención de mendigar para bailar, sobre todo a un mal coreógrafo al que se le ha subido el poder a la cabeza!

—Pe... pero...

—Si realmente supieras lo que es bueno para la compañía, es decir, llenar el teatro, me dejarías bailar más, ¡pero no!

Me voy calentando mientras apoyo un dedo sobre su esternón, como le había visto hacer a mi madre en sus pataletas más célebres. Ella era capaz de hacer retroceder a colosos vestida con un simple tutú. Intenta abrir la boca.

—¡Oh, cierra el pico de una vez! Si el odio que sientes por mi madre no te cegara, lo reconocerías.

—Diane... —consigue articular con tono conciliador.

—Lo más triste es que, después de todos estos años, ni siquiera se acuerda de tu nombre —mascullo entre dientes con una sonrisa próxima al desprecio.

Édouard se queda pálido; sé que le he tocado el ego y, quizá, el corazón. Amante rechazado, probablemente. Humillado, sin duda. El *modus operandi* de Natacha Mychkine, *prima ballerina* y rompecorazones.

—¡Si quieres seguir bailando en esta compañía, te prohíbo que me hables así! —se subleva, dando un paso hacia mí.

Me echo a reír como si acabara de decir la cosa más ridícula del mundo.

—Pero es que ya no aguanto más, Édouard.

—¿Qué es lo que...?

—¡Me marchó! ¡Otra compañía se ha puesto en contacto conmigo!

Y, diciendo esto, salgo de las bambalinas y me meto en mi camerino. La bailarina con la que lo comparto no está aquí esta noche, así que puedo dar rienda suelta a mis sentimientos.

¡Me marchó!

¿Pero qué me ha pasado?! Miro a mi alrededor. Mis zapatillas de punta, mi forro polar tan feo como útil para calentarme desde que salgo del camerino hasta que entro en escena, mis pequeños amuletos de la suerte que siempre llevo conmigo, una foto de mi madre en el papel de Julieta, un viejo rosario heredado de la abuela a la que jamás conocí, tarjetas postales de mis amigos... Aquella era mi casa. Era allí donde había crecido los últimos diez años. Hundo mi rostro en mis manos y emito un largo gemido digno de un bárbaro. Me desmaquillo con rabia y mi rostro emerge lentamente bajo toneladas de maquillaje. Con aquella luz, mis ojos parecen casi dorados, cuando normalmente son castaño claro. Soy el vivo retrato de mi madre excepto por el color del pelo y de mis ojos. Una versión más joven y con algo más de carne. Y con un poco menos de talento que ella, en opinión de Édouard. Quizá tenga razón. Toda esa fachada de mujer valiente se desvanece y siento que las lágrimas me queman los ojos cuando el hipo me zarandea.

¡Otra compañía se ha puesto en contacto conmigo!

Desde luego, ya me vale. Édouard no me perdonará jamás semejante afrenta. Ya puestos, podría haberle escupido. ¡Por una compañía ficticia además! ¿Por qué había mentido? Solo quería hacerle daño. Hacía dos años, una primera bailarina a punto de ser nombrada *étoile* había dejado la compañía para irse al Royal Ballet de Londres. Édouard todavía no lo había superado y sentía un odio feroz por ella.

Y aquí estoy yo, sin empleo y sin futuro. Quince años de trabajo perdidos por un minuto de cólera.

Rompo a sollozar y mi rostro deformado en el espejo solo sirve para alimentar mi propia compasión. Pobre de mí. Las lágrimas terminan de desmaquillarme y, cuando dejan de rodar, a duras penas consigo reconocermé, con los ojos hinchados y el rostro enrojecido. Una perfecta bailarina. Me sueno la nariz con gran estruendo sin importarme mi aspecto, acabo de desvestirme y me aseo un poco antes de ponerme algo de ropa abrigada.

Cojo las llaves de mi escúter y mi teléfono, dispuesta a volver a casa a darme un buen baño, sumergir los pies en agua con hielo y dormir un poco para intentar reunir la fuerza necesaria para arrastrarme ante Édouard mañana. Es capaz de dejarme volver tan solo para poder seguir humillándome.

En el punto en el que me encuentro, soy capaz incluso de aceptar.

Emito un largo suspiro de desánimo y echo un vistazo a mis mensajes. Anda, un número desconocido. Lo abro.

Querida Diane:

Me ha parecido entender que está a punto de cambiar de compañía. Si todavía no ha firmado, ¿podría llamarme esta noche? He llegado a París esta misma mañana, así que el cambio de horario me mantendrá despierta hasta las 2... ¿o mañana por la mañana lo antes posible?

Atentamente,

Audrey Selman, directora artística del Ballet de la Ciudad de Nueva York

CAPÍTULO 2

ETHAN

Pasada la medianoche y entre semana, en el bar ya solo quedan los habituales de Greenwich Village. Oculto tras un inmueble de Bleecker Street, en el sótano, con sus divanes usados y un mobiliario en general pasado de moda, no es que sea un ejemplo de estilo. Nada de paredes blancas ni madera clara escandinava, ni tampoco esa extravagancia de colores que se ve tanto ahora en los lugares de moda de Nueva York. Hago señas al barman, un estadounidense de origen japonés que parece haber sido entregado junto con los muebles. Kimitake inclina la cabeza sin decir nada y un minuto después me sirve un *whisky* doble.

La jornada ha sido larga.

De hecho, lo han sido los dos últimos años. Quizá ha llegado el momento de cambiar de registro.

Instalado en una esquina de la barra, escapo a la vista de los clientes. Estoy a punto de saborear mi vaso en total tranquilidad, con la mirada perdida, cuando de repente veo a Kimitake erguirse imperceptiblemente. Para quien no lo conoce, parece que siempre tiene la misma expresión, entre enfado y desesperación, pero su mirada luce más viva, interesada. Me giro un poco y descubro el objeto de su atención. Y de la mía.

Con su melena suelta color caoba y esos grandes ojos bien abiertos, desentona en aquel lugar. Tiene una luz especial y parece extrañamente contenta de estar aquí. ¿Contenta o aterrorizada? Sus grandes ojos y sus manos apretadas no dicen mucho más. Entorno los ojos y la observo más tiempo de lo que las normas sociales lo permiten entre dos desconocidos. Lleva unos vaqueros negros que dejan entrever unas piernas fusiformes de bailarina. Su forma de colocar la cabeza también denota lo mismo. Debería saber quién es, pero a esas horas y visto mi estado mental, no me quedan fuerzas para rebuscar la información en alguna esquina recóndita de mi cerebro nublado por el alcohol.

Es encantadora. Y está sola. ¿Cómo habrá descubierto este lugar?

Probablemente algún habitual habría querido impresionarla en una cita y, ahora que conoce el lugar, ha querido volver.

¡Y, pam, aquí está el machista que llevo dentro! ¿Acaso puedo ser más prototípico?

Gruño y Kimitake me lanza una mirada inquisitiva mientras hace señas a la joven para que se acerque.

—¿Qué le pongo?

Duda un instante y se instala en la barra, justo a mi lado. Con una sonrisa, se lanza en un inglés con un acento difícilmente reconocible. No consigo apartar los ojos de ella y, sin pensar, la interpeleo:

—¿Rusa?

No se sobresalta y se limita a escudriñarme justo como yo acababa de hacer con ella antes de responder:

—Francesa.

Acompaña su respuesta con una sonrisa tímida y sin artificio que también me arranca una sonrisa. Me contengo para no parpadear y sigo observándola. Tiene grandes ojos de color castaño claro, casi dorados, realzados por unas cejas marrones, al igual que sus pestañas, espesas y rectas, que le aportan un aire inocente. Por mucho que se declare francesa, sus pómulos revelan una clara herencia eslava y su piel, blanca, está salpicada de discretas pecas. No lleva nada de maquillaje y la masa de cabello que roza sus hombros cuando se mueve grita que la acaricien. Bajo la luz tamizada, su castaño oscuro se tiñe de profundos reflejos rojizos y dorados.

—¿Qué mira?

De repente, su tono se ha vuelto reservado. Francesa, sí. Parisina, lo más probable.

—A usted. Sus pecas.

Se ruboriza y, en lo que parece ser un gesto inconsciente, se pasa los dedos por la nariz y los pómulos, siguiendo la constelación que ha atraído mi mirada. Su respuesta llega unos segundos más tarde, cuando ya he vuelto a la contemplación de mi vaso. Es más seguro.

—Nadie es perfecto.

La miro, sorprendido por esa observación.

—¿Acaba de llegar a Nueva York?

¡Mayday, mayday, Ethan! ¡Frena, frena! ¿Acaso no tienes nada mejor que hacer que ligar con una desconocida?

—Sí, de hecho, he llegado hace unas horas. Mi compañero de piso no estaba, así que he decidido darme una vuelta. Me había hablado de este bar un par de veces. Es el único lugar que se me ha ocurrido y vista la hora que es...

Parece faltarle el aliento, como si tuviera que correr para encajar todas las palabras antes de que alguien nos interrumpiera. No puedo evitar sonreír. ¿Compañero de piso?

—¿Y qué le ha traído por aquí?

Hago señas a Kimitake para que le sirva otro *whisky* a la recién llegada. Sin pestañear, coge el vaso y se lo bebe de un trago.

—¡Oh! ¡Más despacio! —digo.

Aspira una gran bocanada de aire, con la cabeza inclinada hacia atrás, revelando la depurada línea de su cuello. Sus clavículas, delicadas y tentadoras, sobresalen del jersey amorfo que lleva puesto. Intento apartar los ojos antes de que me sorprenda, pero cuando elevo la cabeza, nuestras miradas se encuentran.

—Otro, por favor —pide sin dejar de mirarme.

Kimitake no se hace de rogar y le pone un segundo vaso. Bajo su fachada impassible, siento que está muerto de risa. Tiene buenas razones. Es la primera vez que me ve impedir que alguien beba o, lo que es más sorprendente todavía, mantener una conversación estructurada y no alcoholizada con un miembro del género femenino. Le lanzo una mirada que explica claramente que me estoy conteniendo para no dedicarle una bonita peineta, así que se gira para que no lo vea reírse.

La joven sentada junto a mí aprovecha mi distracción para beberse el segundo vaso con el mismo entusiasmo que el primero antes de sacudir la cabeza con fuerza, como para deshacerse de pensamientos oscuros. Bienvenida al club. Cuando me mira, tiene las mejillas sonrosadas, los ojos le

brillan y sé que vamos a terminar la noche juntos.

Al menos ese es el mensaje que mi erección intenta enviar desesperadamente a mi cerebro.

—Una propuesta de trabajo. Inesperada, debo decir —responde por fin. Confieso que me cuesta recordar en qué punto de la conversación estábamos.

—Ah... ¿Un nuevo inicio?

—Algo así —me responde. El alcohol ha transformado su sonrisa tímida en una expresión lánguida que no quedaría fuera de lugar sobre mi almohada.

Desliza un mechón de pelo detrás de su oreja y su color caoba contrasta especialmente con su piel clara. Ya me veo mordeándole el lóbulo cuando me lo pida.

—¿Y usted? ¿Viene aquí con frecuencia?

—De vez en cuando.

Kimitake se muere de la risa a poca distancia. Como no estoy en un confesionario, no tengo por qué revelar a mi misteriosa desconocida que vengo casi todas las noches, tarde, y no necesariamente para beberme un *whisky*. En ocasiones me pido una cerveza.

No, no tiene pinta de que esta triste cantinela se vaya a repetir esta noche. No si me mira con esos grandes ojos color...

Ethan, no, ni si te ocurra decir que son de color whisky. Ya sabes dónde acaba la poesía...

Esbozo una sonrisa compungida como si eso pudiera excusar el vagabundo repentino que acaba de presenciar y me lanzo.

—¿Cómo se lla...?

Con un dedo sobre mi boca, detiene mi pregunta antes de deslizarlo por mi labio inferior. Instintivamente, me inclino, atrapo la yema de su dedo índice entre mis dientes y le muerdo. La ligera inhalación con la que recibe mi gesto envía una descarga directa a mi pene. A este ritmo, vamos a terminar en los baños y a mí me gustaría tomarme mi tiempo para descubrir a esta desconocida que habla inglés con acento ruso pero que se declara francesa. Y que se sonroja como una jovencita a la que le acaban de dar su primer beso,

como puedo comprobar cuando le suelto el dedo.

—Estoy increíblemente estresada por mi primer día. Necesito... necesito despejarme. Yo... yo no suelo beber. No es lo recomendado —balbucea.

Sin pensar, la agarro de la muñeca y le doy un beso ahí donde las venas dibujan un paisaje delicado. Me mira, atónita, con los párpados bajados y los labios entreabiertos. Me bajo del taburete y me deslizo entre sus piernas. Hace ya un tiempo que Kimitake se ha ido a la cocina, oculta detrás del muro de botellas.

Apoyo mis manos en sus muslos y los separo para terminar contra ella, con mi cara a la altura de la suya. La veo bajar los párpados al creer que la voy a besar. Bajo mis manos, siento como vibran sus muslos.

—¿Has comido?

Asiente con la cabeza, como hipnotizada.

—¿Quieres venir a mi casa? —continúo.

—¿Eres un asesino en serie? —responde, asintiendo con la cabeza.

Me echo a reír, sorprendido por su pregunta, antes de responder con una negativa. Arruga los labios en un gesto decidido antes de inclinarse hacia mí y besarme. Su boca sabe al *whisky* que se acaba de beber, pero también, debajo de ese aroma, tiene una nota azucarada que se insinúa en mi boca y que hace que tenga ganas de más. Acaricio su pelo, enrollándolo en mi dedo para inclinar mejor su cabeza y besarla con mayor profundidad, deslizando mi lengua entre sus labios. Lanza un suave gemido y me tengo que contener para no llevármela directamente al baño. La suelto y, esta vez, si sus ojos brillan, no tiene nada que ver con el alcohol. Ni con el miedo.

Fuera, el calor de los últimos días de verano nos rodea, mientras la sujeto con fuerza de la mano. Es más bajita de lo que pensaba; su forma de colocar la cabeza la hacía parecer más alta de lo que es. A mi lado, parece frágil, bajo ese jersey grande, pero la forma en la que me aprieta la mano me indica que es más fuerte de lo que parece.

Vivo a un par de manzanas del bar y, después de haber parado un taxi para que nos llevara a la puerta de mi edificio, me sigue en silencio por las escaleras que conducen a mi apartamento. Torres de libros bloquean la entrada. Cientos de papeles se amontonan por todas partes, pero desde luego

no me paro a enseñarle el piso. No estamos aquí para eso. Nada más entrar, se quita los zapatos, sin decir nada, antes de rodear mi cuello con sus brazos y besarme. Recorro sus brazos con mis manos y las deslizo bajo su jersey. Acaricio la parte baja de su espalda, cojo el borde y le quito el jersey con un gesto fluido. No lleva nada debajo y me quedo mudo un segundo ante las curvas de sus senos y el contorno de su vientre, una línea elegante que palpita bajo mis manos.

No me deja tiempo para admirarla: se pega a mí y lleva las manos a los botones de mis vaqueros. La agarro por los muslos y, con las piernas anudadas en torno a mi cintura, la llevo a la cama, que está oculta al fondo de la estancia, detrás de una estantería de libros que llega hasta el techo que uso a modo de separación.

La lanzo sin contemplaciones sobre el edredón, enciendo la lámpara para poder verla mejor y le quito los vaqueros y la ropa interior mientras jadea e intenta desvestirme al mismo tiempo. Consigue quitarme la camisa y los pantalones, pero ya está desnuda antes de llegar a mis bóxers. Bajo aquella luz, su piel adquiere reflejos dorados y su pelo recubre el cojín, de un rojo más intenso que nunca. No se oculta, con las manos extendidas hacia mí para terminar de quitarme la ropa.

—Ttt ttt... Déjame a mí —le susurro antes de besarla varias veces en el rostro y, luego, en el cuello.

Me detengo un segundo para observarla bien antes de detenerme en sus senos. A pesar de su silueta, delgada y atlética, tiene unos pechos redondos y suaves, con unos pezones color melocotón, entregados. Los lamo y los chupo, animado por la manera en que se retuerce bajo mis labios. Imprimo algo más de fuerza a mis caricias y la muevo con mayor firmeza antes de utilizar los dientes sobre el contorno exterior de sus pechos con una presión que no le dejará marcas, pero que la hará temblar.

— *S'il te plaît...*

Excitado por su súplica pronunciada en un francés que alcanzo a comprender, deslizo los dedos en su boca. Los chupa con una intensidad que me llega directamente a la polla y me imagino sus labios rosados rodeándola. A continuación, acaricio sus costados, su vientre, antes de colocar mi mano en el límite de su pubis. Lanza un gemido antes de dejar escapar un gruñido de

frustración que hace que me ría. Abandonando sus pechos, cuyas puntas se erguían, relucientes, la vuelvo a besar y nuestras lenguas se fusionan mientras deslizo mis dedos dentro. Ahora me toca a mí gemir en su boca. Es perfecta. Caliente, suave y mojada bajo mis dedos, que empezaban a familiarizarse con su sexo. Separo sus labios y los acaricio suavemente hasta que el ritmo de sus caderas me indica que he alcanzado mi objetivo. La atormento un poco más antes de deslizar un dedo dentro de ella. Deja escapar un pequeño grito, casi un sollozo, antes de empezar a moverse más deprisa debajo de mí. Deslizo un segundo dedo, que entra y sale, sin dejar de acariciarla y besarla.

Su orgasmo parece sorprenderla, con los ojos bien abiertos observándome con una mezcla de asombro y satisfacción mientras sigo penetrándola con mis dedos hasta que el ritmo de sus caderas se vuelve irregular. Saco mis dedos de su coño y los lamo delante de ella, regodeándome al verla enrojecer, una actitud exquisita entre timidez y deseo.

—Tú... —empieza a decir, gesticulando vagamente hacia mi erección.

—Oh, no te preocupes. Acabamos de empezar.

La pequeña sonrisa que provoca mi respuesta me desorienta un instante. Quizá aparente ser inocente, pero está claro que es apasionada. Con el cabello ensortijado y su pecho entregado, está irresistible. Me quito el bóxer y puedo ver cómo se dilatan sus pupilas a la vez que su boca forma un «oh».

—Debería hacerle una foto a tu expresión.

—¿Para qué? ¿Para engordar tu ego? —me espeta, mordiéndose el labio.

—No creo que se pueda engordar mucho más.

Ya con un condón en la mano, de rodillas en el borde de la cama, me tomo mi tiempo para deslizarlo en mi polla, que palpita y ejerce una presión repentina en la base, recibida por un gruñidito de mi compañera de juegos. Hace ademán de levantarse, pero tengo otra idea en mente. Cogiéndola de las caderas, tiro de ella hacia mí, levantándola para colocarla a la perfección. Introduzco suavemente mi miembro en ella, reprimiendo un gruñido cuando la siento abrir las piernas para darme placer.

Con condón o sin él, siento su calor y la estrechez de su vagina, y tengo que contenerme para no eyacular en el acto. Sigo presionando mi sexo en el suyo, estimulado por los grititos que emite de manera descontrolada. Me retiro

y la vuelvo a penetrar, sin llegar hasta el fondo. Su orgasmo la ha dejado mojada, pero a la vez más sensible. Tengo ganas de prolongar su placer.

Joder, ¿y qué?

No es que sea un cabrón, pero es que los rollos de una noche están, por principio, marcados por un cierto egoísmo. Ella ya ha tenido su orgasmo y ahora yo quiero tener el mío. Eso es todo.

—¿Otra vez? —le pregunto.

—Sí, sí... —jadea, con la lengua humedeciendo sus labios.

Cogiéndola de las caderas con las dos manos, empiezo un movimiento de vaivén que me lleva más y más dentro de ella. La tomo de las piernas y las deslizo sobre mis hombros, cambiando así el ángulo para poder sentirla más profundamente. Emite un grito más fuerte, con la cabeza echada hacia atrás, lo que acaba destruyendo los últimos restos de civilización que quedaban en mí. La agarro sin miramientos y el ardor de sus uñas clavadas en mis antebrazos añaden un fuego a la pasión que me anima todavía más. El ruido de nuestras pieles al encontrarse resuena en la habitación, cada vez más fuerte a medida que voy perdiendo el control. Vuelve a correrse, con su coño bien ceñido en torno a mí sin dejarme más opción que correrme yo también, con los dientes apretados y los ojos cerrados, un castillo de sensaciones explotando en mi cuerpo. Insulto varias veces a mi Creador o, al menos, al suyo porque, en ese segundo, no tengo ninguna duda: ella es divina.

Me derrumbo sobre ella, manteniéndome en el último momento sobre mis antebrazos. Ella rodea mi cintura con sus piernas antes de incorporarse y besarme prolongadamente. Se mordisquea el labio inferior antes de soltarlo y, como un reflejo, froto mis caderas contra las suyas, cosechando un gemido de sorpresa. Oculto mi sonrisa de satisfacción en su cuello. Dios sabe que he follado mucho este año, pero hacía tiempo que no había experimentado semejante sensación de...

Plenitud.

Apartándome de ella con una mueca en la cara, me deshago del preservativo y me siento en la cama de espaldas a ella. Me paso la mano por el pelo. Joder, ¿y ahora qué hago? Ese orgasmo seguramente me ha hecho perder unas cuantas neuronas porque, cuando me giro, dispuesto a entonar mi típico «gracias y hasta pronto», se me olvida lo que iba a decir.

Tumbada de costado, me observa sin pestañear, con las manos cruzadas sobre su pecho. Apoyo una mano en su tobillo, observando por reflejo sus pies y confirmando lo que ya había presentido. Una bailarina. Una bailarina, a juzgar por las tiritas que los recubren y por la forma de mantenerlos estirados, de forma instintiva, incluso estando en reposo. Siempre me han fascinado ese contraste entre la belleza y la ligereza de esa disciplina, y esos pies, que algunos encontraban estéticamente discutibles pero que yo admiraba por el trabajo, la fuerza y la gracia que encarnaban. La belleza tiene un precio.

Ignoro las señales de alarma que me envía mi cerebro. No volveré a verla nunca más. Ha sido una coincidencia. Mientras tanto, haremos virtud de la mala suerte.

¿Mala suerte? Hipócrita.

Sin prestar atención al grito de mi consciencia, extrañamente menos potente que el de mi polla en ese momento, acaricio los largos músculos de sus piernas antes de tumbarme abrazado a ella para luego continuar mi camino hacia la cintura, el pecho y, por último, el cuello. Inclinando su mentón hacia mí, la beso detenidamente. Ella se relaja de forma casi imperceptible y yo prolongo ese beso, arrastrado por el simple placer de esa proximidad física. Ahora que sus manos se vuelven aventureras, aumento la presión de nuestro beso.

—¿Quieres que me vaya? —me pregunta de repente con un tenue hilo de voz, al haber notado mi duda anterior.

—¿Tú quieres irte?

—No, todavía no.

Froto mi nariz contra su pecho antes de tumbarme boca arriba y tirar de ella contra mí. Con su rostro en la curva de mi cuello, la mano sobre mi torso y la pierna doblada sobre las mías, encaja perfectamente en mi anatomía. Tiro del edredón que había empujado a un lado de la cama para taparnos.

¡Soy todo un caballero! ¿Y va a quedarse toda la noche? ¿La noche, Ethan? ¡¿De verdad?!

Acallo la voz de mi mente dándole un beso en la cabeza. Bajo el olor del sexo que nos impregna a los dos, de ella emana un perfume fresco, una mezcla de limón y el aroma de su piel. No es que haya acabado con ella; no voy a

dejarla morir de frío. Soy una persona civilizada, nada más. Sus dedos dibujan arabescos en mi torso y con ellos desaparece todo rastro de duda que pudiera tener.

—Puedes dormir un poco. Ya te despertaré —le digo a regañadientes.

Tengo la sensación de que va a rechazar mi propuesta cuando entrecruza sus manos sobre mí para apoyar el mentón sobre ellas.

—Con el desfase horario, no tengo nada de sueño.

—¿Nada de nada?

Deslizo un brazo detrás de mi nuca para poder mirarla mejor. Sacude la cabeza, con aire travieso, antes de incorporarse un poco para tumbarse completamente sobre mí. Esbozo una sonrisita en espera de ver qué me propone.

—No, podríamos...

—¿Comer? —propongo de forma inocente.

Abre bien los ojos fingiendo sorpresa y luego se sienta a horcajadas sobre mí.

—Anda, mira, pues me parece una buena idea —dice, balanceándose suavemente.

Se vuelve a balancear con un movimiento ínfimo de cadera y siento que su calor recorre todo mi pene. Me agarro a las sábanas, cerrando los ojos antes de volver a abrirlos de inmediato. Sería una auténtica pena perderse el espectáculo. Su pelo ahora recubre sus pechos y el contraste entre los mechones caobas, el color crema de su piel y sus pezones oscurecidos por la excitación es hipnotizador. Cuando estaba inclinado sobre sus senos, había detectado algunas pecas, muy discretas, diseminadas sobre los contornos de cada uno de ellos. Con mano descuidada, los acaricio, recompensado por el endurecimiento inmediato de sus pezones.

Ella sigue frotándose contra mí y yo estoy totalmente despierto, preparado para el segundo acto de aquella velada. Con los ojos casi cerrados y los labios entreabiertos, me cabalga, frotando su clítoris contra mi polla. Antes de que me diera tiempo a hacerle señales de que había llegado el momento de ponerme un preservativo, se levanta un poco, la coge con mano firme y mete

mi glande dentro de ella.

—¡Joder! —exclamo.

—Solo, solo un minuto... —jadea con solo la punta dentro de ella, pero realizando pequeños vaivenes que me dejan sin aliento.

—No estoy muy seguro de poder aguantar un minuto —mascullo, fascinado por la visión de mi sexo dentro de ella.

¿Ves, Ethan? ¡La tapas con una manta y terminas con una pensión alimenticia!

Mientras me debato con mi consciencia, mi compañera se inclina hacia la mesita de noche y me doy cuenta de que ha cogido un preservativo cuando lo desenrolla sobre mí. Sin darle tiempo a recolocarse, la cojo por las caderas y la penetro sin preámbulos. Solloza, sorprendida, antes de seguir la cadencia hacia un nuevo orgasmo, mientras que yo, fascinado, observo cómo los músculos de sus muslos se deslizan bajo su piel brillante, con mis manos aferradas a su culo.

Cierro los ojos y me concentro en mi placer.

Cuando salgo de mi trance, me pregunto cuántos orgasmos harán falta para que me revele su nombre.

Mierda.

CAPÍTULO 3

DIANE

—¿Guillaume?

Entro de puntillas en el apartamento para no despertarlo. Retenido por una charla que se celebraba a las afueras de la ciudad, me había dejado una nota para decirme que volvería pronto hoy para recibirme, pero no lo veo por ninguna parte. Me he quedado sin batería en el móvil. Imposible llamarlo para que me confirme a qué hora llegará. Por suerte, había encontrado un taxi pronto esta mañana; si no hubiera dado con uno, habría tenido problemas para llegar. Y eso que no debería ser difícil en una ciudad en la que todo está dividido en cuadrados. Cuando entro en el salón, mi reflejo en el espejo de la entrada me paraliza.

¡Aaah!

Tengo un nido en la cabeza; el moño que había intentado hacerme esta misma mañana, no sin cierta torpeza, no ocultaba para nada unos pelos encrespados. Parezco una bruja y, ¡oh, Dios mío!, tengo un chupetón en el cuello...

Me precipito al cuarto de baño para intentar constatar el alcance de los daños. Tengo mi primera entrevista en la compañía esta tarde y tendré que ponerme medias y maillot en algún momento. Por más que los hematomas y los cortes sean habituales entre los bailarines, los chupetones resultan ya algo más sospechosos. Quizá si les digo que he tenido un pequeño altercado con una... ventosa, no piensen mal, ¿no?

Desnuda, me observo, dando vueltas delante del espejo para asegurarme de que no se me escapa nada. Un chupetón en la base del cuello. Hummm, tengo un maillot que puede taparlo. Los moretones del culo no son problema. Al continuar con el examen, veo, atónita, rojeces en el interior de los muslos antes de que mis mejillas adquieran la misma tonalidad. Su barba de tres días.

Oh là là!

Oculto mi rostro tras mis manos, entre la mortificación y la excitación,

para finalmente decidirme por una mezcla de ambas. Al recordar su barba, me vuelve a la mente la imagen de sus ojos a la altura de mi...

¡¿Pero qué me está pasando?! Todo esto es tan impropio de mí. Dejar la compañía. Aceptar la oferta de Audrey Selman y mudarme a Nueva York. Acostarme con un desconocido. Y dejarle hacer todo lo que ha querido. Todo lo que yo he querido. He debido de caerme sobre la cabeza. O sobre su p...

¡Pero qué clase, Diane! ¡Mucha clase!

Cuando lo vi, con el pelo ensortijado y esos ojos color índigo que me escudriñaban con tanta atención, no sé qué me pasó. Fue visceral. Solo tenía una cosa en la cabeza: desabrocharle la camisa, borrar la sombra bajo sus ojos y morderle la boca hasta hacer desaparecer el pliegue amargo que la cruzaba. Mira, eso sí que había desaparecido. Al mismo tiempo que mis bragas.

Me meto en la ducha y lanzo un grito cuando me empapa un agua glacial antes de ir calentándose poco a poco. Había olvidado las duchas neoyorquinas y esas alcachofas fijas que te obligan a contorsionarte para no mojarle la cabeza. A pesar de todo, intento borrar los recuerdos de aquella noche bajo el chorro que, por fin, quema, cantando a voz en grito la primera canción que me viene a la cabeza, sobre todo para impedir que mi mente divague por los acontecimientos de la víspera. Causa perdida. Después de desenredarme el pelo y envolverme en el albornoz de Guillaume, me dirijo a mi dormitorio, a ver si duermo un par de horas. Con el desfase horario, me siento llena de energía, pero si permanezco despierta, seguiré repasando la película de esta noche...

—Buenos días, querida.

Me echo a reír antes de abalanzarme sobre el joven moreno que descansa en mi cama.

—¡Guillaume!

Se deja aplastar, haciendo gestos de que no puede respirar, hasta que nos sentamos los dos en la cama. Lo abrazo una vez más antes de apartarme un poco para observarlo un instante.

—¡Estoy tan contenta de verte!

—Yo también, cariño.

Intento hacer coincidir al Guillaume actual con ese amigo que solo he visto de vez en cuando desde que se trasladó a Estados Unidos hace ya tres años. Alto, moreno, delgado, con unas facciones marcadas, cargadas de gracia y firmeza, todavía resultaba más impactante por esos ojos suyos almendrados casi negros que podrían hacer pensar que tenía ancestros asiáticos cuando, en realidad, era cien por cien francés, denominación de origen protegida.

Nos conocimos en la escuela de danza. Con diez años, yo siempre iba de la mano de alguna cuidadora a modo de seudoniñera, siguiendo a mi madre en sus giras y yendo al colegio de forma discontinua. La escuela me aterrorizaba, pero lo cierto es que me aportaba cierta rutina, lejos de una madre que me olvidó en cuanto pasé la prueba de acceso. Poco acostumbrada a los niños de mi edad y señalada por un apellido tan particular, viví esos primeros meses en una soledad, digamos, sobrellevada. Guillaume tenía once años y su familia, compuesta únicamente por bailarines, era tan acogedora como glacial era mi madre. Por pena o por curiosidad, me invitaron a pasar un fin de semana con ellos y, después de aquello, nos volvimos inseparables. Sus padres, los dos bailarines de la Ópera de París que conocían a Natacha Mychkine, me adoptaron *de facto*. Guillaume, el más pequeño de tres hermanos, era un niño adorable y un bailarín con un gran talento. Después de que lo admitieran en la Ópera, el mismo verano que a mí, tuvo un grave accidente de escúter que lo alejó de los estudios durante todo un año. A finales de ese año, aunque sospecho que podría haber recuperado su puesto con una buena rehabilitación, decidió estudiar Humanidades, demostrando la misma disciplina en ese ámbito que la que había demostrado como bailarín. Después de terminar una tesis que hizo a caballo entre Estados Unidos y Francia, imparte clases en la Universidad de Nueva York en el marco de un postdoctorado sobre un tema, incomprensible desde mi punto de vista pero apasionante, según su punto de vista, claro está.

De aquel bailarín etéreo y prometedor que volvía locas a las chicas de la clase ya solo queda un sentido casi obsesivo de la apariencia. A las siete de la mañana, está impecable, con el pelo perfectamente peinado, pantalón de traje y camisa ajustada y, como toque final, unas gafas de cuerno de búfalo que lo convierten en el perfecto profesor con el que fantasear mientras te explica los entresijos de la obra de Balzac, su especialidad. El único rastro de su accidente es una leve cojera solo perceptible cuando está agotado.

—¿Cómo te va? ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos! ¿Agotada,

horrorizada, contenta? ¿Las tres cosas a la vez?

—Más o menos así, sí.

—No saben lo que se pierden en París —me dice.

Es como un eco lejano de lo que me dijo la azafata en el avión y de lo que se comenta en los foros animados por los balletómanos franceses.

Me encojo de hombros. Para ser sincera, no estoy segura. Lo que más me asusta es que Audrey Selman se arrepienta de haberme hecho esta oferta.

—¡Oh, deja ahora mismo de hacer lo que estás haciendo!

—¿De qué hablas?

Guillaume pasa un dedo por mi entrecejo, como si quisiera borrar las arrugas que allí se han formado.

—Eres una bailarina excepcional, Diane. Tu único defecto es tu madre. ¡Y ella no está aquí!

Asiento con la cabeza y una sonrisa reticente en los labios.

—¡Para ya!

—Es que es verdad. Estás entre la espada y la pared. Si triunfas, es gracias a ella, pero si no triunfas, es por tu culpa. Sería más fácil si no fueras tan buena. Ahí la gente duda. ¿Habría subido tan rápido y tan alto sin su madre? Todo el tiempo te comparan con ella.

Acalorada por aquel psicoanálisis matutino tan certero, abro un poco el cuello del albornoz. Guillaume estaba a punto de continuar su discurso cuando, de repente, sus ojos se fijan en mi cuello. Arqueo las cejas, desconcertada por la extraña expresión de mi mejor amigo. Después de siete años codo con codo en la escuela de danza, haberme abierto un poco el albornoz no es un gesto nada descarado y, la verdad, tampoco tengo nada que ocultarle de mi cuerpo... Oh.

Me cierro de inmediato el cuello. Guillaume, con los ojos chispeantes, abre la boca:

—¡Diaaaaaaaaaaaaaane!

—Sal de mi habitación, que tengo que vestirme.

—¡Oh, oh, oh! —exclama muerto de la risa—. Antes tendrás que contármelo todo. ¡Y yo que creía que tendría que subirte la moral!

—¡Que salgas, te he dicho!

—¿O qué? ¿Que te vistes delante de mí? Nada que no haya visto ya, pero está claro que no he sido el único que ha disfrutado de tus encantos. Por fin.

Estoy roja como un tomate y me pregunto cómo puedo escapar de semejante situación. Guillaume sale por la puerta, pero no sin antes lanzarme una amenaza:

—¡Desayuno programado en quince minutos y me cuentas todo!

Un cuarto de hora después, reloj en mano, me encuentro en la calle siguiendo a Guillaume, que se dirige con paso firme a un café del Bowery, en el East Village. Bajo la cabeza por reflejo cuando paso por delante del edificio que oculta el bar de anoche. Sé que puedo hablar de todo con Guillaume, pero no estoy segura de estar preparada para abordar lo ocurrido la víspera, todavía está demasiado reciente. Un poco sensible también.

Después de una caminata revitalizante, con el sol de septiembre iluminando nuestro recorrido, nos instalamos delante de uno de los pequeños ventanales que adornan el café a ambos lados de la puerta de entrada y Guillaume pide sin mayor dilación.

—Un café para mí y un té verde para la nueva estrella del Ballet de Nueva York, la fabulosa y única Diane Mychkine.

La camarera suelta una risita ante el tono dramático con el que ha declamado su comanda y, después de repetir nuestra petición, se aleja de la mesa dedicándonos una última mirada de aprecio.

—¿Tu próxima víctima? —pregunto.

—No intentes desviar la atención del tema principal que nos ocupa hoy, querida. Yo soy casto, no como tú, que te has transformado en la tentación de la noche.

—Guillaume...

—¿O debería decir la pérfida francesa de corazón eslavo decidida a pisotear los corazones de los pobres hombres de Nueva York?

—¿Quieres una respuesta o es más bien un monólogo? —pregunto, demasiado contenta de estar allí con él como para sentirme apabullada por su actitud.

—La llamaremos «la chica de los ojos dorados» —continúa sin prestarme atención hasta que lo interrumpo.

—Creo que ese título ya está pillado y, a menos que se demuestre lo contrario, no soy una prostituta.

—Bailarina...

—¡Eh! ¡Te recuerdo que ya no estamos en el siglo XIX y que tu madre es bailarina! ¿Qué diría ella si te escuchara hablar así? ¿Eh?

Arqueo una ceja. Guillaume hace como si se masajeara el nacimiento de la nariz, dejando caer sus gafas hasta casi tirarlas en la taza de café.

—¡Justicia divina! —exclamo entre risas.

Con un gesto elegante que contrasta con su fingida torpeza, desliza las gafas en el bolsillo de la chaqueta y me clava la mirada.

—Venga, cuéntamelo todo.

Me retuerzo en mi asiento, incómoda.

—Diane, sin secretos entre nosotros.

—No me siento cómoda...

—¿Crees que te voy a juzgar? ¡Pero si de lo que tengo ganas es de felicitarte! —exclama.

—Bueno, hay cosas mejores por las que felicitarme que por haberme acostado con un tipo que acababa de conocer en un bar. Felicítame por mi puesto de solista. Sigue sin ser el de bailarina principal, pero bueno...

—Ya llegarás. Si tú no acabas siendo la *étoile*, ¿quién puede serlo? Sabes igual que yo que has sido víctima de una conjunción de celos y malas personas en el lugar incorrecto y en el momento equivocado. El talento no siempre es suficiente.

Esbozo una pequeña sonrisa.

—Ah, Guillaume, habría dado cualquier cosa por que hubieras estado allí

cuando le solté las cuatro verdades a Marsey, te habría encantado.

—¿Verte ponerlo en su sitio? ¡Anda que no! Mira que es gilipollas ese tío. ¡Es un presuntuoso! Ni siquiera es tan buen coreógrafo.

—Y, ahora que me he ido, tengo que demostrar doblemente lo que valgo —continúo, enrollando de forma mecánica un mechón de pelo en torno a mi dedo índice hasta sentir el tirón en mi cráneo.

—¡Planeta Tierra llamando a Diane! Audrey Selman jamás te habría escogido si no viera potencial en ti. Y me has dicho que te había dado a entender que tendrías la oportunidad de bailar mucho, ¿no? Suena a bailarina principal.

—Cruzo los dedos.

—¿Para volver a ver al tío de ayer? —me suelta Guillaume, intentando tirarme de la lengua.

Y yo que creía que había dejado el tema. Lanzo un gran suspiro y me quedo en silencio. No tengo miedo de que me juzgue. Es que tengo la sensación de que ayer otra persona se apoderó de mí y eso me da algo de miedo. Me comporté como un animal. Gruño, mortificada.

—¿Tan bien estuvo?

Otro gruñido.

—¿Tan horrible fue? —continúa, ansioso.

—No, fue... increíble.

—¿Increíble? —masculla mientras se acomoda en su asiento y me escudriña con la mirada.

—Sí, no... Bueno, no lo sé. En cualquier caso, pasó lo que tenía que pasar.

—¿Y cómo se llama el señor Increíble?

—Pues...

El silencio se estira hasta que la expresión de su rostro me indica que empieza a adivinar lo que se esconde detrás de mis dudas.

—No.

—No sigas por ahí, Guillaume. Me muero de la vergüenza.

—¿De la vergüenza? ¿Por...? ¡No sabes cómo se llama! —exclama con una expresión en la cara que deja claro que por fin ha encajado las piezas y prosigue con tono suspicaz—. No, peor... ¡No te acuerdas!

Esta última hipótesis parece encantarle y hace que una risa descontrolada empiece a agitar su cuerpo.

—¡Claro que sí me acuerdo! Bueno, no, me acordaría si le hubiese preguntado, claro.

Guillaume se inclina hacia atrás en su silla y rompe a reír. Y así durante más de un minuto, sin parar de agitar los hombros con movimientos bruscos. Se seca los ojos.

—Ah, Diane, ¡pero si eso es genial! ¡Eres genial! ¿Y él? ¿Sabe cómo te llamas?

—No... Fui yo la que no quiso decírselo.

—Ah. ¿Y vais a volver a veros? ¿Para presentaros quizá? —sugiere, intentando recuperar la seriedad.

Silencio.

La camarera llega en ese momento para servirnos el desayuno en la mesa. Guillaume, como de costumbre, tiene todo un festín ante él. En cuanto a mí, he optado por la opción más equilibrada para volver al buen camino. Guillaume no toca la comida y observo que tiene las manos juntas, lo que me indica, con igual certeza que si viera sus ojos, que me está taladrando la cabeza con la mirada para intentar llegar a mi cerebro.

—Me fui antes de que se despertara —mascullo.

Se queda mudo y, cuando lo miro desde abajo, su expresión resulta cómica. Una mezcla de confusión y admiración.

—¿Crees que te estás convirtiendo en tu madre? —me suelta, con falso temor.

—¿Podríamos intentar no hablar de las proezas amorosas de mi madre?

—Por supuesto, sobre todo ahora que podemos hablar de las de su hija.

—Guillaume, que solo ha sido una noche, eso es todo. ¡No lo volveré a ver!

—Pero si ha estado bien, ¿por qué no?

—Pues porque no. Ayer no era yo. Yo no hago esas cosas. Yo no soy así.

—¿Quieres decir un ser humano que hace otras cosas aparte de trabajar?

—Te odio.

—Sabes que me adoras y que me alegro mucho de que vivamos juntos.

El tono amenazador de Guillaume no es presagio de nada bueno. Me cuesta tragar. ¿Con qué me saldrá ahora?

—Vamos a dar una fiesta.

Cabrón.

CAPÍTULO 4

DIANE

Sentada en una silla, espero, intranquila, a que Audrey quiera recibirme. Sé que es irracional estresarme ahora. Después de todo, fue ella la que se puso en contacto conmigo. Ella me escogió y no estaría aquí si no fuera legítimo. Ya he firmado el contrato y nada puede cambiar eso. Al menos durante un año. La Ópera de París, conocida por intentar retener a cualquier precio a los miembros de su compañía, me propuso que me cogiera un año de excedencia en vez de dimitir de inmediato. Resultado: este año tengo el ambiguo rango de artista invitada, aunque todo el mundo sabe que antes me hago el harakiri que volver bajo el yugo de Édouard Marsey que, después de nuestro encontronazo, se ha tomado la licencia de detestarme abiertamente y no se corta nada.

No es que me satisfaga demasiado esta solución intermedia. He saltado conservando una red de seguridad. Muchos dirían que es lo más seguro. De hecho, esas son exactamente las palabras que mi madre no ha podido evitar enviarme por mensaje telefónico y que me cayeron como un jarro de agua fría solo unas horas después de mi llegada a Nueva York.

Nueva York, ¿estás segura? Bueno, siempre puedes pedirte una excedencia. A tu edad, es lo más seguro.

Todavía me pregunto por qué la mantengo informada de la evolución de mi carrera. En cuanto vio que me quedaba estancada como primera bailarina, dejó de interesarse. Una pequeña parte de mí, la misma que esperaba verla cada año en el espectáculo de la escuela de danza o incluso recibir felicitaciones después de haber pasado una prueba, esperaba que se alegrara por esta oportunidad de buscar el estrellato en otro lugar fuera de París, de asumir el control de mi destino. Un poco como ella misma había hecho al cambiar Rusia por Francia. Primeros meses de embarazo y amenazas de la KGB como mínimo de por medio, por supuesto. Ahora que lo pienso, es probable que se inventara lo de las amenazas de la KGB. La reina del melodrama podría haber sido actriz si no hubiera preferido ser bailarina.

Porque todavía no soy bailarina principal, no. Audrey me ha hecho un contrato de solista, el equivalente a mi grado de la Ópera de París, pero

prometiéndome que bailarían mucho y, por lo tanto, tendría la oportunidad de convertirme en bailarina principal rápidamente si demostraba mi valía.

No tengo otra opción, tengo que conseguirlo.

—¿Señorita Mychkine?

—¿Sí?

Me recompongo, con la mirada fija en el ayudante de Audrey. Es un joven de más o menos mi edad llamado William Zelote, cuya religión es el Ballet de Nueva York.

—La señorita Selman puede recibirla ahora. Pase directamente a su despacho.

Me levanto y reajusto mi cuello para asegurarme de que oculta a la perfección los rastros de mis juegos de la noche anterior. Mientras me aliso por última vez el moño trenzado para que no sobresalga ni un solo pelo, llamo a la puerta y entro cuando Audrey me invita a hacerlo.

Su despacho no tiene nada de grandioso, aunque sí una iluminación excelente que inunda toda la estancia gracias a una ventana que ocupa casi toda la pared. Sin duda es un lugar de trabajo. Tiene la mesa frente a la puerta, una estantería detrás con premios que ganó cuando era bailarina y, en las paredes, fotografías de varios bailarines. Frente a su mesa, en una esquina, con una parte apoyada en la ventana, hay un sofá. En general, todo parece cómodo, pero también ligeramente usado, probablemente heredado del anterior director artístico de la compañía. El hecho de que Audrey haya conservado el mobiliario de sus predecesores demuestra su seguridad. Su personalidad y su profesionalidad se bastan y se sobran para apoderarse de la habitación y dirigir la compañía. No necesita marcar el territorio de manera superficial.

—Buenos días... ¡Oh, perdón! William me había dicho que...

—Entra, Diane. Joaquín estaba a punto de irse.

Giro la cabeza y esbozo una sonrisa torpe. Joaquín Jouanteguy. Es la estrella masculina de esta compañía. Ahora que lo veo de cerca, comprendo mejor por qué. En vez de estar sentado frente a Audrey, está más bien medio tumbado en el diván de la esquina. A contraluz, la luminosidad otoñal proyecta ángulos dramáticos en su rostro. Con una rodilla en el suelo y la otra extendida, desliza los brazos por detrás de su nuca y me observa sin moverse

ni un ápice. Su postura ha hecho que se le suba la camiseta, desvelando unos abdominales impecablemente esculpidos bajo una piel dorada y tersa. Nada sorprendente en un bailarín, pero no estamos en un estudio, donde los cuerpos son meras herramientas de trabajo. Bajo unas cejas levemente fruncidas, distingo unos ojos azules penetrantes que me escudriñan con interés antes de dedicarme una media sonrisa.

—Pues nada, ya está aquí —anuncia con un poco de acento español—. Es impresionante lo mucho que se parece.

Siento cómo el rubor se apodera de mis mejillas y me quedo junto a la puerta, dividida entre las ganas de salir corriendo y las de darle un bofetón. Está claro que se cree el dueño y señor del lugar y está decidido a recordarme de dónde vengo o, mejor dicho, de quién desciendo. Soy consciente de que es imposible hacer tabla rasa con mi pasado pero, al haber cambiado de continente, una pequeña parte de mí abrigaba esa esperanza.

—Adiós, Joaquín —dice Audrey sin preocuparse más por el bailarín.

Se levanta sin prisas y se dirige a la puerta con paso despreocupado. Cuando nos cruzamos, me coge de la mano y se la acerca a la boca para darme un leve beso sin dejar de repasarme con la mirada. De cerca, puedo oler su perfume, una cara mezcla de sándalo y un aroma a madera, pero ante todo un olor masculino propio que me acelera sensiblemente el pulso.

—Hasta muy pronto, Diane. Ardo en deseos de que seas mi *partenaire* —afirma antes de desaparecer.

Roja, tras haber cerrado la puerta de su despacho, me siento donde me indica Audrey. Inmersa en la pantalla de su ordenador portátil, parece no haberse percatado de lo que acaba de pasar. Al menos esa es la impresión que tengo hasta que eleva la mirada y esboza una ligera sonrisa.

—Joaquín es todo un personaje al que resulta difícil resistirse.

—Ya veo, ya.

Baja la pantalla de su portátil y, después de juntar las manos, me pregunta con tono benevolente:

—¿Cómo te sientes?

—Bien, muy bien. Con un poco de desfase horario, pero ya se me pasará.

—Muy bien. Me gustaría reiterarte lo mucho que nos alegra que hayas aceptado nuestra propuesta. Estoy segura de que no tardarás mucho en integrarte en el Ballet de Nueva York.

—Yo también lo espero. Tengo muchas ganas de bailar en esta compañía.

—Que quede bien claro. No te he propuesto un contrato porque seas la hija de Natacha Mychkine. Hijos e hijas de... los hay por todas partes, algunos buenos, otros no tanto. Te he escogido porque te he visto bailar y, como ya te dije, creo que tu estilo puede encajar con el nuestro.

Audrey y yo ya habíamos tenido esta conversación la noche que me propuso unirme a la compañía, pero escucharla repetir que me había escogido a mí por bailar como bailo me tranquiliza.

—No obstante, el estatus de estrella de tu madre, tu parecido físico y el hecho de que cambies de compañía es algo que te va a perseguir y que, probablemente, aumente el interés de los medios, que seguro que se mostrarán apasionados por la danza las próximas semanas. Ya nos han pedido varias entrevistas contigo. Deberías decidir con William cuáles te interesan. Por supuesto que tenemos nuestras recomendaciones, pero tú eres libre de escoger entre los periodistas que se interesen por ti.

Asiento con la cabeza, intentando ocultar mi sorpresa. Claro que había recibido ese tipo de atención al principio de mi carrera, pero durante estos últimos años, debido a mi cada vez más reducida presencia y, simplemente, por la llegada de otras bailarinas que no eran relegadas a bambalinas, había perdido la costumbre de conceder entrevistas. Una vez pasados estos primeros minutos, siento que mi timidez se evapora lentamente y, cuando empezamos a hablar de danza, recupero mi seguridad.

—Sígueme. Te enseñaré nuestras instalaciones.

Me apresuro a seguirle el paso. Audrey va vestida de blanco, como durante nuestro primer encuentro en los bastidores de la Ópera de París. Lleva un vestido largo y botines cómodos color crema. Con un moño alto y su aspecto etéreo, tiene ese algo de las grandes heroínas románticas, como la sílfide que con tanto éxito interpretó a lo largo de toda su carrera. A través del laberinto de escaleras y pisos, llegamos a los vestuarios y las aulas donde la compañía recibe sus clases de danza todas las mañanas a partir de las diez, y que también se usan para los ensayos de las obras presentes y futuras.

Siento aumentar mi nerviosismo al ver a varios bailarines ensayando una pieza coral y a un par perfeccionando un *pas de deux*. Audrey se toma su tiempo para presentarme a unos y otros y, si me pierdo y no sé quién es quién, me tranquilizan con una sonrisa acogedora. Cuando nos disponemos a cambiar de sala, una joven se cruza con nosotras. Lleva un maillot rosa claro y unas medias de lana de colores para mantener los músculos calientes. Audrey le hace señales para que se detenga.

—Liv, te presento a Diane, la nueva solista.

Intercambiamos saludos mudos mientras Audrey continúa.

—Liv es solista desde hace poco y las dos compartiréis camerino durante las representaciones —añade antes de girarse hacia mí—. Estoy segura de que Liv podrá enseñarte cómo funciona la compañía y responder a todas tus preguntas.

—Por supuesto, Audrey, será un placer —responde, pero hay algo en su tono que me llama la atención.

Sus ojos verdes están vacíos de toda emoción y su sonrisa es educada pero forzada. Su belleza es poco convencional, con una mandíbula cuadrada, una nariz marcada y unos labios carnosos. Un poco más bajita que yo, su delgadez roza el exceso, incluso para una bailarina; al menor movimiento, uno ve sus músculos y tendones.

Sin mayor dilación, Audrey me toma del brazo y sigue avanzando por el pasillo. Llevada por un impulso repentino, giro la cabeza hacia Liv y debo contenerme para mantener una expresión neutra. La joven educada de hacía unos segundos ha dejado caer su máscara y ahora me mira con unos ojos de los que salen rayos. No me cabe la menor duda de que, si por ella fuera, me reduciría a polvo. Cuando cruzamos la mirada, no baja los ojos para dejar así claro que no le importa lo más mínimo que sepa lo que opina de mi llegada. Entre ella y Joaquín antes, empiezo a reconsiderar mi opinión sobre el comité de bienvenida. No, no hay serpentinas, pero sí que hay serpientes.

Una vez visitadas todas las instalaciones, Audrey me pide que me cambie y que caliente un poco antes de unirme a ella en un aula en la que Joaquín está bailando con una liana marrón. Están ensayando el *pas de deux* de la escena del balcón de *Romeo y Julieta*. Varios bailarines los observan, entre ellos Liv. Me anudo mis zapatillas de punta mientras Audrey se dirige a todo el mundo.

—Habéis sido escogidos para aprender los papeles de Romeo y Julieta para la obra que abrirá la temporada. Joaquín y Jill bailarán en la *premier*, que tendrá lugar en un mes y, teniendo en cuenta su experiencia en estos papeles, espero que todos os fijéis bien en la forma en la que abordan ciertas escenas importantes de la obra.

Todo el mundo asiente con la cabeza. Yo he interpretado a Julieta en varias ocasiones y fui aclamada por el público en ese papel, pero mi estilo es francés. Tengo curiosidad por ver más de cerca las diferencias en la interpretación del papel.

Jill y Joaquín forman una pareja muy seductora; la palidez de ella contrasta con el bronceado de él. Jill es una Julieta que se entrega por completo a ese amor que acaba de conocer en la escena del balcón. Observo su gestualidad, mientras me pregunto qué haría yo en su lugar. Cómo lo haría si Joaquín me mirara con el mismo instinto que lo hacía en ese momento, demostrando una gran familiaridad con la bailarina, probablemente su *partenaire* en numerosas obras.

Después de observarlos durante unos minutos, con algunas correcciones por aquí y por allá de Audrey, cuyo ojo entrenado detecta el más mínimo error o aproximación de la interpretación, siento el deseo de bailar como si un ejército de hormigas recorriera mi cuerpo. Me conozco el personaje de memoria y me llama. Audrey da una palmada para poner fin al último giro de Joaquín y Jill antes de anunciar:

—¿Dos voluntarios para mostrarme cómo interpretarían ellos la escena?

—¿Y por qué no Diane? Al fin y al cabo, ha sido uno de sus grandes personajes, ¿no?

A pesar de su tono falsamente entusiasta, tengo bastante claro qué subyace en ese comentario de Liv. «¿Al fin y al cabo, ha sido uno de sus grandes personajes?» ¡Muchas gracias por recordarle a todo el mundo mi travesía del desierto! ¡Cualquiera diría que me he jubilado! ¡Menudo bicho! Me dedica una sonrisa cerrada que no llega a sus ojos y que hace que me tenga que contener para no arquear la ceja. ¿Quiere guerra?

Doy un paso adelante, con la cabeza bien alta y los hombros bajos.

—No hay problema. ¿Pero quién va a ser mi *partenaire*?

Cuando uno de los bailarines se dispone a dar un paso, la voz de Joaquín lo detiene.

—Yo.

—¿No estás cansado? —pregunto, con tono almibarado y ojos coquetos.

Arquea levemente las cejas, con un destello en la mirada antes de sonreírme, en parte por enfado y en parte porque le ha resultado divertida aquella falsa demostración de súplica.

—Mi resistencia es legendaria.

Los otros bailarines me lanzan una mirada torcida e intercambian sonrisas cómplices y un murmullo recorre la sala. Joaquín se acerca y me tiende la mano antes de guiñarme un ojo discretamente para que solo yo pueda verlo. No sé qué pensar de sus intenciones como hombre, pero, como bailarín, no me queda otra que confiar en él.

Avanzo hacia la izquierda del aula y lo miro. El espejo representa al público y, detrás de nosotros, los bailarines nos observan. Joaquín empieza la sucesión de piruetas y saltos de Romeo, el joven que intenta seducir a Julieta después de haberla sorprendido en su balcón. Todo se debe a la alegría de ese nuevo amor, pero también actúa como un gallo, con el pavoneo de un adolescente entusiasta que quiere demostrar que es el mejor y el más guapo. Al menos es así como lo interpreta Joaquín. Entre las miraditas encendidas y alegres que me lanza y su forma de bailar, poderosa y dinámica, siento que la calma se apodera de mí e, instintivamente, decido interpretar la Julieta que respondería a ese Romeo.

Me acerco, tímida y secretamente fascinada, le cojo la mano y me acaricio el rostro con ella antes de que se aleje para seguir bailando. Gira por la habitación, alternando piruetas y *jetés* antes de presentarse frente al espejo que representa al público como diciendo «¡Aquí estoy yo!». Corro hacia él y ahora me toca a mí encadenar una serie de giros mientras él me sujeta. Las manos de Joaquín son firmes cuando me elevan para que lance mi pierna en un *grand écart* antes de volver a sus brazos y de que se incline para hacerme girar en torno a él como si fuera tan ligera como una pluma. Se arrodilla, me tiende la mano y, cuando la cojo, me agarra del tobillo para colocarme sobre sus hombros, completamente extendida. Estoy literalmente en equilibrio, tumbada sobre sus hombros, y entonces me doy cuenta de que nuestros tamaños son

perfectos para esa figura. Sin esfuerzo, se levanta en un solo movimiento antes de girar, haciéndome destacar mientras vuelvo a desplegar mi pierna libre en *écart*. He heredado de mi madre esa flexibilidad de gimnasta que me permite ir más allá en mis extensiones y esbozar los *écarts* con una facilidad aparentemente desconcertante que hace que las líneas de mis piernas resulten más estilizadas.

Cuando Joaquín, otra vez de rodillas, me coge en brazos, con su rostro contra mi torso mientras yo me arqueo, Audrey interrumpe la música.

Me incorporo, con la respiración acelerada tanto por el esfuerzo realizado como por el placer de la danza. No, por supuesto, Joaquín y yo no hemos estado perfectos. Al fin y al cabo, es la primera vez que bailamos juntos. También soy consciente de que mi forma de interpretar a Julieta sigue siendo muy francesa: los brazos, sutiles, dibujan gestos muy suaves para ajustarme a la delicadeza del personaje, mientras las piernas son más fáciles de «comprender» por el público, porque son muy expresivas, quizá hasta un poco arrogantes por esa flexibilidad que puede aportar ese lado «mujer elástica».

Con todas estas consideraciones, creo que mi actuación ha sido bastante digna. No como para subirme al escenario esa misma noche, pero tampoco como para provocar semejante silencio después de mi variación. Miro de reojo a Joaquín, pero él permanece impassible, con los ojos fijos en Audrey. Cuando ya empezaba a costarme tragar, preguntándome si acababa de perder mi contrato, escucho aplausos a mis espaldas. Es Jill, que se adelanta y, de repente, me abraza.

Permanezco inmóvil, con los ojos como platos, sin saber si aquello era una ironía o no. Después de Liv y Joaquín, ya no me fío, aunque este último haya demostrado que puedo confiar en él. Al menos sobre el escenario.

—Bienvenida —me susurra con una expresión en el rostro que parece de auténtica felicidad.

O es una actriz excelente.

Antes de que pueda reaccionar, Audrey nos interrumpe con un simple:

—Bien, creo que ya tenemos a nuestra nueva Julieta.

Respiro por fin antes de que continúe, dirigiéndose a mí, pero también al resto de bailarines presentes.

—Ha sido muy musical y muy bonito, pero hay que trabajar un poco más esa teatralidad sin perder la sutileza.

—Yo puedo ayudarla con eso —propone Joaquín.

—Excelente —responde Audrey al instante mientras observo con suspicacia al bailarín.

Eleva el mentón antes de dedicarme una sonrisa sincera y de decirme, solo para nosotros:

—Lo confieso. Me has sorprendido.

Arqueo las cejas preguntándome qué quiere decir con eso. Tras recibir la llamada de su ayudante, Audrey abandona el aula. Los bailarines aprovechan para irse también y algunos se detienen para volver a darme la bienvenida. Liv se va sin ni siquiera mirarme. Jill se me acerca una vez más y le sonrío con educación mientras me pregunto si va a arrancarme la cabeza por haber bailado con su *partenaire*.

—Me alegra mucho que te hayas unido a nosotros. Recuerdo haberte visto en *El lago de los cisnes*.

—Oh, de eso hace tiempo —exclamo, confusa pero también contenta de que se acuerde de una de mis representaciones. De hecho, esa fue la única vez que he interpretado ese papel.

—Tenías algo y me daba miedo que lo hubieras perdido debido a... la situación —prosigue, con mucha diplomacia.

En vista de que yo me quedo muda, al no saber cómo llevar la conversación, continúa, subiéndose la bandolera de su bolso al hombro.

—¿Sabes? Vi a tu madre bailar...

Ya estaba tardando...

—Y tú tienes un algo que jamás he visto en ella.

Me quedo impasible, una reacción que es la más aconsejable porque, de haber podido hablar, le habría pedido que fuera mi mejor amiga tan solo por haber dicho eso.

Mientras disfrutaba con la idea de que, a falta de una amiga, al menos sí podría decir que tenía una aliada, empiezo a esbozar una pirueta y me detengo

súbitamente.

—¿Todavía estás ahí?

Joaquín me observa, con expresión burlona. Se ha puesto una sudadera y un pantalón por encima de la camiseta y las mallas que llevaba durante el ensayo.

—Sí, sí, pero no te detengas por mí. Sigue con las piruetas. Me gusta.

Frunzo el ceño mientras me dirijo a mi bolsa, saco mi forro polar y me lo pongo con gestos bruscos, extrañamente ofendida por que me hubiera estado mirando. Pero Joaquín sigue sin irse y, cuando intento en dos ocasiones cerrarme la cremallera sin éxito, se me acerca, la encaja y me la sube hasta el mentón.

—Gracias, papá —le suelto, sin conseguir ocultar mi nerviosismo.

—Hummm, ya decía yo que debajo de ese personaje de joven tímida que no cree en su danza debía de haber todo un carácter.

—¿Qué?! ¡Perdón! —balbuceo.

—Ya sabes, Diana...

—Diane, no Diana.

Me gusta mi nombre francés, un elemento que me diferencia de mi madre. Joaquín continúa fingiendo que no ha percibido el tono seco con el que lo he interrumpido.

—No hace falta que te escondas.

—¡Yo no me escondo!

—Como decía, ya no hace falta que te escondas. Y si quieres llegar a ser bailarina principal, te animo a que no lo hagas. Tu danza eres tú. ¿Por qué debería comportarme en la vida como un sapo cuando soy un príncipe sobre el escenario? —Y continúa con una sonrisa cautivadora que no ayuda a atenuar la vanidad de lo que acaba de decir.

—¿Quieres que me comporte como Julieta? ¿Suicidio incluido?

—Hummm, no me importaría si yo fuese Romeo —me responde, acercándose peligrosamente a mí—, pero Jill tiene razón: tú tienes algo. Ha llegado la hora de que te pongas a ello.

Sin darme tiempo a responder, me besa en la mandíbula, en el punto en el que se une al lóbulo de la oreja, y me susurra:

—Mañana, a las cuatro, en la misma aula. Tú, yo y tu algo.

CAPÍTULO 5

ETHAN

Cruzo el campus corriendo como un loco, intentando recuperar algunos segundos del monstruoso retraso que ya llevo. Mierda, ya son las siete y veinte de la tarde y Al va a matarme. El campus se encuentra al noroeste de la ciudad. En función del tráfico, se puede tardar entre quince minutos y una hora en el trayecto y, con el chaparrón que está cayendo, imposible encontrar un taxi. Empapado, irritado por mi propio retraso y sintiéndome algo culpable, entro en el edificio, respiro profundamente y, después de pasarme en vano una mano por el pelo para intentar quitarme de la frente el seudoflequillo que la lluvia me ha dejado pegado, empujo la puerta del aula con una gran sonrisa en los labios.

—Señor Maguire, ¡bienvenido!

—Le pido que me disculpe por el retraso. Como puede ver, he tenido que venir nadando.

—Ethan, ¡qué agradable sorpresa!

Fulmino con la mirada a Al, quien, subida en un taburete frente a la clase, me mira con desprecio desde su metro cincuenta y cinco de altura, sin una sola arruga en su traje muy de los años cincuenta, con una sobria cola de caballo que estira sus rasgos y unas gafas de montura negra apoyadas en la punta de la nariz.

—La señora Cusack nos ha avisado de su retraso, así que venga a instalarse. ¿Quiere... una toalla?

—Pues no me vendría mal.

Dedico una gran sonrisa de gratitud al profesor que me ha recibido, un hombre de unos cuarenta años que imparte un curso sobre innovación digital y que ya había tenido la ocasión de conocer durante una de mis primeras recaudaciones de fondos, cuando era consejero de uno de los inversores que nos había seleccionado.

Cuando vuelve con la toalla prometida, observo la sala de conferencias.

Está hasta arriba. Suelo dejar este tipo de eventos a Al. Además de haber desarrollado la primera aplicación y ser ahora la CTO o directora técnica de la empresa, Al es una comunicadora sin parangón con un gran don para explicar conceptos complicados en unas pocas frases y, todo eso, de forma espontánea. Fue ella la que insistió en que viniera a responder a las preguntas de los estudiantes, recordándome que había sido ella la que me había cubierto en todas esas invitaciones durante más de un año, pero que ya había llegado el momento de volver al mundo de los humanos. Tenía razón, así que tuve que aceptar, consciente de que le debía una. Por eso y por muchas más cosas.

Esta aplicación ha sido mi pasión durante seis años. Ha llegado el momento de reconciliarme con ella. Se acabaron los servicios mínimos. Me pongo la toalla alrededor del cuello para absorber las últimas gotas que caen de mi pelo, me instalo en el taburete alto que hay en la tarima y dirijo una sonrisa más calurosa a la audiencia.

El profesor es el moderador del debate y, tras una breve presentación de nuestra aplicación y un recordatorio de las cifras que demuestran su éxito, pasa la palabra a los estudiantes. Concedo a Al el placer de responder no solo las cuestiones técnicas sino, la verdad, también la mayoría de preguntas, contento por poder dormir un poco en una habitación caliente, pero la patada que acaba dándome, en público, me devuelve dolorosamente al presente.

—Señor Maguire... —empieza un alumno.

—Llámeme Ethan, que si no tengo la impresión de que le está hablando a mi padre.

El alumno se sonroja antes de continuar. Siento la mirada burlona pero también aliviada que me lanza Al. Sí, sé hacer bromas. Sí, vale, muy malas, pero la intención está ahí.

—¿Es verdad que conoce a la señora Cusack desde la adolescencia?

Arqueo las cejas sorprendido por la pregunta, pero decido responder de buena gana.

—En realidad, desde que nacimos porque nuestros padres eran vecinos. Mientras que Al construía sistemas hidráulicos de Lego, yo veía la televisión o tenía la cabeza metida en algún libro. Cuando decidimos desarrollar una aplicación, el reparto de tareas se hizo de forma bastante natural.

Una suave risita recorre toda la clase y no puedo evitar reírme con ellos al recordar a Al, no mucho más alta que ahora, pero con una energía capaz de mover montañas. Llegó a construir un brazo con Lego para coger las galletas de mi mesita de noche y dárme las mientras leía. La explosión recurrente de galletas y el enfado de mi madre, que encontraba una auténtica despensa entre mis sábanas, no me persuadió de convertirme en la cobaya de Al en sus posteriores experimentos.

Otra pregunta interrumpe mis recuerdos.

—Señor Maguire, ¿cómo supo que este tipo de aplicación podría funcionar?

Me rasco la cabeza para hacer tiempo mientras formulo una respuesta que no sea una repetición de la que suelo dar cuando me hacen una entrevista.

—Hay muchas cosas que se pueden hacer para divertirse en Nueva York y los espectáculos cambian con regularidad. Como periodista, en su momento, me costaba mantener un registro de todo lo que hacía...

—El consumo excesivo de alcohol tiene sus consecuencias, sí —murmura Al de forma que pueden escucharlo las primeras filas, que se ríen con indulgencia de su pullita.

—Me dije que sería útil tener una especie de biblia de todos los espectáculos con sus críticas y con acceso a las entradas y... ¡ya está!, así nació *Show me* —concluyo, fingiendo que no la había escuchado.

—Lo que Ethan no os ha dicho es que entre «y» y «ya está» pasaron dieciocho meses de desarrollo de la aplicación. Ese fue mi trabajo —encadena Al—, mientras él iba llamando a la puerta de los teatros, cines y demás locales de ocio y cultura para mendigar el derecho de proponer sus entradas. Añádele el desarrollo de una aplicación de pago en línea para guardar la información de nuestros clientes en un lugar seguro y te dará una agenda bien ocupada —continúa al instante, cosechando de nuevo algunas risas.

—Ah, sí, eso también... —admito.

—¡Ethan! —me interpela otro alumno.

—¿Sí?

—¿Va a cubrir la nueva temporada del Ballet de Nueva York este año?

—Sí, claro... —recomienzo.

Antes de tener la idea de esta aplicación, trabajaba como periodista a tiempo completo, bueno, con sueldo un cuarto del tiempo, mientras que los otros tres cuartos se compensaban más o menos con las entradas para las representaciones a las que asistía. Era un apasionado de la danza, tanto clásica como contemporánea, y vivía en un antro de Brooklyn. Por aquella época, Al trabajaba para un motor de búsqueda famoso en California. Cuando la aplicación empezó a crecer y cubrir todos los espectáculos de Nueva York y luego del resto de ciudades de Estados Unidos, empecé a hacer crónicas solo del Ballet de Nueva York. Excepto las dos últimas temporadas. Pensé que no se notaría mi ausencia, pero esta pausa dio lugar a una serie de conjeturas que iban de lo absurdo a lo más próximo a la verdad.

No obstante, la razón era bastante simple. Ya no quería ver más danza.

—¡Oh, lo estoy deseando! —exclama la joven antes de continuar—. Hizo que me apeteciera ver danza clásica. Seguía su programa «descubrir».

Al desarrollar la aplicación, creamos los programas «descubrir», «los expertos», «para ir a cenar con los suegros» y otras propuestas que, en función de un algoritmo, sugerían una serie de espectáculos para descubrir la danza, profundizar en la pasión por los musicales o recuperar una cultura de los clásicos del cine con vistas a una cena maratón con la familia política. Fue un gran éxito de *Show me* y, cuando pedimos a nuestros usuarios que nos dijeran qué tipo de programas les gustaría ver en la aplicación, pudimos despegar.

—Gracias —me limité a decir mientras Al elevaba la mirada al cielo en un gesto exagerado. El personaje romántico del periodista reconvertido en CEO pero que conserva su amor por la danza no era santo de su devoción precisamente, pero era el perfil que más atraía a periodistas y público en general.

Le doy un puntapié discreto, solo como intercambio de buenas prácticas, cuando la misma persona continúa con una nueva pregunta.

—¿Entonces piensa asistir al estreno de *Romeo y Julieta*?

Dudo.

—¡Pues claro! ¿Quién puede resistirse a unos amantes malditos que se

suicidan por un pequeño problema de comunicación?

La conversación ha pasado ahora a versar sobre la danza, pero el profesor no parece preocupado y Al no nos interrumpe, contenta al ver que por fin me he despertado un poco.

—¿Conoce el reparto?

—Eso creo, sí. *A priori*, Joaquín Jouanteguy en el papel de Romeo. Y para Julieta, bueno, ya se verá —continúo, con la esperanza de que no deseen abundar más en esa cuestión.

—¿Conoce a la nueva bailarina que se ha incorporado a la compañía?

Niego con la cabeza. La mayoría de personas que usan la aplicación parece creer que conozco a todos los artistas que pueblan las representaciones de las que hacemos crónicas, pero, aunque a Al y a mí nos invitan a muchos más estrenos que antes, no nos relacionamos realmente con los artistas. A Al no le interesa el arte lo más mínimo. Cero. Por mi parte, me abstengo.

—¿La nueva bailarina? —pregunto.

—¿Diane Mychkine?

—Oh, la hija de Natacha Mychkine. ¡Sí, claro, por supuesto!

Imposible no conocer a Natacha Mychkine, pero a su hija... jamás la he visto bailar. El Ballet de la Ópera de París rara vez sale de Francia desde que tienen un nuevo director artístico. A algunas de sus estrellas, sí, pero no es ese el caso de Diane. Será interesante ver a alguien con un estilo más francés bailar con el Ballet de Nueva York. Por lo que recuerdo, se parece mucho a su madre.

Cuando la joven se disponía a seguir hablando, escucho risitas en las primeras filas, seguidas de un «pues a mí no me importaría que me hiciera un pase privado», y arqueo una ceja en señal de desaprobación.

—¿Perdón?

El joven en cuestión se calla, pero, para su desgracia, ha tocado un punto sensible. Las bromitas subidas de tono sobre las bailarinas no me hacen ninguna gracia. Ninguna.

—¿Cómo dice?

Baja la mirada, avergonzado, antes de volver a subirla y responder.

—Me limitaba a describir quién es y... no está nada mal.

—Supongo que sabe que es una profesional, no una...

Me doy cuenta de que mi elección de palabras no es la más adecuada en cuanto las pronuncio y me tapo la boca cuando Al rompe a reír. La fulmino con la mirada, miro el reloj y concluyo:

—Ha sido un placer hablar con vosotros, pero el deber me llama.

—La botella querrás decir... —murmura Al, esta vez para que solo yo lo escuche.

Tiene razón. Solo a mí se me ocurre ir por ahí de caballero de brillante armadura. Con mis obligaciones de estos dos últimos años, estoy bastante desentrenado.

Después de aceptar los agradecimientos del profesor y de dejar a Al con sus amigos, me escabullo antes de que tenga tiempo de unirse a mí. Me meto en el primer taxi que pasa sin mirar atrás. Por suerte, ha dejado de llover durante nuestra intervención y tardo poco en llegar al sur de Manhattan. Al tiene razón: tengo ganas de beber. Pero después de dos semanas sin ir a ver a Kimitake, ya debe de pensar que he decidido cambiar de vida.

En realidad, es que me siento ofendido. Ofendido por haberme despertado solo después de una noche que, con solo pensarlo, siento que me aprieta el bóxer. Mierda. Con sus grandes ojos dorados y sus pecas, esa mujer me ha dejado muy tocado. Intento no pensar en sus pechos mientras el taxista me habla de su mujer, que acaba de dar a luz, y de sus tres hijos; sin duda, mis pensamientos estarían fuera de lugar.

Sí, sus pechos eran maravillosos. Y como nos habíamos ido del bar antes de que yo me acabara la primera copa, estoy seguro de que semejante belleza no había sido el producto del alcohol.

Llevado por un impulso repentino, indico al taxista la dirección del bar. Qué más da si las posibilidades de que me la cruce otra vez son ínfimas sabiendo como sé que, aunque se diera el caso, el mensaje estaba claro después de haberse ido de mi piso a hurtadillas. Rollo de una noche y adiós. ¿Quizá podría convencerla de que repitiésemos, solo para estar seguro de que no fue un sueño? Solo con pensarlo, siento su sabor en mi boca...

La noche va a ser larga.

Después de pagar al taxista, pongo rumbo al bar, cruzando la entrada de un edificio para luego bajar por las escaleras que conducen al sótano. En la barra, Kimitake está fregando un vaso, con la pose típica de un barman. En cuanto me ve, me silba.

—¡Hombre, dichosos los ojos! Por un momento, había llegado a pensar que ella te había asesinado.

—Ja, ja, muy divertido —le digo, mientras me acomodo en la esquina izquierda de la barra, como de costumbre. Desde allí, veo todo el local. Por si alguien interesante apareciera.

No le doy más vueltas al sentimiento que la observación de Kimitake ha hecho nacer en mí. Verme convertido en un pilar del bar hasta el punto de que el barman conozca todas mis acciones y gestos nunca había sido mi ambición, pero es justo lo que ha pasado y lo que está pasando. Me encojo de hombros como por reflejo, en un intento de borrar el vago sentimiento de vergüenza que se me pega a la piel. ¿Acaso me he convertido en el típico tío un poco patético que se pasa todas las noches hablando con el barman y que luego se lleva a casa a desconocidas?

Me pido un *whisky* doble sin pestañear, pero cuando Kimitake me lo sirve, no lo toco de inmediato y me limito a hacer girar el líquido color ámbar bajo la luz. Lanzo un suspiro imperceptible, pero no lo suficiente como para que no se note.

—No ha vuelto.

—No sé de qué me hablas —farfullo antes de beber un sorbo de mi brebaje favorito.

—De todas formas, no pegaba nada aquí —continúa sin prestarme atención.

—Ah, ¿y yo sí? —me quejo.

—Con el pelo sucio y tu aire de tristeza, diría que sí, aunque hoy tienes mejor cara.

—Es porque me he pasado dos semanas sin verte la jeta. Han sido como unas vacaciones.

Espero a que Kimitake me la devuelva, más que nada porque es así como hemos estado funcionando estos últimos meses. Yo llego con mi cara de haber tenido un mal día, él me sirve un *whisky* y me felicita por mi tez rosada y mi aire victorioso hasta que el alcohol surge efecto y dejo de escucharlo o hasta que una mujer se interpone entre nosotros y me la llevo a casa.

La mujer suele decirme su nombre y darme su número de teléfono. Y ella suele pedirme el mío y también suele intentar quedarse hasta el desayuno. Estoy a punto de seguir enumerando las diferencias entre mi desconocida de hace dos semanas y las mujeres que me había tirado hasta entonces cuando Kimitake atrae mi atención arqueando las cejas, el equivalente en él a quedarse boquiabierto.

Giro la cabeza de forma instintiva, esperando por un segundo que...

Pero no.

En lugar de la exquisita bailarina que decidió que era más seguro compartir su vagina que su nombre conmigo se encuentra una figura familiar.

—¡Guillaume!

—Hola, Ethan. ¡Cuánto tiempo! —exclama antes de abrazarme, una costumbre francesa que he acabado aceptando en él, pero que siempre me hace sentir bastante incómodo. Nos conocimos durante una cena con el novio de Al, el tío más insoportable del mundo, todo sea dicho, que trabaja con Guillaume en la Universidad de Nueva York. Congeniamos desde el principio, con su humor negro que, en realidad, oculta un interés sincero por sus congéneres, una de las numerosas paradojas que conforman su carácter.

Guillaume se ríe, consciente de mi incomodidad pero decidido a no cambiar de actitud en ningún caso. Interesado en sus congéneres, sí, buena persona... depende.

—¡Hola, Kimitake!

El barman se inclina para darle la mano.

—¿Y por qué no me das la mano a mí?

—Demasiado fácil. A ti te hace falta que te... sacudan un poco —concluye, lanzando una mirada cargada de insinuaciones a mi vaso.

—Gracias, amigo mío —respondo, insistiendo con ironía en las dos

últimas palabras.

—Tío, ¿cuánto tiempo llevas ahí, pegado a esta barra? —continúa, sentándose a mi lado.

—¿Acaso yo te he pedido que te sientes aquí, francés?

—Olvídalo, era una pregunta retórica. Hace casi dos años, si no me equivoco.

—Dime, ¿ha sido Al la que te ha pedido que vengas a subirme la moral?

—Sí, he venido a atormentarte hasta que dejes de flagelarte por tu mala suerte.

—Yo no me flagelo. Simplemente contemplo la absurdidad de mi vida.

—Al menos estás lúcido. Pero ha llegado el momento de cambiar de aires.

—¿Perdón?

Una de las razones por las que aprecio tanto a Guillaume es porque, durante estos últimos meses, a diferencia de Al, no había hecho ningún comentario sobre mis nuevas costumbres. ¿Qué le pasa?

—Organizo una fiesta en mi casa con algunos amigos. Al viene con su chico, me lo acaba de confirmar. ¿Y tú? ¿Tú vienes con... tu desesperación?

—Mira, no sé yo si... —empiezo a decir y entonces me detengo.

Joder, tiene razón. Hasta yo ya estoy harto de mi cara de muerto. Me comporto como un imbécil. Y llevar dos semanas pensando en una desconocida es ya la gota que colma el vaso de mi depresión. Me merezco algo mejor.

—Vale, ¿cuándo?

Guillaume me sonríe, sorprendido por un segundo por mi cambio de actitud antes de replicar sin perder el tiempo.

—Perfecto. El viernes a partir de las siete de la tarde. Tráete una botella. Preferentemente llena.

—Si quieres contar con mi presencia, te pediría que fueras un poco más respetuoso conmigo.

—Te trato con el respeto que mereces.

—Vale, ya lo pillo. Déjalo, anda. ¿Y a qué se debe semejante honor?

—Mi mejor amiga acaba de mudarse a mi casa. Ah, claro, pero seguramente tú la conoces.

Arqueo una ceja. De qué estará hablando.

—Es bailarina.

Ah.

—Diane Mychkine —exclama, mientras me pasa su teléfono.

En la pantalla de su móvil, una foto de la amiga en cuestión, de cabello color caoba suelto, con una gran sonrisa. Aunque tiene los ojos cerrados, la reconozco de inmediato. Guillaume interpreta al instante mi mirada y me dedica un entusiasta:

—¡Ya decía yo que tenías que conocerla! ¿La has visto bailar?

No le respondo, ocultando mi sonrisa tras la mano que acerca el vaso a mis labios.

—Digamos que sí.

—Ah, vale.

Arquea las cejas antes de continuar:

—Vais a tener muchas cosas de las que hablar.

—No me cabe la menor duda.

CAPÍTULO 6

DIANE

Casi tres semanas de clases y ensayos diarios y tengo la impresión de que mi vida en París está a años luz. Bueno, solo la impresión, porque aquí prácticamente nadie me permite olvidar que soy la nueva y que mi estilo es... diferente. Por suerte, me defienden en las clases y me felicitan por mi técnica. Cada vez llevo más lejos mis efectos, como si estuviera en el escenario. No debería. Debería contenerme y limitarme a seguir las pautas sin necesidad de hacer un espectáculo, pero los murmullos que escucho mientras preparo el papel de Julieta me persiguen hasta en sueños. Los ensayos están resultando ser más difíciles de lo previsto.

El *Romeo y Julieta* que la compañía va a presentar es sensiblemente diferente al de París. Sigue la coreografía de MacMillan y no la de Nuréyev. Por el *pas de deux* que bailé con Joaquín nada más llegar aquí pude hacerme la ilusión de dominar la variación, pero esa ilusión duró poco y a veces tengo la impresión de tener que desaprender mi papel, para luego reaprender otro adaptando mi estilo, y eso requiere un trabajo triple que, por muy emocionante que pueda parecer, resulta agotador.

Hoy, mientras me dirijo al aula en que damos clase después de haber escapado por poco de la lluvia que cae sobre Nueva York, me tengo que recordar que he tomado la decisión correcta y que el trabajo acabará dando sus frutos. Me ganaré el respeto de mis colegas, la confianza de Audrey y la admiración del público norteamericano. En ese orden.

¡Fácil! En París todo fue bien...

Me clavo las uñas en las palmas de las manos para cortar de raíz esos pensamientos negativos, elevo el mentón y entro en la habitación. Queda un lugar libre en la barra, a una persona de distancia de Liv. Veo que se acercan, su vecina y ella, para intercambiar un comentario que genera una risa ahogada. ¿Qué pasa? ¿Acaso tengo un grano en la punta de la nariz? Me he vuelto un poco paranoica desde aquella mirada asesina que me lanzó la primera vez que nos vimos.

Elegante, perfecta, tranquila. En cualquier circunstancia.

Las palabras de mi madre resuenan en mi cabeza, algo que resulta paradójico si tenemos en cuenta ese temperamento suyo que tanto ha contribuido a forjar su reputación. Cuando le hice esa observación, se limitó a decirme: «La gente excepcional puede hacer excepciones». No estoy segura de si eso me incluía a mí en ese círculo cerrado. En cualquier caso, nada de excepciones para mí por el momento. Tengo que demostrar que puedo formar parte de la compañía y salir bien parada. Menudo programa.

El aula está bien caldeada, así que me quito todas las capas con las que me había disfrazado de cebolla para dar paso a un maillot sencillo en color carne de espalda muy abierta, unos pantalones cortos ajustados grises y unos calentadores que me quitaré cuando hayamos terminado el calentamiento.

Un hombre de unos cincuenta años, Chase, entra en la sala. Su pelo, blanco como la nieve, le hace parecer mayor de lo que podría parecer a primera vista, pero sus brillantes ojos verdes y su paso tranquilo contrarrestan esta primera impresión. Antiguo bailarín de danza clásica, trabaja como maestro repetidor e imparte algunos cursos. Formado en la escuela francesa, sabe de dónde vengo y me da consejos para que pueda dar lo mejor de mí misma sin perder mi estilo. Me tranquiliza mucho saber que él será indulgente conmigo.

—Todos preparados, comenzamos ya.

Todos frente al espejo, encadenamos las posiciones. Primera, segunda... Lo básico, como todos los días. Y, aunque ya lo hayamos repetido mil millones de veces, siempre hay algo que se puede mejorar. *Battement devant, battement à la seconde, battement en arrière*, vamos descomponiendo todos los movimientos y entro en trance, cuerpo y mente perfectamente alineados, siguiendo la música para ejecutar las instrucciones del profesor. Ahora las diagonales, en las que encadenamos saltos y piruetas. Joaquín se lanza, brillante, en representación constante él también. Puede permitírselo con su «resistencia legendaria»...

—Bien, señor Jouanteguy, reserve su energía para el día del estreno —le lanza Chase con un tono severo que queda desmentido por una sonrisa de aprecio.

Jill y otra bailarina ocupan su lugar. Observo a Jill, que es menos flexible que yo pero que tiene una energía muy particular, concentrada, y unos brazos

sublimes que, a pesar de todo, le permiten brillar técnicamente. Tras haberla visto ensayar Julieta con Joaquín, presiento que es una gran actriz, capaz de transmitir una emoción hasta la última fila del balcón más alto.

Liv y yo empezamos a la vez y siento una satisfacción mezquina al escuchar a Chase gritar:

—Bien esa precisión, Diane. Liv, un poco más de energía en las piernas.

Así que la mirada con la que me fusila después de esa diagonal ni me roza.

Elegante, perfecta, tranquila. En cualquier circunstancia.

Le dedico mi mejor sonrisa de compasión y vuelvo a colocarme en la fila de bailarines para el siguiente pasaje.

Cuando la clase está a punto de terminar, Chase hace pasar a varios bailarines a un mismo adagio, una serie de pasos que nos explica antes de pedirnos que los interpretemos. Es una forma de controlar la progresión de los bailarines que no tienen la oportunidad de tener primeros papeles y también una forma de fomentar la competencia entre los bailarines escogidos en cada ocasión. A veces, los bailarines principales realizan el adagio en primer lugar, pero más para mostrar el camino que para ponerlos a prueba, aunque el ojo entrenado de los profesores no deja pasar la más mínima debilidad.

Después de haber visto a varios bailarines, Chase se gira hacia mí y me dice:

—Diane, ¿puedes hacernos un gran salto? Observad bien sus piernas.

Lo ejecuto, deslizándome por el aula en cuanto el pianista empieza a tocar. Con la pierna elevada, giro, encadeno un *chassé* y luego me impulso antes de ejecutar un *glissade grand jeté tendu*, saltos que suelen impresionar al público cuando se realizan a la perfección, en *écart*, paralelo al suelo, lo más alto posible. A medida que iba avanzando por la sala, escucho con total claridad cómo Liv le dice a un bailarín, falsamente impresionada:

—Es un milagro que pueda mantener el equilibrio con semejante pecho.

Oigo el final de la frase en el preciso instante en el que termino con un *piqué attitude*, posición en la que me mantengo en equilibrio sobre una sola pierna en punta, con la otra muy por encima de la cadera, y las caderas y el citado pecho girado hacia el público.

Solo hace falta una palabra para que recuerde lo que me dijo mi madre cuando la pubertad acabó haciendo acto de presencia en mi vida. A mis diez años, agradecía la estructura que me aportaba la escuela de danza, pues, aunque no veía casi nunca a mi madre, por fin tenía la existencia organizada que tanto había deseado. Gracias a Guillaume y sus padres, me había construido una especie de nido familiar. Sin embargo, mi madre, que según parece seguía mis progresos, se pavoneaba ante sus colegas bailarines porque «de tal palo, tal astilla». El día que cumplía catorce años —todavía me pregunto si sabía que era mi cumpleaños, porque mi nacimiento probablemente era menos memorable que sus más grandes actuaciones—, bueno, que me lío... Vamos, que el día que cumplía catorce años, la grande, la inmensa Natacha Mychkine vino a la escuela de danza para tener un encuentro con los alumnos. En esa ocasión, asistió a una de las clases de mi curso. Mi profesor había elogiado a mi madre por mis líneas y aseguraba que, si seguía trabajando con tanto ahínco, tenía muchas posibilidades de convertirme en una gran bailarina, quizá la próxima «Mychkine». No sé si es que el comentario la puso de mal humor o si realmente lo soltó de forma espontánea, pero todavía puedo sentir el puñetazo en el estómago al escucharla decir, algo asqueada:

—Imposible con semejantes pechos.

No sé cómo, pero la anécdota salió de las paredes de la escuela y algunos periodistas todavía la citaban al inicio de mi carrera. Es evidente que Liv había hecho los deberes y había estado hurgando en mi pasado. Debería haberme sentido halagada y hacer caso omiso a ese tipo de comentarios desagradables, pero no puedo evitar escuchar a mi madre.

Que quede claro que uso una exuberante copa B. Anecdótico para una mujer y nada indecente para una bailarina, pero, en comparación con mi madre, se me consideraba una vaca lechera. De hecho, ese es el apodo que me ha perseguido hasta el final de mi escolarización. Un placer.

Quizá por eso, cuando escucho a Liv, me desestabiliza durante un cuarto de segundo. Un momento ínfimo pero suficiente como para que mi *attitude* no resulte perfectamente equilibrado y no pueda aguantar hasta el final de la música.

Mantengo la cabeza alta, pero siento que mis mejillas se enrojecen y no solo por la intensidad del momento. Escucho risitas detrás de mí y me tengo que controlar para no elevar los hombros.

Elegante, perfecta, tranquila. En cualquier circunstancia.

—Nada de cháchara mientras estamos bailando —grita Chase.

Liv no había sido tan discreta como ella creía. En un intento de mantenerme estoica y no dar más munición a la concurrencia, no me arriesgo a mirar para ver qué cara se le ha quedado. Solo tengo un deseo: abandonar la sala, mortificada por mi error, pero sé que tengo que esperar. Con murmullos o sin ellos, debería haber sido capaz de bailar sin escuchar nada, sin ver a nadie. Salgo la última del aula, con el rostro oculto tras mi chaqueta polar, después de evitar a todo el mundo.

—Diane, ¿quieres venir a comer conmigo? —me dice Jill desde la puerta, con su bolsa en el hombro.

Dudo un segundo, pero soy consciente de que no puedo rechazar una mano tendida.

—Venga, vamos —continúa, deslizando su brazo bajo el mío.

Esbozo una pequeña sonrisa antes de seguir sus pasos. No soy tan ingenua como para pensar que he encontrado una nueva amiga, pero estaría bien tener una aliada.

La cafetería del edificio es un lugar immaculado que no tiene nada que ver con los estudios que se usan sin descanso, incluso cuando el mantenimiento es impecable. Reservo dos asientos, uno para Jill y otro para mí, y entonces aparece con una bandeja cargada de bebidas calientes, barras de proteínas y fruta, pero también un platito de patatas fritas.

—No sabía qué querías, así que he cogido de todo.

—¡Ha llegado la Navidad! —exclamo.

Pero dudo frente al plato de patatas fritas.

Jill da un sorbo a su té antes de coger una patata y engullirla en dos bocados. Cierra los ojos y hace gestos de éxtasis antes de gemir.

—Hummm, patatas fritas y té verde, la comida de los campeones.

No puedo evitar echarme a reír y, siguiendo su ejemplo, me como una.

—Imagino que no pasa nada, no tenemos representaciones.

—No es lo ideal, pero hay que saber tomarse un descanso de vez en

cuando. Has adelgazado un poco, ¿no?

Sorprendida por su observación, me encojo de hombros.

—He bailado mucho estas dos últimas semanas y, bueno...

—¿El estrés te quita el apetito? —añade.

—El estrés, los nervios...

—¿Y Liv? —me pregunta con una pequeña sonrisa de complicidad.

Me atraganto con el sorbo de té que tenía en la boca y, después de un ataque de tos, exclamo:

—No te andas con rodeos, ¿verdad?

—No es tan mala como parece.

Arqueo una ceja, dubitativa.

—¿En comparación con Hitler, quieres decir?

—¿Y tú crees que Hitler habría sobrevivido en una compañía de danza? — responde de inmediato.

—En cualquier caso, le habría gustado el uniforme.

Nos echamos a reír las dos sin mucho estruendo. Jill es una bocanada de aire fresco políticamente incorrecta. Esboza una sonrisa antes de proseguir.

—Lo digo en serio. Liv acabará calmándose.

—Eso espero porque, entre ella y los comentarios de algunos sobre mi madre o mi estilo, empiezo a...

Me detengo ahí, consciente de que estoy a punto de llegar al punto de no retorno. ¿De verdad quiero desahogarme con Jill? Es cierto que es simpática y el hecho de que haya compartido unas patatas conmigo es una prueba tangible de su humanidad, pero sigue formando parte de la compañía, una compañía que lleva mal las nuevas incorporaciones como yo.

—Son duros contigo porque esperan mucho de ti. Te precede una gran reputación. No es culpa tuya, pero es así —continúa—. Eres la hija de una estrella de la danza, te has formado en la escuela francesa, los rumores dicen que Audrey prácticamente te robó de manos del director artístico del Ballet de París...

—Los rumores exageran.

—¿Cuánto tiempo pasó entre tu dimisión y su propuesta?

—Hummm, ¿tres horas?

—¿No te parece demasiada coincidencia?

Me quedo muda. Sí, creía que era una coincidencia y, lo que es más, inesperada.

—¿Ya tenía pensado hacerme esa propuesta?

—Estabas claramente en su radar. La sorprendí visionando un vídeo tuyo interpretando a Odile algunas semanas antes de ir a París. El trabajo de Audrey consiste precisamente en buscar talentos que puedan aumentar el caché de la compañía y atraer mecenas. Eres extranjera y formas parte de la nobleza de la danza por tu madre. También has sido víctima de una injusticia en París o, al menos, eso es lo que dicen y luego tienes esa cara... Vamos, que cumples todos los requisitos, Diane.

Me quedo con la boca abierta. Jill me sonrío.

—Visto así...

—Liv se ha matado para convertirse en solista, ha llegado mucho más tarde que tú y codicia el título de bailarina principal desde siempre. Por muy buena bailarina que sea, y desde luego es excelente, con tu llegada has puesto muchas cosas en duda. Y ya ni hablamos de tu *pas de deux* con Joaquín del primer día. Es un *partenaire* magnífico, pero juntos formáis una pareja incandescente y eso... da miedo.

—Pero yo solo quiero bailar.

—No te engañes y, desde luego, no tomes a los demás por idiotas. Has venido para ser bailarina principal, lo que te permitiría bailar.

Guardo silencio. Tiene razón.

—Todo parece tan simple, casi fácil, cuando lo dices así —empiezo.

—¿Sabes? Antes de convertirme en bailarina principal e, incluso ahora, sigue habiendo rumores constantes de mi supuesta anorexia y de mi adicción a la cocaína.

—¿A la cocaína? ¿En serio?

—Sí, naturalmente que no ha sido nada agradable, pero sabía cuál era mi objetivo. Ten el tuyo siempre presente. Ya se calmarán y Liv se acabará haciendo a la idea de que deberá esforzarse el doble para brillar. Al fin y al cabo, eso beneficiará a la compañía. Ya lo verás. No permitas que te desconcentren. Tu objetivo debe ocupar el cien por cien de tu tiempo mental y físico.

Jill me deja meditando sobre sus palabras. Después de comer, me voy a entrenar al gimnasio de la compañía. Allí también me impresionan las máquinas y los aparatos de masaje disponibles. Nos tratan como atletas, como máquinas de precisión, más todavía incluso que en París. La tarde pasa a una velocidad fulgurante y, cuando miro la hora, solo quedan diez minutos para que comience el ensayo con Joaquín. Como me prometió, pasa conmigo algo de tiempo todos los días para practicar determinadas partes de *Romeo y Julieta*. A pesar de esas miraditas que me hacen preguntarme cómo es posible que todavía no lo hayan detenido por comportamiento indecente, es cuidadoso y ha resultado ser un compañero exigente.

Después de comer un puñado de almendras y beber un sorbo de agua, me refresco un poco y me pongo una túnica rosa palo. Puestos a encarnar a Julieta, mejor vivirlo por completo. Ayer ensayamos la muerte de Julieta, una escena desgarradora en la que Romeo se aferra al cuerpo inerte de su amada e intenta que baile con él antes de decidir morir. Joaquín se une a mí en el aula mientras estoy ensayando, marcando solo con los brazos los pasos de la escena del balcón.

—Diane, pareces un poco estresada.

—¿Perdón?

Levanto la cabeza, asombrada por su observación. Se acerca a mí, con el paso lento y reposado de un depredador, y posa su mano sobre mi cuello. Siento que el calor de su piel se extiende por la mía.

—Aquí está todo muy tenso.

Le sonrío, ablandada muy a mi pesar por ese aire de suficiencia que exhibe, como si su sola presencia en la habitación hiciera que todo el género femenino se volviera loco de alegría y se relajara al instante, algo que seguramente debía de soler pasar.

—No es nada. Solo es que mi mejor amigo organiza una fiesta sorpresa en

mi honor.

—¿Y eso te estresa? ¿Una fiesta?

Su tono de estupefacción me arranca una sonrisa nerviosa.

—Es que soy un poco... tímida. La idea de conocer gente así, en masa, sin saber cuándo ni cómo, sí, me estresa. Es que no conoces a Guillaume, es capaz de organizar una velada nudista con tal de ayudarme a superar mis límites.

—¿Estoy invitado? —me pregunta, con una chispa interesada en la mirada.

—No hay ninguna fiesta nudista —le lanzo con tono exasperado antes de colocarme en posición para empezar la variación.

Joaquín no dice nada. Enciende la música y se me acerca. Fuera no para de llover, lo que causa la impresión de que estamos bajo una especie de bóveda que atenúa el ruido de la gran ciudad. Ensayamos esa variación, una y otra vez, hasta uno de los últimos movimientos. Romeo, de rodillas, sujeta a Julieta por las caderas y la eleva mientras ella se mantiene totalmente horizontal, en posición de vuelo, con los brazos hacia atrás y la espalda arqueada. Lo hace una vez, dos veces, como si ella no pesara nada. Es un ejercicio de fuerza para Joaquín y de abdominales para mí. Si el equilibrio no es perfecto, corro el riesgo de pasar por encima y, si no activo los abdominales lo suficiente, no podrá levantarme y hacer que parezca fácil, delicado.

Descomponemos el movimiento y me deslizo hacia Joaquín, dejando que me eleve mientras me arqueo, colocando mis pechos a unos centímetros de su cara. Llevada por una duda repentina, bajo la mirada para comprobar que la suya, en vez de estar fija, en adoración, en mi rostro, se centra en mis senos. Sí, sin duda alguna expresa cierta forma de adoración. O de deseo. Pongo mala cara y, cuando nuestras miradas se cruzan al fin, Joaquín empieza a reírse, poniendo en peligro el equilibrio de nuestra posición. Me acerca a él y, deslizando las piernas a un lado, amortigua mi caída golpeándose la cabeza contra el suelo mientras lanzo un pequeño grito de pavor.

Tumbado boca arriba, Joaquín mantiene los ojos cerrados. Yo me quedo a horcajadas sobre él.

—Joaquín, ¿estás bien?

Hace un gesto de queja mientras se levanta apoyándose en los antebrazos. Le doy un golpecito en el hombro.

—¡Me has asustado! Eso te enseñará a no volver a mirarme el pecho.

Sonriente, niega con la cabeza y se sienta.

—Va a hacer falta algo más que un golpe en la cabeza para que deje de hacerlo.

—¿Qué? ¿Te preguntas cómo puedo mantener el equilibrio con semejantes pesos muertos? —le suelto, todavía dolida por el comentario de Liv.

—No, más bien me preguntaba cuándo me ibas a dejar besarte.

Finjo negar con la cabeza mientras intento levantarme, pero sus brazos me aprisionan. Antes de que pueda reaccionar, se incorpora para sentarse por completo y sus labios se encuentran con los míos. Sorprendida, abro la boca, lo que él interpreta como una invitación a besarme con mayor ímpetu.

Tengo que reconocer que, llevada por la curiosidad, me dejo hacer. Tras tres semanas de sueños eróticos con el desconocido del bar, semanas de estrés y tensión, soy un manojo de nervios y de libido casi descontrolada.

O totalmente fuera de control.

Joaquín, enardecido por mi reacción, acerca su mano a mi pecho derecho y, aunque una parte de mi cuerpo grita de alegría ante la idea de volver a sentir una pizca del placer de hace tres semanas, algo me detiene. Allí donde mi desconocido sabía perfectamente lo que hacía y me hacía sentir... preciosa...

Preciosa para un rollo de una noche, sí...

Joaquín es más, digamos... ¿feroz? Su boca me devora y sus brazos no me dan la más mínima oportunidad de escapar. Antes de que su mano se aferre a mi pecho, lo detengo.

—¡Para, para!

A mi voz sin aliento le falta convicción, pero, con todo, deja de besarme.

—Quieres parar —empieza a decir con tono plano.

—Sí.

¡¡¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO!!!

Sin prestar atención al corazón que me late a mil por hora, el escalofrío que recorre mi piel y el calor que invade mi estómago, me concentro para salir

de esa situación antes de sucumbir. Tengo la sensación de que, si Joaquín hubiera conseguido acariciarme, ahora mismo estaríamos los dos arrancándonos la ropa allí mismo. Este pensamiento me enfría de inmediato y me permite cambiar de posición, alejarme unos pasos y cruzarme de brazos. ¡Menudo imbécil!

—Eh, Diane, tampoco hay que hacer un drama de esto, ¿vale?

La voz de Joaquín, un poco burlona, me invita a girarme hacia él.

—Lo... lo...

—Diane, no tienes que disculparte. Solo he probado suerte.

Me pone dos dedos bajo el mentón para obligarme a mirarlo directamente a los ojos. No hay rencor en su mirada, pero sí algo de ironía mezclada con una pizca de atracción. Miro hacia abajo un segundo, recorriendo su cuerpo. Quizá algo más que una pizca. Ante la duda, le suelto:

—¿Ensayas conmigo para... esto?

Joaquín niega con la cabeza y hace una pausa antes de responder.

—Para mí esa sería motivación suficiente, pero no, no es por eso, es por tu forma de bailar. Me obligas a ser mejor.

Sorprendida por su respuesta, le dedico una sonrisa temblorosa a la que responde con un burlón:

—Y a besar mejor. La próxima vez no te escapas, te lo aseguro.

No sé hasta qué punto semejante amenaza es una broma, pero vuelvo al apartamento un poco más aliviada. Entre Jill y Joaquín, tengo la impresión de ir formando poco a poco mi círculo. Solo hace falta que sepa guardar las distancias con Joaquín. Una no llega a bailarina principal flirteando entre ensayos.

Envío un mensaje a Guillaume para proponerle una noche de cena india y película de Bollywood, a lo que responde con entusiasmo: «¡Devdas ya te está esperando!». Ya frente al apartamento, cuando meto la llave en la cerradura, estoy casi relajada.

Casi.

—¡SORPRESA! —grita Guillaume.

Lo fulmino con la mirada antes de esbozar una sonrisa. Sus amigos no tienen la culpa de que a Guillaume le encante torturarme. Escondida tras su cuerpo, que bloquea la puerta, intento pellizcarle la barriga con la intención de arrancarle un grito de dolor, cuando de repente siento una presencia a mi lado.

—Buenas tardes, Diane.

Me quedo helada y miro por encima de mi hombro.

Mi desconocido.

CAPÍTULO 7

DIANE

—Buenas tardes, Diane.

—B... buenas tardes —respondo, con los ojos como platos y la boca seca.

—Diane, te presento a Ethan.

—Ethan —repito con voz monocorde mientras intento recomponerme.

Guillaume desliza una mano por mi espalda riéndose y me empuja hacia el desconocido del bar, digo, Ethan.

—Diane es un poco tímida. Necesitará una copa o dos para volverse más sociable.

—Ardo en deseos de que eso ocurra —se limita a decir Ethan, con una media sonrisa.

Me pregunto si los ojos se me han salido de las órbitas o si es tan solo una impresión. Escucho a Ethan reírse suavemente y tengo que contenerme para no hacer ningún gesto. Echo un vistazo a Guillaume y parece que no ha notado nada raro en la conversación que se acaba de producir.

Ethan no le ha contado nada.

Esta revelación me tranquiliza un poco. No estoy avergonzada por lo que hice, pero entre bromear sobre un rollo de una noche con tu mejor amigo y ver cómo ese mismo amigo te presenta a dicho rollo en su propio apartamento hay un mundo. ¡Ay! Se ha fastidiado mi idea de guardar ese recuerdo en una caja cerrada con doble candado. Lo único que me queda es intentar que, al menos, no lo averigüe esta misma noche.

Guillaume me arrastra al salón y me presenta gritando mi nombre al público en general. Ha invitado como a una decena de personas, un pequeño grupo que me recibe con entusiasmo, pero también con unas cuantas preguntas. Antes de que Guillaume me plante un vaso en la mano, consigo escaparme para deshacerme de la ropa de ensayo que no me había quitado después de bailar con Joaquín y vestirme por fin con ropa de calle.

Joaquín, Ethan...

Me tapo la cara con las manos y gruño ruidosamente aprovechando que la música y la cháchara del salón tapan semejante desahogo. Sorpresa o no, no me ha hecho falta más que un instante para darme cuenta de que no había adornado para nada el recuerdo que Ethan me había dejado.

Incluso vestido, está muy bien...

Me pego dos bofetones en las mejillas para volver a la realidad, pero no lo consigo. Todo está ahí. Pelo rubio oscuro despeinado como si acabara de salir de la cama, presente. Boca cerrada que grita que la muerdan, vale. Barba de tres días opción «tengo cosas mejores que hacer que afeitarme como, por ejemplo, besarte... por todas partes», también. Sí, todo está ahí. Intento parar mi mente, que no deja de repasar esa lista tan precisa como frustrante. Sus manos elegantes con pequeñas venas que... oh, y esos ojos, no olvidemos esos ojos que me habían parecido casi negros mientras me besaba en su casa pero que, en realidad, son color índigo.

¿Índigo? ¡Nos vamos calmando ya!

Vale. Azul oscuro.

Pongo fin a esas elucubraciones sin sentido, me quito la ropa y me vuelvo a vestir deprisa con un par de medias opacas y un vestido negro de lana con mangas que me tapan las manos, pero con un escote que me despeja el cuello y, si hace falta, me permite descubrirme un hombro si la temperatura aumenta. Es un vestido tejido por la madre de Guillaume que he conservado con celo.

Echo un vistazo al espejo que hay encima de la cómoda y me pinto los labios con una barra color rosa envejecido. Me dejo el moño. No tengo tiempo de cambiar de peinado y, con un poco de suerte, me aportará un poco de compostura.

Salgo del dormitorio y me dirijo al salón. Instintivamente, tiro de las mangas para taparme las manos y esbozo una sonrisa educada. Guillaume se acerca a mí con dos vasos de vino en la mano.

—¿Los dos son para mí?

—No me digas que esta fiesta te pone así de nerviosa —bromea Guillaume mientras me observa con intensidad.

Me encojo de hombros, exhalando exageradamente.

—Es solo que ha sido un día largo.

—¿Ha sido un mal día?

—Los he tenido mejores.

Cojo el vaso que me ofrece y le doy un buen sorbo evitando su mirada. Guillaume siempre ha estado ahí desde mis inicios en la compañía y, bajo esa fachada de alborotador, sé que hay una persona que se preocupa por mí. A decir verdad, la jornada de hoy ha sido mejor que las anteriores, pero mis emociones me hacen sentir en una montaña rusa, entre la esperanza de una amistad con Jill y las insinuaciones de Joaquín que he interrumpido, en parte, porque el recuerdo de Ethan estaba todavía demasiado presente. Su presencia en carne y hueso esta misma noche es la guinda que le faltaba al pastel. Echo un vistazo discreto a la estancia y lo localizo de inmediato, pegado a una ventana, con una cerveza en la mano, charlando con una rubia bajita y sensual con gafas de pasta que está sentada sobre un joven también rubio, tan alto que resulta bastante destartalado. En esa posición y con semejante diferencia de altura, parecen una marioneta y su marionetista. Aunque solo veo la parte de atrás de sus cabezas, se diría que mantienen una conversación animada. En la otra parte del salón, dos chicas jóvenes en plena discusión miran a Ethan de forma intermitente y, desde luego, no puedo culparlas.

Puro sexo concentrado.

En el preciso momento en el que se me pasa esa idea por la cabeza, sus ojos se posan sobre mí y me cautivan durante un instante, como si hubiera podido leer mis pensamientos. Solo me mira un segundo y, después de una media sonrisa, vuelve a la conversación, lo que me hace sentir extrañamente abandonada.

Y sin embargo es justo eso lo que quiero, que no me preste atención y que Guillaume no se dé cuenta de que me he hecho la huidiza con uno de sus amigos. Lo cojo del brazo y choco mi vaso un poco contra el suyo.

—Por los nuevos inicios y los viejos amigos que te reciben para poder tenderte mejor una trampa. Cuéntamelo todo sobre tus invitados. ¿Con quién debo hablar primero?

Guillaume, aceptando mi brindis como lo que en realidad es, una forma de

desviar la atención de mis pequeñas desgracias, comienza a hablarme de todos ellos. No sé si es por su especialidad, Balzac, o por su sentido del juego, pero es muy bueno describiendo a quienes nos rodean. Adereza sus descripciones con observaciones a veces absurdas, otras justas, dejando a su interlocutor el entretenimiento de distinguir lo verdadero de lo falso.

Como presentía, la mayoría de los presentes eran colegas y amigos de sus colegas ya convertidos en amigos suyos. Después de haberme dejado creer que el rubio alto que estaba hablando con Ethan era un antiguo jugador profesional de baloncesto, por fin llega a quien realmente me interesa, como si hubiera querido guardar lo mejor para el final. Escondo mi impaciencia en mi copa de vino. Si no lo puedo probar, al menos lo puedo contemplar.

—A pesar de su aspecto, relajado como poco —empieza Guillaume—, Ethan tiene un domicilio y un trabajo.

Le doy un golpe con la cadera y frunzo la nariz de forma amistosa en respuesta al escalofrío teatral que le recorre al ver a Ethan. Bien es cierto que al lado de Guillaume, mechón perfectamente alisado hacia un lado, mentón bien afeitado y camisa sin arrugas, Ethan está lejos de ser un dandi, pero su aire desaliñado no hace más que aumentar su encanto. Tengo ganas de pasarle los dedos por el pelo para peinarlo, seguir desabrochándole los botones de la camisa y sentir su barba de tres días en mi piel.

—No todo el mundo tiene dos horas al día para dedicarse a su aspecto —le suelto, extrañamente irritada por las pullitas lanzadas contra él.

—¡Cómo que no!

—No creo que el maquillaje de escena cuente.

—Detalles, eso solo son detalles. Vamos, que vestirse como un mendigo tiene que ser un truco propio de millonarios.

Me quedo con la copa a unos centímetros de la boca y chasqueo la lengua. Suele ser más sutil cuando intenta colar una observación falsa sobre un hecho.

—Por supuesto, Guillaume.

Cuando se dispone a continuar su descripción, la rubia bajita nos interpela.

—Deja de juzgarnos y ven a presentarnos a tu amiga como es debido.

Guillaume se lanza antes de que yo pueda reaccionar. ¿Pero cómo? ¿Yendo

a esconderme a la cocina? Porque es lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Hola, me llamo Al. Encantada de conocerte —me dice la joven levantándose de su «silla humana», identificada por Guillaume como su novio, para venir a abrazarme con el famoso «*hug*» norteamericano que todavía no consigo dominar. Cuando me la describió Guillaume, me dijo que hablaba varios idiomas, pero que solo uno de ellos era humano.

No me ha dado tiempo a recuperar el aliento cuando el gigante rubio se despliega y me inflige el mismo tratamiento.

—Sven. Trabajo con Guillaume, saco de quicio a Ethan y me acuesto con Al.

Visiblemente acostumbrada a este tipo de comentarios, Al se limita a agitar la cabeza y elevar la mirada al cielo.

Cuando llega el turno de Ethan, me quedo inmóvil. Se lo piensa un instante y, cuando me lanzo a abrazarlo, me tiende la mano. Me paro y mis ojos pasan rápidamente de su rostro, educado pero cerrado, a su mano.

¿Acaban de pasar de mí o qué?

—¿Pero qué te pasa, Ethan? —le interpela Al.

—No estoy muy seguro de que Diane aprecie mucho el «*hug*» —responde sin bajar la mano.

Queriendo poner fin a la incomodidad repentina de la situación, lo cojo de la mano y la aprieto brevemente antes de soltarla.

Hummm...

Sí, el simple contacto de su mano en la que se pierde la mía basta para despertar mi libido. Casi mejor que no me haya abrazado. Gemir todavía no está bien visto en sociedad.

—Pero se ha esforzado tanto... —declara Guillaume con un tono salpicado de decepción.

Al se tapa la boca con la mano, con aparente vergüenza.

—¿Tanto te molesta?! Ah, no, si lo hubiera sabido...

Antes de que Guillaume termine de arruinar mis esfuerzos por no parecer antisocial, exclamo:

—¡No, no, en absoluto! Me ha gustado tu «*hug*».

Sven, la pareja de Al, arquea una ceja.

—¿Más que el mío? —pregunta con tono serio.

—Hummm... —dudo.

—Es que Al huele mejor —dice Guillaume— y te da menos la impresión de que te va a llevar a su glaciar.

—Todos preferimos los «*hugs*» de Al a los de Sven —interviene Ethan.

Esbozo una sonrisa sin mirarlo y el ambiente, ahora algo más distendido, vuelve a ser ligero.

—Entonces, Diane, Guillaume nos ha dicho que eres solista del Ballet de Nueva York.

—Sí, hace dos semanas que llegué.

—¿Y todo va bien? ¿Nada de cristales machacados dentro de tus zapatillas? —me pregunta Al, con un toque de seriedad en su tono despreocupado.

Entrecierro los ojos y dudo.

—N... no. Imagino que esperan a mi primera representación.

Al esboza una leve sonrisa antes de rodear la cintura de Sven con el brazo.

—¿Ves, cariño? Tus pequeñas riñas internas son *peccata minuta* al lado de lo que tiene que soportar Diane.

Se encoge de hombros poniendo cara de buen chico antes de inclinarse hacia ella y darle un beso en los labios. Estoy fascinada por la forma en la que se pliega para poder alcanzarla. Parece un sauce llorón que...

Guillaume me pellizca el brazo.

—¡Ay!

—Deja de mirarlos así, eso es de mala educación —me susurra en francés.

Al, que ha escuchado nuestra conversación y ha entendido todo o, al menos, el sentido general, se ríe antes de interrumpir nuestra escaramuza:

—No pasa nada, Diane. Incluso Ethan sigue fascinado con nosotros y eso

que ya debería estar acostumbrado. Después de cinco años...

—Tengo que decir que no soy testigo voluntario de esta situación —interviene Ethan—, pero suelo encontrarme en presencia de semejante pareja extraña con más frecuencia de lo deseado y hay que reconocer que la dinámica física de esta unión todavía me deja intrigado.

La voz de Ethan resuena junto a mí y me río al mismo tiempo que Guillaume, Al y Sven. La he oído, pero no he entendido nada. Estaba demasiado centrada en el timbre de su voz como para haberlo oído. ¿Era igual de sexi la última vez?

—A Ethan le apasiona la danza clásica —suelta Sven.

Observo como Al le lanza una mirada furiosa y, de inmediato, siento que la paranoia me invade.

¡Oh, no, él sí les ha contado a sus amigos que nos acostamos! ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza más grande!

Sven, habiendo percibido la reacción de su novia, comienza un intercambio mudo con ella, cejas arqueadas, miradas intensas y preguntas calladas.

—¿Os estáis dando cuenta de que estamos asistiendo a vuestra pequeña escena?

El comentario de Guillaume pone fin al dialogo silencioso y no puedo evitar echarme a reír, ocultando la boca tras mi mano. Sin quererlo, miro hacia arriba y me encuentro con los ojos de Ethan. Me observa con una vaga sonrisa en los labios que desaparece en cuanto se cruzan nuestras miradas. Apartando la atención de mi persona, les dice a Al y Sven con aire disgustado:

—Tampoco es un tema tabú. No pasa nada.

—Ethan es... —empieza Guillaume.

—Periodista —continúa Ethan—. Soy crítico.

Sven y Al vuelven a cruzar miradas antes de girarse los dos hacia mí y sonreír a la vez. Resulta bastante flipante ver exactamente la misma expresión en dos personas físicamente tan diferentes. La *pin-up* miniatura y el gran vikingo desgarrado y todavía más desaliñado que Ethan. Haciendo acopio de valor y antes de que se dé cuenta de que lo evito, me giro hacia él intentando

esquivar sus ojos.

—Oh, ¿y para qué periódico?

—Voy por libre, un poco por aquí y por allí, sobre todo Internet.

—Estoy seguro de que Diane actuará en la próxima representación —
interrumpe Guillaume.

—Si consigo aprenderme la coreografía antes, claro.

—¿Es muy diferente? —pregunta Al.

—Sí y no, pero yo bailo a la francesa, así que tengo que acostumbrarme a mi nuevo *partenaire*.

—Oh.

Al y Sven asienten con la cabeza con cara de entenderlo, pero tengo la impresión de que este universo es otro mundo para ellos y que mantienen esta conversación más por educación que por interés.

—¿Me disculpáis? Voy a buscar una botella.

Y, con estas palabras, me escabullo por fin a la cocina. La proximidad de Ethan hace que me lata el corazón a mil por hora y siento que el rosa de mis mejillas se debe a algo más que al vino. Me miro en el reflejo del horno antes de negar con la cabeza y reírme de mí misma. Cualquiera diría que soy una adolescente con un cuelgue del tamaño de la torre Eiffel. O del edificio Chrysler, por darle algo de color local.

Si esta noche me ha afectado, no tiene nada que ver con Ethan. No es que esperara que me hiciera dar vueltas entre sus brazos en mitad del salón, pero tengo que reconocer que, una vez que me he recuperado del *shock* inicial y después de cambiarme de ropa, una parte de mí esperaba que viniera a buscarme. Que intentara conocerme. Es contradictorio con mi deseo de ocultar esta conexión a Guillaume, pero bueno, es así. Quizá sea una cuestión de amor propio o quizá algo más. Es ridículo, pero es lo que hay. Al contrario que yo, él parece sentirse cómodo en sociedad y, a juzgar por las miradas que le han dedicado determinadas invitadas, no debe de tener muchos problemas para encontrar pareja. De hecho, imagino que se llevará una chica diferente cada noche y el recuerdo de las acrobacias que hicimos juntos se habrá perdido en la lista de sus múltiples conquistas.

Está claro que, esta noche, no serás tú.

Hago una mueca, avergonzada por mi reacción de niña ingenua. A través de la ventana, la salida de incendios que da al patio me hace ojitos y solo tengo ganas de esconderme allí unos minutos, por no decir unas horas, el tiempo suficiente como para poner en orden las ideas. De todas formas, con la primera representación y el puesto de bailarina principal al alcance de mi mano, está claro que no es el momento de lanzarse en una relación.

¿Una relación? ¡Si solo te ha dado la mano! No envíes las invitaciones de boda todavía.

Tras coger una botella a ciegas, vuelvo al ataque, decidida a conocer a gente nueva, dejar atrás mis fantasmas de adolescente y acabar la velada como una reina, escondida en la escalera de incendios en cuanto Guillaume me pierda de vista.

CAPÍTULO 8

ETHAN

—¡Buenas noches, Guillaume! Muchas gracias por habernos invitado. ¡Despídete de Diane de nuestra parte!

Sven y Al se marchan, cogidos de la mano, tambaleándose por las escaleras, y siento que me invade una leve náusea, más por el espectáculo que por el alcohol que he bebido. Sven es un tipo digamos que especial e, independientemente de lo que yo pueda pensar, también parece bastante... bastante insufrible. A pesar de todo, estoy seguro de que Al no sabe nada de la verdad de su relación. ¿Pero qué podría decirle? «Tu chico es muy simpático y pareces feliz, pero falta algo».

Será mejor que deje de pensar. Seguramente Al me mandaría a paseo y con razón. Si yo tuviera algo de experiencia en el tema, quizá sí me escuchara.

Guillaume, que se ha bebido unas cuantas copas de más, se gira hacia mí.

—Voy a acostarme. Si quieres quedarte, puedes dormir en el sofá. Si te vas, cierra la puerta al salir.

Y desaparece por el pasillo que conduce a su habitación. Y a la de Diane. Mala idea intentar visualizarla, dormida, con el pelo suelto, desnuda.

Será mejor que recoja los cadáveres de botellas que hay por todas partes: eso me evitará pensar estupideces y, sobre todo, hacerlas. Me pongo la bufanda y el abrigo y empiezo a poner un poco de orden.

Diane ha desaparecido. Hacía un minuto estaba hablando con un amigo de Guillaume que se bebía sus palabras y devoraba sus piernas con la mirada y, un segundo más tarde, ya no estaba allí. Guillaume no se había dado cuenta y, cuando lo hizo, ya estaba demasiado borracho como para reaccionar con algo más que un simple: «Está agotada. Seguro que ha ido a acostarse». Sin embargo, habría jurado que no estaba para nada cansada, sino más bien tensa, como un hilo a punto de romperse. Nada que ver con la joven que me había puesto los dedos sobre los labios antes de negarme su nombre y besarme. Esta noche, con su moño bien tirante y su sonrisa educada, encarna a la perfección

la imagen de la bailarina. Elegante, serena, anodina. Y, sin embargo, la sangre que fluía de vez en cuando bajo su piel transparente era señal inequívoca de que esa bella película no era más que pura fachada y que mi bailarina es más apasionada de lo que demostraba ser.

O que confundo mis deseos con la realidad. Probablemente la segunda opción. No veo otra.

Pero, realidad o no, la confirmación de que mi bella desconocida es bailarina y, además, del Ballet de Nueva York, debería calmar mis anhelos.

Debería.

Gato escaldado del agua fría huye, pero el amante abandonado no siempre tiene los mismos reflejos de supervivencia. Bah, tampoco pasa nada por fantasear en vez de meterme entre los muslos de desconocidas noche tras noche. Una vez en la cocina, coloco las botellas juntas y miro a mi alrededor para ver qué podría hacer para ayudar a Guillaume cuando la ventana llama mi atención. ¿Me engañan mis ojos? Unos segundos después, vuelvo a ver una mano delicada esbozando un movimiento para luego desaparecer de mi campo de visión.

Diane está en la salida de emergencia. No está lloviendo, pero las temperaturas han bajado sensiblemente. Sin pensármelo mucho, levanto el cristal y me inclino hacia fuera. Efectivamente, con los ojos cerrados y unos auriculares en las orejas, Diane está sentada con las piernas cruzadas en el borde de la pasarela y un trapo debajo del trasero a modo de cojín. Tan fascinante como contradictoria. Si no me equivoco, está ensayando. Me subo a la pasarela, haciendo tambalear la estructura y sorprendiendo a Diane de paso. Da un grito antes de sujetarse a la barra que tiene detrás.

—¿La fiesta ya ha acabado? —pregunta, con los auriculares todavía en los oídos.

—Sí, deberías entrar, te vas a enfriar —le respondo con un tono más grave del que pretendía.

Se estremece antes de quedarse inmóvil y de arquear una ceja con desdén. Se ha deshecho el moño y su melena enmarca su rostro con un mar de seda que la luz de la cocina tiñe de rojo.

—Gracias por el consejo. Ya te puedes ir —me dice antes de volver a

ponerse recta, postura que me indica con claridad que la conversación ha terminado.

Frunzo el ceño, me siento junto a ella y, quitándome la bufanda, rodeo con ella su cuello sin contemplaciones.

—¿Pero qué haces?! —exclama, intentando quitársela.

Me coge por los puños y tiene las manos heladas. Mi fruncimiento de ceño se intensifica y la agarro por las manos, sin mayores problemas para cubrirlas por completo con las mías. Sus palmas son pequeñas y sus dedos gráciles, tensos por el frío, desaparecen en mis manos. Sin mayor dilación, me pongo a frotarlos, acercándolos a mi rostro y soplando sobre ellos. Diane, sorprendida, se deja hacer antes de hablarme con voz levemente ronca. Me hace falta toda mi voluntad para no esbozar una media sonrisa.

—Yo... Vale, Ethan, voy a entrar. Ya... —se aclara la voz— puedes parar.

Me quedo quieto, pero mantengo sus manos en las mías. Sé que estoy a dos dedos de besarla y, teniendo en cuenta la forma en la que se humedece los labios de forma inconsciente, no creo que me rechace. Sin embargo, la siento reacia y mi orgullo habla por mí:

—Perdón.

—No, no te disculpes —se apresura a responder sin mirarme a los ojos.

Se ha pasado toda la noche evitando mi mirada y me cuesta disimular el malestar palpable que me suscita semejante reacción.

—No le he dicho nada a Guillaume. A nadie.

Levanta la cabeza, con las cejas arqueadas, y aguanto su mirada, contando los segundos hasta que vuelve a bajar los ojos. En la penumbra, sus pupilas casi se han comido su iris, resaltando aún más los brillos dorados que iluminan sus ojos marrones.

—Gracias.

No reacciono ante el alivio que se vislumbra en su voz y que desde luego habría quebrado egos menos sólidos. Cuando estoy a punto de volver a la cocina, empieza a hablar.

—No suelo hacer ese tipo de cosas. Yo no me...

—¿Acuesto con desconocidos? —añado.

Cruza los brazos con decisión, metiéndose las manos bajo sus axilas, con la mirada fija al frente.

—No. Y con mi nuevo rango en la compañía, no puedo distraerme.

¿Distraer? Resulta halagador. Estoy a punto de recordarle que no me he subido a ese balcón precario para declararle mi amor eterno, cuando sigue hablando precipitadamente.

—No hablo de una relación, por supuesto. Sé que solo fue una noche... Yo... yo... ¡Oh, es complicado! —concluye, como si estuviera hablando con ella misma más que conmigo.

La angustia repentina de su voz actúa como un imán y me acomodo, decidido a saber más. Un simple acto de caridad humana.

—¿Qué es complicado?

Lanza un suspiro, seguido de una pequeña risita.

—Todo y nada. Soy tan estúpida que pensé que cambiando de país, cambiaría de... Cambiaría.

—¿Y qué hay que cambiar? Desde donde estoy, no veo nada que haya que cambiar —dejo escapar.

Me lanza una mirada en diagonal antes de ocultar su rostro en el cuello de su vestido. Después de suspirar, eleva el mentón y espira:

—Mi actitud. ¿Quién va a esconderse en la salida de incendios durante una fiesta?

—Hummm... ¿Tú?

—Debería ser capaz de comportarme en sociedad —continúa, visiblemente poco receptiva a mi intento de bromear.

—Yo no he visto nada raro, ni Al, ni Sven, si eso te tranquiliza... aunque, ahora que lo pienso, no es que sean precisamente los mejores árbitros de lo que se debe hacer o no en sociedad. ¿Pero realmente importa? ¿Seguir las reglas?

—Soy bailarina —me responde como si esa condición explicara todo—. Mi vida consiste en seguir las reglas. ¡Yo soy la regla!

Casi grita esta última frase antes de sacudir la cabeza con fuerza. No puedo evitar echarme a reír y, cuando me fulmina con la mirada, levanto las manos en señal de rendición, seducido por esta nueva faceta. Ahí está la pasión.

—¡No me mates todavía! Lo he entendido: tú eres la regla. Eres tú la que decide. ¡Inclinaos, mortales!

—No es eso lo que quería decir —responde, encogiendo un hombro.

El cuello de su vestido se desliza un poco, dejando al descubierto un poco de su piel crema, que se cubre al instante de carne de gallina.

—Tienes derecho a no ser fan de las fiestas, ¿sabías? Y tienes derecho a esconderte. Siempre que aceptes volver antes de convertirte en cubito de hielo —continúo, endureciendo mi tono de forma involuntaria cuando veo que le recorre un leve escalofrío.

Joder, ¿pero qué me pasa? Solo es el rollo de una noche. Ya es grandecita y no me necesita para proteg...

—Es fácil para ti —continúa, imperturbable.

—¿Qué?

Desconcertado por su reacción, olvido que estaba intentando convencerla de que entrara.

—Te he visto esta noche.

—¿Me has visto?

—Era difícil no hacerlo. Para empezar, ocupas sitio y luego todo el mundo parecía querer hablar contigo. Parecías estar... en tu elemento.

Esbozo una sonrisa irónica. Si ella supiera. Decido compartir un aspecto de mi vida con ella del que no estoy especialmente orgulloso. Inhalo profundamente y me lanzo.

—Es la primera fiesta a la que voy desde... desde hace casi dos años.

—¿Dos años?

Me observa, mordiéndose el labio inferior, con los ojos entreabiertos como si no me creyera.

—Más o menos, sí. Sven y Al vienen a sacarme de casa de vez en cuando, pero vivo como un ermitaño. Así que ya ves, esconderte después de una fiesta no es tan grave si lo comparas con esconderse durante dos años.

En cuanto las pronuncio, las palabras parecen adquirir peso, como si por fin hubiera sido capaz de formular lo que realmente había estado haciendo estos últimos meses. O lo que no había estado haciendo. Esconderme como una rata en el trabajo, el bar y mis pantalones militares hasta el amanecer para compensar mis noches sin límites, ignorando todo y a todos.

No es bonito, no.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—No era buena compañía. Eso era lo mejor para los demás.

—¿Mejor para los demás o para ti? —pregunta, señalando con el dedo mi lógica defectuosa.

Me paso la mano por el pelo antes de agitar la cabeza.

—Las dos cosas.

En vez de analizarme, la veo asentir con la cabeza pensativa, con sus dientes blancos todavía mordiendo su labio inferior. Si no consigo que entre ya, voy a terminar molestándola.

Con este pensamiento en mente, agito la cabeza y le tiendo la mano.

—Venga, entra.

Acepta mi propuesta y me da la mano. Entro en la cocina con precaución porque la salida de emergencia vacila peligrosamente bajo mi peso. Diane se muere de la risa por mi torpeza. Hago una mueca y por fin consigo deslizarme por la ventana. Cuando se pone en cuclillas para pasar, intento cogerla por la cintura para amortiguar su aterrizaje y mis manos se deslizan bajo su vestido, entrando en contacto con su piel todavía caliente, protegida por la lana. Tengo que contenerme para no soltar una palabrota. Desestabilizada por mi reacción, tropieza y, para evitar que se caiga, la empujo sin pensar contra el alféizar de la ventana, con mis caderas entre sus muslos, cubiertos por unas simples medias. Diane, instintivamente, se abraza a mi cuello y la siento palpar contra mí, como un pájaro en equilibrio sobre mi mano. La lista de insultos

que lanzo cuando rodea mis piernas con sus muslos, haciendo que su centro se frote contra el mío, haría enrojecer a un marinero.

—No te muevas —pido a Diane antes de inspirar profundamente.

El perfume a limón y otoño que sube de sus cabellos no me ayuda nada a controlarme. Desde luego no más que la sensación repentina de sus labios contra mi cuello. Calientes, suaves, me encienden más a cada presión, a cada beso, cada vez más insistentes hasta que siento la mordedura de sus dientes contra mi pulso. Cojo a Diane en brazos y la dejo sobre la encimera de la cocina, haciendo rodar algunas botellas que se encuentran a mis pies. Sin preocuparme por el ruido que hemos causado, la beso, mordisqueando un poco su labio inferior como tanto había deseado desde que ella empezara a hacerlo. Gime en mi boca mientras me quita el abrigo. Con gesto tembloroso, me saca la camisa del pantalón y apoya sus manos en mi abdomen. Su contacto helado me hace aspirar una bocanada de aire.

—Ups —me dice. Pero su sonrisita me convence de que sabía perfectamente qué efecto tendría en mí.

Acaricio sus senos a través de su vestido y doy gracias al cielo un instante porque no lleva sujetador. Los poderes celestiales me recompensan por haber salido esta noche. No me cabe la menor duda. Diane, por no ser menos, me desabrocha el cinturón y, tras bajarme la cremallera, me agarra la polla. Entre tanto, sus manos se han calentado, pero reacciono con la misma violencia como si siguieran heladas. Con la lengua en su boca y mi polla en su mano, no estoy lejos del nirvana. Un poco menos de ropa y seguro que llegamos, al menos en lo que a mí respecta.

Ciego de deseo, cojo la parte superior de sus medias y las deslizo por sus piernas. Me paro un instante para admirar sus líneas y, agarrado a su pie izquierdo, empiezo a besarle el tobillo cuando veo un moretón que no estaba allí hace tres semanas. Está claro que es bailarina. Qué se le va a hacer. Cuando llego al pliegue de su rodilla, la acaricio con la yema de los dedos, suscitando un escalofrío que satisface mis instintos más básicos. Subo, alternando besos más o menos suaves, mordiscos y caricias. Cuando llego a la unión de muslo y torso, arqueo una ceja de aprecio.

—Hummm, ¿sin ropa interior esta noche?

Jadea a modo de respuesta y un velo rosado colorea sus mejillas:

—¡Me has quitado las bragas al mismo tiempo que las medias!

Agitando la cabeza mientras sonrío ante la vehemencia con la que se justifica, aparto sus muslos para dejar a la vista su sexo. Durante nuestra primera noche, no me tomé mi tiempo para hacerla gozar con la boca más de una vez y la perspectiva de poder hacerlo esta noche envía una descarga directa a mi polla. Colocando sus muslos sobre mis hombros para poder mantenerla bien abierta, aparto sus labios y empiezo a lamer. El grito sordo que genera mi gesto me invita a continuar hasta centrarme en su clítoris, trazando círculos cada vez más pequeños e insistentes. Su respiración se acelera y siento los primeros temblores que preceden al orgasmo. Entre la fiesta y estas últimas semanas, tengo la impresión de que los preliminares ya han durado lo suficiente, tanto para ella como para mí. Levanto un poco la cabeza y cruzo su mirada, entre súplica y temor. Tras realizar un último círculo con mi lengua, introduzco dos dedos en ella y empieza a contraerse, con sus muslos cada vez más apretados en torno a mi cabeza.

El silencio que le sigue es ensordecedor. Al abrigo de sus muslos, con la boca todavía posada sobre su sexo y mis dedos en ella, emito un gemido sordo de satisfacción.

—¿Diane?

La voz de Guillaume interrumpe ese momento de suspense. Diane me empuja antes de saltar de la encimera volviendo a evitar mi mirada. Se pone las medias mientras yo me cierro el pantalón, me echo el abrigo por los hombros y me cierro los botones a toda prisa para ocultar el estado de mi camisa. Escuchamos los pasos de Guillaume acercándose al salón. En ese momento, veo mi bufanda todavía alrededor del cuello de Diane. La deslizo, utilizando el borde de tejido para atraerla contra mí y murmurarle.

—Dame tu número.

—No —responde—, ¡ha sido un error!

Sorprendido por su tono casi... Asqueado, me alejo de ella con un paso seco. Si yo soy testarudo, mucho más lo es una bailarina, eso es algo que debería recordar. Lo sé demasiado bien.

Guillaume aparece en la cocina cuando Diane y yo ya estamos uno frente al otro.

—Ah, Diane, ¿estás ayudando a Ethan a limpiar?

Se frota los ojos, todavía algo borracho, pero las botellas desordenadas, la ventana abierta y la tensión en el ambiente no tardarán en abrirse paso en la bruma alcoholizada que invade su cerebro. De hecho, como si de una broma hilarante se tratara, agita un dedo delante de nosotros antes de apoyarse en el marco de la puerta para no caerse.

—¡Ooooooh, os he interrumpido!

Chasqueo la lengua como si fuera algo ridículo antes de soltar, por encima del hombro, saliendo de la cocina:

—Sabes perfectamente, Guillaume, que las bailarinas no son lo mío. Demasiadas... reglas.

CAPÍTULO 9

DIANE

Esta noche es el estreno de *Romeo y Julieta*. Jill y Joaquín figuran hoy como protagonistas. Liv bailará en el segundo espectáculo y luego Jill otra vez. Yo no bailaré hasta la quinta representación. Aunque me alegra formar parte del reparto desde el principio de la temporada, me encoge el corazón verme tan baja en la lista. Es lógico siendo solista y recién llegada, además. No paro de repetirme que ya es una suerte poder interpretar a Julieta. «¡Julieta número cinco, como el perfume!» había dicho Liv con tono de broma. Más bien de burla, diría yo, pero me limité a poner buena cara. Después de todo, la situación podría ser peor. Joaquín será mi *partenaire* y, tras esta última semana de ensayo, creo que hemos conseguido que nuestro dúo resulte más fluido, más vivo. Pero, de todas formas, una pequeña, muy pequeña... bueno, vale, una gran parte de mí tenía la esperanza de debutar antes. Por supuesto, cabe la posibilidad de que los críticos acudan a verme, pero suele ser el estreno la representación a la que todos ellos asisten.

—Torre de control a Diane. Será mejor que te vayas a casa si no quieres llegar tarde.

La voz de William, el ayudante de Audrey y hombre para todo de esta compañía, me saca de mi momento de autocompasión. Bien tapada después de una jornada de ensayos, todavía no me he quitado las puntas y marco los pasos de la muerte de Julieta por enésima vez. Como acaba de recordarme, tengo muy buenas entradas para el espectáculo. Miro la hora en el reloj que preside sobre el espejo y hago una mueca. William tiene razón. A duras penas me queda el tiempo justo de pasarme por casa para cambiarme y correr al centro donde la compañía se está preparando. Espero pulir aún más mi interpretación observando a Jill y Joaquín.

—Gracias, William, me voy —le digo, pasándome la bandolera por encima de la cabeza con una mano y desatándome las zapatillas con la otra.

—¡Ten cuidado, no te vayas a romper el tobillo ahora!

Acompaña su reprimenda con una mirada que me hace reír. A pesar de su

juventud, William a veces se comporta como la mamá gallina de la compañía y nos echa la bronca por no llevar un jersey lo suficientemente grueso como para que nos proteja los músculos, nos recalca que nuestro almuerzo podría ser más equilibrado o nos ayuda a recoser las puntas.

—¡No te preocupes!

Tras una visita relámpago al apartamento para ducharme y ponerme un vestido largo de chifón verde agua y un par de zapatos de tacón, me meto en un taxi que, milagro, me lleva al centro a tiempo abriéndose paso entre la circulación de última hora del día. Esta semana no he visto mucho a Guillaume y, después de la escena que estuvo a punto de sorprender, me siento algo aliviada por no tener que enfrentarme a él para tratar de averiguar qué recuerda. Se pasó el fin de semana siguiente trabajando en su tesis y yo lo pasé escondiéndome bajo el edredón y repasando en detalle mi conversación con Ethan, final sin ropa incluido.

Me siento mal por haber llegado tan lejos. Corrección, debería sentirme mal. Me siento mal por no sentirme mal. De repente, pienso que debería centrarme en mi carrera —es verdad que tengo bastantes cambios que digerir en los próximos seis meses— y, al minuto siguiente, estoy sin bragas sobre la encimera, con el rostro de Ethan entre los muslos. Acostarse con un desconocido una vez es una aventura en el mejor de los casos, un error del que te puedes reír en el peor, pero liarse con él en la cocina de un amigo común ya empieza a ser una mala costumbre.

Pero no creo que se vuelva a producir, sobre todo teniendo en cuenta la pullita que Ethan me lanzó al irse. ¡Como si creyese que yo sí quiero una relación! Y permitirse echarme en cara mi respeto por las reglas. Pero qué idiota. No, de verdad, ¡qué idiota!

Con las mejillas encendidas y sin resuello, entre cólera y algo de excitación, aspiro una bocanada de aire fresco para calmarme. Unos segundos después, el taxi me deja frente al centro. Me paro un minuto para contemplar las columnas. No es la Ópera Garnier, con su oro y sus musas, pero es un edificio elegante con una sala totalmente dedicada a la danza y butacas confortables, concebidas para que todo el mundo pueda disfrutar del espectáculo. Sí, en ese aspecto, es lo contrario a la Ópera Garnier donde, como a Guillaume le encantaba repetir cuando estábamos en la escuela de danza, te duele el cuello o el culo. Y, en la mayoría de los casos, ambas cosas

a la vez. La eficacia y el pragmatismo estadounidenses frente a la importancia de la herencia histórica de los franceses.

Sin tiempo para dejarme arrastrar por la melancolía, ahora es mi nueva casa. Saco el teléfono para abrir mi entrada electrónica, contenta de poder vivir la experiencia de un espectador, cuando veo que tengo varios mensajes de William. Deslizo el dedo por la pantalla para llamarlo:

—Gracias a Dios, Diane, ¿has llegado? ¡¿Qué llevas puesto?!

Más inquieta por su tono que sorprendida por su pregunta, respondo de inmediato.

—Sí, estoy llegando ahora mismo. Un vestido verde agua con un abrigo largo negro, ¿por?

—¡¡Diaaaaaane!!

La voz de William resuena en estéreo en mi oreja y en mi teléfono. Me giro y me lo encuentro de frente. Me coge por la muñeca y, sin dejarme tiempo de reaccionar, me arrastra detrás de él. Lo sigo sin decir nada, sorprendida al verlo presa del pánico. A pesar de su propensión a ocuparse de todos nosotros y a preocuparse, siempre está tranquilo, levemente tenso, vale, pero jamás a punto de explotar, como ahora. Nos adentramos en los bastidores a través de una puerta secreta y subo las escaleras, sujetándome el vestido con una mano para no tropezar. Cuando llego a la altura de los camerinos, William grita:

—¡Está aquí!

De una estancia situada un poco más lejos, a la derecha, en el pasillo, surge Audrey. Al contrario que William, no parece nada preocupada. Hierática, lleva puesto un largo vestido blanco de manga larga con los hombros descubiertos que le hace parecer una sacerdotisa antigua. Se acerca a nosotros, dejando la puerta entreabierto detrás de ella. Me pone las manos en los hombros y me observa un instante antes de preguntar, con aire grave:

—Diane, ¿tienes unas puntas preparadas en tu camerino?

Asiento con la cabeza, muda. Junto a mí, William se relaja de forma infinitesimal. Lo observo sorprendida.

—Necesito que bailes esta noche —continúa Audrey con la misma cadencia hipnótica.

Con una sonrisa educada en los labios y sin comprender al instante lo que me quiere decir, le respondo cortésmente.

—Pero solo me sé el papel de Julieta.

William asiente con la cabeza frenéticamente mientras que Audrey me sonrío.

Oh.

Ooooooooooh.

Sin pararme a pensar un segundo qué ha podido provocar este giro de los acontecimientos, comienzo a desabrocharme el abrigo, repasando los pasos necesarios para prepararme. Julieta no aparece en escena al principio de la obra, así que tengo tiempo de estirar y calentar. Es posible.

—¿Y mi ropa?

—En el camerino —responde William, arrastrándome detrás de él.

No pregunto por qué y acepto este regalo inesperado. Bailaré en el estreno, esta es mi oportunidad y voy a aprovecharla. Giro la cabeza una última vez y veo que Audrey nos pisa los talones, pero, en vez de unirse a nosotros, vuelve a entrar en la habitación en la que se encontraba cuando llegué. Escucho un murmullo, quizá un sollozo, antes de que cierre la puerta a sus espaldas.

William ha preparado el camerino que comparto con Liv. Mi modelo de puntas está guardado en un cesto de cuero sin curtir junto a un tocador en el que pueden instalarse dos personas para maquillarse. En un perchero se encuentran alineados todos los vestidos de Julieta para la noche. Acaricio el fino tejido de la túnica que voy a ponerme para la escena del balcón. Como había estado ensayando el papel tanto en el escenario como en el estudio durante esta última semana, había dejado una chaqueta gruesa en el camerino, poco más. No soy supersticiosa, pero me gusta seguir mi propio ritual. Detrás de mí, William me observa.

—Dime lo que necesitas y voy a buscártelo.

—Tengo que ponerme algo abrigado cuando no bailo —digo—. No tengo mi maquillaje de escena, así que tendrás que buscar a alguien con el mismo tono de piel que yo en la compañía.

William asiente con la cabeza frenéticamente.

—Ropa de abrigo, maquillaje y algo para beber.

—Dos botellas de agua.

—Y...

—Ya está. Puedo pasar del resto.

—¡Muy bien!

Con un brillo entusiasta en la mirada, William se marcha, recitando mi lista de la compra en voz alta como si fuera una oración.

Sola en mi camerino, por fin tengo tiempo de digerir lo que acaba de pasar y, de un modo ridículo que horrorizaría a mi madre, esbozo un pequeño baile de alegría que consiste en levantar los brazos al cielo, apuntando con los índices, a la vez que doy saltos como una loca. Saco el teléfono y le envío un mensaje a Guillaume para anunciarle la noticia.

¡Guillaume! ¡Bailo esta noche! ¡Me han llamado en el último minuto! 😊

Me responde de inmediato.

¡Genial! ¿A quién le has hecho la zancadilla? ¡Diviértete!

Hago un gesto con la cabeza, vuelvo a dejar el teléfono en el tocador y le quito la percha al primer vestido de Julieta. Se trata de un vestido sencillo que la joven viste en la escena en la que la descubrimos. Mientras está sola con su nodriza, sus padres vienen a presentarle a Paris, el hombre con el que se case. Me desvisto en tiempo récord y, cuando William vuelve, ya estoy poniéndome las puntas. Por suerte, tengo tres pares ya preparados, recosí en su momento las plantillas y quemé el raso de la punta para tener mayor agarre al suelo. Deja el botín sobre el tocador donde mi teléfono reproduce música hip-hop, que podría parecer una selección sorprendente para una bailarina clásica, pero que me aporta la energía que necesito antes de entrar en escena, la necesaria para mover montañas y dar lo mejor de mí misma como intérprete. Mientras William cuelga en el perchero la ropa de abrigo que ha encontrado, comienzo a maquillarme. Julieta es una chica muy joven en la versión de MacMillan, así que no hay necesidad de acentuar mis cejas como lo haría para otro personaje. Me limito a aplicar una capa generosa de base de maquillaje y a agrandar mis ojos para hacerlos más expresivos y, sobre todo, más visibles.

Un poco de rosa en los labios y las mejillas y ya solo queda peinarme. Me suelto el pelo por completo y empiezo a trenzámelo arriba para formar una corona que me despeje el rostro. Me pongo horquillas en las trenzas hasta quedar satisfecha con el resultado y estar segura de que el peinado no se moverá hasta el final del primer acto. Después de haber vaciado un bote de laca, me observo un instante en el gran espejo excesivamente iluminado.

Soy Julieta.

De hecho, me gustaría saludar a mi Romeo antes de que entre en escena. Con la chaqueta ya puesta, salgo de mi camerino y me dirijo al de Joaquín. En ese momento, William, que se había ido después de traerme las botellas de agua, sale de la habitación en la que había entrado Audrey antes de que me cambiara. Me sonrío, pero no se para, en busca de algo o alguien. Seguramente de Audrey, para tranquilizarla sobre el estado de su elenco. En el resquicio de la puerta, distingo a Joaquín, de espaldas, con alguien en los brazos. Paralizada en el sitio, no me atrevo a moverme y dudo si debería hablar o no con él. Cuando se aparta para murmurar algunas palabras a su oído, reconozco a Jill.

Su maquillaje de escena está destrozado, con rayas negras cruzando sus mejillas pálidas. Cierra los ojos y unas sacudidas que marcan un violento llanto zarandean su cuerpo. Agita la cabeza, muda, mientras Joaquín sigue murmurándole al oído palabras que no alcanzo a escuchar. Seguramente intenta consolarla. Cuando bajo la mirada, me doy cuenta de que está vestida para actuar, que lleva la misma ropa que yo, y una oleada de pena me invade. Vuelvo sobre mis pasos en silencio. Por supuesto, sustituyo a Jill. Lo sabía, pero estaba tan contenta por poder bailar que había borrado voluntariamente ese dato de la ecuación. Sobre todo, no creía que todavía estuviera en el centro. No hay nada peor que ver a otra bailarina robándote el puesto, aunque sea sin querer.

Estoy a punto de realizar una retirada estratégica hacia mi camerino cuando la voz de Joaquín me interpela.

—Diane, ¿tienes dos minutos?

Me doy la vuelta sobre mis talones, preguntándome si parecería tan culpable como me sentía. No por haberle quitado el puesto a Jill, pues al fin y al cabo yo no he tenido nada que ver con eso, sino por haber sorprendido ese

instante de debilidad, de intimidad, entre Joaquín y ella.

—Sí, claro, por supuesto. Te estaba buscando —digo con voz apagada.

Joaquín también está vestido de Romeo, con el maquillaje de escena destacando, paradójicamente, la masculinidad de sus rasgos. Bajo el delineador, sus ojos parecen de un azul todavía más penetrante. Se dirige hacia mí con paso suave y me pasa un brazo por encima de los hombros para darme la vuelta y llevarme a su camerino.

—Tengo cinco minutos antes de tener que irme a los bastidores, ¿te vale?

Asiento con la cabeza, distraída por el descubrimiento de su guarida. Todo está perfectamente ordenado, pero se puede percibir la personalidad de Joaquín a través de los miles de detalles que un bailarín aporta a su camerino: su chaqueta, un par de zapatos de calle, tarjetas postales, de algo que supongo que es la costa vasca española, que es más escabrosa que su vecina francesa, pegadas en su espejo y, justo en el centro, el retrato de una joven con los mismos ojos que él y otra foto de un motón de niñas que no llego a distinguir. Se sienta sobre la mesa del tocador, ocultándolas tras de sí.

—¿Estás lista?

—¡Por supuesto!

Me pongo todavía más recta, con los puños apretados ante la ceja arrogante y, a decir verdad, escéptica que acaba de arquear.

—Desde luego, pareces creíble —comienza a decir, recorriéndome con la mirada, con la ceja todavía arqueada.

—El señor es demasiado bueno —lo fustigo.

Mi tono le arranca una pequeña sonrisa y se pasa una mano por el pelo. Incorporándose, en un giro de los acontecimientos que me deja estupefacta, me abraza y me aprieta antes de volver a alejarse. Esta vez me observa con su sonrisa habitual en la cara y esa mirada traviesa.

—Es un honor bailar contigo esta noche. De verdad.

Atónita, trago saliva antes de devolverle el cumplido, pero en vez de eso, una pregunta sale de mi boca, que me tapo al instante.

—¿Es grave lo de Jill?

Joaquín parece dudar antes de responder.

—No, ella está... enferma.

Al comprender que no me va a decir nada más, salgo del camerino con el corazón desbocado.

Ha llegado el momento de bailar.

Cuando entro en escena, las luces me ciegan y, durante unos segundos, todo se vuelve blanco. En cuanto desaparece el velo, encarno a Julieta con toda la pasión que llevo dentro, como esa chica joven que, al descubrir que sus padres quieren casarla con Paris, se da cuenta de que tendrá que decir adiós a su infancia. Llega la escena del baile, cuando conoce a Romeo y olvida a Paris por aquel joven misterioso que la hechiza durante esos bailes casi protocolarios. Joaquín parece diferente. Y yo que creía que ya actuaba durante los ensayos, compruebo que brilla aún más una vez en escena. Su Romeo es atrevido, juguetón y adorable. Cuando interpreta a su personaje de esa manera, como un niño consentido que se transforma por arte de magia, no resulta difícil suspirar al mismo tiempo que un buen grupo de espectadoras. Me dejo seducir durante la escena del balcón, olvidando mis problemas y mis sentimientos. Tanto hacia Ethan como hacia Joaquín.

Al final del *pas de deux* que cierra el primer acto, resuenan los aplausos y los bravos. Entre bambalinas, Joaquín me sonríe y algunos miembros de la compañía me felicitan, pero estoy en otro mundo, centrada en mí misma para conservar la energía que necesito en escena, y tengo la sensación de que hay algo diferente. Mi Julieta es distinta a la que había podido encarnar antaño.

Una de las peculiaridades del *Romeo y Julieta* de MacMillan es que se trata de una Julieta que acaba de pedir matrimonio a Romeo después de esa escena del balcón, mediante un mensaje que le lleva su nodriza. Ahora que por fin se ha despertado su sexualidad, decide asumir el control de su destino y todo eso a pesar de la prohibición que supone la rivalidad entre las dos familias.

Con mi decisión de mudarme a Nueva York, tengo la impresión de entender mejor al personaje. Ahora yo también tomo lo que quiero, sin esperar pacientemente a que me lo concedan.

En este segundo acto, interpreto a esta Julieta que ha tomado una decisión irrevocable y revela a una joven apasionada. El dúo que formamos Joaquín y

yo se vuelve más sensual hasta que, en el tercer acto, Romeo tiene que... dejarme, no, dejar a Julieta, para partir al exilio. Llega la parte más trágica de Julieta, en la que debe hacer frente a las consecuencias de sus actos. Yo soy esa Julieta desesperada que corre el riesgo del envenenamiento para escapar de una alianza ya imposible. Antes morir que traicionarse a sí misma.

Cuando Joaquín se inclina sobre mí, tengo que contenerme para no sobresaltarme porque aprovecha para acariciar mi rostro, con los labios más apoyados que durante nuestros ensayos. La forma en la que se aferra a mi cuerpo, como si estuviera a punto de romperse, es uno de los elementos claves de esta escena desgarradora. Romeo eleva el cuerpo rígido de Julieta e intenta reproducir la danza de los dos amantes durante la escena del balcón, cuando estaba entregado a la seducción, totalmente despreocupado de las consecuencias que aquello pudiera conllevar. No puede creer que Julieta esté muerta. Sigo sus movimientos como un títere sin vida, sintiendo el dolor que expresa y escuchando, por debajo de la música, la respiración de los buenos augurios. Los aplausos estallan a su muerte y solo se interrumpen para dejarme bailar la escena final.

Se hace un silencio mortal al final de la actuación. Tumbada sobre Joaquín, me invaden las dudas. ¿Habré bailado mal? ¿Acaso mi actuación no ha sido suficientemente expresiva? Cuando empiezo a sentir el estómago revuelto, al borde de la angustia, y estoy dispuesta a cogerme el próximo avión para París, los aplausos atruenan y el público parece levantarse cuando se baja el telón. Me incorporo a medias y, sin tiempo para reaccionar, Joaquín también se levanta y me rodea con sus brazos para hacerme girar.

—¡Sublime! —grita antes de devolverme al suelo.

Tiemblo, todavía poseída por la actuación, pero también impresionada por la reacción del público, que sigue aplaudiendo. Cuando vuelvo en mí, me dirijo a las bambalinas para dejar que la compañía salude. Cuando Joaquín y yo volvemos al escenario, cogidos de la mano, los aplausos se redoblan y no puedo evitar que una lágrima rueda por mi mejilla. Joaquín me observa y la recoge con su pulgar, acariciándome el pómulo. Lo agarro por la muñeca y me giro hacia él, con una gran sonrisa en los labios, embriagada por los aplausos.

Con los oídos todavía pitándome, me encuentro a Audrey entre bastidores. Se me acerca y me coge las manos antes de plantarme dos sonoros besos en las mejillas.

—Bravo, Diane, y gracias.

Muda, vuelvo a mi camerino para cambiarme de ropa de inmediato, decidida a celebrarlo con Guillaume, que no ha dejado de enviarme mensajes, sobre todo para pasarme *tweets* y mensajes de Instagram sobre la representación con los que los aficionados inundan la Red. Después de arreglarme un poco y ataviada con mi vestido y mi abrigo, me paso por el camerino de Joaquín para darle las gracias. Sin camisa y sin maquillaje, también está enganchado a su teléfono.

—¿Buscas compañía para esta noche? —le pregunto, de tan buen humor que me arriesgo a provocar un poco.

—¿Es una proposición?

Su voz grave parece hacer resonar la adrenalina que recorre mi cuerpo después de semejante experiencia.

—Creo que voy a dejarte para tus fans, pero sí que quería darte las gracias.

Lo abrazo y, aunque Joaquín parece sorprendido por ese entusiasmo repentino, se recompone de inmediato y consigue deslizar los brazos por debajo de mi abrigo, apretándome contra él. Cuando me aparto, sus manos acarician el fino tejido y, euforia residual del espectáculo o la emoción, siento que un largo escalofrío recorre mi cuerpo. La mirada de Joaquín se tiñe gradualmente de deseo y una sonrisa apasionada se esboza lentamente en su rostro.

—¡No he venido a besarte! —exclamo.

Se ríe con dulzura antes de acercarse a mí.

—¿Y si te beso yo?

CAPÍTULO 10

ETHAN

Salgo del teatro con la impresión de haber recibido una patada en el estómago. Cuando se ha anunciado que Jill Saint Clair iba a ser sustituida por Diane Mychkine, el público pasó de la decepción a un interés comedido. Jill Saint Clair y Joaquín Jouanteguy habían interpretado *Romeo y Julieta* en varias ocasiones y su presencia en los carteles atrae a las masas y seduce a los críticos. Es un valor seguro. Sus bellezas morenas combinan bien y la Julieta de Jill, soñadora y evanescente, destaca especialmente ante la fortaleza y la fanfarronería de su *partenaire*.

Todas estas consideraciones críticas desaparecen cuando Diane entra en escena. Me he tenido que controlar para no buscar en Internet vídeos suyos con la idea de estudiar su estilo, sobre todo después de que hiriera mi amor propio la semana pasada. Cuando una chica se niega a decirte cómo se llama y luego no quiere darte su número de teléfono mientras le procuras orgasmos reiterados, el mensaje está claro. No hay mal que por bien no venga: me he prometido que jamás me volveré a sentir atraído por una bailarina. Y para no incumplir mi promesa, para empezar, no estaría mal no humillarme y no perseguirla en vano. Qué idiota. Me sentí tan cómodo ese sábado como lo estoy ahora mismo en mi esmoquin. Ya debería estar acostumbrado. A llevar esmoquin, me refiero. Y a sentirme idiota, a decir verdad.

Me paso la mano por el pelo, estropeando de camino el trabajo de Al, que había insistido en peinarme antes de irnos a la representación. Sé que ha utilizado el pretexto de mi supuesta dejadez para pasar por mi casa a verificar que estaba preparado para ir al estreno. Con la excusa de vestirme de comunicador, me ha sometido a un interrogatorio en toda regla. He aprobado el examen en casa, pero aquí, ante el telón bajado, siento un poco de vértigo. ¿De verdad estoy preparado? ¿Qué castigo me voy a imponer esta vez? Pero aunque desconfíe de las bailarinas, no puedo borrar de mi vida el amor por la danza. Eso sería hacer pagar al arte por los errores de la mujer. De una mujer. Al fin y al cabo, ver a Diane es una sorpresa bienvenida que me distrae de mis antiguos demonios.

Nunca la he visto bailar, pero he oído hablar de ella y, aunque he evitado las grabaciones malas de Internet, sí que he leído unos cuantos artículos. Sus primeros pasos en la escena neoyorquina son sus primeros pasos ante mis ojos. Diane es menos alta y angulosa que Jill Saint Clair. Sus grandes ojos luminosos y sus pómulos altos acentúan esa juventud que tanto casa con su personaje en el primer acto, pero es su compenetración con Joaquín lo que sorprende al público y hace subir la temperatura en la sala. Sentado junto a mí, un señor de unos cincuenta años que lleva un pañuelo de seda verde esmeralda se inclina hacia su compañero para susurrarle un sincero «¡Oh!» tanto de sorpresa como de excitación. No puedo evitar sentir un pellizco en la región del pecho porque entiendo perfectamente esa reacción. Yo también siento esa mezcla de sorpresa, al descubrir a esa pareja de bailarines animados por una intensa atracción, al sentir la química que desprenden. La Julieta de Diane es etérea pero también terriblemente corporal y cada uno de sus gestos es un haz que imanta el ojo del espectador. A ese respecto, la escena del balcón es una delicia; la potencia de Joaquín Jouanteguy envuelve a la perfección la gracia sensual de Diane.

Al final de la obra, después de haber arrancado las lágrimas de varios espectadores, la ovación que la compañía recibe es totalmente merecida. Como crítico, veo todavía mejoras posibles, pero Diane ha cautivado literalmente al público y, a juzgar por la forma en la que sonrío, secando la lágrima que se desliza por la mejilla de la bailarina, también a su *partenaire*.

Decido irme al bar de Kimitake, más para serenarme y reflexionar sobre mi reseña que para beber. Casi he reducido a cero mi consumo de alcohol durante estas últimas semanas y, a pesar de que Kimitake no deja de bromear sobre el hecho de que el lugar que ocupo ya no le reporta suficientes beneficios cuando me digno a aparecer, tengo la impresión de que aplaude esta sobriedad prolongada. Si soy honesto conmigo mismo, yo también me felicito.

Cuando empujo la puerta oculta del bar, veo aparecer un mensaje de Guillaume en mi teléfono.

Las grandes mentes piensan igual.

Se gira desde la mesa en la que está sentado, sin mostrar la más mínima sorpresa al verme aparecer un segundo después de haber recibido su mensaje. Guillaume parece extrañamente desprevenido. Intento recordar una sola situación en la que hubiera abandonado su actitud distendida y su buen humor

constante, pero no me viene ninguna a la cabeza. Teniendo en cuenta que me he pasado los dos últimos años bajo los efectos del alcohol, tampoco es tan sorprendente, aunque sí más bien vergonzoso. Lo que sí es cierto es que jamás me había hablado de Diane. Si me remonto al periodo en el que nos conocimos, tampoco es de extrañar. Bajo esa fachada de bufón de la corte, Guillaume ve más de lo que dice y deja entrever poco de lo piensa. E imagino que Al le había pasado la información de que la danza era un tema sensible.

—¿Sales de la representación? —me pregunta Guillaume.

—Sí, he evitado un poco a la multitud.

—¿Y qué tal?

Guardo silencio, preguntándome cómo podría explicar lo que acabo de sentir durante más de dos horas.

—Ha sido tan... —comienza Guillaume.

—Ella es... única, ¿no?

—¿Única especial o única genial?

—Tiene algo, de eso no hay duda.

—Es mi mejor amiga, así que no soy muy objetivo, pero sí, es muy buena.

Lo miro de reojo, preguntándome cómo debería plantear la pregunta que sigue, pero Guillaume continúa, como si leyera mi mente:

—No, es mi amiga y sí, ya lo he pensado.

Su franqueza me pilla desprevenido y me río de forma nerviosa mientras me deshago la pajarita.

—Al menos eres directo.

—Yo era su único amigo hasta que entró en la compañía con diecisiete años. Por supuesto que cuando era adolescente me hice esa pregunta. Era sexi sin saberlo, adorable, y yo era su única fuente de consuelo. Solo puedo decirte que desde luego no había competencia.

—¿Hasta ese punto?

—La madre de Diane es, cómo decirlo, ¿difícil? No ha tenido una infancia muy equilibrada —comienza para luego continuar—, pero, bueno, entonces,

¿única?, ¿sublime? Es la Diane que yo conozco. ¿Y qué tal con su *partenaire*?

—¿Joaquín Jouanteguy? Cualquiera diría que llevan toda la vida bailando juntos y, al mismo tiempo, tienen una frescura que funciona. Cuando él baila con ella muerta, tendrías que haber visto el patio de butacas, todos estaban llorando. He podido ver frentes llenas de bótox resquebrajarse arrastradas por la emoción.

Guillaume se ríe antes de beber un sorbo de la cerveza que había pedido.

—Ah, estoy tan contento por ella. Si tú supieras... —dice antes de levantar la mano para hacer señas de bienvenida.

Por supuesto. No hace falta ni que me gire para saber que Diane acaba de llegar para festejar su éxito con su mejor amigo. Es lógico y seguramente mi subconsciente ha planificado el trayecto que me ha llevado directamente al bar desde el centro. El bar en el que suelo encontrarme con Guillaume. Guillaume, del que ahora sé que es el mejor amigo de Diane.

—*¡Bravo, ma chérie!* —grita Guillaume en francés antes de abrazarla.

Me giro y le dedico una sonrisa educada. Tiene las mejillas sonrojadas, probablemente por el efecto del frío exterior, y los ojos perfilados en negro, lo más seguro porque no se ha tomado el tiempo necesario para quitarse el maquillaje de escena. Como no quiero estropear la velada, me apresuro a levantarme cuando Guillaume, que ha cedido su silla a Diane y que, por lo tanto, ahora se encuentra junto a mí, se sienta y declara:

—¡Ethan me ha dicho que has estado realmente sublime!

—Ah... —murmura, bajando la mirada.

Con la luz del bar, la sombra de sus pestañas sobre sus mejillas sonrosadas hace que parezcan todavía más largas. El éxito le sienta bien y, a pesar de la incomodidad que le supone mi presencia, sus ojos brillan cuando Guillaume sigue cubriéndola de halagos hasta que acaba echándose a reír.

—¡Para ya, Guillaume!

—¿Sabes que Ethan va a escribir una crítica?

—Ah... sí, que eres periodista —responde sin mirarme a los ojos.

Por mi parte, le lanzo una mirada de reprobación a Guillaume. ¡Así es

como se mete presión al crítico y a la artista en una sola frase! Pero él me responde con una mueca por encima de la cabeza de Diane y continúa:

—De hecho, me ha comentado que hacéis muy buena pareja Joaquín y tú. Ese sexi Joaquín que te besa durante los ensayos —sigue, canturreando.

Me tenso imperceptiblemente, sin poder controlar mi reacción, antes de que Diane gire la cabeza hacia mí. Se vuelve de inmediato hacia su amigo, con las manos apretadas sobre la barra.

—¡Guillaume!

—¿Qué pasa? Te ha besado, ¿no?

—Sí. ¡No! Bueno, eso no es lo que ha pasado...

—Todavía... —susurra, como un gato que se relame.

Aprovecho la situación para levantarme y coger el abrigo. No puedo evitarlo: veo todo rojo. Si el susodicho Joaquín estuviera aquí, me habría sentido tentado a darle un puñetazo. Ese cabrón sigue haciendo de las suyas. Agitando la cabeza brevemente para intentar sacar esos pensamientos incongruentes, me limito a decir:

—Os dejo celebrar el éxito de Diane. Buenas noches.

Girando sobre mis talones, salgo y consulto mi teléfono preguntándome si debería volver a pie o pedir un Uber. Cuando me levanto el cuello del abrigo de lana, siento que alguien se acerca por detrás.

—Ethan...

Inspiro profundamente y me giro. Diane. ¿Quién iba a ser si no? Ahí está, de pie, con su abrigo negro.

—¿Qué quieres? ¿Dónde está Guillaume?

Mi tono es más duro del previsto, más mordaz, y la veo dar un paso atrás ante mi reacción. ¿Pero qué se esperaba?

—Ha ido al baño. Quería... bueno.

—¿Querías?

No la dejo irse y me acerco a ella hasta el punto de obligarla a alzar la cabeza para poder mirarme a los ojos. Veo como su garganta se eleva una vez,

dos veces. Sin pensar, deslizo mi mano bajo su nuca y la inclino, preparando su boca para la mía.

—Dime qué quieres, Diane.

Cierra los ojos. Borro la distancia que nos separa y la beso. Una simple presión en los labios que detengo cuando ella suspira. Abre los ojos, desconcertada, confusa, y apoya las manos sobre mi abrigo para poder apartarme mejor.

Apartarme. La ducha fría.

—Solo quería hablar conti... —comienza, pero yo ya no la escucho.

El camino de regreso a casa consigue calmarme un poco. Una vez que me quito la chaqueta y la pajarita, ya estoy preparado para escribir mi crítica. Después del tiempo que llevo sin publicar en la aplicación con mi propio nombre, sé que existe cierta expectación. Tengo que sopesar mis palabras. La impresión que me ha dejado la representación se ha visto enturbiada por la ira incomprensible que las alusiones de Guillaume y la actitud de Diane han hecho nacer en mí. ¿Incomprensible? Debería ser honesto conmigo mismo...

Pongo las manos en el teclado y respiro antes de empezar a escribir.

Sumergido en el recuerdo de la obra, pasa el tiempo y, cuando miro el reloj, son casi las tres de la madrugada. He conseguido reducir mi prosa a tres párrafos esenciales. Dudo en pulsar o no el botón de envío ya, consciente de que un enésimo repaso me permitiría depurar algunas observaciones que seguramente intrigarían al lector, pero que podrían herir a Diane. Mi crítica también es un poco seca. Hace falta algo más de aglutinante. Con un suspiro de frustración, cierro la pantalla y voy a acostarme, dejando la decisión para el día siguiente.

Cuando me despierto, con los ojos embotados y la boca pastosa, me doy cuenta de que estoy a punto de llegar tarde a mi cita con Al. Los sábados en la oficina son moneda corriente para nosotros, aunque hayamos levantado el pie este último año, después de que Al me prohibiera ir a trabajar si no estaba en plena posesión de mis facultades. Resulta difícil trabajar con una resaca monstruosa. Si bien conseguía regular mi consumo de alcohol a principios de semana gracias al trabajo y el deporte, los viernes solían dar paso a excesos poco agradables. Ahora que estoy mejor, ahora que ya he dejado de compadecerme por mi suerte, vuelvo al ataque. Las dos plantas que hemos

alquilado se encuentran en el barrio de Wall Street, al sur de Manhattan, una ciudad que intenta atraer más *start-ups* tecnológicas con ofertas atractivas en los rascacielos vacíos por la crisis financiera. Tras ducharme y con el pelo todavía mojado, entro en mi despacho, donde me encuentro a Al, de punta en blanco, apoyada en la esquina de la gran mesa en torno a la que trabajamos. Lanzamos la aplicación sobre una mesa redonda del horrible apartamento de Brooklyn en el que vivía por aquella época. Cuando tuvimos los fondos suficientes como para alquilar un local, insistí en que siguiéramos compartiendo el mismo despacho y la misma mesa. Al está mirando su teléfono. Cuando llego, levanta un dedo para señalarme que está leyendo algo importante. Dejo el abrigo y la bolsa en mi silla y abro mi ordenador.

—Una crítica estupenda.

Parpadeo, sin llegar a comprender lo que acaba de decir.

—¿Perdón?

—Tu crítica de *Romeo y Julieta*. ¡Es genial! Divertida, emocionante y, al mismo tiempo, totalmente en éxtasis ante Diane. Es la amiga de Guillaume que conocimos la semana pasada, ¿vedad?

Me echo las manos a la cara y emito un gruñido sordo.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Ese mantra que tanto me alivia en otras ocasiones no tiene ningún efecto por lo irremediable de la situación. Ayer por la noche debí enviar la crítica sin darme cuenta al cerrar el ordenador y la aplicación la ha publicado automáticamente.

—¿Pero qué pasa? —me pregunta Al con los ojos como platos.

—No era la versión final —empiezo a decir antes de darme cuenta de que estaba frunciendo el ceño.

—Yo no veo el problema. No hay nada que parezca injusto o desagradable en esta crítica. Es más bien aduladora, aunque al final desafíes un poco a Diane. Los usuarios de la aplicación esperan eso de ti, ¿no?

—Es que... Sí, tienes razón —digo, evasivo, para acabar la conversación.

Lo que no comprende Al es que, si la crítica hubiera sido escrita por otra persona, no tendría nada de ofensiva, pero firmada por mí, determinados

comentarios pueden interpretarse de forma totalmente diferente. Aunque me he jurado que jamás me volvería a preocupar por Diane, tampoco tengo ganas de hierla ni de que me tome por un idiota sin ética que lleva mal que lo rechacen. Un idiota celoso.

Mierda.

—Pensaba que te habría aliviado que fuera Diane la que bailara — continúa Al, con los ojos arrugados.

—Ja, ja, muy divertido.

—Nadie podría culparte por haberte implicado personalmente esta vez — comienza antes de que la fulmine con la mirada.

Al da un paso atrás instintivamente y frunce el ceño. Antes de que pueda sumar dos más dos, me precipito a borrar las pistas.

—Lo siento, he dormido mal. Estoy enfadado porque mi crítica ha aparecido cuando todavía quería pulirla un poco.

—¿Seguro que eso es todo? ¿Te la encontraste ayer?

—Sabes que no.

—Tu crítica está muy bien —continúa— y la han compartido ya. En el mundo de los balletómanos, es todo un éxito.

—No estaba perfecta.

—Bueno, en ese sentido, resulta tranquilizador.

Me contengo para no gruñir esta vez. Mi perfeccionismo es la excusa perfecta para explicar lo desproporcionado de mi reacción. Visiblemente satisfecha, Al baja de la mesa para encender el ordenador e instalarse junto a mí.

—Entonces, ¿preparado para echar un vistazo al plan de lanzamiento de Londres?

—Sí, venga.

—¿Sigues dispuesto a viajar a Londres para reunirte con los inversores? No estás obligado.

—No, no hay problema. Hay que ver si lanzamos París al mismo tiempo.

Sigo pensando que, en términos de costes, podríamos hacer economía de escala, al menos en el *back-office*.

Al hace una mueca con la boca que significa que no está en contra, pero tampoco a favor.

—Sí, pero ¿tendrás tiempo de conocer a todos los críticos que vas a contratar para París además de los de Londres? Todavía no hemos encontrado una forma de hacer economía de escala en la parte humana, ¿verdad?

Al me da un codazo en las costillas hasta que me echo a reír y la aparto de mí, por su pequeño tamaño, basta poca distancia para que no pueda alcanzarme. Yo me siento especialmente involucrado en la parte «contenidos» de la aplicación. Quiero que los críticos que hablen de los espectáculos de su ciudad sean apasionados y que, dueños de una pluma diferente, pongan algo de ellos mismos en sus textos, quiero que sus puntos de vista sean frescos y que animen a la discusión. La aplicación ha tenido éxito porque su comunidad se construye a partir de sus primeras críticas. Escogerlos bien es primordial y me cuesta delegar por completo el trabajo. Las economías de escala no me dicen nada.

Pasamos la mañana en silencio, dando los últimos toques al plan de lanzamiento de la aplicación en Londres. Por mi parte, compruebo si es factible abrir París en paralelo, mientras que Al evalúa los recursos en equipos técnicos que serían necesarios para materializar mi idea. Como empezamos nuestra jornada laboral tarde, nos despedimos cuando el sol ya se ha puesto, los dos con prisa para irnos a descansar un rato.

—¿Quieres cenar en casa? Sven va a cocinar.

—Ah, ¿pero Sven está invitado?

—¡Ethan! Vivimos juntos.

—Hummm —mascullo, con aire ausente—, lo había olvidado.

Al arruga los labios, pero no responde a mi comentario. Mientras consulto mi teléfono, vuelve al ataque.

—Venga, Ethan, un menú equilibrado. ¿Hace cuánto tiempo que no comes verduras?

Le lanzo una mirada airada, descuidando mi pantalla para responderle.

—Hace unos años, pero no te preocupes, que todo va bien.

—Me gustaría que vinieras esta noche.

—¿Para ir de sujetavelas?

—No seas tonto. Estará bien. ¡Hace mucho tiempo ya!

—Me vas a perdonar, pero, aunque te adoro, el hecho de verte de ama de casa me sigue resultando incómodo.

—¡Venga ya, Ethan!

El tono de Al resulta más tajante de lo previsto para un comentario aparentemente tan anodino. Nuestra amistad se basa en pullas constantes. Algunas son absurdas, pero otras sí que tienen un trasfondo de verdad. La adoro, pero la pareja que forma con Sven no tiene sentido. No resulta creíble. ¿Por qué la chica fogosa, tatuada y con *piercings* ha empezado a disfrazarse de *pin-up* de los años cincuenta desde que se conocieron? Y cuando digo *pin-up*, me refiero más bien a un ama de casa de los años cincuenta, casco rubio incluido. Al es todo lo contrario y no consigo comprender qué ha pasado para que cambie hasta ese punto. Además, Sven no tiene nada del típico macho que esperaría ese tipo de actitudes por parte de su novia. Al menos en apariencia.

No, no sé qué ha pasado y cada vez que intento sacar el tema con Al, y Dios sabe que preferiría nadar entre tiburones antes que hablar de sentimientos con ella, lo evita o se enfada. Otra forma de evitarme, supongo.

La observo un instante, con sus ojos color avellana ocultos tras unas gafas de montura gruesa y su pelo rubio miel, un color que no tiene nada de natural, recogido en un moño complicado que me recuerda vagamente a las películas en tecnicolor que veíamos juntos los domingos por la tarde durante nuestra adolescencia. Bajo los accesorios y el conjunto de cachemira, sigue siendo ella, Alice, y, llevado por los remordimientos repentinos, lanzo un suspiro exagerado.

—Bueno, vale, iré a pasar la noche en la cuarta dimensión.

Al arquea una ceja, exasperada pero con una pequeña sonrisa de alivio que no consigue ocultar, que duplica mi sentido de la culpa por nuestra conversación de hace un momento y que me confirma que, al igual que yo, intenta fortalecer esos lazos que mi comportamiento de los últimos meses tanto ha debilitado. Nuestra amistad bien vale una cena.

CAPÍTULO 11

DIANE

Una vez más, Guillaume ha estado ocupado todo el sábado, pero me ha prometido que mañana iremos a comer juntos y pasaremos el día explorando el Nueva York pre-Halloween. El viernes por la noche, después de una copa de vino tinto, estaba a punto de irme a dormir, hecha polvo por la adrenalina de la representación. Por eso y por la presencia inesperada de Ethan en el bar. Ethan en esmoquin, con la pajarita deshecha y el cuello de la camisa desabrochado. Un verdadero suplicio de Tántalo ese triángulo de piel desnuda que llamaba a mis labios...

¡Prohibido probar!

Tras haberme quitado el maquillaje de escena a toda prisa, mi breve aseo y mis mejillas ardiendo, el contraste no jugaba a mi favor. Entre eso y Guillaume, que empieza a soltar información sobre Joaquín y su tentativa abortada de besarme, solo me quedaba excavar un agujero y meterme dentro por la vergüenza. Ethan, probablemente disgustado y definitivamente incómodo con la anécdota, prefirió irse.

¡Mejor así!

Al menos es de eso de lo que intento convencerme mientras me froto enérgicamente los dientes hasta soltar un grito de dolor cuando estoy a punto de apuñalarme la mejilla con la cabeza del cepillo.

—¿Te has pasado la maquinilla demasiado cerca? —me suelta Guillaume desde el salón.

Empiezo a reír, esta vez arriesgándome a asfixiarme con la pasta de dientes. Alertado por los ruidos extraños que le llegan, Guillaume se acerca a la puerta.

—¿Estás decente?

Esta vez, me río con ganas antes de empujar con el pie la puerta entreabierta. Entra y, al ver mi cara roja y el cepillo de dientes en la mano, reconstruye la escena sin esfuerzo.

—Sería una pena morir después de tan gran éxito.

Me enjuago la boca, me seco y le respondo.

—No nos volvamos locos. Una representación que sale bien tiene poco de «gran éxito». Solo he demostrado que la elección de Audrey de hacerme venir no era una tontería.

Asiente con la cabeza, pensativo.

—Pero estás contenta de todas formas, ¿no?

—Por supuesto.

Cojo el cepillo y me lo paso rápidamente por el pelo antes de recogermelo a toda prisa en una larga trenza a un lado. Guillaume me observa, percibiendo, detrás de mi «por supuesto», todo un mundo de palabras no pronunciadas. La felicidad que había sentido al escuchar los aplausos del público solo había durado un minuto. Es como si me hubieran quitado un peso del pecho para sustituirlo de inmediato por otro sobre las espaldas. Una buena representación puede ser una excepción. No leo las críticas, a propósito, para no alimentar esos pensamientos que invaden mi mente en cuanto dejo de bailar.

—Venga, vamos —me interrumpe Guillaume.

Cojo mi abrigo y una gran bufanda de lana. Las temperaturas habían bajado estos últimos días y, si no me he matado lavándome los dientes, sería una pena caer enferma justo ahora que tengo que dar lo mejor de mí misma en la compañía.

Después de una marcha vigorizante, cuando empezaba a sentir las puntas de los dedos entumecidas, nos metemos en el restaurante que Guillaume había escogido, donde pide las bebidas mientras repaso la carta. Estoy soplándome los dedos cuando su voz interrumpe mi comparación minuciosa entre las propiedades gustativas de una tostada de aguacate igual de equilibrada que indigesta y un plato de pasta con mucha nata, igual de deliciosa que digestible, al menos en mi caso.

—¿Estás lista para lo que te espera mañana?

—¿Hummm?

Parpadeo.

—En la compañía —precisa, mientras hace señas al camarero para indicarle que queremos pedir.

Después de que anotara nuestros platos, Guillaume se gira hacia mí, esperando una respuesta.

—Sí y no. No estoy muy segura de que eso cambie algo.

—Has abierto la temporada en lugar de su *principal*.

—Sí, pero...

—He leído algunas críticas y la inmensa mayoría son buenas. Sabes cómo va esto.

—Sí —suspiro antes de continuar—. ¿Ethan ha escrito una también?

Guillaume hace una leve pausa antes de responder:

—Sí, ¿por qué?

—Podría leerl...

—¿Quieres que te la envíe?

—No, vamos, no estás obligado...

Sumerjo la nariz en mi té, rezando para que el camarero vuelva pronto con nuestros platos. A juzgar por el calor que sube por mis mejillas, estoy a punto de ponerme roja. Maldigo mi piel clara antes de levantar la cabeza. Guillaume me sigue observando, con aire enigmático detrás de sus gafas con montura de cuerno de búfalo. Se rasca el mentón con un gesto lento.

—¿Quieres leer la crítica de Ethan?

—Sí, es tu amigo y el viernes mencionaste que escribiría una...

—¿Quieres leer una crítica? ¿Tú? —repite.

Adoro a Guillaume. Es un encanto y el hecho de que me conozca como la palma de su mano y me quiera a pesar de todo es una de las piezas más importantes de mi vida, pero, a veces, en realidad con bastante frecuencia estos últimos tiempos, me gustaría que me conociera un poco menos. Eso me evitaría tener que enfrentarme a la realidad que tengo delante cuando lo único que me apetece es engañarme un rato más. ¿Acaso es un crimen tan grande?

La llegada del camarero con nuestros platos disipa la tensión que empieza

a aumentar y, fingiendo que no he escuchado la última pregunta de Guillaume, me abalanzo sobre mi plato de pasta. Lanzo un suspiro de éxtasis con la intención de impedir cualquier posible conversación.

—¿Es ese el tipo de gemidos que Ethan te provoca?

Me atraganto y me pongo a toser, lo que hace estallar de inmediato las risas de Guillaume, que parece muy orgulloso de su comentario.

—¡Joder, Guillaume, eres imposible! —exclamo.

—No soy yo quien está fingiendo un orgasmo para evitar la conversación.

Me sonrojo violentamente y bebo un poco de agua para recuperar la compostura.

—¿Echasteis un polvo en la cocina?

—¡¡No, claro que no!! ¡¡No!! —grito, dando un puñetazo en la mesa, lo que atrae las miradas intrigadas de nuestros vecinos de mesa.

—Cálmate, Diane, que no estoy hablando tan fuerte y, además, lo hago en francés.

—Esa no es la cuestión —me sublevo— y, además, esto está lleno de franceses, ¡que es Nueva York!

Envuelta en mi dignidad de ofendida, intento cerrarle la boca a Guillaume con mi virtuosa moralidad cuando continúa, con el dedo índice en el aire como si fuera a enumerar una serie de indicios:

—Te sonrojas cuando hablas de él, evitas mirarlo a los ojos, tu vestido parecía haberse acortado la otra noche en la cocina.

Acompaña esta última palabra con una pequeña sonrisa traviesa que me hunde en el tormento de la vergüenza.

Escuchó todo.

—¡Vale, vale! Lo besé.

—¿En?

—¡En la boca, joder! Bueno...

Esa precisión que me siento obligada a dar me recuerda lo que pasó entre Ethan y yo. En rigor, en la cocina, solo lo besé en la boca. Miro hacia un lado

mientras rememoro nuestra primera noche, cuando Guillaume chasquea los dedos frente a mi cara. Me sobresalto y lo observo, reculando levemente en mi silla. Antes de que siga torturándome con más sobrentendidos escabrosos, lo suelto todo de golpe.

—¡Fue con él con quien me acosté la noche de mi llegada! Y sí, nos besamos en la cocina. Pero Joaquín me había besado antes y aunque Ethan me gusta mucho, Joaquín me turba. Debería pensar en otra cosa, lo sé, debería obsesionarme con mi carrera y más en este momento. Pero Ethan es tan... guapo. Y Joaquín también, aunque creo que es de los que te atan antes de obligarte a suplicar y ya sabes lo mucho que yo detesto suplicar. Cuando vi a Ethan el viernes, lo primero que me dije es que esperaba que llevara puesto el esmoquin la próxima vez que nos acostáramos jun...

Guillaume, en un intento por contener el flujo de información que estaba vertiendo sobre él, se inclina y me tapa la boca con la mano.

—Cálmate, Diane.

Lo observo con los ojos como platos antes de inspirar profundamente. Como Guillaume no quita la mano de inmediato, saco la lengua y le lamo la palma, provocándole un gesto de asco.

—¡Aaaaah, eres asquerosa! —comienza antes de continuar—. Dos tíos al mismo tiempo, ¿eh? Estoy impresionado, tengo que reconocerlo.

—¡No son dos tíos al mismo tiempo! No ha pasado nada con Joaquín y le he dicho a Ethan que no es posible.

—Joaquín es bailarín, como tú. Muy práctico, ¿verdad?

—Supongo que se puede ver así...

—Es sexi y viene de Europa. Muy bien, ¿no?

Aprieto los ojos, sorprendida por el entusiasmo de Guillaume en cuanto a Joaquín.

—¿Pero Ethan es tu amigo o no? ¿Por qué tienes tanta prisa por empujarme a los brazos de Joaquín?

—Sin duda alguna, su pequeña parte dominante te atrae... ¿Atada, Diane? Creo que confundes el BDSM con indios y vaqueros.

No me dejo distraer por el intento de Guillaume de evitar el tema «Ethan».

—Hace dos minutos, bromeabas con el hecho de que besara a Ethan y, ahora, ¿pasas del tema?

—Francamente, no me había dado cuenta de nada en la cocina. Estaba demasiado borracho. Si no hubieras estado tan interesada en leer su crítica, no habría adivinado nada.

—¿Pero hay algún problema? ¿Pasa algo con él?

Guillaume agita la cabeza con fuerza antes de cogerme de la mano al verme molesta. Se apresura a tranquilizarme:

—No, nada, Diane. Sabes que quiero que seas feliz. En todos los ámbitos. ¡Y, sobre todo, que te diviertas!

—¿Pero?

—Pero no creo que Ethan sea la mejor opción para eso —concluye con pesar.

—Vale. De todas formas, no creo que vuelva a verlo.

Guillaume asiente con la cabeza antes de esbozar una sonrisa.

—Bueno, cuéntame cosas sobre Joaquín. ¿Quieres que vayamos a comprarte un disfraz de criada para Halloween? Seguro que le gusta, ¿no?

Y a ello nos dedicamos: Guillaume, con un jersey en la cintura a modo de delantal, imita con un fuerte pestañeo las tareas que Joaquín podría pedirme que hiciera, asustando de paso a dos adolescentes, pero no compramos el disfraz de criada, sino que pasamos la tarde juntos hablando del bailarín y evaluando su potencial como amante ocasional.

Cuando llego al edificio de la compañía el lunes por la mañana, estoy acelerada. Las alusiones indecentes de Guillaume me han avergonzado tanto como distraído. Me cambio de ropa y la mañana comienza con una clase. Mi moño está en su sitio y, con las puntas en la mano, me dirijo al aula cuando veo a Joaquín, de espaldas, un poco más adelante. Acelero el paso y, cuando llego a su altura, miro a la izquierda y luego a la derecha. Vía libre. Detrás de él, hay estudio para ensayos vacío y así seguirá seguramente hasta primera hora de la tarde. Inclinandome hacia él, deslizo un brazo entre su torso y su brazo y abro la puerta.

Joaquín, imperturbable, con una mirada divertida en sus ojos claros, se deja empujar al interior. Después de cerrar la puerta detrás de mí, me apoyo un instante.

—Joaquín.

—Diane —me responde con el mismo tono, levemente dramático.

Sonrío, pero la seguridad que me invadía hacía unos segundos me abandona poco a poco.

¡¿Qué haces?! ¡Es ahora o nunca! ¡Bésalo! ¡Métele mano en el paquete!

Indignada por mi propia grosería, cierro los ojos y agito la cabeza. Cuando los vuelvo a abrir, Joaquín se me acerca. Me domina y tengo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos. Una lenta sonrisa se esboza en sus labios. Con una mano, inclina mi rostro levemente mientras lleva la otra mano a mi cintura y me invita a reducir la distancia que queda entre nosotros. Obedezco, hipnotizada. Un segundo antes de que nuestros labios se toquen, asiente imperceptiblemente, ofreciéndome la posibilidad de parar o no lo que está a punto de pasar.

¡Se ha acabado con el otro! ¡Pisa a fondo!

Agarro la camiseta de Joaquín y acabo con la distancia que nos separa. Este beso no tiene nada que ver con el que me había robado hacía diez días. Esta vez, soy yo la que lo inicia. Hasta que pierdo el control. La boca de Joaquín no da tregua pero también sabe jugar, disolviendo la tensión que vibra en mí para transformarme en una masa que moldea poco a poco, con las manos sobre mis muslos invitándome a rodear su cintura con ellos cuando me eleva con un gesto brusco. El beso que había planeado darle se transforma de prisa en preliminares mucho más avanzados de lo que había previsto.

Cuando nos separamos, sin aire, balbuceo:

—No creía que... Solo quería...

Joaquín se balancea suavemente contra mí, arrancándome un gemido apagado.

—Es un *pas de deux*, Diane.

Asiento con la cabeza, mientras me pregunto por un instante si no estoy abarcando más de lo que puedo asumir, cuando Joaquín se frota contra mí, con

las manos sobre mis muslos impidiendo que se rompa la proximidad entre nosotros.

Cuando me dispongo a poner fin a ese momento que, aunque agradable, sube la tensión demasiado deprisa, él mismo se aleja, dejándome en el suelo. Con sus manos en mis codos, en el tiempo que tardo en recuperar el equilibrio, se inclina y me da un beso suave en los labios.

—Es hora de ir a clase. Seguro que no quieres llegar tarde después de tu triunfo del viernes.

Su comentario me devuelve al presente y la nube de deseo en la que mi mente se regodeaba todavía hacía unos segundos desaparece. Me llevo una mano al pelo para intentar peinarme un poco cuando Joaquín me para en seco al abrir la puerta.

—Estás muy bien así. Incluso mejor.

Lo dejo salir delante de mí y espero un minuto antes de dirigirme a clase. Y es en ese momento en el que me encuentro de frente a Liv, que me bloquea el paso.

—Perdona, pero la clase va a empezar.

—Te has entretenido un rato con Joaquín, así que no veo por qué no vas a poder hablar un minuto conmigo —me suelta en la cara.

—¿Qué insinúas?

—Oh, por favor, ¿crees que eres la primera en recibir sus favores?

—Ya te lo he dicho. Tengo que ir a clase.

—Audrey acaba de anunciar que llegará diez minutos tarde —declara Liv, con las manos apoyadas en las caderas.

Sus ojos encendidos y la boca torcida son claras señales de cólera, pero también de desprecio. Bonita mezcla. Levantando la cabeza, la miro con desdén y frialdad. Somos más o menos de la misma altura y sus ojos verdes, fijos en los míos, se entornan cuando comprende que no pienso dejarme manipular.

—¿Qué quieres, Liv?

—¡Quiero que entiendas que bailaste el viernes porque no consiguieron

localizarme antes que a ti! ¡Fue solo una cuestión de suerte!

—El público no piensa lo mismo —le suelto, apretando los dientes.

—¡Para lo que te sirvió en París! —exclama.

La rodeo antes de abalanzarme hacia las escaleras que llevan a las aulas. Está claro que sabe dar donde duele, no cabe la menor duda. Lo que acaba de decir hace resonar uno de mis miedos más ancestrales. Tiene razón: ovaciones, aclamaciones, todo eso ya lo recibí en París, pero del público, siempre fueron del público, y eso no generó más representaciones, eso no me dio más papeles.

Cuando llego al aula, consigo abrir los puños, pero la mirada curiosa que me lanza Joaquín me indica que la expresión de mi rostro no tiene nada de relajada. Cuando sus ojos se entristecen, comprendo que ya ha relacionado mi aire crispado con Liv, que acaba de entrar detrás de mí y que, delante de todo el mundo, grita:

—¡Felicidades por lo del viernes, Diane! ¡Qué suerte!

Esbozando una sonrisa, finjo aceptar sus falsos cumplidos. El hecho de que otros bailarines se unan a ella con, al menos eso espero, menos hipocresía, no me tranquiliza. Cuando Joaquín me lo pide, me coloco delante de él. Se inclina hacia mí y me susurra:

—¿Has visto la nueva planificación?

—No, ¿por qué?

—Vas a sustituir a Jill en todas sus representaciones.

Me quedo muda antes de recorrer la sala con la mirada. Jill no está.

—¿Está bien?

Joaquín se sorprende por mi reacción o, al menos, esa es la impresión que me da.

—No te preocupes por ella. Es genial para ti.

Ahora entiendo mejor la rabia de Liv. No la actitud infecta que destila, sino lo que la motiva. Y diga lo que diga Joaquín, no puedo evitar preocuparme por Jill. Al fin y al cabo, es la única persona que me ha demostrado algo de amistad aquí y, al menos en apariencia, sin esperar nada a

cambio.

No tengo tiempo de seguir haciéndome preguntas porque Audrey entra, acompañada de un hombre de unos cuarenta años con los ojos color ámbar y el pelo canoso que reconozco al instante.

Alexei Rostov.

Coreógrafo residente del Royal Ballet durante los últimos años, ha adaptado *ballets* clásicos, pero también ha creado nuevas obras que compañías de todo el mundo codician. Abandonó Rusia muy joven junto a otros dos bailarines igual de talentosos que rebeldes a los dictados del comunismo, uno de ellos mi madre, para refugiarse en Occidente como bailarín en un primer momento y luego como coreógrafo de talento. Al igual que todo el mundo a mi alrededor, estoy intrigada por su presencia en el aula.

—Compañía, no es preciso que os presente a Alexei Rostov. En vez de perder el tiempo antes de empezar vuestra clase, le dejo el placer de explicaros la razón de su presencia aquí.

—Buenos días a todos.

Su voz, como la de mi madre, conserva una inflexión eslava que la hace autoritaria pero también íntima, como si las palabras que pronuncia fueran tan veladas que ocultan sus pensamientos más de lo que los muestra. Sus ojos son cálidos y todo en su postura parece abierto, pero detecto un poco de contención. Todos lo observamos, pero él también nos observa a nosotros y se guarda mucho de dejar entrever su opinión. Cuando por fin anuncia la razón de su visita, un escalofrío de emoción recorre a la concurrencia.

—He concebido un *ballet* para esta compañía. Y lo representaréis en un mes y una semana.

¿Un mes y una semana para preparar un *ballet* completamente nuevo? ¿Además de las representaciones ya previstas? ¡Debe de ser una broma! Si bien el desafío es considerable, la emoción de la compañía no se queda a la zaga, y todo el mundo ya está preguntándose qué papel interpretará cada uno. Por el rabillo del ojo, veo a Liv lanzarle una sonrisa resplandeciente a Alexei, cuya mirada no se posa más de un segundo en ninguno de nosotros.

—Ya tengo más o menos decidido mi reparto, pero antes me gustaría conoceros mejor y, por ese motivo, voy a encargarme de la clase de esta

mañana.

Su anuncio supone todo un *electroshock*. Mejor no hacerse ilusiones. Con la excusa de que quiere conocernos mejor, está claro que Alexei quiere someternos a una audición, ni más ni menos.

—En posición —retumba su voz.

CAPÍTULO 12

DIANE

Alexei nos impone un ritmo infernal, corrige a todo el mundo, se toma su tiempo con cada uno de nosotros y nos muestra en primera persona la exigencia y la búsqueda de la perfección por las que es conocido en el mundo de la danza. Que se lo conozca por estas cualidades en un mundo en el que son la norma demuestra el paroxismo al que las lleva. Junto a él, Audrey le indica los nombres de los bailarines a los que se dirige. Cuando la clase está a punto de terminar, me lanzo en una última diagonal y me para.

—Diane, ¿podrías volver a hacerlo pero con tu propio estilo?

Me quedo atónita un instante antes de darme cuenta de que, sin quererlo, he adoptado el estilo del Ballet de Nueva York. Cuando vuelvo a ejecutar la diagonal, con los brazos menos enérgicos en apariencia pero más sutiles, los hombros expresivos, asiente con la cabeza en señal de aprobación. Detrás de él, veo a Audrey arquear las cejas, pero desconozco la razón.

Cuando termina la clase, Alexei Rostov se marcha de inmediato, seguido de Audrey, para decidir nuestra suerte. Imagino que ella también tiene que estar desbordada. Poner en marcha toda la maquinaria que exige un *ballet* «sorpresa» requiere un trabajo titánico, teniendo en cuenta que los programas de las temporadas en ocasiones se anuncian casi con un año de antelación. Sin embargo, Alexei es conocido por su espontaneidad y su tendencia a forzar las convenciones a su antojo. Su éxito se lo permite. Me emociona la idea de poder trabajar con él. Jamás había sido infiel al Royal Ballet ni había creado una obra para una compañía rival.

—¿Lo conoces?

La voz de Liv me sorprende, pero mantengo la calma.

—No, ¿por qué?

—No le ha preguntado tu nombre a Audrey —continúa.

La miro de reojo y me tranquiliza ver que la rabia que la animaba antes se ha transformado ahora en una expresión ambigua, cierto, pero menos

beligerante.

—¿Ha sido tu madre o ha leído la crítica de Ethan Maguire? Todavía no ha caído rendido a tus pies —prosigue, hablando sola antes de salir del aula.

Esta vez sí que estoy sorprendida. ¿Y cómo conoce ella a Ethan? ¿Acaso es un periodista famoso? ¿Y qué entiende ella por «todavía no ha caído rendido a tus pies»?

La jornada se va sucediendo de tal forma que no encuentro un momento para consultar mi teléfono en privado. Siempre hay alguien conmigo. William dándome mis fechas para *Romeo y Julieta*, Audrey recibíendome en su despacho para formalizar unos documentos de inmigración y luego Joaquín. Hemos decidido ensayar ciertos pasajes de la obra de MacMillan esta tarde. Siento que nuestra dinámica de pareja apenas acaba de empezar y que podemos profundizar mucho más. Entre dos puertas, me murmura obscenidades que me hacen reír, pero no me relajo. Me preocupa haber abarcado más de lo que puedo gestionar.

Cuando por fin me quedo sola, son más de las ocho. Acabo de ducharme y, envuelta en una toalla, saco el móvil del bolso. Una busca rápida me lleva al artículo en cuestión. Descargo la aplicación en la que se encuentra, *Show me*, y por fin puedo acceder a la reseña. Guillaume tiene razón, rara vez leo las críticas, por no decir nunca. Si son buenas, las olvido de inmediato. Y, si son malas, me es imposible sacármelas de la cabeza.

La crítica es concisa, tres párrafos que aluden a la obra en general, la pareja que formamos Joaquín y yo y, luego, mi interpretación de Julieta. Siento que me empieza a hervir la sangre poco a poco hasta que se me nubla la vista. «Una Julieta deliciosa, sin ninguna duda, pero es la Julieta de una bailarina que sigue las reglas». «La química entre los bailarines es tan intensa que el espectador se acaba preguntando si está viendo *Romeo y Julieta* o *Joaquín y Diane*». «Una bailarina que puede llegar a ser excepcional, pero que, para eso, debería liberarse de sus manierismos». «Ese momento de gracia, ¿es cosa de una noche o sabrá, podrá, repetirlo?»

¿Que si podrá repetirlo?

Cuando cierro la aplicación, temblorosa, intento calmarme, pero la cólera que me quema por dentro hace que sea imposible. Me siento humillada por los sobreentendidos que creo percibir. También estoy aturdida por la claridad con

la que Ethan me ha calado, yo y mis miedos expuestos con tanta frialdad sobre aquella pantalla. A la vista de todos.

En ese momento, aparece un mensaje en mi teléfono. Mi madre a la que, sin duda, le han llegado ecos de mi éxito, me envía un lacónico: «Cualquiera diría que jamás han visto a una bailarina con un mínimo de talento».

¡Es la liga de los cabrones extraordinarios! Entre Liv esta mañana, Ethan y mi madre, no hay manera de pasar el día concentrándome en mi trabajo sin cuestionarme las razones de mi éxito relativo. Mi ritmo cardíaco se acelera y doy un grito de frustración en los vestuarios vacíos. Tengo ganas de partirles la cara. Agotada tanto física como emocionalmente por la tensión de estos días, doy rienda suelta al temperamento que tan acostumbrada estoy a controlar. Para no parecerme a mi madre, luego para que el director artístico del Ballet de la Ópera de París me dejara bailar y luego para... ¿Para qué? ¡Estoy harta!

No aguanto más, así que llamo a mi mejor amigo.

—Hola, guapa. ¿Vuelves esta noche?

La voz de Guillaume, alegre al teléfono, no hace más que avivar mi cólera.

—Dame la dirección de Ethan. Los códigos de entrada, si es que los tiene, y el número de su apartamento.

Al otro lado de la línea se hace el silencio.

—¡Joder, Guillaume, ¿me los vas a dar?!

Sin preguntarme por qué estoy tan enfadada, me dicta la información que le he pedido y, antes de colgar, intenta un tímido:

—¿No quieres hablar?

—Sí, pero con él. Antes de estrangularlo.

Pongo fin a la conversación, todavía más encendida por la risa de Guillaume y por oírle murmurar «la pobre».

¡¿La pobre?!

Me visto con movimientos secos y, en el taxi que me lleva al apartamento de Ethan, vuelvo a leer la crítica hasta memorizar las frases más hirientes.

«Una Julieta deliciosa, sin ninguna duda, pero es la Julieta de una bailarina

que sigue las reglas».

¡Se va a enterar ese de lo que es una mujer «que sigue las reglas» cuando se enfada!

Cuando llego a su puerta, la golpeo con furia. Pasados unos segundos, lo oigo acercarse.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —grita con tono exasperado antes de abrir, con un brazo apoyado en el marco de la puerta, seguramente para evitar que la loca que arma tanto jaleo entre en su apartamento.

La parte de mi cerebro que no está ocupada en imaginarlo empalado o apaleado por millones de zapatillas de punta percibe su pelo todavía mojado, sus vaqueros sin abrochar y la camiseta blanca que seguramente acaba de ponerse a toda prisa, revelando unos brazos esculpidos...

¡Esculpidos por horas tecleando críticas humillantes sobre las tías con las que se acuesta, sí!

Cuando Ethan me reconoce, su expresión va de la sorpresa a la desconfianza, pero con un toque de culpabilidad, lo que me hace pensar que ya ha adivinado el motivo de mi visita.

—Has leído la crítica —afirma con voz monocorde.

—Sí. ¿Me pones una copa?

Sin darle tiempo a responder, paso por debajo de su brazo y me cuelo en su apartamento. Es un *loft* industrial más que un apartamento, ya que no tiene habitaciones propiamente dichas, excepto un cuarto de baño al fondo, detrás de donde se encuentra la cama, oculta tras una estantería atestada de libros. No había prestado atención la última y única vez que vine aquí. Un gran ventanal ocupa toda una pared y revela las luces de la ciudad. Son unas vistas que cortan la respiración, pero la cólera me impide recrearme. Ethan me sigue de cerca y, cuando me giro para enfrentarme a él, se pasa una mano por ese pelo que apunta a todas direcciones.

—Lo siento mucho. No era mi intención hacerte daño. Salió solo.

—Salió solo.

Hace una mueca al escucharme echarle en cara su patética excusa.

—De verdad, tenía que revisarla una última vez. Es culpa mía...

—¿Revisarla una última vez? ¿Y qué habrías cambiado?

Frunce el ceño y se rasca la mandíbula para intentar ganar algo de tiempo.

—Déjame refrescarte la memoria: «Una Julieta deliciosa, sin ninguna duda, pero es la Julieta de una bailarina que sigue las reglas». Cuando estuvimos hablando en la escalera de incendios, ¿ya habías previsto utilizar en tu crítica lo que yo te había dicho en confianza?

—¡Por supuesto que no!

Por un momento, parece sinceramente ofendido y algo disgustado por lo que acabo de insinuar. Me muerdo las mejillas hasta percibir un cierto gusto metálico antes de seguir.

—«Una bailarina que puede llegar a ser excepcional, pero que, para eso, debería liberarse de sus manierismos». Dime, ¿por casualidad no te sentías un poco frustrado cuando escribiste eso?

Lo veo palidecer, pero guarda silencio. Embriagada por la ventaja que creo tener, continúo:

—«Ese momento de gracia, ¿es cosa de una noche o sabrá, podrá, repetirlo?» «¿Podrá?» ¿De verdad, Ethan?

—Lo siento mucho, Diane. Ya te he explicado lo que ha pasado. No era la versión final. Que me creas o no ya depende de ti.

Camino de un lado para otro delante de él, con los brazos rodeando instintivamente mi cintura, en un intento de aferrarme a mi ira. No quiero que me engatuse. Cuando me dispongo a embestir de nuevo, son otras palabras las que salen de mis labios.

—¿De verdad piensas eso?

—¿Qué? —me pregunta Ethan con tono circunspecto, sin saber si me había calmado o si estaba en el ojo del huracán.

Ni yo lo sé.

—¿De verdad crees que no estuve bien?

Eleva los brazos hacia mí, da un paso hacia delante y se mete las manos en los bolsillos, bajando aún más la cintura de su pantalón y dejando ver dos

centímetros de piel. Cuando habla, usa una voz controlada e intenta captar mi mirada.

—No, Diane, estuviste increíble.

—¿Y entonces por qué escribiste eso?

—Era un primer... bueno, quizá no un primer borrador, pero desde luego no una versión definitiva. Y sí, probablemente escribí ciertas frases llevado un poco por la cólera y por... los celos.

Me quedo mirándolo. Sus ojos, azules oscuros, parecen impenetrables, pero su boca esboza una sonrisa torcida que deja entrever su malestar tras semejante confesión.

—Ah —me limito a responder.

—Si te sirve de consuelo, a los internautas les ha encantado la crítica, pero se han apresurado a ponerte por las nubes. Solo tú piensas que soy idiota.

—¡Porque lo eres!

Sin tener muy claro hacia dónde nos va a llevar esta conversación, hundo la barbilla en mi bufanda de lana. ¿Qué hago yo ahora?

—¿Te pongo algo de beber? Para presentarte mis disculpas —prosigue, avergonzado, antes de murmurar, otra vez...

Asiento con la cabeza y me quito el abrigo y la bufanda. Me siento en el gran sofá en ángulo que hay pegado a la estantería que lo separa de la cama.

La cama.

Cuando Ethan vuelve con un vaso de sidra para mí y lo que parece un vaso de vodka para él, no puedo evitar fruncir el ceño en señal de desaprobación.

—Es agua, Diane —me dice antes de agitar la cabeza y de sentarse junto a mí.

—No he dicho nada.

—Mis más sinceras disculpas. Aunque fuera un error, no debería haber escrito ciertas cosas. He aprendido la lección —añade con un tono especialmente duro.

Una vez que se me ha pasado un poco el enfado, siento náuseas, como si

esa falta de control de repente me hubiera ensuciado y agotado a la vez. Intento corregirlo explicándole un poco a Ethan cómo me había sentido, para explicármelo también a mí misma.

—Después de leer tu crítica, he recibido un mensaje que, en resumen, no hacía más que confirmar lo que acababas de decir. Tú te has tenido que comer mi enfado, pero no eres el único al que le tenía ganas.

Suspiro, pasando un dedo por el borde de mi vaso.

—¿Y qué te decía exactamente esa persona?

—Que los estadounidenses no debían de ver demasiado a menudo a bailarinas con un mínimo de talento, al ver las buenas críticas que había recibido. Más o menos.

Escucho a Ethan suspirar con enfado antes de sentir que se acerca a mí. Deja su vaso junto al mío, me coge de los hombros y me gira hacia él. Solo llevo puesto un jersey fino, así que mi cuerpo reacciona de inmediato al contacto de sus manos. Mantengo la calma y lo miro cuando estoy segura de que no parezco una niñita desvalida. En cuanto veo como se enternecen sus ojos cuando se cruzan nuestras miradas, no lo consigo. En un intento de liberarme, giro la cara de perfil.

—No quiero dar pena. Estoy bien.

—Diane, eres una bailarina excelente y la persona que te ha enviado ese mensaje seguramente también esté celosa.

Trago saliva, empapándome de sus palabras como si de una lluvia bienhechora se tratara, a la vez que me maldigo a mí misma por tener esa reacción. Sin saber qué decir, opto por atacar.

—Tienes los vaqueros desabrochados.

—¿Perdón?

—Tus vaqueros. No te los has abrochado del todo.

Ethan baja la cabeza y suelta un sonoro «mierda» mientras acaba de vestirse. Me río sin pensar y le lanzo una falsa mirada de desaprobación.

—¿Y has esperado todo este tiempo para decírmelo? Y yo que pensaba que solo te estaba presentando mis excusas...

A pesar de mis intentos por evitarlo, me sonrojo y agito la cabeza.

—Creía que eso formaba parte de tus excusas.

—Ah, ¿sí? Pero si no lo he entendido mal, este tipo de excusas no te interesan, ¿no?

Me giro por completo hacia él. Nuestras rodillas se rozan y su mano, sobre su rodilla izquierda, está a unos centímetros de la mía. Niego con la cabeza a la vez que acerco mi mano a la suya. Nuestros dedos se entrelazan en silencio y me acaricia la palma de la mano antes de ponerse a dibujar motivos abstractos en mi muñeca. Cuando, por fin, nuestras manos se unen, suelto un largo suspiro de resignación. La sonrisa reticente con la que Ethan acoge esa reacción me desarma.

—No te preocupes, Diane, ya he comprendido que... no es posi...

No sé si es por el tono irónico que detecto en sus palabras o por el sentimiento que veo en su mirada, pero no le dejo acabar y, colocando la otra mano en su muslo derecho, me acerco y lo beso.

CAPÍTULO 13

ETHAN

Saltan todas las alarmas al instante, subiendo de volumen a medida que Diane se me acerca.

¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Choque inminente!

Los labios de Diane presionan mi boca y su mano derecha se aproxima peligrosamente a la erección que intento controlar desde que me senté junto a ella. Corrijo, desde que la he visto frente a mi puerta, furiosa e increíblemente sexi. Toda la mortificación que he sentido al publicar esta crítica, la auténtica culpabilidad por poder haberla herido, han sido barridas por una ola de deseo que me deja noqueado y sin esa elocuencia que, durante un tiempo, fue mi firma.

Enfadada, el ámbar de sus ojos parece todavía más intenso, casi dorado, un color que ya había visto antes, cuando hace un mes se acurrucaba contra mí, desnuda.

En resumen, estaba ligeramente distraído por mi pene, pero no lo suficiente como para no comprender que bajo aquella cólera se ocultaba un miedo atroz, el mismo que había vislumbrado en la cocina de Guillaume. De repente, solo podía pensar en una cosa: tranquilizarla y hacer todo lo que estuviera en mi mano para que recuperara la sonrisa. Por irónico que parezca, mis vaqueros mal abrochados han conseguido relajar el ambiente.

Sin pensarlo, la beso, arrastrado por su arrebató, antes de que salte sobre mí, deslice sus manos bajo mi camiseta y me arañe levemente los costados, pero una pequeña parte de mi cerebro, probablemente a la que todavía le llega el riego, me envía señales contradictorias.

Sujeto las manos de Diane, las saco de debajo de mi camiseta y las mantengo en las mías. Deja de besarme y, pasados unos segundos, parece volver en sí.

—¿Algún problema?

Su voz, sin aliento, levemente ronca por el deseo, casi me convence de

seguir por donde lo habíamos dejado, pero la duda me atormenta.

—No has dicho nada sobre mi comentario de la química de los bailarines en la crítica.

—«*La química entre los bailarines es tan intensa que el espectador se acaba preguntando si está viendo Romeo y Julieta o Joaquín y Diane*» — recita del tirón.

—¡Qué memoria!

—Siempre me acuerdo de lo negativo.

—Y...

Se queda atónita y siento que sus manos se tensan en las mías.

Vale.

O más bien, no, no vale. Rehúye mi mirada, se muerde el labio, frunce el ceño y cierra los ojos. El mensaje está claro. Tengo muchas cosas que solucionar en mi vida y Diane es una de ellas. Me calmo y, con todo el control que soy capaz de reunir, le pregunto, insistiendo en cada palabra:

—¿No quieres una relación conmigo, pero acostarte con tu compañero no te supone ningún problema?

—No, claro que no. Bueno, no. No «nos acostamos» —acaba diciendo con tono mordaz.

—Todavía no.

Diane se derrumba imperceptiblemente y niega un poco con la cabeza a la vez que lanza un suspiro muy leve. Estoy decepcionado. No por ella, no, sino por mí. Soy un idiota. Le suelto las manos y dejo que cambie de posición y se levante. Con el moño perfectamente hecho, se pasa los dedos por detrás de la oreja para alisar un mechón inexistente.

—Yo... yo no había previsto... —empieza.

—No pasa nada, Diane. No hace falta que te disculpes. De verdad.

—Pero no querría que...

—¿Qué? No puedo negar que existe una cierta química entre nosotros, pero hasta ahí.

Frunce el ceño, dubitativa.

—¿Y qué quieres decir con eso?

Suelto una carcajada sin alegría al comprender su confusión y la corrijo al instante.

—Sí, claro que me apetece acostarme contigo, pero no hasta el punto de suplicártelo, ¿vale? Nueva York está lleno de mujeres guapas.

Escojo mis palabras con cuidado. Primero para alejarla. Claro que quiero estar con ella, pero como bien he podido comprobar estos dos últimos años, no tengo ningún problema para encontrar compañera de cama. ¿Para qué pelear por una mujer que no tiene ni el tiempo ni las ganas de abrirme la puerta?

Si algo he aprendido como empresario es a ser pragmático. La inversión no merece la pena cuando corro el riesgo de obsesionarme con Diane. Ya he tenido bastante y, con todo el trabajo que supone el desarrollo de la aplicación, este no es el momento. Correré el doble de kilómetros, a ver si eso me calma.

Ante mi comentario, abre bien los ojos. Finjo que no he visto su sorpresa, cojo su abrigo y su bufanda y se los doy.

—Será mejor que seamos solo amigos. Con Guillaume como amigo común, eso es lo mejor.

Puedo ver que la he molestado porque aprieta la boca antes de bajar la cabeza. Al final opta por asentir lentamente, como si el sentido de mis palabras se hubiera abierto paso, pero sus ojos me evitan. Se pone el abrigo y la bufanda y se dirige a la puerta. Antes de que la cruce, la paro sujetándola por el brazo y la giro hacia mí. Su rostro presenta una expresión entre incertidumbre y frágil esperanza que desaparece rápidamente para dar paso a su máscara de bailarina, contenida. Una máscara que detesto.

—Te pido una vez más que aceptes mis excusas por la crítica. No volverá a pasar.

—No pasa nada —murmura, agitando la mano al desgaire.

—De verdad que lo creo y estoy deseando volver a verte bailar. Esta vez, la repararé antes de enviarla.

La sonrisa que me dirige es educada, pero no soy yo quien tiene que velar por Diane. Cuando sale, cierro y me quedo apoyado en la puerta, sintiendo todavía el ligero aroma a limón que deja a su paso. Golpeo el frío acero con la cabeza, una vez, dos veces, antes de pasarme las manos por el pelo y de volver a andar por la habitación.

El día ha sido especialmente difícil. Al y yo estamos preparando una captación de fondos para ampliar la aplicación a Londres y París y, luego, en una segunda fase, a Berlín y Milán, las próximas ciudades en las que queremos instalarnos. Me estaba duchando cuando Diane me ha interrumpido y, ahora que se ha ido, vuelvo a sentir el peso de la jornada sobre mis hombros.

En la encimera de la cocina, mi móvil vibra y refunfuño antes de cogerlo. Si Al ha tenido una idea brillante, vale la pena echarle un vistazo. Ahora que evito salir a beber o tirarme a la primera que pase, las noches se han vuelto largas. Muy largas. No reconozco el número ni está entre mis contactos. Intrigado, introduzco el código de desbloqueo y abro el mensaje. Mi reacción es visceral, se me hace un nudo en el estómago y respiro con dificultad.

Parece que se han puesto de acuerdo las dos esta noche.

Vuelvo a leer el mensaje y no sé cómo comportarme.

El tono parece prolongarse en el vacío de mi apartamento. Decido llamar.

—¿Ethan?

—Al, ¿te pillo mal?

Miro la hora y son ya las nueve y media. Debe de estar viendo una serie en la tele con su chico, en el sofá. Además, me da vergüenza molestarla después de haber pasado todo el día juntos, estrujándonos el cerebro para acabar el dossier.

—No, ¿qué pasa?

Suspiro, sin saber cómo plantearlo, pero ella lo adivina antes de que yo diga nada.

—Te ha llamado, ¿no?

—Me ha mandado un mensaje, sí. Me habías dicho que...

—Me llamas si eso pasaba. Desde luego es mucho mejor que me llames

a mí que a esa cabrona.

Dejo escapar una risita al escuchar la vehemencia de Al.

—No pasa nada. Tenía derecho a no estar enamorada. No por eso es una «cabrona».

—Tienes razón. Solo una hija de puta.

Escucho a Sven hacerle una pregunta de fondo y Al le responde con mayor claridad: «¡Te digo que es una bruja! ¡Me da igual! ¿Pero tú de qué lado estás?».

Este paréntesis absurdo consigue lo que ni la ducha ni la presencia de Diane: relajarme. Cuando Al vuelve al teléfono, intento no reírme para que no se dé cuenta.

—¡Madre mía! Lo quiero mucho, pero a veces es un cabezón —me dice.

—¿Porque no te anima a decapitar a alguien que no te ha hecho nada?

—¿De verdad crees que no me ha hecho nada?

—Si no recuerdo mal, fue a mí a quien se lo hizo.

—¿Pero de verdad crees que te rompan el corazón, te conviertas en un borracho, te tires a cualquiera y dejes de escribir no tiene ninguna repercusión en tus amigos?

Lo dice con un tenue hilo de voz y, a juzgar por las pullas que me ha lanzado, está claro hasta qué punto le ha herido la situación, a ella también.

—Mierda, ahora haces que me sienta mal justo cuando empezaba a ir a mejor —bromeo.

—¡Me alegro por ti! ¿Pero qué piensas hacer?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué quiere esa? ¿Que la llames? ¿Que os toméis un café? —enumera con tono quejicoso que, no cabe duda, es su imitación de esa a la que llama la «cabrona».

—No está bien —comienzo.

—Pues me alegro por ella.

—Al, no digas eso. No es propio de ti.

—Ethan, vendió su parte de la empresa sin ni siquiera decírtelo. Se negó a dirigirte la palabra. ¡Joder, te dejó plantado en el altar! —acaba gritando en un *crescendo* que me obliga a alejar la oreja del teléfono.

—Para ser exactos, me dejó plantado una semana antes.

Mi tono seco no parece desarmar a Al.

—Estupendo. Eso lo cambia todo —ironiza.

—No te preocupes por mí.

—¿Vas a llamarla?

—No lo sé.

—¿Todavía la quieres?

—No, se me pasó en la vigesimoséptima borrachera. Soy la prueba viviente de que se pueden vomitar los sentimientos.

Sé que Al no para de hacer muecas al otro lado de la línea.

—No la llames, por favor. Tú y tu complejo de caballero andante...

—¡Para ya!

—Para ya tú, Ethan. Te has pasado casi dos años de mala racha emocional, pero este último mes, habías vuelto al mercado.

—¿Siempre tienes que sacar la metáfora del caballero andante? ¿Quieres que hablemos de mi lanza?

—Ja, ja, en serio. Siempre que te necesitaba, te tenía ahí. ¡Ha dejado pasar lo mejor que podría haberle pasado en su mediocre vida y ahora ya es demasiado tarde!

Asiento con la cabeza, consciente de que, bajo semejante ataque, el mensaje de Al está cargado de razón. Sí, padezco el síndrome del caballero andante. Una damisela en apuros y allí voy yo, montado en mi fiel corcel para enfrentarme a los dragones, las brujas y cualquier otro obstáculo que se interponga entre ella y sus sueños. Incluido yo. Algo que corro el riesgo de hacer con Diane.

—Tienes razón. Solo necesitaba escucharlo.

Al lanza un suspiro de alivio antes de continuar.

—Ven a casa cuando quieras. Incluso ahora.

—No, gracias, pero se agradece la oferta. Creo que voy a meditar sobre mis errores pasados.

—No la llames —me responde.

—Tu opinión al respecto ha quedado clara como el agua —le digo mientras cuelgo.

Meditar sobre los errores de mi pasado me lleva a abrir una caja de hierro, oculta bajo una montaña de libros. En ella tengo guardadas las Polaroid que le hice durante los cuatro años que estuvimos juntos. Cuatro años no son nada y, a la vez, son mucho. En cuatro años, me dio tiempo a enamorarme, montar una *start-up*, prometerme y a que me plantaran ante el altar como a una mierda. O una semana antes, para ser rigurosos.

Fuimos amigos antes de ser amantes y quizá sea eso lo que más duele, haber perdido a una amiga y, al mismo tiempo, a la persona con la que creía que iba a compartir mi vida. La proximidad sexual es fácil de encontrar, incluso para una sola noche, pero ¿una amistad con amor como esa? Eso ha sido lo más difícil de gestionar, ese agujero en mi vida en torno al que todo parecía girar como un vórtice gigante que habría absorbido toda la luz en mí a medida que iba pasando el tiempo. Añádele a eso su decisión incomprensible de cortar lazos de tal forma que tuve la impresión de haber enviudado, como si, al salir de mi vida, se hubiera muerto, pero se trataba de una muerte escogida, como si quisiera castigarme. Lo único que me dijo fue que no podía bailar y estar conmigo. Ni siquiera una mínima relación conmigo, teniendo en cuenta que vendió sus acciones de la empresa, por suerte pocas, que yo le había regalado al principio de nuestra relación.

Se cerró el círculo. Estoy vacunado contra las bailarinas o, al menos, eso creía hasta conocer a Diane.

Lo peor de todo fue la clarísima sensación de alivio cuando anuló nuestra boda, una sensación que me hizo sentir culpable y que he intentado anestesiar con mucho alcohol y polvos de una noche, mientras intentaba olvidar el vacío de su ausencia.

Pero aunque esté sorprendido y un poco conmocionado por el mensaje, una

vez pasada la reacción física, no siento la agitación que me provoca la presencia de Diane. No es que no exista la posibilidad de que se vuelva a producir esa agitación...

Cierro la caja una vez vistas todas esas fotografías que extrañamente parecen haber perdido el poder de hacerme daño, me estiro y cojo el teléfono.

Al tiene razón. No debería llamarla. Pero era mi amiga antes de convertirse en la mujer que me rompió el corazón.

Da tono de llamada.

—¿Ethan?

—Hola, Jill.

CAPÍTULO 14

DIANE

Mi idea era entrar discretamente y acostarme para olvidar la debacle con Ethan, pero, cuando llego al apartamento, me encuentro a Guillaume en el salón. Inmerso en su ordenador, la única luz que lo ilumina es el haz redondo proyectado por la lámpara que se encuentra en la cómoda. Solo en su pequeña isla del saber, absorbo en su próximo artículo... o en vídeos prohibidos para menores de dieciocho años.

Me acerco resoplando. Mierda. Sigue sin moverse, así que me aproximo un poco más, dejando que mis piernas queden iluminadas por el círculo de luz que lo rodea.

—¿Guillaume?

Se sobresalta y le falta poco para tirar el ordenador que tiene en equilibrio sobre las piernas.

—¡Diane, me has asustado!

Con las gafas torcidas sobre su nariz aguileña, se lleva la mano al pecho, simulando un ataque al corazón.

—¿No me has escuchado entrar? —pregunto con voz lúgubre.

—¡No! Siéntate, que con tu cara en la oscuridad, tengo la impresión de hablarle al fantasma de la danza que se ha asfixiado esnifando resina.

Esbozo una sonrisa, seguida de un nuevo resoplido. Los bailarines pisan resina de colofonia con las zapatillas para no resbalarse. Aunque hace ya diez años que Guillaume dejó el mundo de la danza, sus chistes malos todavía beben de esa fuente. Por culpa de su familia y, quizá, mía. Imposible dejarlo por completo. Siguiendo sus instrucciones, me siento junto a él y apoyo la cabeza en su hombro.

En realidad, el altercado con Ethan no ha durado más de veinte minutos y todavía no son ni las diez, pero tengo la impresión de haber corrido un maratón. El maratón de la vergüenza. Cierro los ojos y siento que una lágrima rueda por mi mejilla. Otro resoplido, menos discreto que el anterior, rompe el

silencio.

—¿Diane?

Guillaume me echa un brazo sobre los hombros y me acomodo contra él antes de responderle:

—No pasa nada. Es que estoy cansada.

Mi voz temblorosa se rompe en un sollozo.

—¿Y quién te ha cansado?

Se mueve un poco para acercarme una caja de pañuelos. Cojo un puñado y me sueno enérgicamente. Lo sabía. Guillaume estaba viendo vídeos porno, pero estoy demasiado cansada como para mortificarlo con el tema.

—Todo el mundo.

—Pero sobre todo...

—Joaquín, yo misma, Ethan...

Solo con pronunciar su nombre, Guillaume guarda silencio. Sigo con un fino hilo de voz.

—Me estoy esforzando. He besado a dos hombres. En un mes. El mismo día.

Con esta última precisión, realizada con tono dramático, siento que vibra su torso bajo mi mejilla y solo hacen falta unos segundos para que Guillaume se eche a reír.

—¡Oh, cariño! —exclama—. ¿Tan horrible ha sido?

—No, pero deberías ver la forma en la que me ha mirado Ethan cuando ha comprendido que había pasado algo con Joaquín. Tenía la impresión de ser...

—¿Una puta? —completa con delicadeza.

Resoplo con todavía más fuerza y tengo que esperar unos cuantos sollozos para poder seguir.

—Síiiii... Guillaume, me da vergüenza. Y me da vergüenza sentir vergüenza... Y también me siento culpable. Estoy perdiendo el tiempo con esos tíos en vez de concentrarme en mi sueño. Justo ahora que lo tengo al alcance de la mano.

—Oh, bueno, eres bailarina, no monja. Hasta que no se demuestre lo contrario, tu vocación no te impide acostarte con alguien. Con quien quieras, cuando quieras y donde quieras, dentro de los límites de la ley y del respeto a tus compañeros —afirma con tono pedante.

—Pero precisamente hoy he besado a Joaquín y a Ethan. No lo tenía previsto...

Ante mi tono desconfiado, Guillaume se ríe antes de apretarme contra él.

—¿Ethan te ha montado un numerito? Como si él pudiera sacar pecho. Se ha tirado a la mitad de Manhattan y ha tenido que parar porque la otra mitad es masculina —me suelta con severidad.

No me paro en esa revelación que tan poco encaja con el hombre sensible que me llevó a su casa el día de nuestra prim... Vale, de hecho, sí que encaja. Resoplando, digo:

—Pero es que le he enviado señales contradictorias...

—¿Acaso no es suficientemente mayor como para no besarte si no quiere? Déjalo ya. Ya te lo he dicho. Ethan es complicado. Sale de una mala experiencia. Por fin te estás divirtiendo un poco y ya era hora. ¡Mala suerte si pierde su oportunidad!

Me sonrojo, pero una pequeña sonrisa tiembla sobre mis labios ante la indignación de Guillaume. Es cierto que he sido bastante recatada en mis relaciones amorosas y en mi vida en general. No hace falta nada de psicoanálisis para saber que mi vida sentimental se construye en las antípodas de la de mi madre. Su colección de amantes —siempre se ha negado a casarse — alcanzaba cotas insospechadas, mientras yo me mudaba con mi primer novio, otro bailarín de la compañía, cuando tenía veinte años. Por desgracia, esa relación, una vez pasada la revelación física, resultó ser igual de estimulante que un cuenco de sopa mal descongelado. Después tuve algunas aventuras, siempre fuera de la compañía, pero eso fue antes de que la frustración que me producía no bailar cuanto deseaba acabara por completo con mi libido.

El desierto del Gobi.

Hasta Ethan.

Y Joaquín.

En un solo día.

Un simple beso y ya tengo palpitaciones. Ya me vale.

Guillaume, interrumpiendo mis pensamientos, continúa:

—El problema es que tú no haces las cosas a medias. Pasas de comer pan duro mojado en agua a solomillo y jamón de bellota.

La metáfora «carnívora» me arranca un gruñido de vergüenza antes de que se disuelva en una risa frágil, todavía entrecortada por los sollozos. Me sueno la nariz y asiento con la cabeza. Guillaume sabe cómo ayudarme a distanciarme. Estoy a punto de despegarme de él para irme a dormir cuando se incorpora y me mira a los ojos.

—Creo que necesitas que te recuerden algo.

—¿Qué? —digo entre sollozos.

—¡Que nadie arrincona a Baby! —declama mientras se levanta—. Ponte el pijama. Patrick Swayze y Jennifer Grey te esperan.

Cuando vuelvo, Guillaume ya está instalado con una manta y una bandeja con dos tazas humeantes. Yo llevo puestos unos pantalones de franela y una camiseta larga, con el pelo suelto y el rostro hinchado. Él luce las mismas galas, excepto el rostro hinchado, y después de acercarme la bandeja, enciende la televisión y selecciona *Dirty Dancing*. Me hace señas con la mano y me tumbo, con la cabeza apoyada en sus piernas estiradas. Cuando salen los títulos de crédito de la película y desfilan las imágenes de los bailarines en blanco y negro, me empieza a acariciar el pelo, deslizándolo por mi larga cabellera a un ritmo familiar. En la época de la escuela de danza, cuando iba a pasar el fin de semana a casa de Guillaume, mi placer secreto era ver *Dirty Dancing*, obligando a Guillaume a memorizar al mismo tiempo que yo aquella obra de arte de la adolescencia. No sé cómo, pero en un momento dado, empezó a acariciarme el pelo durante el enésimo visionado. Es uno de los recuerdos que más me tranquilizan. Si mi madre se hubiera enterado, le habría horrorizado que me gustara un entretenimiento tan vulgar. El espectro de su desaprobación lo convertía en un placer aún más cautivador.

Cuando entré en la compañía y Guillaume se fue a Estados Unidos, ya no pudimos reproducir el ritual de aquellos tiempos. Al sentir su mano deslizándose por mi pelo, suelto un suspiro de felicidad y por fin dejo de

llorar.

Empieza la película y siento que su familiaridad me atrapa. Sigo la historia sin seguirla, recitando al mismo tiempo que los actores las réplicas más conocidas, mientras que Guillaume las aplica a mi situación actual.

—«El hombre es un lobo para el hombre. ¡Y sobre todo para la mujer!»

—¿No serás tú el lobo? Pobres Joaquín y Ethan. No han comprendido que eres tú la que te los vas a comer crudos —suelta Guillaume, fingiendo que me tira del pelo.

Tras unos segundos, suspiro. Una vez, dos veces. A la tercera, la mano de Guillaume se para en mi pelo.

—¿Qué?

—Te gusta mucho Ethan, ¿no?

Siento que duda antes de seguir.

—No siempre podemos tener lo que queremos, Diane.

Asiento con la cabeza en silencio. Es cierto. No siempre podemos tener lo que queremos. Incluso Baby tiene que remar para conseguir a Johnny Castle en la película y todos sabemos que, cuando acaben las vacaciones, lo dejará para irse a estudiar mientras él sigue bailando el mambo, atrapado para siempre en un campamento de verano tan aburrido como escalofriante. Ethan me ha tocado la fibra y ha despertado mi deseo, pero, aunque la atracción está ahí, prefiere que seamos amigos. ¿Por qué no? Además, no puedo perder el tiempo en una relación complicada cuando debo consagrarme a la compañía si quiero conseguir por fin el Santo Grial, pero también necesito relajarme...

¡La mejor forma de olvidar a un tío es liándose con otro! El final de la película se acerca y, cuando Baby se lanza con su vestido rosa palo en el *porté* final, me retuerzo en el sofá para poder mirar a Guillaume a la cara. El reflejo de la pantalla en sus gafas me impide verle los ojos.

—Está decido. Voy a acostarme con Joaquín. Y va a ser mágico. ¡Noche de tapeo!

Advierto una rigidez en sus labios por tratar en vano de ocultar la sonrisa que ha provocado mi comentario.

—¡Guillaume!

Gruñe y me pellizca las mejillas.

—¿Noche de tapeo? ¿De verdad?

—¡Eres tú el que ha hablado de jamón de bellota!

—Estás llevando la metáfora un poco lejos, ¿no crees?

—¿A qué te refieres?

Con aire pensativo, me responde:

—No planifiques demasiado lo que vas a hacer. Si Joaquín quiere invitarte a salir de tapas, será de forma natural. No lo fuerces.

Las palabras de Guillaume resuenan en mi cabeza durante toda la semana siguiente, mientras encadeno los cursos de la mañana, con los ensayos de Rostov y las representaciones de *Romeo y Julieta*. Con semejante ritmo de vida, rara vez encuentro la oportunidad de quedarme a solas con Joaquín y nos contentamos con algunos besos furtivos. Si soy honesta conmigo misma, aprecio esta tregua y esta relación casi casta. Eso me permite digerir lo que me pasó con Ethan. Borrarlo de mi mente. Casi.

Joaquín me atrae —a quién no le atraería, ese hombre es testosterona en estado puro—, pero también me asusta un poco. Sus besos te dejan aturdida y sin respiración, pero también con una sensación de debilidad que me suscita muchas preguntas. Me digo que, después de pasar una noche con él, tendré que pedirme una semana de vacaciones. Sin embargo, me abstengo de contarle cómo me siento a Guillaume para no preocuparlo más. Desde mi llorera de principios de semana, me ha estado vigilando como un halcón.

Todas estas reflexiones desaparecen en el instante en que entro en el aula en la que Rostov nos hace ensayar la obra que prepara. Nos la ha explicado a grandes rasgos. Está basada en fragmentos de *Peer Gynt*, las *suites* orquestales de Grieg compuestas para el drama de Ibsen, y retoma esa búsqueda satírica de la propia identidad. El *ballet*, al igual que el drama, concluye con el bailarín o la bailarina principal reconociendo la verdad de su soledad como individuo. El bailarín o la bailarina porque Alexei, como nos ha pedido que le llamemos, ha decidido que el papel principal puede bailarlo indistintamente una mujer o un hombre. Se irán alternando en función de la representación. Antes de echarse a reír y haciendo gala de ese humor negro

que roza la depresión, nos dijo: «La igualdad de hombre y mujer también pasa por el derecho a sufrir por igual».

Por el momento, ensayamos las escenas de grupo. Alexei nos hace bailar en grupos pequeños, mientras toma notas en las libretas con tapa de cuero que siempre lleva encima. Solistas o no, ha decidido que los intérpretes principales desaparezcan de vez en cuando del grupo antes de surgir de nuevo. Los pasos son una mezcla de técnica clásica estricta y de técnica más contemporánea, y el desafío está en mezclarlos de forma que el espectador no perciba el momento en el que los pasos clásicos se transforman en una danza diferente. No es el neoclásico de Balanchine que tanto gusta al público neoyorquino, sino algo distinto. Alexei nos hace ejecutar una serie de piruetas antes de girar sobre nosotros mismos y tirarnos al suelo. A la decimoquinta repetición, escucho gruñidos a mi alrededor. El suelo no se hace más blando por más que lo golpeemos y sabemos que mañana tendremos más de una contusión.

Observo a Alexei con el rabillo del ojo mientras se ocupa de otro grupo y nos deja unos minutos de respiro para beber un poco de agua y estirar los músculos. Todavía conserva el físico de bailarín, con los hombros anchos y esas piernas musculadas que tensan los vaqueros que lleva puestos. A pesar de su pelo canoso, no tiene demasiadas arrugas y algunas bailarinas —y bailarines— de la compañía han hecho correr el rumor de que se ha separado hace poco de una bailarina del Royal Ballet. Tiene una presencia que llama la atención de todos, pero, a diferencia de mi madre, que hace uso y abuso de la suya, o de Audrey, que utiliza su carisma para mantener cierta distancia, Alexei invita a que te acerques. Bien es cierto que la forma en la que nos dirige es exigente, pero siempre se puede ver a la persona que hay detrás del bailarín y, en menos de una semana, ha conseguido que todos y todas tengamos ganas de superarnos.

Al final del ensayo, cuando estoy guardando mis cosas en la bolsa y me dispongo a irme a los vestuarios, me llama. El aula está casi vacía, solo quedan dos bailarines charlando junto a la ventana, demasiado lejos como para escuchar lo que Alexei me dice:

—Diana, *malénkaia maiá*, ven aquí.

Me detengo, atónita.

—Eh... ¿Sí?

Sonríe, con aire contrito.

—¿Es que no hablas ruso?

Niego con la cabeza, un poco incómoda por la pregunta.

—No mucho, pero he entendido lo que me acaba de decir.

Diane, mi pequeña.

—¿Te molesta que te llame Diana? —me pregunta.

—Hummm... No —empiezo a decir antes de ver su sonrisa.

—Sí, sí que te molesta. ¿Entonces eres completamente francesa? ¿Ninguna Diana en Diane?

—He crecido en Francia, sí, y Natalia jamás me ha hablado en ruso.

—¿Y tu padre?

—No sé quién es.

Lo que no le digo es que, desde que tengo uso de razón, siempre he estado en brazos de una cuidadora, una niñera o con la familia de Guillaume. Mi madre jamás me ha hablado de su país y, aunque sí hablaba en ruso con los artistas rusos con los que bailaba durante sus giras internacionales, jamás se tomó la molestia de compartir su lengua conmigo. «¿Y por qué querrías hablar ruso? No eres rusa», se limitaba a decirme, acompañando esas palabras con una carcajada que subrayaba lo ridículo de mi petición. De mi padre, lo único que me dijo es que era un bailarín que decidió quedarse en Rusia.

Alexei arquea una ceja de sorpresa antes de que su sonrisa se fije.

—Ah, Natacha —suspira, utilizando una variante afectuosa del nombre Natalia, antes de continuar—. Pero tú también te has ido de tu país, como ella, ¿no?

Dudo antes de responder. Jamás lo había visto en esos términos.

—No puedo decir que esté huyendo de un régimen comunista. Y, además, no soy *étoile*.

Mi voz no tiembla en esta última frase y me siento orgullosa de mí misma. No obstante, los ojos de Alexei se dulcifican levemente y me pone una mano

en el brazo.

—Por ahora, *malénkaia maiá*, por ahora.

Esbozo una sonrisa que no llega hasta mis ojos. ¿Qué se puede decir ante eso?

—Te he visto interpretar a Julieta. En París y en Nueva York.

Esta vez, me toca a mí arquear las cejas. Se echa a reír al ver mi sorpresa.

—¿Tan raro te parece?

—No, no, por supuesto que no —me apresuro a responder.

—No tengas miedo de ser tú misma.

—¿Perdón?

—En tu forma de bailar. Es a ti a la que quiero ver. Ni la técnica francesa ni la energía norteamericana, sino tú, todo el tiempo. No ocultes tu luz bajo tu técnica.

Me quedo muda, sin saber cómo reaccionar a la intensidad con la que pronuncia estas últimas palabras. Después de darle las gracias, desaparezco del aula. Si algo había aprendido en París era, precisamente, a fusionarme con la compañía encarnando el estilo francés a la perfección. No habría pasado las pruebas que te permiten ascender al rango de primera bailarina si mi técnica y mis capacidades interpretativas no hubieran sido extraordinarias. Pero tiene razón. Las grandes bailarinas, por más que sea posible reconocer la escuela a la que pertenecen, subliman su técnica con un estilo personal. ¿Es posible que mis esfuerzos por integrarme en esta nueva compañía me estén alejando de esta ambición, de ser una artista por encima de todo?

Inmersa en estos pensamientos, me cruzo con Jill, justo en el momento en que sale del despacho de Audrey. Sorprendida, esbozo una gran sonrisa y dejo escapar un alegre:

—¡Jill! ¡Has vuelto!

Bajo su pelo castaño recogido en una cola de caballo perfectamente lisa, parece un poco pálida, pero me sonrío.

—Sí, Audrey me acaba de dar el visto bueno.

—¡Genial! ¿Estás mejor? ¿Vas a poder interpretar a Julieta?

Menuda metedura de pata.

Me muerdo el labio inferior, preguntándome cómo voy a poder salir de ese aprieto. ¡Qué idiota! Recordarle que no ha podido interpretar a Julieta no tiene nada de agradable y menos viniendo de la bailarina que te ha sustituido. Al verme incómoda, Jill se apiada de mí, me coge de la mano y ejerce una ligera presión.

—No pasa nada, Diane. Por supuesto que estoy frustrada por no haber podido bailar, pero estoy contenta de que tú hayas tenido la ocasión de brillar.

Al no saber qué hacer, opto por no decir nada.

—No, de verdad, no voy a bailar las últimas representaciones. Estoy concentrada en mi vuelta. Quizá la obra de Alexei, no sé.

—Ah, ¿conoces ya el reparto? —le pregunto sin poder evitarlo.

—En parte, pero Audrey y Alexei lo darán a conocer mañana, creo.

Asiento con la cabeza, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no suplicarle que me cuente más, porque Jill no parece dispuesta a compartir la información. Me suelta la mano y empieza a masajearse la sien, en un gesto reflejo del que no parece ser muy consciente.

—¿Entonces estás mejor? ¿Estás segura?

—¿Qué?

Sus ojos almendrados se alargan, sorprendida, y continúa, alejando la mano de su rostro.

—Sí, estoy bien. No te preocupes. Solo tengo que beber un poco de agua. Eso es todo.

La dejo y me adentro en el vestuario, donde algunas bailarinas se están cambiando.

Mientras me pongo el jersey, me paro, pensativa, repasando mi conversación con Alexei. Una bailarina del cuerpo de baile, Imelda, me hace señas.

—¿Estás pensando en Joaquín?

Me sonrío, consciente de que las atenciones que me prodiga no han pasado desapercibidas para los demás.

—No, estaba pensando en los ensayos con Alexei.

—Ah, ¡mira que es sexi!

—¿T... tú crees? —balbuceo.

Alexei es imponente, carismático, sí, pero sexi desde luego no es la primera palabra que se me vendría a la cabeza para describirlo.

—¡Oh, sí! Con esos ojos dorados y su pelo canoso, yo me lo tiraría con gusto, pero no creo siquiera que me haya visto —concluye, soltando un suspiro exagerado.

Me río con ella antes de que prosiga, con los ojos entrecerrados.

—Nick y Paul me han dicho que os han visto hablar.

—Ah, sí, ha sido... raro.

—¿A qué te refieres con «raro»? —me pregunta.

—Me ha hablado de...

—¿De qué? —se apresura a decir.

—De mí...

Cuando Imelda arquea las cejas, igual de asombrada que yo por ese interés, escucho la voz de Liv desde la otra punta del vestuario. Me provoca el mismo efecto que una tiza arañando una pizarra.

—Algunas están dispuestas a cualquier cosa con tal de bailar un solo.

Aprieto los puños con fuerza contra mis vaqueros mientras Imelda suelta un «oh» al que se suma el resto de las allí presentes. Siento que la cólera vuelve a hacer acto de presencia cuando Liv murmura, de forma que pueda escucharla:

—Los encadena. Joaquín, Alexei... Llegado el caso, Audrey también. Eso explicaría su llegada.

—Liv, tu interés por mi vida privada roza ya la obsesión.

Se hace el silencio en el vestuario mientras Liv, sorprendida por mi reacción, se ríe cruzando los brazos. Esbozando una leve sonrisa indulgente, le digo, como si quisiera consolarla:

—Sé que cuesta asumir que no te escojan, pero no te preocupes, te acabarás acostumbrando.

Cuando cierro la puerta del vestuario al salir, el grito furibundo de Liv resuena como música celestial para mis oídos.

CAPÍTULO 15

ETHAN

—¿Pero qué haces? ¡Joder, espabila!

Mi grito resuena sobre el césped de Central Park. Sven acaba de fallar el balón que Matthew, un programador que trabaja en mi aplicación, le acaba de pasar casi al pie. Sven se rasca la cabeza, con aire ausente, mientras Matthew viene a recoger el balón para lanzar el córner. Al otro lado del campo improvisado, Guillaume me sonríe con aire de suficiencia. Suelo organizar un partido de fútbol, por lo general los viernes por la tarde o los sábados por la mañana, en función de las urgencias del despacho, con los miembros de mi equipo y mis amigos. Lo habitual es que seamos cinco, siete si todo el mundo está motivado. Dado que las ganas de jugar suelen ser inversamente proporcionales a las temperaturas, a partir del mes de noviembre lo normal es que seamos cinco, con una pausa entre diciembre y febrero debido a las nevadas y el riesgo elevado de terminar con los dedos de los pies congelados.

Fue así como conocí a Guillaume. Sven lo trajo hace ya casi dos años. Al verlo llegar, con sus gafas de cuerno de búfalo y su ligera cojera, me pregunté qué debía estar pensando Sven. Aunque el objetivo de estos partidos amistosos es pasar un rato agradable jugando con un balón y no disputar la copa del mundo, algo de forma física y una cierta coordinación sí que son necesarias. Dado que Sven es uno de los peores jugadores que conozco por esa combinación suya de profundo despiste y desconocimiento profundo de las reglas, esperaba un rendimiento similar por parte de ese francés que nos había traído. Si bien Guillaume no ganará jamás una medalla por su esprint, corre de una forma totalmente honorable y, sobre todo, tiene muy buen ojo para hacer el pase perfecto al jugador adecuado en el momento oportuno. Como antiguo bailarín, conserva de su formación una mezcla de resistencia y coordinación que resulta perfecta sobre el terreno de juego. Además, mantiene siempre la calma pase lo que pase en el campo. Exasperante.

Fue Al la que me endosó a Sven. Por aquella época, su objetivo era que nos hiciéramos amigos y ahora... sigue sin cambiar. Lo que ha pasado es más bien justo lo contrario. De hecho, como siga jugando igual —jugar es una

palabra demasiado grande para definir los paseos lánguidos que se pega por el césped—, voy a enviárselo de vuelta a Al cortado en trocitos.

—¿Estás bien Ethan?

La voz de Guillaume me saca de mis reflexiones deportivo-amistosas. ¿Pero qué me pasa? Sven no juega peor que de costumbre. Soy yo el que está irascible hoy. Me doy cuenta de que Matthew, Ryan y Brie me observan con el rabillo del ojo, aparentemente incómodos. Todo el mundo en el despacho sabe que Al y yo trabajamos a destajo en la captación de fondos. Esta semana, hemos encadenado noche tras noche para cerrar el dossier. Me voy a Londres el martes por la mañana a primera hora para presentarlo a los inversores europeos. Se supone que este partido me iba a relajar y lo único que estoy haciendo es gritar a los demás jugadores.

No estoy irascible. Estoy frustrado.

Frustrado como un niño de quince años que fantasea con la reina del baile.

Frustrado como un adolescente que tiene una erección en cuanto empieza a pensar en la chica que le gusta. Joder.

Sacudo la cabeza y el partido continúa. Intento cubrir a Sven para evitar, al menos, que marque en propia puerta. Se ha dado el caso.

—Venga, Sven, chicos... y chica... ¡Arriba! —digo con más ánimo.

Brie, la última incorporación al equipo, también forma parte del grupo de programadores. Como muchas mujeres en Estados Unidos, lleva jugando al fútbol desde primaria, pasando por el equipo de su instituto y de su universidad, por lo que juega mejor que muchos de los hombres que hay hoy en el campo. Ryan es el responsable de *marketing* y se unió al equipo un año y medio después de que Al y yo empezáramos a trabajar en la aplicación. Un poco como Guillaume, parece todo un dandi, pero es un jugador apasionado que recurre con gusto a algunos trucos, siempre toscos y que él mismo reconoce de buena fe, para poder marcar un gol o conseguir una falta a favor. Empezó a jugar al fútbol al unirse a la *start-up*. A veces me pregunto si es más por el placer de revolcarse por el suelo fingiendo una lesión que por jugar. Andrew, el becario, es nuestro número 4 y Sven, nuestro número 5. Al otro lado del campo, Guillaume también intenta animar a su equipo, compuesto por otros cuatro colegas que lo han adoptado como mesías después de que me entrara un par de veces en un mismo partido sin pensar en su rodilla dañada.

—Guillaume empieza a estar cansado, así que voy a ponerme delante de él: eso lo sacaré de quicio —dice Brie, con mirada agresiva.

Esbozo una pequeña sonrisa al observar al huracán pelirrojo abalanzarse sobre Guillaume, cuya expresión vacila un instante, con un punto de aprensión que altera sus rasgos. Ya estamos acabando el segundo tiempo. Solemos jugar dos tiempos de media hora con un descanso de diez minutos. En el aire frío de este final de octubre, nuestro aliento forma pequeñas nubes. Me pongo a correr para no enfriarme. A pesar de la presencia de Brie y del talento interpretativo de Ryan, siempre salimos derrotados. A Sven no parece importarle lo más mínimo el juego: en su mundo, tanto la victoria como la derrota son conceptos abstractos. En cuanto acaba el partido, se marcha para reunirse con Al. Los miembros de mi equipo le siguen los pasos mientras yo les doy la espalda para meter el balón en la bolsa de deporte que llevo. Estoy tan enfadado que tiemblo, a pesar de todo el ejercicio que acabo de hacer. Mientras observo la vegetación que me rodea, me pregunto si podría esconder la bolsa en un arbusto e irme a correr un rato para liberar la energía acumulada.

Joder, estoy a punto de explotar.

Esta semana he intentado acostarme con otra para hacer desaparecer el sabor de Diane, ya que es imposible borrar su recuerdo, pero había sido como comerse un trozo de pizza fría después de un banquete romano. Además, la chica en cuestión había oído hablar de mí —probablemente como consecuencia de alguno de esos horribles artículos sobre jóvenes emprendedores que Ryan me obliga a hacer— y se esperaba una velada de lujo y seguramente una propuesta de matrimonio como broche final. Yo tenía la impresión de estar en una entrevista de trabajo, escrutado y evaluado por un futuro jefe, que se preguntaba ya de cuántos quilates sería el diamante de su anillo de compromiso.

Diane se ha apoderado de mi cabeza y de mi cuerpo y me vuelve del revés. Siento un golpecito en el hombro.

—En serio, ¿estás bien? —me pregunta Guillaume.

—¡Joder, que sí, que estoy bien! ¡Genial, de hecho! ¡¿Pero por qué os empeñáis todos en tocarme las narices?! Si no es Al, que se cree que es mi madre, es su puñetero novio, que es incapaz de correr sin tropezar con el balón o...

Guillaume permanece estoico, esperando a que se me pase la crisis. Me pregunto qué le habrá contado Diane.

¡Deja de pensar en ella!

—Si haber dejado el alcohol te está sentando tan mal, quizá deberías considerar retomarlo. Te prefiero algo bebido pero de buen humor que a punto de arrancarle la cabeza a todo aquel que se cruce contigo o se preocupe por ti.

—¿Cuándo te he pedido yo que me analices? ¿Quieres que hablemos de tus trastornos obsesivos compulsivos?

—Está claro que he tocado un punto sensible —contraataca, sin pestañear ante mi provocación.

—Me estás tocando los cojones, ¿sabes? ¿Os habéis coordinado con Al para que siempre haya alguien vigilándome? Estoy bien, no bebo y ya ni siquiera follo. Trabajo. ¿Contentos?

—En ese caso, quizá no sea al alcohol a lo que deberías volver...

—Tengo cosas mejores que hacer. De todas formas, las mujeres y yo...

—¿Ah, sí? Cuéntame.

Observo a Guillaume, desconcertado. Se ha vuelto a poner las gafas, pero todavía tiene el pelo revuelto por el partido. Esos mechones castaños, siempre perfectamente peinados, caen sobre su frente, haciéndole parecer más joven. Su expresión es seria, pero no parece juzgarme. Evitando su mirada, mascullo.

—No, no creo que quieras saberlo...

—¿Te refieres a Diane?

Emito un suspiro exasperado antes de colgarme la bolsa de deporte al hombro.

—Sí. No sabía que era amiga tuya la primera vez...

—¡Ah, ¿la primera vez?! ¿Porque ha habido varias?

—Eh... —empiezo, preguntándome si he caído en una trampa.

Guillaume, apiadándose de mi aire perdido, me da un golpecito en el hombro.

—No hace falta que me des detalles. Es casi mi hermana. Como te podrás

imaginar, cuando sale este tipo de temas, puedo pasar de algo asqueado a completamente indignado. ¿Te gustaría a ti que te hablara de la vida sexual de Al?

Doy un paso atrás, con gesto desencajado.

—Al no tiene vida sexual. No intentes ensuciarla con tus alusiones de francés pervertido.

El comentario de «francés pervertido» a Guillaume parece halagarlo más que ofenderlo y esboza una sonrisa de satisfacción.

—Estoy de acuerdo, pero cerrar los ojos no cambia la situación.

Guardo silencio y me pregunto adónde quiere ir.

—Vas a volver a verla. Es mi mejor amiga. Acabaréis coincidiendo.

—Lo sé. Pero no hay problema. Hemos dejado las cosas claras. Somos amigos.

Me estudia, escaneándome la cara con la mirada. A juzgar por su expresión, el examen no es realmente concluyente. Pasados unos segundos, suspira.

—Si te gusta de verdad... Bueno, espero que no te retenga que seamos amigos. Tienes que saber que Diane solo tiene una cosa en mente: convertirse en bailarina principal. Vino a eso a Nueva York. No hablamos de un simple ascenso, sino de la oportunidad de su vida.

Levanto la mano de inmediato para que deje de hablar. Si él también empieza con eso, no voy a poder resistirme mucho más tiempo a mis pulsiones.

—¡Venga ya! ¡Tampoco es que me suba por las paredes! Soy perfectamente capaz de ser amigo de Diane y, además, no es por culpa suya por lo que estoy tan enfadado. La preparación de la captación de fondos está resultando ser más compleja de lo que esperábamos Al y yo. El viaje a Londres me preocupa tanto como a Diane convertirse en bailarina principal y he vuelto a ver a Jill.

—¿J...Jill?!

—Jill, mi exprometida Jill.

La sorpresa de Guillaume no sería tan grande si no fuera reflejo de la mía

propia. Sabe que estuve prometido con una bailarina del Ballet de Nueva York. Seguramente Al se lo habrá contado. Por mi parte, yo nunca he hablado de ello directamente. ¿Para qué? Y cuando veo la preocupación con la que me mira Guillaume, me da algo de vergüenza haber jugado la carta del «acuérdate, me rompieron el corazón» para alejar la atención de Diane y de mí mismo.

Sí, he vuelto a ver a Jill, pero eso no me ha hecho dudar ni por un segundo que, a pesar del dolor, a pesar de estos dos años de confusión, no estábamos hechos el uno para el otro. Utilizo a Jill para no hablar de Diane. Y eso está un poco feo.

Guillaume está a punto de decir algo cuando mi teléfono empieza a sonar. Me llama Ryan. Descuelgo y, tras una breve conversación, cuelgo con aire atónito.

—¿Es una buena o una mala noticia? —pregunta Guillaume.

—Una excelente. Alexei Rostov nos ha concedido la entrevista que habíamos pedido varios medios, incluida nuestra aplicación. Tengo quince minutos con él en...

Echo un vistazo a mi reloj.

—Una hora.

—¡Corre, Ethan, corre!

—¡Eso es más o menos todo! —grito, abalanzándome hacia una de las salidas del parque.

Me giro y me despido mediante señas de Guillaume, que me saluda a su vez antes de dirigirse a la salida contraria.

Es última hora de la tarde y la cita tendrá lugar en el edificio de la compañía. Rostov seguramente dará su entrevista en uno de los estudios. Suele ser bastante discreto en cuanto a su trabajo y prefiere concentrarse en él en vez de perder el tiempo en fiestas y con los periodistas. Cuando lo hace, da prioridad a las publicaciones tradicionales y el hecho de que haya aceptado volver a verme es genial para la aplicación. En el pasado, conseguimos entrevistas de bailarines, actores, directores y cantantes, pequeños vídeos y transcripciones de conversaciones que alimentan el banco de datos de *Show me*. Tener a Rostov es señal del camino que hemos recorrido y además llega

en el momento oportuno, justo antes de nuestra captación de fondos. Mientras me ducho a toda velocidad, antes de ponerme un pantalón de traje y una camisa, Ryan me informa por mensaje de que Eve, su becaria, se unirá a mí con el equipo de filmación.

Cuando llegamos al edificio, William, el ayudante de Audrey Selman, nos recibe y nos instala de inmediato en una de las aulas de ensayo. Eve está ajustando la cámara cuando Alexei Rostov hace su entrada. Viste de negro, con un jersey de lana fino y un pantalón elástico que destaca esa silueta espigada que todavía conserva a pesar de los años que hace que dejó su carrera. Se sienta en la silla que hemos colocado delante de la cámara. Encadenamos los saludos de rigor, preguntas sobre su trayectoria profesional, la explicación de la obra que está creando para Nueva York y, poco a poco, acaba hablando de su desertión a Occidente.

—Se fue de Rusia hace veintiocho años, ¿no es así?

—Exactamente. Iba a cumplir los dieciocho y mi propia búsqueda me llevaba siempre a Occidente.

—¿Por Occidente quiere decir Londres? ¿Y por qué no París?

—París es magnífico, pero no había sitio para mí.

—Su compatriota, Natalia Mychkine, se quedó en Francia.

—De hecho, éramos tres bailarines. Natalia optó por Francia, yo por Inglaterra y Serguei se fue al Ballet de San Francisco.

—Ha trabajado mucho con Serguei...

—Un bailarín magnífico. Intensidad, técnica pero también humildad, un cóctel poco habitual —empieza a decir antes de dejar escapar una sonrisa nostálgica, sin duda alguna al acordarse de su amigo, que murió de cáncer hace unos años.

—¿Y Natalia Mychkine? Si me he documentado bien, jamás han colaborado.

Sus ojos ámbar se clavan en mí, pero no duda en responder.

—Natacha ya era *étoile*, *prima ballerina* o bailarina principal, como las llamáis aquí, cuando llegó a Francia. Solo tenía diecinueve años, pero ya hacía gala del temperamento de una diva. Para ella, yo no era más que un

insecto, así que jamás sentí la necesidad de demostrarle lo contrario. Bailarinas magníficas las hay en todos los países.

Como profesional que soy, paso a una de esas preguntas que quema en los labios a todo buen amante de la danza clásica.

—Magníficas, por supuesto, pero ella está considerada excepcional. Para un coreógrafo, ver interpretar su trabajo por una de las mejores, por no decir la mejor bailarina del momento, ¿no sería un sueño?

—Por el momento, no me interesa —afirma con gran claridad antes de continuar—. Natacha era y sigue siendo una gran bailarina, pero cuando empecé a dedicarme a la coreografía por completo, hace ahora diez años, ya se había convertido en alguien inaccesible. Y, cuando comencé a plantearme esta obra, mucho antes de mi llegada a Londres, ella estaba allí.

Su voz se apaga y sus ojos parecen más distantes. Eve, junto a mí, está a punto de desmayarse y tengo que reconocer que el coreógrafo es cautivador. A juzgar por la reacción de la joven becaria, se podría decir que irradia la atracción sexual propia de un hombre poderoso. Como ya han pasado los quince minutos concedidos, no tengo tiempo de ahondar más en el tema de que Natalia Mychkine y él no hayan trabajado juntos. Sin poder evitar hacer la pregunta siguiente, me aclaro la voz.

—Pero ahora tiene la ocasión de trabajar con su hija, Diane, que bailaba en la Ópera de París antes de unirse a la compañía. ¿Qué tal?

—¡Ah, Diana! —dice, pronunciando su nombre en su variante rusa—. Es un placer. Tengo una bailarina con una técnica francesa impecable, un rostro ruso de actriz dramática y una energía norteamericana. Es por eso por lo que he escogido esta compañía. Y también por Joaquín Jouanteguy.

—¿Nos está diciendo que ella interpretará el papel principal de la obra? —pregunto, ignorando a propósito la mención a Joaquín.

Alexei Rostov me sonrío, con aire enigmático.

—Es libre de sacar sus propias conclusiones, pero Diana tiene esa pasión por la danza que precede a los grandes momentos. Sería una pena no aprovecharlo.

—¿No le preocupa que, si la escoge, la comparemos con su madre?

—¿A qué se refiere? —responde, con sincera perplejidad.

—Se parece mucho —empiezo a decir antes de que me interrumpa.

—Físicamente, sí, pero Diane no baila como su madre. Ella es más bien...

Se para ahí y esboza una leve sonrisa mientras hace señales a Eve para que apague la cámara. Asiento con la cabeza para confirmar. Cuando me giro, Alexei Rostov se levanta y consulta ostensiblemente su reloj.

—No me había dado cuenta de que era tan tarde. Me tengo que ir.

—Por supuesto. Muchas gracias por su tiempo —contesto, tendiéndole la mano.

La estrecha con una mano y, cogiéndome por el codo con la otra, tira de mí hacia él. Con sus ojos clavados en los míos, me pregunta, siempre con un tono amable pero firme:

—¿Podría cortar la última frase? No quiero que mis bailarines se distraigan durante los ensayos.

Lo miro fijamente a esos ojos con pintitas doradas en el iris marrón claro que le confieren un tono ambarino.

—Por supuesto —confirmo.

CAPÍTULO 16

DIANE

Esta noche es Halloween y, ya que no me voy a disfrazar, he decidido pasar miedo o, al menos, enfrentarme a uno de los míos. Quizá por eso aprecio tanto la decoración que William ha puesto en los estudios. Encaja a la perfección con mi humor del día.

Desde la semana pasada, las jornadas de ensayo con Alexei se encadenan a una velocidad increíble. Tengo la impresión de ensayar una obra nueva al mismo tiempo que asisto a las clases en las que me obliga a superarme cada día. Después de habernos explicado su visión de *Peer Gynt*, la búsqueda del autoconocimiento de un ser humano independientemente de su género, por fin nos ha seleccionado a algunos para ensayar el papel principal. Por parte de los hombres, ninguna sorpresa con Joaquín, por supuesto, junto con otro bailarín principal, Michael, y un solista.

Por parte de las mujeres, solo Liv y yo. Jill, por razones desconocidas, quizá asociadas a su «enfermedad», ha tenido que retirarse de la competición para centrarse en la preparación del *Cascanueces*. Tener que enfrentarme a Liv no hace más que exacerbar las tensiones pasadas, tensiones a las que hay que añadir la atención que Alexei me dedica. Nada fuera de lugar en mi opinión, pero parece estar interesado en conocerme no solo como bailarina sino como persona. A pesar de las insinuaciones de Liv sobre el interés del coreógrafo, la ambigüedad que hay entre nosotros no tiene nada de sexual. Por suerte, no soy la única que se ha dado cuenta de ello.

Hoy, Alexei lleva toda la tarde haciéndonos repetir el papel principal. En el espejo, veo cómo cae el sudor por la frente de Liv y por la mía propia. Volvemos al mismo salto una y otra vez hasta que queda satisfecho. Por una parte, es un papel que requiere una gran energía y una capacidad atlética que no es necesariamente la propia de un papel femenino. Por otra, Alexei siempre nos exige más sutilidad y delicadeza en brazos y hombros. Esta aparente dicotomía es estimulante y agotadora a partes iguales y, cuando Liv se marcha al final del ensayo para irse a una fiesta, me siento en el parqué, dejando caer la cabeza sobre mi pecho, exhausta. Escucho reír a Alexei y, cuando levanto la

cabeza, esbozando una sonrisa molesta, se me acerca y se sienta junto a mí.

—¡Me recuerdas a Natacha! Ella tenía también esa actitud de títere al que, de repente, le cortan las cuerdas al final de un ensayo.

—No sé si, dicho así, resulta más halagador, pero desde luego sí más poético —me sorprendo.

Imaginarme a mi madre sin lucir perfecta, ya sea con un vestido de noche o con la ropa de escena, me parece algo imposible.

—¿Nunca has visto un ensayo de tu madre?

—Eh... sí... en documentales.

Alexei guarda silencio mientras intenta digerir mi respuesta.

—Pero habéis bailado juntas en la misma compañía, ¿no? —continúa.

—Sí, pero mamá era *étoile* y ensayaba a puerta cerrada. La verdad es que nos cruzábamos muy poco.

Niega con la cabeza, mientras chasquea la lengua en un gesto universal de desaprobación.

—Ah, Natacha...

Sin saber qué decir, me levanto para irme cuando me detiene sujetándome por el brazo.

—Tengo algo que enseñarte, pero tienes que prometerme que guardarás el secreto.

Arqueo las cejas, curiosa, antes de responder:

—Sí, por supuesto.

Se levanta y vuelve unos segundos después con una foto que ha sacado de la bolsa en la que lleva las libretas en las que anota los detalles de la obra. Me la pasa sin decirme nada. La fotografía está desgastada por el tiempo, con las esquinas dobladas como si la hubieran manipulado mucho.

Abro bien los ojos, ahogando una exclamación de estupor con la mano. Es una vieja foto de la compañía en la que Alexei y mi madre bailaban en Rusia. Reconozco a mi madre, todavía casi una adolescente, con una melena negra enmarcando su rostro pálido, sin la expresión estudiada que yo conozco. En

aquella imagen de los años ochenta, nuestro parecido, indiscutible, se convierte en casi inquietante. Cambia su pelo moreno y sus ojos negros por mi pelo color caoba y mis ojos marrones claros y yo podría ser su doble.

—Jamás la había visto así. ¿Cuántos años tenía?

—Dieciocho. Éramos tan jóvenes.

Vuelvo a mirar la foto y encuentro a Alexei. Está junto a dos chicos de unos veinte años, uno rubio con los ojos claros que reconozco como Serguei, el bailarín que se fue a San Francisco, y otro moreno con la mirada gacha que se está riendo. Alexei parece extraordinariamente joven con su pelo castaño con reflejos dorados y una sonrisa que ocupa toda su cara. Nada que ver con el hombre sofisticado de pelo canoso que tengo ante mí, excepto por los ojos.

—¿Os conocíais bien?

—Sí, ella no era mucho más joven, pero tu madre me trataba como si yo acabara de salir de la cuna. Fui yo quien la convenció para venirnos a Occidente.

Sonrío, llevada por la nostalgia que impregna sus palabras.

—Es sorprendente hasta qué punto nos parecemos cuando se la pillas de improviso.

Ante esa afirmación por mi parte, Alexei se encoge de hombros como si no estuviera de acuerdo. Me tenso instintivamente, preparada para escuchar por enésima vez «sí, claro, pero tu madre nació para ser *étoile*» y otras variantes.

—Natacha y tú quizá hayáis sido creadas con ingredientes similares, pero el resultado final es bien diferente.

Al percibir mi sorpresa y algo de malestar —me preparo para el golpe de gracia—, añade, escogiendo bien sus palabras:

—Es como en *Star Wars*...

—¿*Star Wars*?

—Sí, tú eres como Luke Skywalker.

—¿Y mi madre sería...?

No consigo ni pronunciar las palabras, muerta de la risa. Desde esta perspectiva, está claro que Natacha adquiere una nueva luz. Alexei, con voz

más grave, termina mi frase con aire dramático.

—Darth Vader.

Nos echamos a reír los dos un instante, un poco por lo absurdo, pero a la vez por lo adecuado de la comparación. Si pudiera, mi madre haría todas sus entradas con una música grandiosa y, probablemente, con una capa. Todo encaja. Cuando Alexei me pregunta qué tengo previsto hacer esa noche, me sonrojo antes de balbucear.

—N... nada, es decir, nada de particular. Voy a ver a Joaquín al centro. Es una sorpresa.

—Ah, Joaquín... —deja caer antes de recoger las libretas que había esparcido a su alrededor durante el ensayo.

Atónita, no me atrevo a irme de inmediato. No sin ciertas reticencias, Alexei se da la vuelta y, después de escudriñarme, me dice:

—Un excelente bailarín, pero su corazón... tiene un corazón de *rebionok*, *izbalovanni rebionok* —concluye.

Reconozco la primera palabra, *rebionok*, que quiere decir niño, pero no entiendo la segunda. Poniendo a prueba la palabra en mi propia lengua, pregunto a Alexei qué significa. Se frota la barbilla con un gesto inconsciente antes de decir:

—Niño mimado.

Arqueo las cejas, pero Alexei no ha terminado todavía. Me deja en el aula con estas palabras:

—Tu corazón está en el lugar correcto, Diana. En cuanto al suyo, bueno... está ausente.

¿Será por eso por lo que tengo un poco de miedo de ir a verlo? Con corazón o no, he previsto una velada milimetrada con Joaquín. Timidez, horarios cargados o voluntad de aumentar el deseo, los últimos días han estado marcados por la frustración y estoy decidida a materializar nuestra atracción esta misma noche. Y a borrar el recuerdo de Ethan de una vez por todas.

¿Acaso tengo miedo de poner fin a esa historia?

¿Esa historia? ¡Estás fatal, Diane!

Sacudo la cabeza y me concentro en lo que tengo que hacer. Una vez en casa, me meto en la ducha para prepararme. Después de embadurnarme en crema y secarme el pelo con un producto que me lo deja como la seda que guardo para la ocasión, me aplico un maquillaje ligero frente al espejo del cuarto de baño. Un poco de máscara de pestañas, un toque de colorete y ya está, preparada para ir a sorprender a Joaquín al centro de danza en el que un equipo de la televisión española ha venido a grabar esta tarde. Habíamos quedado en vernos esa noche y he decidido tomar las riendas de la relación. Las brasas que aviva Joaquín empiezan a calentarme seriamente.

Me pongo un top verde esmeralda de cachemira y seda con la espalda descubierta que destaca mis pechos. Dudo un instante antes de quitarme el sujetador. Esta noche, ¡me atrevo con todo! Con mis *leggings* negros, mis botas de montar relucientes y el color de mi jersey fino, que destaca los tonos dorados y rojos de mi pelo, estoy contenta con el resultado final.

En la puerta del centro, me cruzo con el equipo de televisión y me confirman que ya han terminado de grabar hace una media hora y que Joaquín debe de estar en su camerino. Intento pasar desapercibida y subo por las escaleras a hurtadillas, decidida a que mi plan se desarrolle como lo he previsto.

Paso uno: llego a su camerino, me quito el abrigo y me recoloco el top para marcar bien mis pechos.

Paso dos: Joaquín se gira, sorprendido, antes de que el deseo arda en su mirada.

Paso tres: le sonrío y me abalanzo quitándome el jersey con un gesto audaz. *¡Oh, Dios mío, Diane! ¿No llevas nada debajo del jersey? Sí, Joaquín, y es todo para ti.*

Paso cuatro: al no poder contener más su deseo, me arrancará la ropa y pasamos una noche loca.

Una noche que borre todas las demás noches.

Una noche que borre la noche pasada con Ethan.

Ese Ethan del que Joaquín va a conseguir que olvide hasta su nombre.

Al llegar a la parte de arriba de las escaleras, inspiro profundamente, repasando mi plan infalible por última vez. Me quito mi grueso abrigo y la bufanda y paso una mano febril por mi pelo electrificado. Desde el primer beso que yo misma inicié y que casi termina en el suelo del aula, Joaquín y yo nos hemos besado varias veces, pero siempre ha habido alguien que nos ha interrumpido o que ha reclamado nuestra atención. ¡Es demasiado! O quizá no es suficiente y ese es justo el problema.

Perdida en mis pensamientos, me doy cuenta de que he llegado a la puerta del camerino de Joaquín y, que, al estar entreabierta, deja escapar la música. Es la obra que prepara Alexei. Empujo suavemente la puerta con el sonido de las cuerdas pulsadas, conteniéndome para no reírme ante la idea de que el fragmento escogido se adapta a la perfección a la situación, con un ritmo que se va acelerando en cuanto aparece la percusión. *El secuestro de la novia* da paso a *En la gruta del rey de la montaña*.

Sí, la melodía se adapta perfectamente a la situación.

Aunque desde luego no sea la que yo había previsto.

Catalogo los diferentes elementos de la escena a la que asisto en trance, casi indiferente. Joaquín, desnudo de cintura para arriba, frente al espejo, con los vaqueros y el bóxer bajados de forma que llego a ver un par de glúteos que podrían decirse esculpidos en mármol. Delante de él, apoyada en el borde del tocador, una mujer, cuyo rostro no consigo distinguir, casi desnuda, con el top subido por encima de sus pechos. La mano de Joaquín cubre uno de ellos y le pellizca el pezón. Con la otra mano, le sujeta la cintura para poder penetrarla mejor con movimientos de cadera secos y brutales en su animalidad. Los músculos de su espalda y de sus brazos se contraen, con los tendones prominentes, mientras que, debajo de él, su compañera se retuerce, gimiendo una letanía de síes que interrumpe un gruñido casi de sorpresa cuando Joaquín separa las piernas y acelera el ritmo de su vaivén.

Se me pasan varios pensamientos por la cabeza a toda velocidad.

Tiene gracia, pero jamás había sorprendido antes a una pareja en plena acción y mi reacción me toma por sorpresa.

Un poco fascinada y, hay que reconocerlo, levemente excitada.

No había previsto el momento voyerista en mi plan infalible de alta seducción.

En el espejo, el rostro de Joaquín está concentrado, casi cerrado, sin ese encanto del que suele hacer gala, y ha dado paso a una expresión que no consigo descifrar.

Salgo de mi trance y me doy cuenta de que llevo varios segundos observando a la pareja. En ese momento, Joaquín abre los ojos y se topa con los míos en el espejo. Su mirada está vacía, como ausente. No parece asimilar el hecho de que me encuentre aquí. No estoy segura de que alcance a distinguirme en la penumbra del pasillo. Su compañera también se mueve, revelando su rostro bajo los largos mechones castaños. Por suerte, ella tiene los ojos cerrados y la boca abierta. Sus gemidos, de repente, llenan el camerino y me golpean con fuerza.

¡Jill!

Más indignada por su presencia debajo de Joaquín que por la escena en sí, doy un paso atrás de inmediato y, sin preocuparme ya por ser discreta, bajo las escaleras a toda prisa hasta salir del edificio.

¿Qué acabo de ver? Bueno, vale, sé lo que acabo de ver, Joaquín tirándose a Jill. A juzgar por los gritos de éxtasis de la bailarina, está claro que su reputación está bien fundada. La incongruencia de la escena entre Jill y Joaquín me llama la atención un instante mientras me pongo el abrigo. Mierda. ¡No me lo he visto venir! ¿Es normal? ¿Se ha estado riendo de mí todo este tiempo? Me siento un poco aturdida, a flor de piel también, a punto de romper a reír o a llorar. Todavía no sé cuál de las dos opciones va a imponerse.

Cojo el teléfono y llamo a Guillaume.

—Guillaume, mi plan ha salido mal.

Reprimo una risa nerviosa. Es el eufemismo del día. Guillaume desconocía los detalles del plan, pero sí que sabía con quién... tenía previsto pasar la noche. Con Joaquín y sin ropa. Y sin Jill.

—¿Quieres venir a cenar con nosotros? He quedado con unos amigos, entre ellos Sven, al que ya conociste en casa.

—¿Sven?

—El novio de la socia de Ethan, Al. Rubia, bajita y con gafas.

—Ah, sí, ya me acuerdo. ¿No seré una molestia?

—No, pero cabe la posibilidad de que Ethan aparezca.

—¿Y qué?

—¿No te supone un problema?

—No, ¿por qué?

Todavía estoy demasiado aturdida como para enfadarme por el silencio de Guillaume al otro lado del teléfono. Intento reírme antes de corregirme a mí misma:

—Vale. No, no demasiado. A las malas, me ahogaré en mi cerveza.

—Puf, como si bebieras cerveza —responde Guillaume, sin ir más allá—. Te envío la dirección.

En el taxi que me lleva al restaurante, siento que los ojos me arden al hacerse más real en mi mente lo que acaba de pasar. En Halloween, los niños gritan «*trick or treat*» antes de recibir sus caramelos —*treat*— y, si no reciben golosinas, gastan una broma —*trick*— para vengarse. No hay caramelos para mí esta noche, pero, desde luego, Joaquín y Jill sí que me han gastado una buena broma.

Guillaume y sus amigos están en un *pub* decorado para la ocasión. Guillaume es fiel a sí mismo, elegante con su camisa de cuello un poco alto sobre la que se ha puesto un jersey cruzado color antracita que, en cualquier otra persona, le haría parecer un abuelo, pero que, en su caso, ahonda en su estética general de dandi afable. Reconozco a Sven y a Al. Él lleva una máscara de asesino en serie sobre la cabeza y ella hace gala de la panoplia perfecta del ama de casa de los años cincuenta.

—¡Hola, Diane! —me recibe la mesa.

Me limito a hacer un pequeño gesto con la mano y a sentarme junto a Guillaume. Casi han terminado de cenar y yo me pido una sopa, que no me ha quedado mucho apetito después de la escena que acabo de presenciar.

—¿Cambio de planes de última hora? —me pregunta.

—Recuérdame que no vuelva a intentar darle una sorpresa a nadie —mascullo.

—¿Qué misterios te traes?

Me encojo de hombros, preguntándome si debería volver al apartamento. Una vez superada la conmoción, no me siento nada bien. Pido una copa de vino y me quedo absorta contemplándola, contando los minutos hasta poder salir con discreción.

—¿Qué ha pasado? —me susurra Guillaume.

—Fui a ver a Joaquín a su camerino...

—Y...

—Y alguien había tenido la misma idea que yo.

—¡Oh! Pero estás segura de que...

—Teniendo en cuenta dónde se encontraba su pene, sí, no hay duda.

Mis mejillas se sonrojan al recordarlo.

Sven, que desde luego no parece la persona más observadora del grupo, afirma en ese momento preciso, con tono lacónico:

—Diane se está ruborizando.

Al le da un codazo discreto, pero ya es demasiado tarde.

—Es cierto y se está ruborizando todavía más —continúa, frotándose las costillas sin darse cuenta.

Cuando me disponía a poner una excusa que explicara el flujo de sangre a mis mejillas, Guillaume interviene:

—Diane acaba de descubrir uno de los peligros de la vida neoyorquina.

—¿Cuál? —se inquieta Al.

—Las reglas del *dating*.

—¿Perdón? —grito.

Mi sorpresa no fingida relaja el ambiente. Sven parece absorto por otro tema, pero los ojos color avellana de Al, detrás de sus gafas de montura negra, me miran con una bondad no exenta de conmiseración. Se inclina hacia delante y pone su mano sobre la mía.

—Bienvenida al infierno.

—Eh... ¿me lo podéis explicar?

Sin mencionar mi propia situación, Guillaume empieza a describir minuciosamente lo que es el *dating* en Nueva York y en Estados Unidos en general, si no lo he entendido mal.

—¿Me estás diciendo que es *open bar*?

Al se ríe y prosigue la explicación de Guillaume.

—A menos que hayas acordado una relación exclusiva, nada impide a la persona con la que sales que vea a otras.

—¿Pero también verlas desnudas?! —grito, medio escandalizada.

Al asiente con la cabeza mientras yo pondero sus palabras.

—¿Me estás diciendo que todo el mundo lo hace?

Incluso a mis oídos, mi voz suena algo patética. Guillaume me rodea con un brazo y me acerca a él antes de exclamar con voz melodramática:

—A nadie le gusta que lo traten como una muestra entre millares que también se pueden probar, pero... sí.

—¿También a ti?!

La estupefacción es palpable en mi voz. Guillaume se ríe mientras Al niega con la cabeza.

—Guillaume exagera. No todo el mundo hace eso. Y todavía estoy esperando a que nos presente a alguien.

—Es que yo todavía estoy en fase de prueba —le interrumpe Guillaume.

Da que pensar. Es cierto que Guillaume no me ha hablado de nadie y, de eso, hace ya un tiempo. Hasta donde yo sé, tampoco ha aparecido con ninguna chica en el apartamento.

—¿Pero eso es agotador!

—¡Oh, sí! —suspira Al.

De repente, empiezo a replantearme mi decisión de vivir en Nueva York. Por supuesto, mi objetivo principal es convertirme en bailarina principal, pero esperaba enamorarme algún día y salir con esa persona sin tener que preocuparme por que vaya por ahí metiendo mano a diestro y siniestro.

—¡Ah, aquí llega el caballero andante, el último buen chico de la tierra!

—grita de repente Al.

—Tampoco te pases —responde una voz grave detrás de mí—. Hace ya bastante tiempo que guardé mi cota de malla en el armario.

Ethan.

CAPÍTULO 17

ETHAN

Supe que estaba allí en cuanto entré en el restaurante. Tanto en la ciudad como en la escena, es como si Diane tuviera un haz de luz apuntándole para que yo sepa dónde mirar. La línea de su nuca, ese top verde esmeralda con escote en la espalda que contrasta con su piel pálida y su pelo color caoba cubriendo su hombro, el cuadro resulta igual de excitante que frustrante.

¿En qué estaría yo pensando cuando se me ocurrió soltar todas esas tonterías sobre que quería que fuésemos amigos?

Amigos...

Esa palabra que, al pronunciarla, me deja un regusto insípido, de consistencia pastosa. Lo gracioso es que sí que fui amigo de Jill antes de que empezáramos a salir. Por aquella época, formaba parte del cuerpo de baile y la conocí cuando la entrevisté junto a otros bailarines para un documental que ha pasado desapercibido. Jill me pareció muy seductora. Era segunda solista, no mucho mayor que yo, pero ya con una admirable elegancia. Con ese rostro un poco alargado de madona y su evanescencia, encarnaba a la bailarina en todo su esplendor. El día que me besó, dos años después de nuestro primer encuentro, me quedé muy sorprendido y, hasta cierto punto, agradecido por haber sido escogido. Sin embargo, jamás llegué a sentir por ella este deseo implacable que se apodera de mi estómago cada vez que veo a Diane. Jill es una persona tranquila, Diane alterna entre el fuego y el hielo. Jill se viste más como una burguesa del Upper East Side que como una joven de su edad, Diane es la imagen de la mujer parisina, que muestra y oculta su cuerpo según toque. Pero más allá de su aspecto, es su misterio el que me atrae como un imán y tengo la sensación de ser el único que tiene la clave.

Sacudo la cabeza para salir de mis divagaciones. Al me ve y grita:

—¡Ah, aquí llega el caballero andante, el último buen chico de la tierra!

—Tampoco te pases. Hace ya bastante tiempo que guardé mi cota de malla en el armario.

Estoy justo detrás de Diane y es imposible no ver su reacción. Sus hombros se tensan un poco y su postura se vuelve rígida. ¿Angustiada por mi llegada? Sin querer, esbozo una sonrisa de satisfacción.

Guillaume levanta la cabeza y me invita a sentarme cerca de él. Me encuentro en diagonal con Diane, que está extrañamente absorta en el contenido de su plato. De la sopa. Arqueo una ceja. ¿Eso es todo?

Ethan, no es tu problema.

Miro a mi alrededor.

—¿Nadie se ha disfrazado?

Sven señala su máscara con un gesto lento en el mismo momento en el que Diane señala a Al con un movimiento preciso de barbilla:

—Al, ¿no?

Se hace el silencio en la mesa antes de que me eche a reír, seguido por Guillaume, que se quita las gafas para poder secarse los ojos, mientras Diane, que por fin levanta la mirada, nos observa a uno y otro con la boca abierta.

—Bien visto —digo, muerto de la risa, sin que me afecte lo más mínimo la mirada amenazante que me lanza Al.

Diane frunce el ceño y, al girarse, descubre la expresión sombría de su vecina. De inmediato, la veo palidecer, consciente al fin de su metedura de pata.

—¡Oh, no! ¿No vas disfrazada?

Su frase, que no puede evitar terminar con cierto tono de pregunta, redobla la risa de Guillaume. Incluso Sven sonrío sin perder de vista a Al, que se relaja poco a poco y, al ver lo avergonzada que está Diane, lanza un suspiro de frustración antes de echarse a reír con nosotros.

—No se te puede sacar —le dice Guillaume a Diane.

La pullita, enviada con una sonrisa, tiene el mérito de transformar su expresión de vergüenza en una actitud de desafío que da lugar a un diálogo mudo entre los dos amigos. Solo dura unos segundos, pero con los ojos pegados a Diane, no se me escapa nada.

Ella le lanza una mirada de reprobación.

Él, que se ha vuelto a poner las gafas, arquea las cejas y esboza una sonrisa inquisitoria.

Diane dirige la mirada a Al, cuya tensión en los labios parece decir «se supone que tienes que ser mi amiga, no hundirme en la miseria».

La sonrisa de Guillaume se vuelve más franca y, con los ojos levantados al cielo, parece decir «¡Venga ya, Diane! ¡Relájate!».

Al interrumpe el cruce de miradas al poner su mano sobre la de Diane.

—No te preocupes. Es una broma recurrente en él—dice, apuntándome con el mentón.

—¿«Él»? Y yo que creía que era tu mejor amigo. Eso me duele.

Al continúa sin prestar atención a mi cara de risa.

—Admito que he forzado un poco el *look* años cincuenta esta noche —reconoce.

Diane le sonrío, ya más tranquila.

—Pero te queda bien. Es solo que no estoy acostumbrada.

Es cierto que esta noche Al se ha esmerado a fondo. Lleva uno de esos vestidos con falda voluminosa que tanto le gustan y se ha cortado el pelo en *carré* con tanto volumen que ni un huracán podría despeinarla. Parece recién salida de *Mad Men*.

—Para Al, todos los días son Halloween.

—¡Sven!

El gigante rubio la observa con indulgencia, pero su frase planea sobre la mesa. Guillaume y Al se vuelven a reír, acompañados esta vez por Diane. Observo a Al, mientras me repito lo que Sven acaba de decir. Es más perceptivo de lo que pensaba.

—Venga, vale. Me he reído mucho, pero el deber me llama —entona Guillaume.

—¿Te vas? —grita Diane.

—Sí, pero puedes quedarte si quieres. Te presto a mis amigos —responde, señalándonos con un gesto fastuoso.

—No, da... —empieza Diane antes de que Al la interrumpa.

—Quédate. A duras penas si hemos hablado del tema del *dating* y Ethan nos viene como anillo al dedo para darnos su opinión.

Guillaume, que se está poniendo el abrigo, se queda quieto un instante y cruza una mirada con Diane.

¿Qué le habrá contado?

Recupera de inmediato su actitud flemática y, al salir, nos dice:

—No me la traumaticéis demasiado. Me gustaría que se quedara en Nueva York.

Una vez que se ha ido Guillaume, empezamos una especie de juego de las sillas musicales para ocupar el espacio que se ha quedado libre. Me encuentro frente a Diane y Sven está frente a Al.

—¿Por dónde íbamos? —empieza esta última con esa cara de gata golosa que sabe que tiene todo el tiempo del mundo para jugar con su presa.

Diane parece atormentada, con sus mejillas pálidas ahora sonrosadas desde el minuto en el que Al mencionó el término *dating*.

—Diane es una romántica y no quiere ir probando el género —recita Sven.

A juzgar por la mirada de horror que le lanza Diane, comprendo que ese resumen mordaz ha tocado un punto sensible.

—¿Podemos compartir la historia con Ethan, aquí presente? —le pregunta Al con tono serio.

Apiadándome de ella, intento salvarla.

—No hace falta.

—Diane ha pillado a su chico con otra —recita Sven con el mismo tono usado para el resumen de la situación.

Si ya creía que Diane estaba atormentada antes de eso, ahora se está descomponiendo ante mis ojos. Sus mejillas ya son de un rojo carmesí y veo cómo su garganta se mueve mientras traga, sin dejar de pasarse la mano por el pelo para devolverlo a la espalda con un gesto seco. Ya me había percatado del color de su top al entrar, pero por si su espalda desnuda no fuera suficientemente atrayente, se me reseca la boca cuando un movimiento suyo la

revela de frente. El tejido se ajusta a la perfección a las curvas de sus senos. Ligeramente brillante, atrae la luz por zonas, como el centelleo de un río que fluye por el cuerpo de Diane. Ahora me toca a mí tragar saliva, pero no aparto la mirada y dejo que mis ojos deambulen hasta los suyos, que brillan sobre sus mejillas escarlatas.

Diane se levanta de repente:

—Ahora vuelvo.

Se dirige con paso seco hacia el baño, con el pelo balanceándose en la espalda, al ritmo de sus pasos y atrae algunas miradas de deseo al pasar. Frunce el ceño y, cuando creo que ya no puede escucharme, me giro hacia Al y Sven.

—¿En serio? ¿Acaso no habéis oído a Guillaume cuando os ha dicho que no la traumatizarais?

Al demuestra la inteligencia suficiente como para sentirse culpable, pero Sven parece no entender nada.

—Pero ella nos lo ha contado antes de que llegaras. ¿Por qué se molesta ahora?

Atrapado en mi propia trampa y antes de que Al pueda resolver la ecuación de la vergüenza de Diane multiplicada por diez con mi llegada, paso al ataque.

—¡No la conocéis! Estoy seguro de que estaba hablando con Guillaume y vosotros os habéis metido en la conversación, como siempre hacéis.

Esta vez, los dos parecen sentirse culpables. Me he salvado por poco. Cuando Diane vuelve, con las mejillas todavía encendidas pero el rostro más sereno, Al y Sven se disculpan con profusión. Ella lo da todo por olvidado con un gesto.

—No, no pasa nada. Soy yo la ridícula. Al fin y al cabo, todos somos amigos aquí.

Intento captar su mirada en estas últimas palabras, pero se gira hacia Al, lo que me ofrece otra vez la oportunidad de contemplar sus senos.

Hace un cuarto de hora hablaba del misterio de Diane y aquí estoy ahora como un adolescente de trece años que tiene que contener su excitación

delante de una niña con una camiseta ajustada.

—Entonces, Ethan, ¿cuál es tu consejo en cuanto al *dating*?

La voz de Diane interrumpe mi contemplación y me encuentro con sus ojos con la esperanza de que no me haya vuelto a sorprender intentando adivinar si lleva sujetador o no. Me acuerdo de su espalda desnuda al entrar.

Oh. Ooooooh.

Esbozo una sonrisa relajada, mientras mis partes bajas dan un grito de guerra.

—En realidad, no tengo ningún consejo. Yo no *dateo*.

—Ethan prefiere los rollos de una noche —interviene Al.

—Ah, vale...

—Al está simplificando un poco la verdad. Gracias por hacerme parecer un cabrón —respondo.

—No eres un cabrón. Tú no les prometes nada, ¿no? —apostilla Sven que, esta noche, parece tener un ataque de sinceridad.

—Así es. El *dating* implica que ves a esa persona con regularidad, pero también puedes ver a otras al mismo tiempo —afirma Diane como si repitiera una lección que acaba de aprender.

—Y Ethan tiene donde escoger, sobre todo después del artículo del año pasado sobre la aplicación. Las mujeres lo persiguen. Por cierto, ahora que lo pienso, ¿a qué hora es tu vuelo mañana?

—A las nueve de la mañana.

Rechino los dientes. Tampoco puedo enfadarme con Al, al fin y al cabo no se da cuenta de lo que acaba de decir. Cuando oigo que la voz de Diane se eleva, sé que acabo de cavar mi propia tumba.

—¿Qué aplicación? ¿No eres periodista?

—Ethan es un periodista y un director ejecutivo extraordinario. Junto a Al, crearon una aplicación, *Show me*, hace algo más de seis años. Es eso, ¿no, Al? —entona Sven.

—Es exactamente eso —responde Al antes de darle unos golpecitos en la

mano.

—¿Y por qué un artículo? —pregunta Diane, cuyo malestar ha desaparecido por completo para dar lugar a una expresión de incompreensión.

—Era sobre los mejores partidos de Nueva York y Ethan no lo entendió bien. De hecho, Ryan, nuestro director de *marketing*, también creía que era sobre la aplicación. Además, lo pusieron en la portada —dice Al muerta de risa.

—¿Tenéis un director de *marketing*?

—Oh, ahora somos cincuenta en la oficina, sí —responde Al, con aire distraído, mientras rebusca en su bolso antes de esgrimir su teléfono con un gesto triunfal.

Cierro los ojos.

Que no la enseñe. Que no la enseñe...

—¡Es esta! Siempre llevo la foto encima y la miro cuando estoy triste.

Mierda.

Mientras busca la portada en su teléfono, observo a Diane. Está totalmente de perfil y todo en su actitud me indica que está intentando evitar mi mirada.

—¡Ajá!

Al agita su móvil en señal de victoria antes de pasárselo a Diane.

—Oh, es... sexi —empieza.

Ahora me toca a mí que me mortifiquen. En la foto, aparezco con las mangas de la camisa remangadas, en el escenario de un teatro, sentado en un sillón de director de cine. Se centra en la parte superior de mi cuerpo. Se me ve con un codo apoyado en el reposabrazos, los dedos en la sien, el rostro levemente inclinado, como si me acabaran de contar un chiste que me hubiera provocado una media sonrisa.

En resumen, parezco un *golden boy* idiota. Y lo que es peor, idiota y orgulloso de serlo.

—Al, a Ethan no le hace la más mínima gracia que enseñes esa foto en la que parece un imbécil vanidoso —afirma Sven con tono pedante y, durante un segundo, me pregunto si puede leer mis pensamientos.

—¡Oh, no pasa nada! Le había obligado a cortarse el pelo el día anterior. Está muy guapo cuando se peina, ¿verdad? —continúa, mientras agita el teléfono delante de la cara de Diane.

—Mucho —responde ella con un tono monocorde que Al no consigue identificar.

—Ethan se va a Londres mañana para trabajar en la apertura de nuestras oficinas europeas.

—Ah —se limita a responder Diane antes de emitir un sonido apagado al leer las palabras que me describen en la portada, ¡«Millonario»!

—Ethan es un excelente partido incluso despeinado, pero decir que es «millonario» es una exageración. Si la empresa se va a pique, no nos quedaría nada —exclama Al como si nada mientras recupera su teléfono.

Sven la coge de la mano por debajo de la mesa y la acerca a su boca.

—Al también es un excelente partido. Si la empresa no se va a pique.

Intercambian una mirada de complicidad que me hace sentir culpable por sospechar de la pareja que forman. Sven es buen tío. Raro, pero buen tío. Y, sin embargo, hay algo que no me encaja. Sigo pensando lo mismo.

—Bueno, creo que os vamos a dejar. Es hora de irse a la cama, niños.

Asiento con la cabeza. Al rodea la mesa y viene a abrazarme.

—Vas a estar genial. Te van a adorar. Disfruta de la oportunidad de vivir unos meses en Europa.

Su tono entusiasta es contagioso y no puedo evitar sonreír.

—Te mantengo informada de todo lo que pase.

—¡Más te vale! —me suelta antes de ponerse el abrigo que Sven le sujeta —. ¡Y ánimo con eso del *dating*, Diane! —añade antes de irse.

Cuando vuelvo a mirar a Diane, ya está poniéndose la bufanda.

—¿Tú también te vas?

El tono esperanzado de mi voz me hace rechinar los dientes. Parezco un perrito esperando que le lancen la pelota.

—Sí, el día ha sido agotador —responde, evitando mi mirada.

—Te acompaño.

—No hace falta —me dice, mientras se esfuerza por vestirse a la velocidad de la luz.

Como ya no queda nadie más allí, me levanto de la silla y le bloqueo el paso.

—Diane, mírame.

—¿Qué quieres? —pregunta con tono seco, atrayendo algunas miradas de sorpresa.

Antes de que se dé a la fuga, la sujeto por la cintura, intentando no distraerme ante esta proximidad, a la vez que saboreo cómo se desliza el cálido tejido sobre su piel. Siento que se contrae su abdomen bajo mis dedos al mismo tiempo que se entrecorta su respiración y me cuesta mucho soltarla.

—Perdón, solo quería... quería darte una explicación.

Inspira largamente, una vez. Dos veces. Tres veces. Cuando por fin me mira, me siento todavía peor. Diane no está enfadada. Parece algo ofendida e incluso... triste.

—No tienes por qué hacerlo. Yo entro en la categoría de rollo de una noche —responde, esquivándome para dirigirse a la salida.

La persigo antes de empezar a andar junto a ella, en silencio desde que salimos. Tras unos cuantos metros, al no poder soportarlo más, le suelto:

—Diane, tú no has sido un rollo de una noche. Y lo sabes. Pero tú me dijiste que no querías empezar nada ahora. ¡Ni siquiera quisiste decirme cómo te llamabas!

Gira la cabeza, justo después de ver cómo se muerde el labio.

—Pero no es lo mismo. Ahora nos conocemos. ¿Por qué no me lo dijiste? —pregunta—. ¿Acaso creías que eso aumentaría mi interés? ¿Que eso cambiaría algo?

—Diane, eso siempre cambia las cosas. Como cuando supe que eras bailarina.

—Tal como lo dices, tengo la impresión de que eso no es precisamente un cumplido —responde con cierta amargura.

Aprieto los puños, con unas ganas horribles de abrazarla y besarla hasta que vuelva a sonreír. La sensación de mis manos en su cintura todavía me quema los dedos. Pero no es la solución. Esta vez, la cojo de los hombros para obligarla a mirarme.

—Diane, te pido disculpas. Debería haberte dicho que no era solo periodista, sino que también posaba como un *playboy* ridículo en las portadas de las revistas.

Se echa a reír por mi tono solemne. Me inclino, buscando su mirada.

—Diane, ¿aceptas mis disculpas?

Levantando la mirada al cielo, por fin asiente con la cabeza, con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Puedo acompañarte a mi... tu casa?

—No tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo.

—En ese caso... —responde, con cierta ironía en la voz que intento pasar por alto.

Seguimos andando uno al lado del otro, con la tensión de la revelación por fin disipada, sustituida ahora por otra tensión bien distinta en mi bóxer. Diane observa a la gente disfrazada que va por la calle, señalando por aquí y por allá algún disfraz especialmente divertido o sorprendente.

—¿Pero no pasan frío? —exclama.

—Imagino que la perspectiva de terminar la noche con alguien les hace entrar en calor anticipadamente —afirmo.

Diane parece no haber escuchado mi comentario y sigue observando a un grupo de jóvenes que llevan disfraces tan ajustados que dejan poco espacio a la imaginación.

—Pues parece que se divierten —continúa, pensativa.

—Gracias —comento, fingiendo que me ha ofendido la insinuación de que se aburre conmigo.

Sin dejar de andar, Diane me da un golpecito con el hombro.

—¿Primero me insultas y después me pegas?

—¡Para ya! Sabes muy bien que no es lo que quería decir.

Acompaña su frase con una pequeña sonrisa melancólica.

Una vez en la puerta de su edificio, se gira hacia mí, con grandes ojos de resignación, como si acabara de llegar a una conclusión importante. No puedo aguantarlo más y la cojo de las manos. Ese es mi problema con esta chica, que tengo tantas ganas de protegerla de mí mismo como de empotrarla contra la pared y hacer que pierda la cabeza. ¿Quién ganará esta noche?

—Diane, ¿estás bien?

—Sí, sí.

—¿Todavía estás triste por lo que te ha dicho Al?

—¿Sobre ti? No. Es más bien esas historias del *dating* y...

Arrastra la frase para evitar mencionar el nombre de Joaquín. Cuando pienso en que lo ha sorprendido con otra. Qué idiota. Decido darle el único consejo que me viene a la mente.

—Hay que dejar las cosas claras si no quieres que se acueste con otras personas.

—No nos acostábamos...

—¿Perdón?

Bajo la luz artificial que ilumina la calle, veo cómo se sonroja. Sin poder controlarme, aprieto sus manos, con todos mis instintos de hombre de las cavernas despiertos ante semejante revelación. Antes de lanzarme sobre ella, respiro largamente.

—Es por eso por lo que me siento un poco ridícula también... Debería haberme dado cuenta antes.

Su actitud obstinada y sus ojos brillantes me derriten, lo que me permite concederme la distancia necesaria para calmar mis ardores y anteponer a ese Ethan protector por un instante. La abrazo y froto su espalda con mano firme antes de apartarme de ella.

—No hay reglas, Diane, aparte de no hacerle a los demás lo que no quieras que te hagan a ti —empiezo a decir.

Se encoge de hombros y, al hacerlo, un velo color caoba viene a oscurecer una parte de su rostro. Sin pensar, pongo mis dedos sobre su mejilla y deslizo su pelo detrás de su oreja. Durante tan solo un instante, le acaricio el cuello con el dorso de la mano antes de retirarla despacio, muy a mi pesar.

—Buena suerte en Londres.

La voz de Diane es baja pero firme y yo sonrío, consciente de que intenta pasar página. Buen intento.

—Gracias, Diane.

Nos miramos y sus ojos bajan hasta mi boca.

—Dame tu número.

—¿Qué?

Se sobresalta, desconcertada por mi petición.

—¿No querías que fuésemos amigos? ¿Y tú no tienes el número de tus amigos?

—Sí, claro —murmura, sacando el teléfono del bolso, como hipnotizada.

Después de recitarme su número, le envió un mensaje. Mientras sigo centrado en mi pantalla, me da un beso furtivo en la mejilla y me susurra:

—Gracias. Por ser mi amigo.

Antes de que pueda alejarse, la sujeto rodeándola con mis brazos. Dejo que mis ojos deambulen por su pelo, sus pómulos y su boca húmeda hasta volver a sus pupilas dilatadas.

Cuando la respiración se detiene en su garganta, dejo que se vaya y, una vez que se cierra la puerta tras de sí, me quedo un buen rato en el umbral.

¿Amigos? No por mucho tiempo.

CAPÍTULO 18

DIANE

Grace Kelly ha venido hoy a la oficina.

El mensaje, acompañado de una foto de Al tomada a hurtadillas, me arranca una sonrisa. Con su pantalón capri, su conjunto de jersey y rebeca a juego y su pelo rubio en *carré* perfectamente colocado, sí que parece una versión con más curvas de la actriz de los años cincuenta. Desde hace diez días, Ethan y yo nos comunicamos por teléfono móvil. Sin vernos. Se ha tomado muy en serio su papel de nuevo amigo y nuestras conversaciones, anodinas en apariencia, revelan a un hombre de personalidad compleja. Un empresario apasionado por la danza y los espectáculos. Un tío con gran sentido del humor que se ríe de todo y, sobre todo, de sí mismo.

Ser amigos, desde luego, no está resultando nada difícil. Solo amigos.

No como con Joaquín.

Desde el día después del «asunto Jill Saint Clair», que es como he decidido llamarlo, nuestros encuentros han sido glaciales. El día anterior, Joaquín me había acosado a mensajes, inquieto por mi falta de respuesta. Yo estaba en lo cierto: él no me había visto en el espejo. Resulta todavía más humillante. Después de entrar en el apartamento, me decidí a responderle.

Estaba ocupada.

¿Ocupada? Es ya casi medianoche y se supone que íbamos a pasar la noche juntos.

Veo aparecer después de tan solo unos segundos de mi mensaje.

¿Estás seguro de que no te has equivocado de noche? Me pasé por el centro.

Aparecen los puntos suspensivos que me indican que está escribiendo un mensaje, luego desaparecen y después vuelven a aparecer antes de recibir un simple:

¿Y?

Me dan ganas de tirar el móvil contra el suelo y decido no responder. Al menos no hasta que se me pase el fuerte sentimiento de humillación. No estoy preparada para el *dating*.

Diez días después, ese sentimiento sigue ahí, en segundo plano, tiñendo de una leve armadura todas mis experiencias. Joaquín ha intentado hablar conmigo, pero, ante mi silencio y mis tentativas de fuga cada vez que me lo cruzo, ha terminado dándose por vencido. Por suerte, nuestras representaciones de *Romeo y Julieta* se han terminado. De lo contrario, habría sido capaz de coger su daga al despertar y apuñalarlo sobre el escenario. Desde luego, mi interpretación de Julieta habría sido, cuanto menos, sorprendente.

Hay que ver el lado bueno de las cosas. La situación me deja libre para concentrarme en los ensayos del *Peer Gynt* de Alexei. Faltan dos semanas para el estreno y todavía no sabemos quién, bailarín o bailarina, interpretará el papel principal. Hoy es mi día de descanso, así que después de las clases de la mañana, decido irme a pasear por el barrio de la Universidad de Nueva York, con la intención de sorprender a Guillaume. Dado que nuestros horarios se solapan, casi no podemos vernos. Entre semana, yo bailo. Los fines de semana, él estudia para su postdoctorado, mientras yo duermo o ensayo.

Ahora que también evito a Jill, no sé cómo comportarme con ella sin pasar por una histérica, por lo que mi lista de amigos cercanos se reduce a Guillaume. Y Ethan. Dos amigos con los que hablo todos los días, principalmente mediante mensajes.

Suspiro. Creía que mi vida en Nueva York sería la ocasión perfecta para crearme un nuevo círculo social, pero parece ser más difícil de lo que pensaba. Los bailarines de la compañía se han vuelto algo más amistosos, pero la mayoría se conoce desde la adolescencia. Igual que en París. Sus vidas ya están completas.

Bueno, no debería quejarme. Si tenemos en cuenta que solo conocía a Guillaume, tengo el doble de amigos que cuando llegué. Ethan es un amigo. Un amigo que suele darme calor. Mucho calor.

Tecleo al instante un mensaje de respuesta para Ethan.

Si ella es Grace Kelly, ¿quién eres tú?

¿Paul Newman?

Hummm...

¿No te convence? ¿Gary Cooper?

Espera, que miro a ver qué cara tiene...

¿No conoces a Gary Cooper?!

Me río al imaginar la estupefacción de Ethan, que se afana en intentar aumentar mi cultura norteamericana desde que hemos empezado a charlar con regularidad.

¡Lo siento! Vale, ya he mirado. No. Te falta el sombrero de vaquero.

«Eso tiene arreglo», me responde enviándome un *selfie* llevando un sombrero de vaquero con un diseño bastante burdo. En segundo plano, Al lo observa, con aire inquieto, como si se preguntara por la salud mental de su socio.

Esta vez, me echo a reír sin reservas antes de responderle.

¡Eres su doble! Pero ten cuidado, que estás asustando a Al.

Mientras no te asuste a ti...

Al sentir el rubor apoderándose de mi cara, me contengo para no escribir. Ha escrito el mensaje sin pensar. Al no saber cómo responder para rebajar la tensión, me limito a un rápido:

Bueno, un poco sí, pero seguro que lo supero.

No es un poco, sino más bien un mucho lo que me asusta. Estoy en un punto crucial de mi vida profesional. Si me desconcentro, aunque solo sea una noche, corro el riesgo de no estar al cien por cien de mis capacidades el día D. Y, para mí, todos los días son un día D con Alexei, que todavía no ha anunciado quién interpretará el papel principal.

Guardo el teléfono en el bolso, me cruzo de brazos y acelero el paso. Guillaume imparte clases en la Tisch School of the Arts, una de las facultades de la Universidad de Nueva York. Como especialista en Balzac, ha estudiado la dimensión teatral de su obra y luego, en literatura comparada, en el cine y la literatura. Su tesis fue todo un éxito en el mundo universitario, por lo que

decidió hacer su postdoctorado sobre la escritura en el cine, consiguiendo una plaza muy codiciada en Nueva York.

Me dispongo a entrar en el edificio que se encuentra en Broadway, entre Greenwich y East Village. Un grupo de estudiantes sale en ese instante y me aparto para dejarles pasar cuando uno de ellos llama mi atención.

—¿Liv?

La veo quedarse inmóvil antes de girarse, con las cejas fruncidas, demasiado sorprendida como para adoptar la expresión de menosprecio habitual en ella en cuanto hago acto de presencia.

—¿Diane? ¿Qué haces aquí? —me espeta.

Vale, la sorpresa no le ha durado mucho. Su tono es frío y, a juzgar por la manera en la que se encoge de hombros, está preparada para salir huyendo en cuanto se lo permita.

¿Salir huyendo? Lo que siempre había percibido como frialdad, ahora me parece vergüenza. Mi impresión se ve confirmada cuando la veo evitar mi mirada.

—Vengo a ver a un amigo.

Me acerco a ella.

—Ah, pues adiós entonces.

Antes de que pueda girar los talones, me acerco todavía más y, ante la sorpresa, tropieza con un estudiante y tira al suelo los libros que abrazaba. Me agacho de inmediato para ayudarla a recogerlos.

—¡No hace falta! ¡Puedo yo sola! —grita, haciendo gestos para que me aparte.

Todavía agachada, mi mirada busca la suya.

—¿Asistes a clases aquí?

—No. ¿Acaso te parezco una estudiante?

A pesar de su reacción, siento que, fuera de los muros de la compañía, nuestra rivalidad ha perdido importancia. Con gesto decidido, cojo uno de los libros.

—¿No crees que ha llegado el momento de que hablemos? No sé a ti, pero a mí, estos piques constantes ya me cansan.

Con la cabeza gacha, veo cómo le tiembla la boca. Se me queda mirando con sus ojos verdes extrañamente vulnerables hasta que baja los párpados y recupera la compostura.

—Devuélvemelo —masculla.

—Solo si hablamos.

Está a punto de marcharse sin el libro, pero termina resoplando:

—Vale...

Inspirándome en Guillaume y en su forma de sacarme de mi zona de confort por mi bien, finjo no haberla entendido. Me inclino hacia delante y coloco una mano a modo de cono en mi oreja.

—¿Quééééééééééé?

Liv me mira mal, pero la cólera que suelo encontrar en su mirada ahora está teñida de exasperación. Un paso de gigante en nuestra relación.

—Vale, venga, hablemos.

—¡Genial! Me guardo tu libro como rehén, que nunca se sabe.

Me levanto de un salto y ella me sigue un segundo más tarde.

—Empieza a hacer frío, ¿verdad? ¿Conoces alguna cafetería por aquí donde no haya mucho ruido? Te invito.

—Sí, sígueme.

Quería dar una sorpresa a Guillaume, pero tendrá que esperar a que termine nuestra charla. Mientras sigo a Liv, saco el teléfono para proponerle que nos reunamos más tarde, en la misma cafetería. Una vez instaladas, yo pido un chocolate caliente y ella se contenta con una infusión de menta. Lejos de la compañía, Liv es diferente, menos segura de ella misma, pero igual de refinada. Lleva su pelo rubio ceniza recogido en una cola de caballo hecha a toda prisa, un poco al estilo francés, con mechones sueltos sobre las mejillas. Va vestida con un jersey de lana irlandesa color crema sobre una camisa blanca, unos vaqueros y botas. «Es un poco pija», pienso al ver las perlas que decoran sus orejas. El maillot y el moño, que en nuestro caso hacen las veces

de uniforme, borran el lugar del que venimos, nuestro país como contexto social. Siempre resulta sorprendente ver a tus colegas en ropa de calle por primera vez. Me pregunto de dónde es Liv. Y qué hace en la universidad.

—¿Y de qué quieres hablar? —me pregunta, todavía sin mirarme.

Decidida a hacerlo por las buenas, empiezo por un tema que me parece anodino.

—¿Estás matriculada en la universidad? ¿Quieres matricularte?

Por unos segundos, se me queda mirando y vuelvo a ver la vulnerabilidad mezclada con la vergüenza de hace un rato. Vale, no ha funcionado lo del tema anodino. Niega con la cabeza antes de responder muy a su pesar.

—No, no soy estudiante. Ya te lo he dicho... No te vas a deshacer de mí con tanta facilidad. Solo me informaba.

Me contengo para no ponerla en su sitio y sigo hablando:

—Genial, ¿y qué tema te interesa?

Hace una mueca, como si no supiera cómo salir del aprieto sin recurrir a sus piques habituales.

—Todavía no me he decidido. Solo es por curiosidad. También me he pasado por Columbia, pero la compañía tiene un acuerdo con la Tisch —acaba soltando a regañadientes.

—Ah, entonces esto es serio. ¿Todavía cabe la posibilidad de que me deshaga de ti?

Liv me lanza una mirada amenazante, como si no hubiera entendido que se trataba de una broma. Se tensa levemente antes de relajarse. La veo bajo una nueva luz. Incluso para una bailarina, el aspecto de Liv es especialmente delicado y el agua caliente que se está bebiendo con gestos precavidos no hace más que confirmar mis sospechas en cuanto a la comida y a su cuerpo, una herramienta que no la ayuda fuera del estudio de danza y que refleja su vulnerabilidad.

Liv se encoge de hombros, como molesta.

—Todavía no he dicho la última palabra, pero llegará el momento en que no pueda bailar más y no puedo fiarlo todo a la fama de mi madre.

—¿Acaso crees que yo sí?

—Puf...

—¿Querrías bailar y estudiar?

—Sí —afirma.

—Eres valiente. No es muy habitual simultanear las dos cosas.

—En mi familia, no —resopla antes de morderse el labio inferior como para intentar recuperar sus palabras.

Durante una pequeña pausa en la conversación, ahogo una pequeña risa. Liv me observa, como a la defensiva. Le tiendo la mano:

—¡Bienvenida al club!

Dubitativa, agarra mi mano tendida y la aprieta brevemente.

—¿Tienes hermanos y hermanas? —me pregunta.

—No, creo que mi llegada ya fue bastante inesperada en la vida de mi madre.

—Yo tengo un hermano mayor y una hermana pequeña. Son... muy buenos —concluye, con aire de derrota.

—No parece que eso te alegre.

—No es eso. Es que son asfixiantes. Chase es banquero. Montó su propia *hedge fund* cuando tenía veintidós años y Victoria es... perfecta. Se casó hace dos años, después de terminar la carrera, y acaba de tener un niño. El pequeño Theo.

La dejo terminar sus explicaciones antes de continuar:

—Y tú eres solista del Ballet de Nueva York. ¿Acaso eso no es «brillante»?

—Solo es danza —balbucea con tono monocorde.

—Eres tú la que lo dice o...

—Mis padres y también mi hermano —se apresura a responder antes de tragar.

—Ah.

—Te envidio, ¿sabes? —empieza.

Arqueo las cejas, asombrada por el cambio de tema, pero curiosa por lo que me acaba de revelar Liv.

—¿Y qué envidias? ¿Mi suerte?

Tiene el detalle de mostrar cierta vergüenza.

—No... Tu madre. Al menos ella comprende lo que haces. Los sacrificios, el trabajo.

Niego con la cabeza antes de dejar escapar una risita incrédula.

—A mí madre no le importa lo que hago. Cuando leyó las críticas después del estreno de *Romeo y Julieta*, me envió el siguiente mensaje y cito textualmente: «Cualquiera diría que jamás han visto a una bailarina con un mínimo de talento».

Liv se atraganta con su sorbo de té. Le hacen falta unos segundos para recomponerse:

—¿De verdad te dijo eso?

—Oh, sí, y no ha sido de los peores, que ya sabes tú que ha habido otros en la misma línea.

Mi referencia a las bromas que Liv hizo sobre mi pecho, heredadas de una anécdota humillante sobre una observación parecida que me hizo mi madre y que es conocida en el mundo de la danza, provoca un silencio. Liv se sonroja.

—Estuvo fuera de lugar. Resulta duro verte llegar y...

—¿Y qué?

—Y verte quedarte con todo. ¡Todo parece tan fácil para ti! —grita, dando un puñetazo en la mesa.

Los huesos frágiles de sus falanges blanquean su piel.

Guardo silencio al comprender que esa cólera no va contra mí, sino más bien, esta vez, contra ella misma.

—Si te sirve de algo, no es nada fácil —termino por decirle cuando el silencio se prolonga demasiado.

—¿Sabes lo que pasa? —resopla—. Que tú eres un obstáculo más.

—¿Para convertirte en bailarina principal?

—Sí... para que me reconozcan.

No es necesario precisar por quién. Lo poco que me ha contado de su familia explica su actitud, aunque no la excusa. Bailar para gente a la que no le interesa el tema debe de ser agotador. Con la falta de interés que ha demostrado mi madre desde muy temprana edad, si de algo estoy segura es de que bailo para mí misma. Desde hace mucho tiempo.

—Eso es lo que me enerva —continúa.

—¿Perdón?

—Que bailas por bailar. Es por eso por lo que le interesas tanto a Alexei. Se lo he oído comentar a Audrey.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Y tiene razón. Es como si miraras a través de tu reflejo en el espejo, como si quisieras buscar alguna forma de transcendencia. *Étoile* o no, ya eres una artista.

El cumplido que acaba de hacerme Liv me llega directo al corazón y, por un instante, se me cierra la garganta al verla tan desvalida, con sus ojos verdes brillando de ferocidad después de habérmelo confesado. Para calmar un poco la situación, suelto con tono burlón:

—En el fondo.... me quieres.

Mira hacia un lado y arruga la boca. Huy, no ha funcionado.

—No. Te tolero.

—¿Me toleras? Hace un minuto era una artista y ahora solo soy tolerable.

—Ser una artista no te hace simpática y, si no, mira a tu madre.

Me quedo con la boca abierta antes de echarme a reír justo cuando Liv empieza a disculparse, ella misma sorprendida por la pulla que me acaba de lanzar. La paro con la mano para que no siga hablando.

—No, si no es para nada un secreto. Es una gran artista, pero ante todo es una diva elevada a la enésima potencia.

—De todas formas, no debería haber dicho eso —responde con las

mejillas sonrosadas—. La familia es sagrada.

—Oh, bueno, a veces es mejor buscarse una propia. Puedo asegurarte que lo único que tiene mi madre de maternal es el título —suspiro—. Mi verdadera familia es Guillaume, sus padres y sus hermanos.

—¿Guillaume?

—Sí, mi compañero de piso, mi mejor amigo y la persona que venía a ver... ¡Mira, ahí está!

Hago señas a Guillaume, que acaba de entrar en la cafetería. Con un abrigo salido directamente de una película de los años cincuenta y sus gafas de cuerno de búfalo en la nariz, solo le falta el cigarrillo y el borsalino para ser igualito a Alain Delon de joven, pero un Alain Delon que hace que sus estudiantes se desmayen. Me siento tentada a enviarle su foto a Ethan para echarnos unas risas.

¡Deja de pensar en Ethan!

Reprimiendo esa pulsión, me aparto para hacer sitio en el banco corrido a Guillaume, que está quitándose los guantes detrás de Liv. Se sienta junto a mí y pide un café mientras hago las presentaciones.

—Guillaume, te presento a Liv. Baila conmigo y quiere informarse sobre los programas de estudio. ¿Podrías ayudarla?

—No, gracias —dice Liv, con tono duro.

Se siente incómoda, con la mirada gacha y las manos sobre sus muslos. Guillaume sigue igual, afable y sonriente.

—Yo no obligo a nadie a que reciba mi ayuda —responde educadamente.

—No hace falta. Solo estoy mirando —corrige antes de mirar un instante a Guillaume.

—Liv... —continúa Guillaume, con aire ausente.

Me doy cuenta de que se acuerda de todas las anécdotas que le he contado y ninguna de ellas la dejaba en demasiado buen lugar.

Liv, que está claro que ha llegado a la misma conclusión, intenta desaparecer dentro de su jersey, cuyas mangas ahora cubren sus manos, y el cuello de la camisa, en el que empieza a esconderse su mentón. Antes de que

Guillaume sume dos más dos, me apresuro a decir:

—Liv y yo por fin hemos tenido tiempo de conocernos mejor. De hecho, la he invitado a la fiesta que me dijiste que querías organizar.

—La fiesta que quería organizar... —empieza a decir antes de afirmar con la cabeza en señal de complicidad.

Pero Liv, rígida, interviene de inmediato:

—Miente.

—¿Por qué? —pregunta Guillaume.

Lo dice con tanta sinceridad que, por un momento, hasta me lo creo.

—Porque es demasiado... amable —dice, entre admiración reticente y vaga aversión.

—¿No desea venir a mi fiesta?

Liv arquea una ceja y lanza una mirada de sorpresa a Guillaume antes de seguirle el juego como si, de repente, esa fiesta se hubiera convertido en algo real.

—Yo... estaría... fuera de lugar.

—¿Quiere decir que venir a mi casa estaría fuera de lugar?

Sorprendida por la voz de Guillaume, que de repente parece haber bajado una octava, hago un breve resumen de la situación. A mi izquierda, Liv, que se ha quedado blanca. A mi derecha, Guillaume, que la evalúa con una media sonrisa.

¡Ay!

CAPÍTULO 19

ETHAN

—¿Qué haces mañana?

La pregunta de Al me distrae de mi fantasía. Dudo un instante antes de responder.

—Nada del otro mundo... He quedado con Diane.

Al no parece inmutarse y se limita a arquear las cejas.

—No sabía que erais amigos. Eso está bien. A mí también me gustaría verla, pero entre la captación de fondos, Sven...

Antes de que siga enumerando todas las razones por las que tiene una agenda tan apretada, la paro con un gesto.

—No pasa nada Al. No espera que le propongas una fiesta del pijama en los próximos días. Ni tampoco Guillaume. Ya tendrás la ocasión de pasar más tiempo con ella. Estoy seguro.

—Lo sé, pero no debe ser fácil llegar a una nueva ciudad, a un nuevo país. Vamos, que me alegro de que os entendáis bien. ¿Qué tenéis pensado hacer?

Le lanzo una mirada de desconfianza, pero su pregunta parece inocente. ¿Y por qué no debería serlo? Ella no ha estado a punto de sorprendernos después de una sesión intensiva de sexo oral en su cocina. Pero conociendo a Al y su visión del mundo de la danza, sé que no le va a gustar mi respuesta.

—Hemos quedado en la compañía. Me ha preguntado si me apetece verla bailar algunas piezas de la nueva obra de Alexei Rostov antes del estreno.

Siento que Al me clava la mirada, lo que me obliga a levantar la cabeza. Con aire inocente, me limito a suspirar:

—¿Qué? ¡Es una oportunidad única! Ya sé que a ti te da igual la danza, pero para alguien como yo, es irresistible.

La desafío con la mirada, con la esperanza de que mi autosatisfacción no se refleje en mi rostro. Aunque Al esté lejos de ser un libro abierto, deja caer

la máscara de informática *pin-up* cuando está conmigo para convertirse en esa pequeña niña que no oculta nada. La veo pasar de la sorpresa a la inquietud antes de volver a una expresión educada.

—Y no tienes miedo de...

—¿Qué?

—«Miedo» quizá no sea la palabra correcta, pero no temes...

—Temor y miedo son lo mismo, ¿no? Yo no vivo con un profesor de retórica, pero mi dominio de los sinónimos sigue siendo aceptable.

Resopla por la nariz en una especie de parodia de un dragón y yo me muero de la risa.

—¿Y qué pasa si te cruzas con Jill?

Ah, ese es el tema. Me encojo de hombros. Es agua pasada en lo que a mí respecta, pero Al no sabe que he vuelto a ver a Jill y que he salido indemne. E indiferente.

—Nada, creo. La saludaré como ser humano civilizado que soy.

—¿Diane sabe que estuvisteis prometidos? —pregunta de repente.

—No, ¿por qué? No veo la necesidad de decírselo.

—Tienes razón. Solo sois amigos, eso no tiene nada que ver con vuestra amistad y, además, es cosa del pasado.

Por la forma en la que lo dice, me da la impresión de que la situación es del todo inocente. Diane también debe creerlo o, al menos, intenta convencerse de eso. Por mi parte, entre nuestras conversaciones sin orden ni concierto y los recuerdos muy presentes de nuestros encuentros anteriores, no me hago ilusiones. Al es mi amiga y no siento las mismas pulsiones por ella que por Diane. Ni el mismo interés.

Detrás de la bailarina perfeccionista, puedo ver a una joven con un gran sentido del humor, seria y apasionada por su arte. Comprendo que llegar a ser bailarina principal no es un fin en sí mismo para ella, sino más bien un medio para poder bailar más y así desarrollar sus cualidades interpretativas. Cuando me ha preguntado si estaría interesado en ver antes del estreno un fragmento de la obra de Rostov con ella como bailarina principal, le dije de inmediato que

sí. Sí, porque ver aunque solo sea una parte de la obra es un privilegio en sí mismo para un entusiasta de la danza. Sí, porque detrás de su propuesta he percibido una incertidumbre confirmada por los mensajes posteriores. Diane quiere, por encima de todo, que la escojan para el estreno, pero tiene miedo de ser demasiado académica. Necesita una opinión externa fundada, objetiva, pero también amistosa. Cumplo casi todos los requisitos. Casi. Mi opinión es fundada y objetiva. Por último, sí, porque me permite penetrar en su universo. Es como invitar al zorro al gallinero, pero me he cuidado muy mucho de decirle que estábamos jugando con fuego. Ella lo sabe, aunque no quiera reconocerlo.

Y es así como me encuentro un sábado por la tarde del mes de noviembre en un estudio de danza mientras Diane verifica por enésima vez que lo ha reservado correctamente. Ha venido a buscarme a la puerta del edificio, envuelta en su abrigo bajo el que ya lleva su ropa de trabajo. En el aula me espera una silla y una botella de agua.

Ahora ya solo queda observar. Es la primera vez que la veo así. La he visto vestida de calle, arrebatadora, con el vestuario de escena, carismática y... desnuda, obsesiva. El maillot color carne la desnuda más que la viste y necesito concentrarme mucho para no distraerme. Y, sobre todo, para que no se dé cuenta. Esta supuesta amistad le permite liberarse y a mí me permite calmarla. Seducirla lento pero seguro para poder recoger los frutos cuando esté madura. La analogía me arranca una sonrisa muy a mi pesar.

—Ethan, ¿pasa algo?

El rostro de Diane, muy cerca del mío, me saca de mi monólogo interior. Sus grandes ojos parecen inquietos, algo que me confirman sus palabras posteriores. Al parecer mi sonrisa más frustrada que lasciva me ha delatado. Ya es algo.

—Si no te apetece estar aquí, te puedes ir. Yo voy a ensayar, contigo o sin ti.

—Para nada. Estaba intentando concentrarme.

—¿Y frunces el ceño así cuando te concentras? —me dice, apoyando el dedo un segundo en mi entrecejo.

Su dedo en sí mismo ahí, apoyado, no tiene nada de sexual y me imagino cuántas veces debe de haber hecho ese gesto con Guillaume sin pensar nada

malo. Pero eso no impide que ese simple contacto me haga parpadear y que, cuando vuelvo a abrir los ojos, la boca entreabierta de Diane me dice que no soy el único al que le afecta la situación. Se incorpora de inmediato, tensando los tirantes de su maillot, lo que hace que se le ajuste todavía más a ese pecho que surge ante mí. Tengo que contenerme para no gruñir. Las próximas dos horas van a ser muy largas. Voy a pagar el privilegio de descubrir un fragmento de la obra de Rostov con un poco de tortura física. Pero también soy un *business man* y sé que las mejores inversiones no son necesariamente aquellas que ofrecen beneficios más deprisa. Diane bien vale un poco de paciencia y de estrategia. Para calmarme, empiezo a enumerar por orden las obras de Balanchine.

Se aleja de mí y se coloca en el centro del aula. Estoy sentado de espaldas al espejo que, de acuerdo con la configuración del teatro, cumple la función de público.

—Voy a bailar la entrada. Es un solo en el que mi personaje se aleja del grupo. Tengo preparada la música en el móvil, ¿puedes darle?

Estoy impresionado por la rapidez con la que Diane se mete en el personaje, olvidando por un instante que hace diez años ya que lo hace profesionalmente. No baila para mí, sino para ese público invisible que la espera en el espejo. La mujer desaparece detrás de la artista y yo me inclino, con los codos sobre las rodillas, para poder observarla mejor.

La entrada es especialmente atlética para una bailarina. Diane alterna saltos y deslizamientos con posturas más naturales en las que interpreta al viajero ávido de descubrir el mundo. Admiro sus piernas, que hacen que los *écarts* parezcan de una facilidad cautivadora, incluso de cerca. Da la impresión de ralentizar la música para disfrutar de cada nota, a la vez que te seduce una y otra vez. Querríamos que volviera a empezar el paso que acaba de terminar para poder diseccionar la perfección y la ligereza. Al mismo tiempo, Diane infunde a su personaje un cierto humor mediante su expresión. Sus grandes ojos lanzan rayos de arrogancia antes de agrandarse todavía más, como contentos por lo que va descubriendo. Alexei tiene razón: Diane no baila como su madre, cuya fenomenal precisión tiene mucho más de dureza que de belleza.

Se para varias veces y, si algún paso no la convence, me pide que vuelva a poner la música desde el principio para poder retomar su solo. Cuando por fin

termina, se gira de inmediato hacia mí con las manos en las caderas y un pie delante del otro, en cuarta posición, como si fuera a bailar otra vez.

—¿Qué tal?

Bajo el efecto de la intensidad del ejercicio, su pecho sube y veo una gota de sudor bajando por su cuello. Ella es fiel a sí misma, ella misma es la prueba del alto nivel atlético al que están sometidos los bailarines. Le sonrío, incapaz de encontrar las palabras en ese momento. Al final, acabo soltando un penoso:

—¡Guau!

En lo que respecta a eso de la opinión fundada, está claro que lo he conseguido.

Arquea las cejas y se balancea de delante atrás.

—¿Te ha parecido... bien?

—Ah, no, nada de «bien».

—Oh.

Expulsa el sonido como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago. Cuando me doy cuenta del malentendido, me levanto y me planto frente a ella. Deslizo dos dedos debajo de su mentón y lo levanto para poder ver bien sus ojos.

—Eh, nada de «bien». Ha estado «genial», ¿vale?

La veo tragar antes de observarme como si buscara alguna garantía de mi sinceridad.

—¿De... de verdad? —balbucea.

Sonrío, deslizando mi mano por su mejilla con suavidad, y asiento con la cabeza.

—De verdad. Es un privilegio verte bailar. Rostov tiene suerte de tenerte en su obra.

Intenta reprimir la pequeña sonrisa que esboza en sus labios, con las pestañas bajadas sobre sus mejillas rosadas. Podría besarla ahora mismo, pero eso no serviría de nada. Opto por poner fin a la tensión antes de abrazarla, me alejo un paso y le digo inspirado:

—Mira, me has invitado para que te dé mi opinión. En mi opinión, si no eres tú la que abre el *ballet*, no sé quién debería ser.

—Para...

—Además, ¿hace mucho tiempo que conoces a Rostov?

—¿A qué te refieres?

—Él, tu madre y Serguei desertaron juntos a Europa cuando tu madre estaba embarazada de ti, ¿no?

Su mirada se vuelve lejana antes de centrarse en mí.

—Eh... Sí, pero espero que no me escoja por eso. No me conocía antes de venir aquí.

Se cruza de brazos en un gesto defensivo universal. Mierda. Y yo que quería relajar el ambiente para poder iniciar mis maniobras sutiles de seducción.

—Me habías dicho que os llevabais bien, ¿no?

—Sí, bueno, charlamos de vez en cuando después de los ensayos. Es fascinante.

Esta vez soy yo quien hace una mueca que Diane interpreta a la perfección.

—No fascinante en ese sentido, Ethan —suspira antes de sacudir la cabeza.

—Lo he entrevistado y, a juzgar por los suspiros de la becaria que manejaba la cámara, es fascinante «en ese sentido». Incluso yo me preguntaba cómo reaccionaría si me invitara a tomar algo. Seguramente aceptaría.

Diane se echa a reír, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Yo no lo veo así y, además, me llamó «mi niña» en uno de nuestros primeros ensayos. Por si hubiera alguna duda, eso ya es algo que lo deja todo bien claro.

Sonríe al recordar la escena.

¿Yo? Hago cuentas. Alexei me contó que fue él el que convenció a Natalia Mychkin para que cruzara a Occidente hace veintiocho años. Diane tiene veintisiete. Y sus ojos. Pero, frente a mí, Diane no parece sospechar nada.

¿Debería decírselo? Turbado, decido cambiar de tema.

—¿Guillaume estaba demasiado ocupado como para venir a verte? Me siento halagado por que me hayas escogido —le digo, simulando que me inclino con la mano en el corazón.

—Ah... No se lo he pedido a Guillaume.

—Ah, ¿no? ¿Por qué?

Mi sorpresa no es del todo fingida. Guillaume no solo es su mejor amigo, sino que, a diferencia de mí, ha bebido la danza desde que nació. Sus padres eran bailarines de la Ópera de París, él mismo se formó en la escuela de danza de la Ópera antes de su accidente y, si la memoria no me falla, sus dos hermanos también son bailarines. En definitiva, se puede decir que son una secta.

A Diane parece molestarle tener que responderme, pero, tras una larga inspiración, me dice:

—No estoy segura de que a Guillaume le guste verme bailar.

—¿Y eso?

Se ríe al verme indignado.

—¡No en ese sentido, no! Me apoya, pero, después de su accidente, tengo la impresión de que quiere alejarse de la danza y que yo le traigo malos recuerdos... Bueno... le recuerdo lo que pudiera haber sido.

—¿Tú crees?

Me lo pienso un instante. Es cierto que Guillaume no me ha pedido jamás entradas para ir a ver un espectáculo de danza. Con la aplicación, recibo muchísimas invitaciones y, si no puedo ir, suelo regalarlas a los miembros de mi equipo y a mis amigos. Cuando Guillaume entró en mi círculo, le pregunté qué prefería. Teatro, comedia musical como mucho, pero la danza, ya sea clásica o contemporánea, jamás ha formado parte de sus preferencias.

—No estoy segura. Jamás hemos hablado del tema. Entramos en la compañía el mismo año y tuvo el accidente el verano siguiente. Estuvo en coma unas semanas y luego llegó la rehabilitación en el sur de Francia. Pasó casi un año allí antes de que retomáramos el contacto con cierta regularidad y... no he tenido el valor. Estaba diferente. Más distante... Y yo no quería

traerle malos recuerdos.

—Imagino que es lo normal después de un accidente así.

—Supongo.

—¿No le hablas en absoluto de danza?

—Le hablo como lo haría de cualquier trabajo. Me centro más en las personas que en los detalles técnicos. La verdad, siento bien poder hablar de otras cosas.

A pesar de su tono indiferente, percibo algo de tristeza detrás de su fachada de valentía. Está claro que se me da genial encadenar temas sensibles. «¿Ethan? Ah, sí, es amigo mío y se le da muy bien hurgar en las heridas. Te lo puedo prestar si quieres repasar tus traumas de la infancia». Esto ya cubre mi agenda de hacerme pasar por un amigo desinteresado, pero, si no mantengo cierta tensión, acabaré pasando a la *friend zone*. Ha llegado el momento de rectificar el tiro.

—¿Quieres seguir bailando?

Diane se encoge de hombros, con aire ausente, antes de volver en sí y responder con cierta testarudez:

—Quiero seguir bailando.

—Pero, ¿para ti? —pregunto, inspirado.

—¿A qué te refieres?

—Me has hecho venir un sábado para verte bailar. ¿No improvisarías un poco para mí? Si no, siempre puedo seguir haciendo preguntas incómodas.

Levanta la mirada al cielo, pero su postura se relaja. Cuando por fin me mira, veo una nota de desafío en su mirada.

—Vale, pero tendrás que participar.

—¡Ah, no, no es eso lo que habíamos acordado! —exclamo, dando un paso atrás.

Diane se me acerca deslizándose sobre sus zapatillas de punta, sin hacer ruido sobre el parqué. Cuando acabo con la espalda contra el espejo, me coge por la camiseta y me dice:

—Descálzate.

Arqueo una ceja, sorprendido por su tono juguetón, pero más tranquilo al percibir el cambio en el ambiente. Si tengo que hacer el ridículo para ponerla de buen humor, pues lo hago. Refunfuñando más por la forma que por el fondo, me quito las zapatillas y me veo descalzo en el aula.

—Te aviso, no creo estar en disposición de demostrar toda la fuerza de mi talento con esta ropa —le digo a la vez que señalo lo que llevo puesto. Vaqueros, camiseta y sudadera con capucha. Se han visto mejores.

Diane no se deja desconcertar y me mortifica:

—No te preocupes. Me conformaré con lo poco que me puedas dar.

Aunque su tono lo atenúe, la insinuación está ahí. Mantengo la mente fría mientras selecciona un nuevo fragmento de música en su teléfono. Las primeras notas de la *Pavane* de Fauré resuenan en el aula y me quedo inmóvil como una piedra. Diane empieza a girar a mi alrededor, ondulando con una gracia que cautiva mi mirada. Cuando me ve todavía quieto, me tira de la camiseta. Empiezo a quitarme la sudadera con capucha para no perder la compostura.

—Muévete con la música. No te preocupes de tu reflejo.

Que te guste la danza, por muy experto que seas, no significa que tengas talento para la misma. Quienes no saben bailar enseñan y quienes no saben enseñar critican... En un intento de seguir los movimientos de Diane, inicio una pirueta que acaba en un ataque de risa. Por su parte, claro. Sin prestar atención a otra cosa que a mi propio coraje, imito con exageración ciertos pasos que la he visto hacer, pero ahí donde Diane se deslizaba por el aula, yo me caigo. A lo grande. No estaba preparado, pero funciona porque se me acerca corriendo, sin parar de reír:

—Oh, por Dios, Ethan, ¿no te habrás hecho daño?

—Lo único herido aquí es mi ego, pero ya debería estar acostumbrado —digo, haciendo muecas mientras me levanto.

—¿Quieres que lo dejemos?

—¿Y privar a la humanidad de mi gracia? ¡Por nada del mundo! Pero no estaría mal que me ayudaras.

Diane asiente con la cabeza, seria, esforzándose por no reírse, pero con un brillo en los ojos. Se coloca detrás de mí y me pone las manos en las caderas para intentar imprimirlas un movimiento de balanceo.

—Gírate y ponme las manos en las caderas para intentar seguir mis movimientos.

—Esas son demasiadas instrucciones —digo.

A su señal, me giro y la acerco a mí, con las manos en sus caderas, como me acaba de pedir. Sigo sus movimientos antes de hacerla girar varias veces, abandonando la danza clásica en favor de una especie de baile de salón en el que Diane da vueltas a mi alrededor, dirigiéndome ella a mí más de lo que yo la dirijo a ella. Intento cogerla, sin éxito en cuanto a la elegancia, ya que no para de reírse cada vez que intento ponerme serio. Al enésimo ataque de risa, cuando la tengo en mis brazos, la atraigo hacia mí con mayor brusquedad de la que se esperaba y la sermoneo:

—¿Vas a dejar de reírte de mí? ¡Eres una profesora horrible!

Diane ya ha dejado de reírse. Tiene las manos sobre mi torso y parece distraída, con sus ojos paseándose entre mi cara y sus manos. Me agacho para captar su mirada y ella evita la mía mientras murmura con voz apagada:

—Perdón...

Aganto la respiración cuando siento que su cuerpo se mueve contra el mío, con la impresión de que está intentando tomar una decisión. Se levanta sobre sus puntas y busca mi boca. Mi cerebro deja de funcionar. Se acabó la estrategia, se acabaron los planes. Tengo la impresión de sufrir una pequeña implosión y un solo pensamiento resuena en mí:

Quiero.

Quiero.

Quiero.

Atrapo su mejilla para inclinar un poco más su rostro y así poder besarla mejor. Sus manos se deslizan por debajo de mi camiseta y acarician mis costados y mis pectorales antes de rodear mi cintura y agarrarme mientras se pega a mí. Sin interrumpir nuestro beso, doy un paso atrás para sentarme en la silla que sigue apostada frente al espejo. Diane se sienta a horcajadas sobre

mí. Me aferro a su trasero y ella gime, adelantándose aún más contra mí. Mi erección tensa mis vaqueros de forma dolorosa hasta que siento que su mano me desabrocha la bragueta. Mete la mano en mi bóxer y agarra mi pene con un gesto seguro mientras emite un nuevo gemido en mi boca que me bebo con gran placer. La sensación es tan fuerte, con sus manos frías y gráciles sobre mi piel abrasadora, que casi silbo, entre alivio y dolor.

Deslizo uno de los tirantes de su maillot sobre un hombro hasta destapar un pecho que me parece todavía más bonito que en los recuerdos que alimentaban mis fantasías. Hago lo mismo con el otro tirante y observo su otro pecho, saboreando el momento. Sus pezones están erectos, con ese color melocotón de mis recuerdos todavía más intenso por la excitación. Al elevar la mirada, me encuentro con la suya. Su rostro está teñido de rojo, se muerde los labios y sus ojos expresan algo más que excitación. Antes de saborear su cuerpo, la observo, queriéndola deseosa y conquistada. Por fin pronuncia la más deliciosa de las palabras:

—Sí.

CAPÍTULO 20

DIANE

No reconozco mi propia voz. La Diane tranquila y seria ha sido suplantada por una Diane animal cuya voz ronca expresa un deseo que la desborda. Los ojos de Ethan brillan y la forma en la que me miran hace que me derrita. De hecho, estoy a punto de sentir el calor que se desprende entre mis muslos e invade todo mi cuerpo.

Con una mano, acaricio a Ethan —lo duro que está bajo su piel de satén me provoca escalofríos— y con la otra lo agarro por la nuca cuando inclina su cara sobre mis pechos para saborearlos. El grito que doy es como si me lo hubieran arrancado, un sollozo que termina en gemido. Deslizo mis dedos por su pelo y me arqueo para acercarme todavía más a él. Su lengua aspira mi pezón y le da vueltas antes de pasar a besar la curva de mi pecho, lo mordisquea e intensifica mis escalofríos. Con la mano, me coge el otro pecho y lo acaricia antes de pellizcarme la punta. Cuando acerca su boca, dejo escapar un grito que hace que mi mano aumente la intensidad de mis embestidas sobre su sexo. Siento que sus gruñidos vibran contra la fina piel de mi pecho y, cuando miro hacia abajo, me encuentro con sus ojos, que me atrapan y me mantienen cautiva bajo el fuego de su mirada. Ya no puedo aguantarlo más, así que cierro los ojos y me abandono a las sensaciones prodigadas por su boca y sus manos.

Entre dos gemidos, distingo un ruido, como un eco procedente de las profundidades. Un ruido repetitivo y que no tiene nada que ver con la música ni con los sonidos que brotan de nuestras gargantas.

Alguien está llamando a la puerta.

Alguien está...

¡Alguien va a entrar!

—¡Ethan! —grito.

No parece oírme y las atenciones que profesa a mi pecho derecho están a punto de hacerme perder el control si no hago algo. Saco la mano de su bóxer

y lo obligo a apartarse de mí. Su respiración es entrecortada, como la mía, y sus ojos color índigo han sido devorados por sus pupilas. Con el pelo revuelto y la boca todavía húmeda por la atención que me prestaba hace unos segundos, está adorable. Reprimo un gemido de frustración e intento torpemente volver a vestirme.

—No —dice mientras intenta que no me suba un tirante besándome en el cuello.

—Ethan —jadeo—, hay alguien... ¡Oh!

Acaba de meter la mano entre mis piernas y sus dedos ejercen una presión deliciosa a través del tejido de mi maillot. Con su otra mano, intenta tirar de él para desnudarme por completo. No puedo evitar arquear las caderas y morderme las mejillas hasta sangrar cuando siento que desliza dos dedos bajo el tejido para apoyarlos contra mi piel encendida. Si llega hasta el final, no respondo de mí. Recurriendo a las últimas reservas que me quedan, grito:

—¡¡Ethan, hay alguien en la puerta!!

Mi tono de voz por fin lo despierta, se aparta un poco de mí y lo veo recuperar gradualmente la compostura.

—La puerta... Tu mano... —empiezo.

—¡Mierda! —exclama antes de subirme el maillot con gestos entrecortados.

Por un instante, la ausencia de sus manos sobre mí casi me resulta intolerable. Tengo la impresión de ser Tántalo frente a la fruta prohibida. Y mucho más cuando, en vez de secarse los dedos, se los mete en la boca, como para saborear una última parte de mí. Me mira al mismo tiempo que realiza ese gesto y el sonido de la succión me arranca un último gemido.

Los ruidos en la puerta se intensifican de un modo que nos incitan a acelerar la cadencia. Me levanto y Ethan se baja la camiseta. Le vuelvo a abrochar la bragueta, deslizando por última vez mi mano en su bóxer, lo que me hace emitir un gruñido entre deseo y desesperación. ¡Bien hecho!

Antes de que pudiera dirigirme a la puerta, Ethan me abraza y apoya su frente en la mía. Cierro los ojos y suspiro.

—Voy a abrir.

Asiente con la cabeza en silencio y permite que me aleje.

Giro el pestillo y abro la puerta.

—Jill.

—Diane, lo siento, pero tenía reservada esta aula después de ti. Llego un poco tarde, pero... —empieza a decir antes de parar en seco.

Ethan está detrás de mí. Giro la cabeza hacia él y luego hacia Jill. Aunque nos hayamos vuelto a vestir, su pelo revuelto y mis mejillas sonrosadas son claros indicios de que él también ha participado en el ejercicio físico para el que había reservado el aula. Queda saber si ha sido solo danza... Me cruzo de brazos con la esperanza de parecer más seria.

—No hay problema. Es que no te había escuchado con la música. Lo siento. Te presento a Eth... —empiezo a decir.

—Ethan Maguire. Nos conocemos, sí —me interrumpe con dulzura antes de dirigirse a Ethan directamente—. ¿Ahora eres bailarín?

—Hola, Jill.

Su tono es afable en apariencia, pero lo percibo más bien a la defensiva. Mis ojos van de uno al otro. Desconcertada por lo que acaba de pasar, lanzo una mirada inquisitiva a Ethan. Como respuesta, esboza una sonrisa vergonzosa antes de decidirse a hablar.

—Jill y yo salimos juntos. Hace mucho tiempo.

—De hecho, estuvimos prometidos —precisa Jill—. Cualquiera diría que tienes debilidad por las bailarinas —añade antes de entrar en el aula, de repente con prisas.

Me quedo con la boca abierta. La vergüenza que me provocaba la idea de que pudieran habernos sorprendido se multiplica por diez. Ethan también parece tan incómodo como yo y no para de pasarse la mano por el pelo, lo que hace que parezca que acaba de salir de la cama. De mi cama, en este caso.

—Diane, gracias por todo. Te llamo —dice por fin.

Jill finge no escucharnos, afanada en sacar sus puntas de su bolsa de deporte. Asiento con la cabeza de forma mecánica al no saber qué decir. «*Gracias por todo*» y «*Cualquiera diría que tienes debilidad por las*

bailarinas». Entre Jill y Ethan, estoy un poco aturdida. Todavía no me ha dado tiempo a aclarar mis emociones y salir de este letargo, cuando Ethan se me acerca, me pone una mano en la nuca y me besa. Un beso a boca llena al que respondo de forma instintiva, rodeando su cuello con mis manos. Tras poner mi mundo patas arriba y dejarme vacilante, Ethan frota su nariz contra la mía. Abro los ojos y le escucho murmurar, sin dejar de mirarme con aire enigmático:

—Te llamo.

En cuanto sale de mi campo de visión, me giro, consciente de que estoy impidiendo que Jill pueda ensayar y con un solo deseo: huir de allí.

—¡Lo siento! Me voy ahora mismo.

—¿Conoces mucho a Ethan? —me pregunta Jill, con los ojos fijos en su teléfono.

—Hummm... —dudo.

Jill eleva la mirada y, al verme completamente roja, sonrío y agita la cabeza.

—No quería molestarte. No debería haber dicho... eso de su debilidad por las bailarinas. Ha sido mezquino.

Sorprendida por su reacción pero también aliviada, me apresuro a tranquilizarla.

—No, no, no es por eso. Es solo que...

—No esperabas cruzarte con su ex, ¿verdad?

—Eh, pues la verdad es que no. Y que su ex sea bailarina principal en la misma compañía que yo, tampoco.

Se encoge de hombros, duda y luego dice:

—Me siento un poco ridícula por tener que decirlo, pero no hay ningún problema por mi parte. Fue hace mucho tiempo —concluye con un punto de melancolía.

¿Melancolía por el pasado o nostalgia por Ethan? Me entra la duda. Y, diga lo que diga, no puedo evitar preguntarme hasta qué punto le gusto a Ethan. Yo, Diane, y no yo, la bailarina.

—Me alegro de verlo enamorado —añade.

No puedo evitar soltar un grito de sorpresa y me apresuro a rectificar.

—¿Qué? ¡No! Vamos, en absoluto. Solo ha venido a verme bailar. Somos amigos.

Incluso a mis oídos ese «somos amigos» suena ridículo. La mirada de Jill se aparta a un lado antes de volver a centrarse en mí.

—Si no recuerdo mal, Ethan es un maníaco del trabajo. Venir un sábado a pasar la tarde viéndote bailar... Bueno, tampoco es asunto mío.

Aliviada al ver que deja un tema que todavía me resulta muy sensible, aprovecho el momento para preguntar:

—¿Qué estás ensayando?

—*El Cascanueces*.

Es una obra obligatoria en Estados Unidos durante las fiestas navideñas. De hecho, este año, yo misma tendré que interpretar a Clara en una de las últimas representaciones. Empezaré a ensayar en unas semanas, después del estreno del *ballet* de Alexei. Como Jill no forma parte del reparto de esta obra, abrirá ella *El Cascanueces*, probablemente con Joaquín, para quien alternar dos obras parece un juego de niños. Esta forma de trabajar, de encadenar *ballets* más deprisa, incluso ensayarlos en paralelo, no es a la que estoy acostumbrada, pero sí es muy estimulante y me obliga a ser más versátil. A convertirme en una mejor bailarina.

—De hecho, Joaquín debería estar ya aquí —murmura Jill.

Me tenso un poco. La situación sigue sin estar clara con él. Sabe que lo vi con Jill. Lo evito. Fin de la historia en lo que a mí respecta.

Sin embargo, queriendo hacer gala de la misma indiferencia que Jill, me lanzo:

—¿Y... todo va bien entre vosotros?

—¿Entre nosotros? Sí, ¿por qué? —pregunta, intrigada.

—Mejor —digo con total sinceridad.

Jill me observa antes de caer en la cuenta. Entonces grita:

—¡Ah, no, nosotros no estamos juntos, Diane! ¡Qué idea!

Se echa a reír como si acabara de anunciarle que la compañía ha decidido dedicarse en exclusiva al hulahula. Sorprendida por su reacción, esboza una sonrisa, confusa. ¡Desde luego parecían estar bastante juntos cuando, hablemos claro, se la estaba tirando sobre el tocador! O quizá...

—Puede que lo haya entendido mal —empiezo a decir mientras recojo mis cosas.

—¿Y qué te ha llevado a pensar eso?

—Creía que vosotros... Bueno... Os sorpren...

Me tapo la boca con la mano, consciente de que acabo de soltar un secreto que quizá Joaquín no había considerado compartir con ella. Abre los ojos como platos y se echa a reír, lo que la obliga a sentarse en la silla que había traído para Ethan. Muerta de la risa, Jill exclama:

—¡Oh, Diane, lo siento! ¡Sé que no debería reírme! ¡Pero eres tan mona!

—Eh... Gracias.

De verdad, no sé cómo tomármelo. Ser mona es mejor que ser una mirona, vale, pero me siento un poco, no menospreciada, pero sí como si me trataran como a una niña. Como una ingenua naif por lo menos. Jill respira, con una mano en el pecho, antes de lanzarme una mirada desde abajo:

—Joaquín y yo nos acostamos, sí, de forma irregular —precisa.

¡Buum! Tengo la confirmación ante mí de ese *dating* que Guillaume y Al intentaban explicarme hace un poco menos de tres semanas. Así que podemos hacer llegar al orgasmo a alguien a las nueve menos diez antes de ir a cenar con otra persona a las nueve y media. Y luego provocar otro orgasmo a las once y media. Dejo algo de tiempo para el postre. Me parece perfecto para quienes quieran y puedan hacerlo así, pero a mí me deja atónita. ¿Quién tiene semejante energía emocional? ¿Y física? ¿Pero es que la gente no trabaja o qué? Y, lo que es más importante, ¿entre bailarines cuya herramienta de trabajo es su cuerpo? Está claro que acabo de aterrizar en la cuarta dimensión. Intento quitarme la idea de la cabeza y batirme en retirada:

—No, no tienes que explicarme nada. Soy yo la que está... Bueno...

—Pero no hay lugar para la confusión. Los dos salimos beneficiados. Yo

dejo de pensar y él da rienda suelta a su debilidad por los casos desesperados.

Su tono, ahora más serio, me frena. «Los casos desesperados». Jill es cualquier cosa menos un caso desesperado en lo que a mí respecta. Sin embargo, según palabras de Joaquín, ha estado enferma. Quizá sea a eso a lo que se refiere.

—¿Pero sigues enferma?

La mirada de Jill se vuelve más lejana antes de que me responda, escogiendo las palabras:

—No, yo... estoy mejor. Sí. Mucho mejor.

Siento que no quiere hablar más del tema, así que, aliviada, me dispongo a irme:

—Vale, me voy —digo justo en el momento en el que Joaquín entra en el aula.

—Jill, siento el retra... Ah, hola, Diane.

Me observa con aire burlón, como si él hubiera orquestado mi presencia aquí y no puedo evitar enfadarme un poco ante semejante demostración inútil de macho alfa. Sus ojos azules me evalúan bajo sus cejas espesas. Su boca entreabierta deja ver una fila de dientes blancos que solo hacen que enfatizar esa primera impresión de predador que tanto le gusta interpretar.

—¿Qué hacen mis dos bailarinas favoritas aquí? ¿Intercambiáis trucos para seducirme?

Se acerca de forma descuidada a Jill sin dejar de mirarme.

—Deja de molestarla. ¿Es que no tienes nada mejor que hacer?

—¿Algo mejor que molestar a Diane? No sé, podría molestarte a ti.

Se produce un intercambio mudo entre Joaquín y Jill, que acaba esbozando una media sonrisa antes de agitar la cabeza como enternecida por sus muecas de niño mi...

Me vienen a la cabeza las palabras de Alexei. Joaquín es un seductor que se divierte. Le gustan las mujeres, la novedad, como a un niño los juguetes. Pero como cualquier niño que tiene todos los juguetes que desea, incluso a veces antes de que surja ese deseo, ha terminado por cansarse. ¿Será por eso

por lo que le gustan los casos desesperados? ¿Para poner algo de picante en su vida?

—Por favor, Joaquín.

—Como desee, mi señora —exclama, mientras se arrodilla ante ella para luego rodear su cintura con sus brazos y colocar la cara sobre sus muslos en actitud de súplica.

Jill sacude la cabeza y le pellizca la mejilla. La complicidad de la que soy testigo entre los dos bailarines deja entrever una amistad que yo no había percibido hasta entonces. Hasta tal punto que dejo escapar, con el tono de alguien que acaba de tener una revelación divina:

—Sois... amigos.

—¿Amigos? Bueno, soy su paño de lágrimas, sí —se queja Joaquín mientras Jill sigue torturándolo.

Sin cambiar de postura, Joaquín me mira.

—¿No existe ninguna posibilidad de que te unas al club?

—¡Joaquín! —exclama Jill al mismo tiempo que yo.

Se pone de pie de prisa para que no lo pueda atrapar y levanta los brazos en señal de rendición.

—Hablaba de amistad, Jill. Tienes una mente muy sucia.

Vuelve a levantar la mirada al cielo.

—No creo que Diane quiera ese tipo de amistad contigo. En mi opinión, ya la ha encontrado en otra parte —dice, acompañando esa frase con un guiño en mi dirección.

—Oh, pues es una pena, pero no soy nada celoso. Cuantos más seamos, me...

Las puntas que Jill lanza alcanzan a Joaquín en todo el estómago. Finge derrumbarse en un grito mudo exagerado de dolor.

—Vale, ya sé que he ido demasiado lejos. ¡Que no es que no! Pero... si cambiáis de opinión...

Ya ni lo escucho. Cierro la puerta del aula mientras él se ríe con gran

satisfacción y Jill suspira, exasperada.

CAPÍTULO 21

ETHAN

¿Podrías pasarte por el despacho?

El mensaje de Al llega en el momento justo para que no le dé demasiadas vueltas a la escena que acaba de tener lugar entre Diane, Jill y yo. Pero desde luego no atenúa en nada los *flashbacks* constantes a lo que la precedió.

Aparte de ir para las entrevistas en calidad de periodista, jamás había asistido a un ensayo privado. Cuando salía con Jill, trabajaba siete días a la semana con Al en *Show me*. Imposible liberarme para semejante ejercicio. Está claro que si hubiera sabido que la guinda del pastel de ese ensayo iba a ser desnudar a la bailarina, seguramente habría encontrado la motivación necesaria. O no. ¿Qué otra persona, aparte de Diane, habría conseguido que bailara?

Espero que las palabras de Jill, sorprendentes por su amargura repentina, «Cualquiera diría que tienes debilidad por las bailarinas», no hayan causado demasiados destrozos. Maldita sea. Voy a tener que hacer un esfuerzo por ser más transparente si quiero demostrar a Diane que voy en serio con ella. Después de lo que acaba de pasar, imagino que dejará de mentirse en cuanto a nuestra supuesta amistad.

Cuando llego al edificio en el que se encuentra nuestra empresa, ya con la erección algo más calmada y la mente en funcionamiento, entro en el despacho que Al y yo compartimos.

—Creía que descansabas hoy —le digo.

Echo un vistazo al teléfono y veo que son casi las cinco de la tarde. Al está delante de su ordenador, con el pelo hacia un lado, un collar de perlas sobre su cuello vuelto y una falda abullonada bajo la que ha replegado los pies. ¿Le mando una foto a Diane? No, no es el momento. Abducida por su pantalla, Al no me responde de inmediato, así que aprovecho para instalarme junto a ella.

—Tenemos una videoconferencia importante en... 3... 2... 1.

Me incorporo de inmediato y me paso la mano por el pelo. La camiseta y

la sudadera con capucha no desentonan en la industria en la que nos movemos, *tech* en todo lo relacionado, de cerca o de lejos, con Internet, pero también en el mundo del espectáculo. A pesar de todo, los juguetes de hacía un rato me han dejado más desaliñado que de costumbre. La observo, sorprendido. No es propio de ella sorprenderme así. Ella, que prefiere estar impecable hasta en el más mínimo detalle, como su *look* atestigua.

—Buenos días, señor Diamantopoulos —pregona Al con una gran sonrisa.

—Buenos días, señorita Cusack, señor Maguire.

Al no dice nada sobre el uso de «señorita», pero veo cómo aprieta el puño bajo la mesa. No presto mayor atención, atónito por la presencia de Diamantopoulos al otro lado de la pantalla. Cincuentón descendiente de una familia de armadores griegos, invirtió en la primera burbuja de Internet y luego en la segunda con un olfato innegable. Aunque no siempre acierta con sus inversiones, su tasa de éxito está muy por encima de la media y es conocido por dar ese empujoncito que marca la diferencia a varias *start-ups* que han transformado la forma de viajar y de consumir de la gente. Forma parte de los inversores con los que me reuní en Londres. Fue muy amable, pero nuestro encuentro solo suscitó en mí un leve interés.

—Muchas gracias por llamar tan pronto. Quería estar seguro de ser el primero en invertir en esta nueva ampliación. Su aplicación es prometedora. Hay que internacionalizarla de inmediato.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, señor Diamantopoulos —entona Al—. Ethan ya le hizo llegar todas nuestras cifras, así como nuestras previsiones. ¿Necesita más información?

—No, pero, como ya le he dicho, creo que deberían cubrir toda Europa a la vez. Sean ambiciosos. Yo los apoyaré, digamos, con...

La cifra que nos anuncia me deja mudo y tengo que contenerme para no asentir con la cabeza como un imbécil o lanzarme a los brazos de Al delante de nuestro inversor. Ella se pone a enumerar una letanía de cifras y contactos mientras yo, por mi parte, verifico por puro formulismo lo que se podría hacer con la suma prometida. Vuelvo un poco a la tierra cuando Al y Diamantopoulos se ponen a hablar de la puesta en marcha operativa de este proyecto.

—Habría que considerar abrir oficinas en Europa —dice nuestro inversor.

—Por supuesto, como ya le dijo Ethan, habíamos pensado en Londres, pero si estamos hablando de una apertura simultánea en las capitales culturales, quizá deberíamos reconsiderar esta primera opción —responde Al, ocultando su emoción.

—Espero que le guste Europa, señor Maguire, porque ya sea en Londres, París o Ámsterdam, va a pasar un año magnífico.

—Seguro que sí. Y gracias, una vez más, por informarnos de su decisión con tanta rapidez —cotorrea Al.

—Los negocios no esperan. Tengo muchas ganas de ver los resultados —concluye.

En cuanto la pantalla se va a negro, Al se me tira a los brazos:

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —grita como una posesa.

—¡Oh, llámame Ethan!

Después de esa conversación, me doy cuenta de que he ganado puntos. Mientras le devuelvo el abrazo, me digo que debí de estar mejor de lo que creía en Londres.

—¡Imagínatelo, Ethan, vamos a abrir oficinas directamente! Solo tenemos que decidir dónde y cuándo te vas.

¿Cuándo me voy?

Mierda.

—¿Qué pasa, Ethan? ¿No estás contento?

Al me observa, inquieta. Me rasco el mentón y mi barba de tres días me raspa los dedos. A ver cómo se lo explico. Ni siquiera yo estoy seguro exactamente de lo que acaba de pasar. Esa suma astronómica me ha quitado un peso de encima y, a la vez, me obliga a tomar una decisión que ayer ni siquiera imaginaba tener que tomar.

—Es Jill, ¿verdad? ¿La volviste a ver ayer?

Sin tiempo para pensar, frunzo el ceño y suspiro:

—No. Bueno, sí, la vi...

—¡Lo sabía! Te dije que no deberías verla —acusa Al como si Jill fuera la

fuente de todos mis males.

—Al, no tiene nada que ver. Ya no siento nada por ella. Forma parte del pasado. Y, de todas formas, ya la había visto antes.

—¿Qué? —ruge.

Ahora es la amiga superprotectora, no mi socia.

—Cálmate. Tu reacción no va a cambiar en nada lo que pasó. ¿Te das cuenta de que nuestra ruptura no explica dos años de depresión?

Al arruga los labios intentando no dejar escapar su firme opinión sobre el papel de Jill en mi coqueteo con las sustancias adictivas y el donjuanismo. Una forma educada de decir que me he pasado prácticamente dos años follando y bebiendo cuando no trabajaba.

—Al, era la primera vez que no iba todo sobre ruedas para mí. Soy un caso típico de *golden boy* que se pega el primer tortazo. Y como no me lo di hasta los veintinueve, me dejó mucho más noqueado.

—De todas formas, es una hija de... —empieza a decir con la mirada turbia.

Suelto una pequeña risita ante la reacción de Al, decidida a mantenerse firme.

—Al, no conoces todos los detalles, ¿vale? Jill no acertó en lo que respecta a la forma en la que rompimos...

—¡El día antes de la boda o casi! ¡Te has convertido en el rey de los eufemismos! —me interrumpe, resoplando, en su mejor imitación de un dragón enfurecido.

Intento no reírme, la cojo de las manos y continúo:

—Al, estoy mejor. Jill ya es pasado y ella tenía sus razones, ¿vale? Me gustaría que la respetaras y, si no puedes, me gustaría que no hablaras más del tema.

Se me queda mirando, atónita antes de hablar, con la voz palatalizada:

—Ethan, has madurado tanto.

—¡Ah, no! ¡Nada de llorar en este despacho!

Al se seca los ojos, conteniendo la risa, antes de fruncir el ceño.

—Pero si estás mejor y tu vida privada va bien, ¿por qué pareces preocupado?

—No estoy seguro de querer vivir en Europa. Ahora.

—Pero... no lo entiendo. Me habías dicho que sería un buen cambio para ti y que, aparte de nuestra amistad, no te retenía nada aquí...

Se queda con la boca abierta mientras abre los ojos como platos. Le cierro la boca con el dedo índice antes de que se ponga a gritar con un entusiasmo que incluso a mí me sorprende:

—¿Estás enamorado?!

Al verme molesto, se levanta y se pone a dar saltos, repitiendo:

—¡Estás enamorado! ¡Enamorado!

—¡Para ya! —exclamo, agitando una mano, con la esperanza de que el gesto contenga un poco ese entusiasmo aterrador del que acaba de dar muestras.

—¿No estás enamorado? —me pregunta, desconcertada antes de volver a sentarse—. ¿Entonces estás enfermo? ¿Es por eso por lo que no te quieres ir?

Inspiro profundamente antes de tranquilizarla. ¿Que si estoy enamorado? No es mi cerebro el que toma el control, sino mi corazón, cuando abro la boca:

—Sí. De Diane.

Estoy enamorado de Diane.

¿Estoy enamorado de Diane?

¡Estoy enamorado de Diane!

Siento que una gran sonrisa de bobo se apodera de mi rostro. Al ocultar un «oh» de sorpresa bajo sus manos.

Estoy enamorado de Diane y la he dejado en el aula con un simple «Ya te llamo» después de que descubriera que había estado prometido con una de sus colegas.

Estoy enamorado de Diane y soy idiota.

Estoy enamorado de Diane y tengo que hablarle de Londres, de París o de Ámsterdam antes de que se lo cuente Guillaume.

—¿Le has hablado a Sven de la posibilidad de que me vaya a vivir a Europa?

—Eh, sí... No sabía que fuese un secreto.

—¡Mierda, seguro que se lo ha dicho a Guillaume! —grito.

Al se queda muda, al comprender de inmediato dónde está el problema. Mi pequeña científica, siempre capaz de establecer conexiones entre los problemas más deprisa que la media. Pero esta vez soy yo quien tendrá que solucionarlos.

—Ah, mierda. ¿Lo sabe ella?

—¿Qué? ¿Que la quiero? ¿O que me voy a Londres?

—Alguna de las dos. Las dos.

—No, pero hoy Jill le ha contado que estuvimos prometidos. Y este Halloween, gracias a ti, que no era realmente periodista. ¿Te parece poco?

—Ah.

Me pongo el abrigo y compruebo que llevo todo. Cojo el teléfono y envío un mensaje a Diane. Cuando, pasados unos minutos, no me responde, pruebo con Guillaume.

«¿Sabes dónde está Diane? ¿Ensayando?»

Su respuesta llega al instante.

«Imagino. Me ha dicho que volvería como a las siete. Le estoy preparando una cena romántica. ¿Por qué?»

Opto por no responder. ¡No es el momento de tocarme las narices! Me meto el móvil en el bolsillo. Cuando estoy a punto de irme, me giro y le digo a Al:

—Ya hablaremos de Europa... Tengo que...

—No te preocupes. Ya encontraremos la forma —me responde antes de guiñarme un ojo.

Estoy en un atasco camino de las instalaciones de la compañía. Diane no

me coge el teléfono y acabo directamente en el buzón de voz cuando intento llamarla. O bien no quiere hablar conmigo por lo de Jill —pero el beso que nos hemos dado me impide creer en esta opción— o bien acaba de averiguar lo de Londres y no quiere saber nada de mí, lo que ya sí me parece más factible, o bien se ha quedado sin batería. Rezo por que la tercera sea la opción buena.

Tras veinte minutos de espera, mi taxi no ha avanzado ni un centímetro. Pago la carrera y me lanzo a la acera. ¡Voy a llegar tarde!

Llego al edificio, sin aliento. Son las seis y veinte. Si llego tarde, será por un segundo. Estoy a punto de entrar cuando se abre la puerta y aparece un hombre de unos treinta años, gorro hasta las orejas, que se abrocha el abrigo.

—Perdón —exclamo, intentando abrirme paso.

—Ethan, cuánto tiempo —me lanza el hombre en cuestión, con cierto acento castellano en cada una de sus palabras.

Joaquín Jouanteguy. Aunque Jill y yo jamás llegamos a confundir realmente nuestros círculos, sé que ellos dos se conocían desde hacía más de diez años, cuando Jill todavía formaba parte del cuerpo de baile y Joaquín acababa de llegar del Royal Ballet como nuevo bailarín principal. Derrocha el mismo carisma en el escenario que en la ciudad, solo que en este contexto se sostiene con una arrogancia que roza la agresividad.

No lo aguanto. Y estoy seguro de que algunos de los problemas de Jill tienen que ver con esa relación que mantienen. En su momento, me aseguró que su relación era meramente de amistad y se reía de las miradas burlonas que me lanzaba el bailarín, digamos por el mero placer de sacarme de quicio.

—Se ha ido —me dice.

Me sobresalto. ¿Cómo sabe él a quién he venido a ver?

—¿Diane? —balbuceo.

Con las cejas arqueadas por la sorpresa, chasquea la lengua.

—Vaya... Las quieres a todas.

—¿Sigue todavía dentro?

—No lo sé. Creo que se ha ido después de nuestra conversación.

La manera en la que dice la palabra «conversación» me pone hecho una furia. A pesar del frío que nos rodea, siento que la cólera se apodera de mí, alimentada por mi angustia ante la idea de haber llegado tarde.

—¿Podrías ser más claro?

Baja un peldaño para ponerse a mi misma altura y me mira con desprecio, con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Desde luego, este mundo es muy pequeño. ¿Ahora te acuestas con mi Julieta?

Guardo silencio e intento pasar, pero me retiene.

—Espera, Ethan. Podríamos hablar un poco, ¿no? No te culpo. Ella es... exquisita. Y mucho menos complicada que Jill. Imagino que estarás más tranquilo.

—Eres un auténtico imbécil —mascullo.

Pero, con los ojos llenos de ira, Joaquín no parece querer parar. Por las pocas veces que nos habíamos visto, tenía claro que era un seductor, sí, pero no sabía que fuera un camorrista. Me había equivocado.

—Todos los tontos tienen suerte, ¿no? ¿Es por eso por lo que siempre te sales con la tuya? O puede que sea yo el que se sale con la suya. Después de todo, fui yo quien acabó consolando a Jill cuando rompisteis y seré yo quien consuele a Diane sin problemas cuando deje de ser la perfecta bailarina con la que pasearse del brazo.

—¿¿Consolar a Jill?! ¿¿Estás de coña?! Si fuiste tú el que...

Sacudo la cabeza intentando calmar la cólera que se apodera de mí. Voy a partirle la cara. Voy a partirle la cara y luego voy a buscar a Diane. ¿Por qué se mete?

—¿Cuando he sido yo el que qué? —me espeta, acercándose peligrosamente a mí.

—Lo pasado, pasado está. Me voy.

—Venga, sí, sal corriendo. Cuando Diane necesite a un hombre, ya sabrá dónde encontrarme. Yo sí estaré ahí. ¿Y tú? ¿Dónde estarás? ¿Escondido detrás de tu pantalla?

Le estampo el puño en la mandíbula y me siento tan bien como esperaba. Joaquín se tambalea, pero se recompone de inmediato y me agarra por la cintura. Caemos en el asfalto con tal fuerza que no puedo respirar durante un segundo. Cuando me disponía a darle un rodillazo en sus partes, se incorpora sobre mí y consigue golpearme en la sien. Veo estrellitas con el ojo izquierdo, pero no lo suficiente como para perder el control. Tras intercambiar unos cuantos golpes, terminamos en una vorágine de la que sale todo tipo de palabrotas hasta que una voz nos interpela.

—¡Parad! ¡Parad los dos!

Es Jill, llena de cólera, que surge por encima de nosotros. Coge a Joaquín del cuello y se lo lleva con ella. Inmediatamente, deja de pelearse y eleva las manos al cielo.

—¡Vale, Jill! ¡Vale ya! ¡Suéltame! —exclama antes de escupir en la acera.

Experimento un placer mezquino al ver cómo la sangre tinte el pavimento y me levanto al mismo tiempo que él. Me duelen un poco las costillas derechas, pero aparte del ojo que me punza, no he salido demasiado mal parado. Joaquín, que no ha podido beneficiarse del efecto sorpresa, tiene toda una parte de la mandíbula descolorida y se la toca con precaución.

—¿Pero qué os pasa? —exclama Jill, con el ceño fruncido y rayos saliéndole de los ojos.

Pocas veces la había visto así y, a juzgar por su expresión de asombro, Joaquín tampoco.

—Solo quería ver a Diane —mascullo.

—Se fue hace media hora —me suelta Jill, exasperada.

—¿Y no podrías haberme dicho eso? —pregunto a Joaquín.

—No habría sido igual de divertido —afirma con la boca pequeña y la mandíbula visiblemente dolorida.

—Ethan, ya tienes tu respuesta. Joaquín, ahora me vas a explicar por qué te peleas a una semana del estreno. ¿Acaso crees que vas a poder subirte al escenario sin dientes y con un solo ojo?

Lo miro más de cerca y, efectivamente, parece que se le está hinchando el ojo izquierdo. Está claro que le he dado bien. La satisfacción que me produjo

en su momento ahora deja paso a una leve vergüenza, pero no la suficiente como para impedirme lanzarle una mirada burlona que Jill percibe y hace que, a su vez, me lance una mirada de exasperación.

—Ven conmigo —murmura Jill a Joaquín, haciéndole señas para que entre en el edificio para curarlo.

—Este tío es un cabrón —no puedo evitar decir.

Jill se detiene y eleva la mirada al cielo antes de responder:

—Los dos sois unos imbéciles. En vez de pelearos para defender el honor de vete tú a saber quién, ocupaos de vuestros asuntos.

—Pero... —empieza Joaquín.

—¡Nada de «peros»! ¡Cierra la boca! ¡Eres el peor de todos! Si quieres hacerte daño, vete a dar una vuelta al parque en calzoncillos bajo la nieve. ¡Eso te calmará!

¿Y yo? Yo me quedo solo en la acera, esbozando un gesto de dolor cuando el frío de noviembre fustiga mi cara magullada.

CAPÍTULO 22

DIANE

Ethan me había dicho que me iba a llamar, pero al salir del vestuario, me doy cuenta de que me he quedado sin batería. Después de lo que ha pasado entre nosotros y la revelación de su relación, una relación pasada, con Jill, estoy deseando escuchar su voz. Quiero decirle que ya no quiero ser su amiga y que él me diga lo mismo. El beso que me ha dado al salir parece indicar que los dos estamos en la misma longitud de onda, pero si algo tengo claro es que Ethan es una caja de sorpresas. Pasa del amante ardiente al amigo que te hace reír con mensajes de texto como si nada. ¿Qué voy a descubrir la próxima vez? ¿Que tiene un montón de hijos secretos en Connecticut? Esta posibilidad absurda impide que me centre en lo molesto que parecía cuando Jill entró en el aula. ¿Molesto o desconcertado? Espero que sea la primera opción.

Salgo del metro y me vuelvo a tapar la cara con la bufanda durante el corto recorrido que me separa del apartamento. Las temperaturas, ya bajas en el mes de noviembre, han caído esta semana y siento que los dedos se me agarrotan durante los minutos necesarios para llegar al calor del vestíbulo. Guillaume y yo tenemos previsto cenar juntos los dos y esta reconfortante perspectiva me hace subir las escaleras de cuatro en cuatro. Abro la puerta, deseando deshacerme tanto de todas las capas que me había puesto esa mañana, como de los secretos de los que me acababa de enterar.

—Guillaume, no te lo vas a creer... —exclamo antes de detenerme en seco.

—¿Pero qué clase de ropa es esa?

Natalia Mychkine, mi madre, está ahí, de pie, bajo el marco de la puerta de la cocina. Bajo la luz directa de la entrada, la composición resulta sobrecogedora. Apostaría mi cuello a que ha escogido esa posición precisamente por eso. Su pelo negro, peinado de forma impecable, acaricia sus clavículas. Su maquillaje, aplicado por una mano experta, contribuye a la ilusión de juventud que realza los rasgos de su rostro, sus pómulos altos y esos grandes ojos que he heredado. Allí, erguida, acaricia con sus dedos de perfectas uñas rojas el borde de la copa que sostiene con la otra mano. Un

vestido cruzado de seda color marfil y un par de zapatos de tacón tan vertiginosos como caros completan esa imagen de diva sofisticada que tanto le gusta proyectar.

Bien es cierto que, al lado de ella, con mi grueso abrigo amorfo y mi bufanda de punto tejida a mano —otro regalo de la madre de Guillaume—, quedo mal parada. Además, me he cambiado a toda velocidad en el vestuario y me he puesto una camiseta deportiva encima del maillot para mantener el calor, un jersey grueso, unos pantalones y un par de botines que tienen poco de elegantes.

A su izquierda, Diane en el papel del muñeco de Michelin. A su derecha, su madre en el papel de la Mona Lisa.

—¿Mamá?

—Hasta que no se demuestre lo contrario —contesta, antes de beber un sorbo de su cóctel.

Guillaume aparece en ese momento. Seguramente se había escondido en su dormitorio para evitar a mi madre. No lo culpo. Se encoge de hombros y esboza una sonrisa de disculpa. Natalia, siguiendo el movimiento de mis ojos, se gira y eleva el mentón en dirección a Guillaume.

—Guillaume, ¿me preparas otro *gin-tonic*? Este es demasiado ligero.

Vale... Ya empezamos...

Asiente con la cabeza educadamente y se dirige a la cocina.

—¿Qué haces aquí?

El tono de mi pregunta, entre sorpresa y acusación, desconcierta a mi madre, que arquea una ceja perfectamente depilada sin abandonar su expresión impassible.

—He venido a pasar unos días a Nueva York y me he dicho que no nos hemos visto demasiado últimamente.

¿Últimamente? ¡Hace más de un año en realidad! No es que cuente los días. Después de dejar la Ópera de París a los cuarenta y dos años, la edad de jubilación oficial de la compañía, empezó una serie de giras internacionales para interpretar sus mejores papeles en compañías extranjeras. Tokio, San Francisco, Viena. Incluso volvió a Moscú y San Petersburgo para una gira

triumfal que celebraba la vuelta de la hija pródiga al redil. Con cuarenta y siete años, sus momentos de gloria ya han pasado, pero, como Sylvie Guillem, parece desafiar la edad. ¿Durante cuánto tiempo?

Guillaume le entrega un nuevo *gin-tonic*. Ella le da las gracias con la sonrisa que reserva para las portadas de las revistas y las entrevistas en la televisión. Con la boca entreabierta, el brillo de sus dientes destaca entre el pintalabios que siempre lleva, tanto en la ciudad como sobre el escenario, con la cabeza levemente inclinada, como si estuviera a punto de contarte un secreto. Incluso Guillaume, a pesar de haberle contado todas sus artimañas, no es insensible a las mismas. No me lo puedo creer cuando le oigo decir, embobado:

—¿Se queda a cenar, Natalia? Ya había empezado a cocinar para Diane y para mí...

—Lláname Natacha. Nada de formalismos entre nosotros. Y, por supuesto, me quedo con gusto. Al menos alguien aquí está contento de verme —añade, lanzándome una mirada de decepción.

¡Pero qué gran actriz! ¡Y va el otro y le propone que se quede a cenar! ¡Judas! No pienso cocinar para ella. Aprovecho la propuesta de Guillaume para salir de la habitación y meterme en la ducha. Al pasar por mi dormitorio, pongo mi móvil a cargar, pero no se enciende de inmediato. La ventaja de tener que enfrentarme a mi madre es que así no me como la cabeza con Ethan, porque necesitaré todas mis facultades mentales para parar los ataques maternos. Decididamente, la noche va mejorando por minutos.

Aunque conozca a mi madre y sepa que no hay nada que le vaya a satisfacer, tengo el reflejo ya muy fijado de hacer un esfuerzo indumentario. Me olvido de los *leggings* y el jersey de lana que me habría puesto normalmente y me pongo un vestido ajustado negro que se ensancha a la altura de las rodillas y unas medias negras. Me recojo el pelo en un moño alto y, en un arrebato de rebelión tardía, decido no maquillarme.

¿Eso es para ti una rebelión? ¿No ponerte rímel?

Cada grano de arena cuenta, no paro de repetirme mientras vuelvo al salón. Descubro que Guillaume ha puesto la mesa y colocado platos pequeños sobre los grandes. Cualquiera diría que ha venido la Reina de Inglaterra. Tengo que acallar un gruñido de dolor ante la idea de lo que me espera. Una

cena con Natalia cuando está de buen humor ya es un *one-woman-show* difícil de aguantar, pero, si además no lo está, puede degenerar de prisa en Inquisición. Me pongo recta y voy a sentarme. Natalia preside la mesa, mientras Guillaume y yo nos sentamos el uno frente al otro. En el arsenal de hombre completo tras el que se esconde Guillaume, se oculta un gran talento para la cocina. Esta noche, nos propone un plato de lasaña vegetariana con ensalada. El plato que tenía previsto para nuestra cena a solas. De postre, ha preparado peras poché con galleta de mantequilla. Después de mi tarde de ensayo, besos y revelaciones, me muero de hambre, así que le aplaudo cuando nos detalla el menú. No voy a dejar que la presencia de mi madre nos estropee la cena. Guillaume me agasaja con una reverencia exagerada. Cuando lo sigo con la mirada, camino de la cocina, me topo con la de mi madre, que me estudia metódicamente.

—¿Coméis así todas las noches? —pregunta, con aire inocente.

—Mamá...

—Es solo una pregunta —se defiende sin por ello parecer arrepentida.

El regreso de Guillaume pone fin a la discusión. Empezamos a hablar de cosas neutras, la gira de mi madre, la ropa de mi madre, la vida de mi madre. Mi madre, mi madre, mi madre. Esta noche toca *one-woman-show*. Mejor. Podría parecer aburrido, pero siempre es mejor aburrirse escuchándola hablar de su fabulosa vida que sufrir la ira de su segundo tema favorito: mi persona.

Guillaume me hace señas de que va a servirme vino. Casi tiro la copa cuando, en el momento en el que estiro el brazo, escucho a mi madre suspirar:

—Desde luego, no sé de dónde vienen esos pechos.

—¡Mamá! —grito mientras Guillaume se queda inmóvil.

Con los ojos fijos en mi busto, su expresión de lástima se transforma en sorpresa cuando observa nuestra reacción.

—¿Qué? ¿Es que no puedo hablar de tus pechos en la mesa? Solo me lo preguntaba, porque desde luego no es algo que hayas heredado de mí —añade, mientras alisa la seda de su vestido bajo el que su pecho no es más que un esbozo.

—¡Ni en la mesa ni en ningún otro sitio! ¿No te bastó con la escuela de danza?

—¿En la escuela de...? ¡Oh!

Coloca su dedo índice en el centro de su boca antes de echarse a reír y continuar:

—¿Pero todavía me odias por eso? ¡Fue hace mil años! Ya nadie se acuerda.

Guardo silencio y siento que me empieza a hervir la sangre. Ahora que las compuertas están abiertas, sé que Natalia solo está calentando. Lo peor está por llegar. Mis pechos, mi peso. Esos son los temas básicos. Seguro que puede hacerlo mejor.

—Tienes los brazos menos tonificados, ¿no? —comenta, con aire inquieto.

¡Buuuum!

—Mis brazos están bien, gracias.

Sujeto el tenedor con fuerza bajo la atenta mirada de Guillaume, que no sabe si echarse a reír o defenderme. Niego con la cabeza. Es mi batalla. Y por muy desagradable que sea, estoy tan acostumbrada que podría interpretar el papel de mi madre sin problemas.

—Ten cuidado, no vayas a engordar, que perderías la elegancia. No es algo innato en ti. Tienes que entrenar más. Solo el esfuerzo diario marca la diferencia cuando tu talento es insuficiente.

Double uppercut. *¡No está mal!*

—Si tú lo dices...

—La lasaña está deliciosa, Guillaume. No te lo tomes a mal, pero también hay que pensar en los compañeros de Diane. No querrás que los pobres acaben con lumbago, ¿verdad?

Si no fuera yo el objetivo de mi madre, me reiría de la situación. Su francés, aunque perfecto, tiene una cadencia eslava, similar a la de Alexei, que puede dar la impresión de que declama en vez de hablar. Guillaume, valiente, sale en mi defensa.

—No creo que los compañeros de Diane se quejen. Ha sido aclamada en *Romeo y Julieta*. ¿Ha leído las críticas?

Me aguanto la risa. Natalia jamás ha dominado el inglés y eso es algo que

la acompleja extrañamente. Se niega a hablar en ese idioma y prefiere que la subtitulen en las entrevistas por miedo a perder su exquisitez. Ignorando por completo el comentario de Guillaume, añade:

—Guillaume, es que tú no eres realmente consciente. En la época en que tú tenías que levantar a Diane, estaba delgada y tú todavía no eras un lisiado.

¡Oh, Dios mío!

¡Oh, Dios mío! ¡Se ha atrevido!

Me quedo con la boca abierta. El accidente de Guillaume, sin llegar a ser un tabú, no es algo que se comente como si tal cosa entre el queso y el postre. Sobre todo, porque yo jamás le he hablado del tema y Guillaume, menos todavía. Estoy estupefacta y Guillaume, paralizado. Al ver nuestra reacción, Natalia, con la mano sobre la de Guillaume en un gesto de consuelo, añade:

—No lo sientas, Guillame, heredaste algo de tus padres, pero no tenías madera de gran bailarín. Mejor pronto que tarde, ¿no crees? De esta forma, puedes... hacer lo que haces —apostilla, acompañando sus palabras con un gesto gracioso de muñeca.

¿Qué clase de lógica horrible puede haberla llevado a decir semejante cosa? ¿Y qué nivel de egocentrismo tienes que alcanzar para que un comentario como ese te parezca aceptable? Inquieta, miro a Guillaume con la esperanza de que no se sienta dolido por la cadena de horrores de la que acaba de ser víctima, pero me lo encuentro intentando ocultar una risa nerviosa en su servilleta. A pesar de todo, le lanzo una mirada asesina a mi madre. Antes de que abra la boca para bombardearla con una serie de insultos bien merecidos, Guillaume interviene, decidido a mantener la paz esa noche:

—No se equivoca. Jamás habría llegado a ser un gran bailarín.

—¡Ah! ¿Lo ves, Diane? A tu amigo no le ofende la verdad. A él no le importa enfrentarse a las cosas.

—¿Y tú crees que debería abandonar debido a mis problemas de peso?

—¿Qué? Ridículo. Eres mi hija. Incluso con tan solo una onza de mi talento natural, estás muy por encima de esos sapos a los que llaman estrellas, pero si te esforzaras un poco más...

Parece sinceramente asombrada y, a juzgar por su sonrisa indulgente,

seguro que cree que me ha hecho un cumplido. Guillaume, que percibe que el tema es sensible, intenta distraer la atención:

—¿Y dónde tiene pensado quedarse estos días?

Trago. Solo queda que nos anuncie que nos va a honrar con su presencia para transformar esta cena en una auténtica pesadilla. Natalia se toma un tiempo para beber un sorbo de vino. Se limpia la comisura de los labios con la servilleta y responde:

—En el Plaza, por supuesto. No sé cómo lo hacen los neoyorquinos para vivir en semejantes nidos de ratas.

Acompaña su observación con una mirada contemplativa que recorre todo el salón. No parece sentir asco, sino más bien cierta forma de incompreensión en cuanto al espacio que la rodea. Cualquiera diría que es un extraterrestre que acaba de llegar a la Tierra para estudiar nuestra forma de vida, pero que tiene claro que la misma es muy inferior. Eso explicaría muchas cosas. Para empezar, su total falta de inhibición a la hora de recordarnos hasta qué punto nuestra vida es mediocre.

—¿Ha venido acompañada? —continúa Guillaume, que no se ha dejado desconcertar por la pulla.

Bien es cierto que después del golpe del lisiado, hacer reflexiones despectivas sobre dónde vives es casi agradable. El leve estupor del principio de la noche se ha convertido en una fascinación propia de un entomólogo ante un nuevo tipo de insecto. Especialmente depravado.

—Sí, Pietro tenía asuntos que tratar.

¿Pietro? Debe de ser el ligue de turno... Y quien seguramente pague el hotel. Rara vez un bailarín se hace millonario, a menos que se case con uno.

—¿Vendrá a ver bailar a Diane la semana que viene?

—¡Guillaume, todavía no es seguro!

Alexei todavía no nos ha dicho quién interpretará el papel principal. Lo anunciará el lunes y cuento las horas. Pero, mientras tanto, Guillaume ya lo da por hecho y yo no puedo evitar sonrojarme. Natalia me observa con lo que parece interés, pero, conociéndola, estará chupándose los dedos antes de darme el golpe de gracia.

—Alexei Rostov ha creado una obra para la compañía y Diane forma parte del grupo de bailarinas seleccionadas para el papel principal.

—Ah, Alexei... —suspira.

No parece demasiado interesada, así que me apresuro a buscar otro tema cuando dice:

—¿Es una adaptación de su proyecto de *Peer Gynt*? Ya estaba obsesionado en Rusia. Por eso y por mí. Él y... los demás.

—Es cierto que se conocen desde hace mucho —suelta Guillaume.

—Sí, algunos años —dice, intentando evitar el tema.

—Pero ya bailabais en aquella época —continúa Guillaume, decidido a sacar a mi madre de su zona de confort.

Mala táctica. Lo observa un segundo antes de girar la cara hacia mí, como si él no existiera. Aprieto los dientes y me pregunto qué se le ocurrirá responderle, pero se limita a ignorar ese último comentario y a volver al tema del reparto de la obra.

—¿Entonces Alexei te ha escogido? No me sorprende. Si no puede tener a la madre...

—¡Natalia! —grita Guillaume, dejando caer sus cubiertos sobre la servilleta.

Su actitud de niño bueno se transforma de repente en una expresión de fría cólera. Yo ya estoy acostumbrada a los comentarios de mi madre. Y, sin embargo, al escucharla insinuar que mi selección se la debo exclusivamente a ella, me cuesta ocultar una mueca de duda. Parece que este año de descanso, lejos de su presencia, ha resquebrajado mi armadura. El interés que Alexei demuestra por mí, la foto que me enseñó de mi madre y él... tantos indicios que alimentan la hipótesis de que no soy más que un sucedáneo de Natalia Mychkine. Menos guapa, menos fina, menos ligera, con menos talento. Siento que me arden las mejillas de vergüenza y apenas consigo contener la avalancha de emociones que me desborda. Ya no puedo soportarlo más, así que me levanto, balbuceo una excusa y me precipito a la entrada, donde me pongo el abrigo a toda prisa.

Aire, solo necesito aire.

Cuando salgo a las escaleras, escucho a Guillaume gritar detrás de mí:
—¡Diane, vuelve!

CAPÍTULO 23

ETHAN

—¡Ay!

Rechino los dientes. Desde luego Joaquín me ha dado bien. Por suerte, el puñetazo que ha conseguido propinarme ha aterrizado en mi sien izquierda y, aunque ya se me ha empezado a amaratar el ojo, no está demasiado hinchado. Respiro profundamente antes de volver a aplicarme, con algo más de cuidado, la bolsa de guisantes congelados que he encontrado en la nevera. Excepto por el ojo morado, estoy casi presentable porque las contusiones que me he hecho en la pelea no se ven bajo la camiseta larga que acabo de ponerme. Levanto la bolsa de guisantes. ¿«Casi presentable»? Menudo optimista.

Echo un vistazo a mi móvil para comprobar que Diane todavía no ha respondido a mis múltiples llamadas y mensajes de voz. Va a pensar que estoy loco cuando los vea. Si es que no lo piensa ya y simplemente ha decidido no descolgar. Intento hablar con ella una vez más. El tono de llamada resuena en mi cuarto de baño, pero sigue sin responder. Por ahora, no para de saltarme el buzón de voz. Seguramente se ha quedado sin batería. Al menos esa es la explicación más probable, la que me permite no preocuparme. ¿Y ahora qué?

—¡Mier... ay! ¡Mierda! —grito, tirando la bolsa de guisantes al lavabo.

¿Qué hago? Intento llamar a Guillaume, pero no responde. Está claro que se han puesto de acuerdo para volverme loco. Dudo. Si voy a buscarla a su apartamento, puede que la asuste y más si no quiere saber nada de mí. Corro el riesgo de pasar una vergüenza horrible. Pero entre pasarlo mal diez minutos y no volver a ver a Diane, la decisión es fácil.

Qué se le va a hacer. Me pongo un jersey a toda prisa y luego el abrigo y salgo a la calle. Consigo un taxi casi de inmediato y, unos minutos más tarde, me deja al final de la calle Bleecker, donde viven Guillaume y Diane, la calle del bar donde nos conocimos. La subo corriendo, sintiendo que la sangre bombea en la zona del ojo, justo donde se está empezando a formar el edema. Sé que debería haberme dejado más tiempo el hielo en el hematoma, pero tengo que ver a Diane. Tengo que verla y contarle lo de Londres antes de que

alguien lo haga.

Mientras practico cómo voy a anunciarle la noticia, ando más despacio. Delante del edificio que oculta nuestro bar, en el que nos conocimos hace algunos meses, me encuentro a Diane. Está envuelta en su abrigo, pero tiritita. Me acerco de inmediato.

—¿Diane? ¿Qué haces aquí fuera? ¡Te vas a helar!

Con el rostro oculto tras el cuello de su abrigo, no responde. Ni siquiera lleva bufanda y casi suelto una palabrota cuando veo sus dedos blancos agarrados a su cuello. Un rápido examen de la situación me indica que solo lleva unas medias finas, protección insuficiente para afrontar unas temperaturas que rozan los cero grados.

—¿Diane? Te he estado llamando.

La rodeo con mis brazos y ella se deja hacer, lo que me tranquiliza un poco. A pesar de todo, sigue sin responderme. Me inclino hacia ella, permitiendo que se acurruque contra mí, contento de poder aportarle un poco de calor. Después de unos segundos, un largo escalofrío recorre su espalda y levanta un poco la cabeza, todavía evitando mi mirada.

—Me he olvidado el teléfono en el apartamento —dice entre sollozos.

Arqueo una ceja. ¿Está llorando?

—Mírame. ¿Qué pasa?

Por fin eleva la mirada antes de abrir los ojos como platos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Ethan! ¡Tu cara!

Esbozo una sonrisa antes de hacer muecas. Mal lugar.

—He tenido una discusión algo física con uno de tus colegas.

La expresión de Diane pasa de la inquietud a la duda antes de volverse más cautelosa. Lo que no cambia son las lágrimas que ruedan por sus mejillas y de las que todavía veo el rastro. Aprovechando su sorpresa, deslizo un pulgar por sus pómulos para borrar la marca. Los párpados de Diane bajan en ese momento y, cuando los levanta, dos grandes lágrimas vuelven a caer y yo las vuelvo a secar.

—No llores y, además, estás helada. ¿Quieres que vayamos al bar?

Niega con la cabeza.

—A tu casa, quiero ir a tu casa.

Encantado de obedecer, la rodeo con un brazo para protegerla lo máximo posible del frío. Después de haber hecho el camino inverso de hace unos minutos, por fin llegamos a mi apartamento. Dejo a Diane un instante y vuelvo con un par de calcetines gruesos que le pido que se ponga. Se encoge de hombros, pero obedece mientras caliento agua en la cocina.

—Siéntate en el sofá, ahora te llevo un té.

Se acurruca en el sofá, doblando las rodillas. Me doy cuenta de que lleva un vestido negro, mucho más distinguido de lo que es habitual en ella. Con su moño suelto y su rostro sin maquillar, parece una jovencita de buena familia. Tras unos minutos en la cocina, vuelvo con un té y se lo doy. Sonríe y yo acepto el silencio. Me siento frente a ella y vuelvo al punto donde lo dejamos.

—¿Quién te ha hecho llorar? Puedo ir a partirle la cara, que tengo que equilibrar mi *look* —le digo en un intento de hacerla sonreír.

Sopla un poco su té y bebe un sorbo antes de mirarme.

—Mi madre está en Nueva York.

Guardo silencio. Todo en su postura me dice que necesita desahogarse, soltar lastre. Emite un largo suspiro.

—Natalia y yo... no tenemos la mejor relación del mundo, precisamente. Y aunque lo sé y soy consciente de que no debería esperar nada, siempre tengo la... puf...

—¿Esperanza?

Una breve sonrisa irónica se esboza en sus labios.

—Sí, la esperanza de que sea normal o de que no lo sea, pero que al menos se calmen las cosas entre nosotras. Y calmar tampoco es que sea la palabra. Que no discutamos. Aparece cada seis meses o una vez al año como mucho solo para criticarme. Escucho, asiento con la cabeza y luego me voy a llorar a una esquina —concluye, con un sollozo en la garganta.

Sin saber qué hacer, cojo su taza, la dejo en la mesa y la abrazo. Coloca su rostro en la curva de mi cuello y la dejo llorar hasta que vuelve a soltar un

largo suspiro.

—Ya estoy bien, gracias —murmura, pero yo no la suelto.

—Yo estoy bien así, ¿tú no?

Siento que ahoga la risa en mi cuello y se relaja, rodeando mis hombros con sus brazos y abrazándome con fuerza.

—Sí.

—Pero eso no es todo, ¿no?

—No, después de decirme que estoy gorda...

—¿Qué?! ¿Gorda? —grito.

Mi cólera parece aligerar un poco la tristeza de Diane porque percibo su sonrisa cuando la curva de su mejilla cambia contra mi cuello.

—Es cierto que, comparado con ella, soy más voluptuosa. Tengo pecho —murmura.

Indignado, la aparto de mí para poder acompañar mis palabras con todo el énfasis del que soy capaz.

—Diane, tus pechos son la prueba de la existencia de Dios —grito sin quitarles los ojos de encima descaradamente.

—Ethan —comienza, pero no la dejo terminar.

—Sé que soy un cromañón, pero es que a veces su belleza no me deja pensar. De hecho, el milagro es que todavía pueda pensar cuando sé que...

—Sí, vale, pero es de danza de lo que estamos hablando aquí —me interrumpe.

La miro con desagrado.

—¿Crees que eso hace que seas peor bailarina?

Ella duda, incómoda, y apostaría mi mano a que las palabras que acaba de pronunciar son poco más o menos las mismas que ha utilizado su madre. Que sigue utilizando.

—No es lo ideal para el equilibrio, no es elegante...

Antes de que vaya más lejos, me inclino hacia ella y la beso. Durante

mucho tiempo. Hasta que nuestras lenguas se fusionan y los dos nos quedamos sin aliento. Cuando la suelto, Diane está desconcertada y tiene la mirada perdida. Arquea una ceja.

—No puedo dejarte decir tonterías. Y no sabía cómo pararte. ¡Diane, eres diferente a tu madre y eso es precisamente lo interesante!

Aparta la mirada y se encoge de hombros, visiblemente poco convencida por mi pequeño discurso.

—¿Qué más ha dicho?

—Ha hablado de Alexei.

Me quedo inmóvil. ¿Acaso mis sospechas serán fundadas? Diane continúa y todo en su actitud refleja su abatimiento. Sus hombros están encorvados, la mirada gacha e incluso su boca presenta un pliegue amargo que rara vez le había visto.

—Parece ser que lleva dándole vueltas a esa obra desde hace años y que, al no poder tener a mi madre...

—¿Te ha dicho eso?

Asiente con la cabeza sin decir nada.

—Mírame, Diane. Tengo unas cuantas cosas que decirte.

—¿Qué? —me responde con tono hastiado sin dejar de mirarme.

—Alexei Rostov lleva años concibiendo su obra, pero es justamente ahora cuando la monta. Contigo. Jamás ha trabajado con tu madre, ¿lo sabes?

—Sí, pero...

—Pero nada, Diane, los hechos hablan por sí solos. Podría haber montado su obra hace diez años y contratar a tu madre como intérprete. Ya era suficientemente conocida en aquella época como para hacerlo si realmente hubiera querido.

—Eso es lo que tú dices, pero...

—Nada de peros, Diane. ¿No se te ha pasado por la cabeza que quizá tu madre esté celosa? Por el hecho de que te haya escogido a ti y por el hecho de que probablemente tengas una mejor relación con Alexei que la que jamás has tenido con ella.

Diane me observa, como si mi insinuación hubiera atravesado su tristeza y su decepción hasta que empieza a parpadear deprisa, como si no pudiera creerlo.

—¿Nuestra relación? Crees que...

—Las fechas encajan. No me digas que jamás lo has pensado.

—Pero ella me dijo que mi padre era un bailarín que se quedó en Rusia...

—Solo es una suposición —me apresuro a decir—, pero eso, unido a vuestros ojos...

—¿Nuestros ojos? —dice, sorprendida, antes de fruncir el ceño.

—No creo que te haya escogido por una cuestión de filiación, si es eso lo que me vas a decir. Es su carrera y siempre ha escogido a sus intérpretes con gran esmero. ¿Crees que te habría seleccionado para el papel principal sin estar seguro de que harás justicia a su visión?

—Todavía no me han escogido —empieza a decir.

—¿Quiénes podéis ser?

—Liv...

—¿Olivia Beaufort? Buena bailarina, pero mediocre. Rostov quiere una *étoile* que satisfaga a los más conservadores del *ballet* que todavía no han encajado tu gran entrada en la compañía.

Diane me observa, asombrada, antes de agitar la cabeza.

—A veces olvido que también eres crítico.

—Y totalmente objetivo. La belleza de los pechos de la criticada no ha influido para nada en mi juicio.

Finge resoplar, exasperada, antes de continuar:

—Pero quizá sea Joaquín.

—Ah... no creo. Va a necesitar unos cuantos días de reposo...

—¿A qué te refieres?

Me señalo el ojo con un dedo.

—Fui a buscarte a la compañía, pero llegué demasiado tarde.

—¿Y decidiste partirle la cara porque te aburrías? —me dice, atónita, antes de que su mirada se vuelva más fría.

Vale, no es que pensara que mis proezas me iban a granjear cumplidos, pero tampoco me esperaba esa reacción.

—Fue él quien me provocó y si Jill...

—Ah. Jill.

Paro y la observo, con los ojos entreabiertos. No está enfadada.

—¿Estás celosa?

—Para nada —contesta, cruzándose de brazos y apartando la mirada, dejándome ver tan solo su perfil.

Ha llegado el momento de ser honesto.

—He pegado a Joaquín porque insinuó que yo te dejaría tirada en cuando dejaras de ser la perfecta bailarina que era Jill en su momento. Y porque me ha recordado que vosotros os... tocasteis —termino mascullando.

Diane se mantiene distante, pero me observa con el rabillo del ojo.

—¿Qué pasó? ¿Jill y tú os separasteis cuando dejó de ser «perfecta»?

—No, pero, cuando rompió conmigo, me sentí aliviado. No porque fuera imperfecta ni algo por el estilo, sino porque yo estaba al final de su lista de prioridades. Ella tenía su carrera, sus... aficiones y, luego, yo. Era complicado.

Sé que no puedo contarle todo a Diane. No es mi secreto. Pero puedo compartir lo suficiente como para hacerle comprender que no tiene nada que temer de mi pasado cuando, en mi presente y mi futuro, solo la veo a ella.

—Pero para mí la danza también es importante. Todo pasa tan deprisa —murmura.

—Eso también me atrae de ti. Tu pasión, tu exigencia, pero es que Jill era monomaniaca. Se perdió en lo que hacía, creo, y yo también la perdí.

—¿A qué te refieres?

—Yo solo era una de las muchas personas que le pedían que hiciera un esfuerzo. Era uno más. Otro pesado que le impedía vivir para la danza. Y la

entiendo, comprendo su pasión, pero...

—¿Pero qué?

Me acerco despacio y asumo que así lo quiere cuando no se mueve. Sujeto su rostro entre mis manos y la observo unos instantes antes de responder:

—Espero verte bailar todavía muchos años, pero, cuando no bailes, ¿crees que yo también podría ser tu pasión?

La sonrisa de Diane me causa el mismo efecto que una aurora. Comienza en el fondo de sus ojos, sus iris marrones se iluminan desde el interior y las pintitas doradas que los rodean cobran vida. A continuación, un ligero temblor a la altura de su boca, que se estira lentamente, casi sin quererlo, como si intentara sin éxito guardar un secreto. Por último, sus pómulos adquieren un tono rosado. Inclino su rostro hacia mí y la beso. Su boca es suave y cálida y, cuando su lengua toca la mía, reprimo un gruñido de placer desproporcionado.

O quizá no. Por primera vez, ya no quedan o quedan pocas dudas en su beso. Ya no hay que escondérselo a nuestros amigos. Ya no tengo que convencerme de que no es más que un desvío.

Mientras estoy componiendo una oda a la belleza de Diane y a los muchos años que vamos a vivir juntos, se gira y apoya sus manos sobre mí.

—¡Ay!

Sin querer, ha deslizado una mano a mi costado, esa sobre el que cayó la mayor parte de mi peso cuando Joaquín y yo terminamos en el suelo.

—¡Pero es verdad que os pegasteis! —grita, indignada.

—No es nada, de verdad, no te preocupes.

Intento volver a besarla, pero ella retrocede, agitando el dedo índice delante de mí.

—Primero enséñame el alcance de los daños.

Empiezo a quitarme el jersey y la camiseta con las dos manos. Diane toma el control y termina de quitármelos, decidida a examinarme minuciosamente. Tengo la sensación de tener agujetas, pero, de verdad, nada grave a fin de cuentas. Nada que pudiera justificar la expresión de alarma de Diane.

—Oh, Ethan, no... —resopla, apenada, antes de inclinarse sobre mi torso

para inspeccionarme desde todas las perspectivas.

La dejo hacer, demasiado feliz al sentir sus finos dedos auscultándome con suavidad. Me obliga a girarme y recorre mis costillas. Lo hace como si estuviera leyendo un mapa. Sus manos rozan mi pecho y mis costados varias veces hasta que sus gestos se vuelven más lentos y la auscultación se transforma en caricia. Mi respiración se acelera al mismo tiempo que la suya y observo sus mejillas sonrosadas, preguntándome si estaría bien saltar sobre ella ahora mismo.

Diane, que parece no hacerse preguntas, se desliza sobre mí, colocando sus muslos a ambos lados de mi cintura. Apoyo mis manos en sus piernas y las deslizo bajo el vestido hasta sentir el corte de sus medias. Mi erección, ya en marcha, termina de alcanzar su máximo apogeo. Intento moverme discretamente en busca de algo más de comodidad.

—Ya eres mi pasión lo quiera o no, Ethan —me susurra, rodeando mi nuca con sus manos.

La beso mientras mis dedos dibujan círculos cada vez más cerrados sobre el satén de sus muslos.

—Este vestido es... diferente —empiezo a decir.

—Me lo he puesto por mi madre. En realidad, lo odio —murmura entre dos besos.

—Mejor.

Tanteando, encuentro la cremallera en la espalda y la bajo lentamente.

—Puedes ir más deprisa, ¿sabes?

La lengua de Diane me acaricia el lóbulo de la oreja antes de morderlo. Niego con la cabeza.

—No.

—¿No? —pregunta, sin aliento.

—No —repito, deslizando el vestido por sus brazos.

Al ver sus pechos envueltos en un tul negro transparente, mi determinación se tambalea, pero sé que tengo que aguantar.

—¿Por qué?

—Porque tenemos todo el tiempo del mundo y estoy decidido a tomármelo
—apostillo antes de besarla y poner así fin a su respuesta.

CAPÍTULO 24

DIANE

El beso de Ethan disuelve algo en mí, esa última reserva que me impedía entregarme por completo a él. Nuestras lenguas se mezclan y yo pierdo el control, por fin decidida a dejarme ir, a simplemente disfrutar del momento. Cuando nuestras bocas se separan, me doy cuenta de que ha enrollado las mangas de mi vestido en torno a mis muñecas, bloqueándolas en mi espalda.

—¿Qué quieres? —jadeo.

—A ti. Empezando por tus pechos —dice, con los ojos fijos en ellos.

Debido a mi posición, con las muñecas pegadas a la parte baja de mi espalda, mi pecho se proyecta hacia delante. Bajo el tejido fino de mi sujetador, mis pezones se yerguen y me arqueo aún más ante la expresión voraz de Ethan. Con su mano libre, recorre el borde del tul negro antes de agarrar mi pecho izquierdo y acariciarlo, tomándose su tiempo. Su pulgar roza la punta como un metrónomo cuyo ritmo me vuelve loca. Intento acercarme a él, mientras froto mi ropa interior contra sus vaqueros, algo que solo me aporta un alivio temporal. Niega con la cabeza mientras chasquea la lengua y tira un poco más de las mangas de mi vestido, lo que me obliga a mantener la posición.

Cuando ya creo que me va a torturar durante horas, se inclina y por fin aspira mi pecho a través del tul. Emito un largo gemido mientras se centra en el otro, hasta que las dos puntas quedan relucientes, inflamadas por la atención que acaba de prestarles. Me desabrocha el sujetador pero sin liberarme, me lo quita y mira mi pecho. Su concentración hace que me sonroje. Me observa y su mirada se dulcifica un instante antes de volver a inclinarse y besar mi escote siguiendo un recorrido aleatorio. Empiezo a impacientarme cuando me doy cuenta de que sigue con su lengua el itinerario marcado por mis lunares. Satisfecho, empieza a acariciarme con mayor firmeza; su boca no da tregua. Siento sus dientes en varias ocasiones contra mis pezones, arrancándome gritos entre sorpresa y placer. Su mano libre se desliza entre mis piernas y gruñe antes de besarme a plena boca.

Me empuja contra él y recibo con gratitud el contacto de su piel. Mis pechos se frotan contra su torso y la leve abrasión de su vello me arranca gemidos entrecortados de súplica que ni yo alcanzo a comprender. Una letanía de «más», «por favor», «no pares» y «sí» como si las palabras ya no tuvieran cabida entre nosotros. Cuando por fin Ethan me suelta las muñecas, me levanto, temblorosa.

—¿Qué te...?

Con aire inquieto, me tiende un brazo para estabilizarme, pero retrocedo con una sonrisa y saco las manos de las mangas.

—Chsss —le digo con dos dedos sobre su boca.

Sus ojos siguen mis gestos, mientras sigo desvestiéndome. Con el vestido y el sujetador ya en mis pies, deslizo un dedo bajo el elástico de mis bragas, a la altura de las caderas. Ethan, fascinado, sigue mis movimientos con la mirada y, por mi parte, me tomo un instante para admirarlo. Su pelo, despeinado, parece más claro, casi rubio, bajo la luz de su *loft*. Sus ojos azul oscuro parecen devorarme, mientras que su boca permanece abierta, muy a su pesar, con las comisuras de los labios algo elevadas de forma natural, esbozando una sonrisa perpetua. Incluso el ojo morado le queda bien, porque destaca esa belleza dorada que tanto me ha atraído desde el día que entré en aquel bar, hace ya dos meses. Cuando lo miro, su sonrisa se hace todavía más grande y sus ojos se llenan de deseo, pero también de afecto. Turbada, bajo la mirada y la dejo errar por su torso, por esos pectorales esculpidos y sus costados lisos que terminan en una *V* tentadora cuya punta se esconde bajo sus vaqueros.

Ahí está mi objetivo. Dejo que mis bragas se deslicen por mis piernas, pero cuando Ethan hace gestos de querer acercarse, niego con la cabeza. Levanto los brazos y me deshago el moño. Mi pelo cae sobre mis hombros, cubriendo en parte mis pechos. Ethan gime, pero yo me mantengo impassible, fría como el mármol, al menos en apariencia. Un mármol levemente tintado de rosa al sentir el calor que invade todo mi cuerpo. Sin quitarme las medias y después de deshacerme de los calcetines que me había dado para que entrara en calor, me arrodillo entre sus piernas y poso mi mano sobre el botón de sus vaqueros. Su erección tensa el tejido y, cuando lo desabrocho, surge, a duras penas contenida por su bóxer.

—Levanta las caderas.

Ethan obedece, con ojos ardientes, y sé que el rubor que llega hasta mis mejillas ahora ha adquirido un tono carmesí. Tiro de su pantalón y su bóxer hasta abajo, le desato los zapatos y le quito metódicamente calzado, calcetines, vaqueros y bóxer. Por fin Ethan está desnudo sobre su sofá y, a juzgar por su sonrisa burlona, parece especialmente satisfecho. Volviendo a mi posición inicial, me arrodillo entre sus muslos y empiezo a besarlos por el interior, saboreando la fina piel que contrasta con el vello rugoso que acaricia mis manos en el exterior. Siento que tiembla bajo mis labios; sus músculos y sus tendones vibran al ritmo de sus gemidos.

La primera vez que nos acostamos, Ethan marcó el paso y, en ese momento, me pareció genial. La segunda vez que intimamos, volvió a ser él quien tomó la iniciativa, con su boca entre mis muslos y, aunque desde luego me dejó sin aliento, hiervo de impaciencia desde entonces. Quiero verlo disfrutar ante mis ojos, bajo mis manos. ¿Y esta noche? En mi boca.

Cuando tomo su sexo entre mis labios, suelta una serie de exabruptos que rinden homenaje a la lengua de Shakespeare. Abro los ojos y me encuentro con los suyos fijos en mí, con una expresión casi colérica por la intensidad del momento. Con una mano, sujeto con firmeza la base de su sexo mientras ejerzo una succión continua, deslizando mi lengua en torno a su pene. Sigo observándolo de vez en cuando, alimentándome del placer que le doy. Con el ceño fruncido y la boca entreabierta, jadea y siento que sus caderas se estremecen bajo mis repetidas embestidas. Pero Ethan sigue reteniéndose, con los puños apretados sobre el sofá. Le cojo una mano y me la coloco sobre la nuca. Exhala un suspiro de placer antes de envolver su puño con mi cabello y acelerar un poco mi ritmo.

—Diane. Diane. Diane —recita.

Enardecida por su reacción, le acaricio los testículos, arrancándole un gemido todavía más fuerte. Tras unos minutos, siento que su puño se tensa en mi pelo y una voz, agravada por el deseo, susurra:

—Diane, si quieres... voy a...

Le lanzo una mirada desafiante y sigo chupando hasta que eyacula, y su expresión, ceño fruncido y dientes apretados, es un afrodisíaco tan potente como su mano entre mis muslos.

Satisfecha por mi actuación, poso mis manos sobre sus muslos y me

incorporo antes de humedecerme los labios. En ese momento, Ethan abre los ojos y termina en mi boca. Emito un grito de sorpresa cuando se pone de pie y me levanta. Me agarro a su cuello para no perder el equilibrio, mientras se agacha para pasar un brazo por debajo de mis rodillas.

—¿Qué haces? —grito.

—Este sofá no es lo suficientemente grande como para todas las cosas que te quiero hacer —masculla.

Me echo a reír ante su cabreo. No me mira y, unos segundos después, estoy tumbada en su cama, con su cuerpo cubriéndome por completo y su boca en la mía. Cuando para, me muevo un poco debajo de él, lo que le arranca un gruñido.

—Tú... Tú... —empiezo a decir.

—¿Yo qué?

—¿Te ha gustado?

Ethan se apoya en sus antebrazos, se levanta y me escruta, desconcertado antes de comprenderlo. Arquea las cejas con mirada traviesa.

—¿Qué? ¿Tu pecho?

Intercala su pregunta con una serie de besos cortos que me dejan sin aliento. Ahora me toca a mí gruñir. Intento taparme la cara con las manos, pero Ethan me lo impide. Empieza a hacerme cosquillas y me encuentro de espaldas a él, con su torso pegado a mí y su pene rozando mi sexo. Desliza una pierna entre las mías y gimo. Sin dejar de balancearse contra mí, lo que casi me hace llegar al orgasmo, me susurra al oído:

—Me ha encantado. No deberías despegar tu boca de mí. Estoy seguro de que eso contribuiría a hacer del mundo un lugar mejor. Al menos, de mi mundo.

Me río, distraída por esa mano que ahora tiene sobre mi cadera para inclinarla y facilitar su entrada. Siento que se tensa, dispuesto a buscar un preservativo, y le digo a toda prisa:

—Déjame a mí.

—Oh, Diane —gruñe, con la boca pegada a mi hombro.

Saco un cuadrado de aluminio y, tras abrirlo con precaución, me tomo mi tiempo para colocarlo en su pene, que se va endureciendo a medida que el látex va bajando. Ethan me tumba de inmediato boca abajo y me arqueo un poco al sentir su sexo contra el mío. Cuando me dispongo a dar un golpe de cadera para que me penetre, me da la vuelta y me encuentro frente a él. Me observa un instante y siento que mi confianza se debilita. Niega con la cabeza y me besa un buen rato.

Poso mis manos en sus mejillas y me incorporo un poco para poder besarlo, deslizando mi lengua entre sus labios antes de que nos perdamos en el momento. Pasa la mano entre nosotros, acariciando mi clítoris con gesto seguro. Suspiro de placer, con los ojos cerrados, cuando siento que su pene penetra mi sexo, al principio de forma superficial y luego con mayor profundidad. Aparto las piernas y giro las caderas, haciéndole perder el control. Casi suelta una palabrota y se queda quieto antes de retomar el ritmo. Apoyado sobre los antebrazos, me deja admirar lo que pasa: el espectáculo de su polla penetrándome es de un erotismo impresionante. Cierro los ojos cuando siento que el orgasmo está cerca, pero Ethan no parece estar conforme.

—¡Mírame! —me ordena.

Abro los ojos para encontrarme con los suyos, fijos en mí como si estuviéramos solos en el mundo en ese instante. Siento que el orgasmo me atrae hacia él como la resaca antes de sumergirte y, cuando tengo la impresión de que estoy a punto de ahogarme, allí está, sujetándome entre sus brazos y murmurándome una letanía de palabras de amor, con su sexo latiendo dentro de mí.

Me despierto por primera vez como a las tres de la madrugada. El brazo de Ethan pesa sobre mi cintura, pero saboreo esa intimidad. Antes de que mis pensamientos tengan tiempo de formarse, me murmura, con voz ronca por el sueño.

—Guillaume me ha mandado un mensaje. Le he dicho que estabas bien y que le responderías desde mi teléfono mañana, ¿vale?

Me giro hacia él, le doy un beso casto en los labios y le digo:

—Vale, gracias.

Tiene los ojos cerrados, pero su sonrisa me indica que se está despertando. Su sonrisa y luego su mano, que se dirige hacia mi sexo para

luego deslizar dos dedos entre mis labios, acariciando la tierna carne. Acercándose a mí, se bebe el suspiro que me arranca antes de besarme el cuello, seguir por el valle entre mis pechos hasta llegar a mi vientre y perderse entre mis muslos.

¡A este ritmo, jamás voy a salir de este apartamento!

La mañana nos sorprende abrazados. Medio tumbada sobre Ethan, con una pierna entre las suyas, siento que su brazo me mantiene pegada a él, como si temiera que desapareciera durante la noche. La vida vuelve a la normalidad, incluso en lo más trivial, así que me escapo al cuarto de baño. Es el típico baño neoyorquino, con azulejos blancos y una ducha que solo te permite ajustar la altura. Veo un tubo de pasta de dientes y me pongo un poco en un dedo para refrescarme. No hay nada que hacer con mi pelo, parece un nido de pájaros. Después de echarme un poco de agua en la cara, abro la puerta despacio y me dispongo a volver a la cama con la discreción de un ninja del amor. Un ninja desnudo. Con un nido de pájaros en la cabeza.

Me sobresalto y doy un grito cuando me encuentro a Ethan detrás de la puerta, con aspecto deliciosamente somnoliento y vestido tan solo con la parte de abajo de un chándal gris, con una taza y un vaso en la mano.

—Buenos días —me dice antes de besarme.

—Buenos días —mascullo, sin saber adónde mirar.

¿Pelo adorablemente despeinado? Presente. ¿Barba de tres días que forma una capa dorada sobre su piel? Presente. Dos veces. ¿Torso desnudo con su *V* mágica? Creo que mis neuronas acaban de implosionar.

—¿Té o zumo de naranja? No sé qué prefieres por la mañana.

—A ti... No —balbuceo—. ¡Té! ¡Quiero té!

Una sonrisa contagiosa aparece en sus labios antes de propagarse a los míos.

—Yo también —murmura antes de volver a besarme, con los dos brazos extendidos para asegurarse de no derramar sobre mí ninguna de las dos bebidas.

Me pongo de puntillas y rodeo su cintura con mis brazos, pegándome a él para saborear mejor su beso. No cabe duda de que es a él a quien prefiero por

las mañanas.

—¿Nos vamos a la cama?

Asintiendo con la cabeza con tal entusiasmo que provoca la risa feliz de Ethan, me meto bajo el edredón. Ethan deja el vaso en la mesita de noche antes de alargarme la taza. Le sonrío sobre el líquido humeante y bebo un sorbo.

—¿Y por qué tienes tantos té diferentes en casa? —le pregunto al descubrir que el té que me ha traído no es el mismo de la noche anterior.

—¿No crees que pueda ser un gran experto en té? —me suelta antes de beber un sorbo de su zumo de naranja.

Me encojo de hombros. Hace una pausa antes de responder.

—Fue Al la que me llenó la cocina hace ya mucho tiempo. Contrariamente al resto, el té no se echa a perder. Ya sabía yo que, algún día, una guapa mujer que conoce su Lapsang Souchong se cruzaría en mi camino.

Le doy la taza, que él deja en la mesita, y me inclino sobre él. El edredón se cae y Ethan traga.

—Eso no es juego limpio.

—¿A qué te refieres?

—No voy a poder hablar contigo si empiezas a utilizar tus encantos.

—¿Mis encantos?

Hago una pausa en mi avance para burlarme de la expresión, un poco anticuada, pero Ethan parece muy serio. Preocupado.

—¿Qué pasa?

—Tengo algo que decirte.

Esta vez no me cabe la menor duda de que está preocupado. Inclino la cabeza y lo dejo hablar.

—¿Te acuerdas de que estuve en Londres para hablar con los inversores?

—Sí. ¿Ya te han respondido?

—Sí.

Asiente con la cabeza, pensativo, como si buscara las palabras. Por fin, se

gira hacia mí y me coge las manos.

—Tenemos un inversor y lo que nos ha propuesto nos permite abrir en las ciudades más grandes de Europa el mismo año. Más o menos.

—¡Pero eso es genial! —grito antes de saltar a sus brazos.

Ethan me abraza fuerte, con su cara en la curva de mi cuello. Me da un beso y luego otro y, cuando nos apartamos, inclina el rostro para besarme mientras desliza las manos por mi espalda, dibujando mi columna vertebral para terminar en mi cuello, aunque una de ellas se desliza peligrosamente hacia uno de mis pechos antes de pararse en mi corazón. Los ojos de Ethan se hacen más intensos y siento que se está produciendo una batalla en su interior que todavía no alcanzo a comprender.

—Dime.

—Hay que ir a Londres. Un tiempo.

Las palabras planean un instante antes de materializarse. «¿Hay?» ¡«Tiene que», sí!

—¿Cuánto tiempo?

—Unos meses, al menos nueve, pero quizá más.

—¿Cuándo?

—El año que viene, pero todavía no hemos cerrado el calendario.

El calor líquido que inundaba mi cuerpo hace unos segundos se ha transformado de repente en un bloque de hielo. Me aparto de Ethan y me vuelvo a tapar con el edredón. Lo único que me impide salir corriendo es su expresión. Roto. Y sus ojos, fijos en mí como si yo tuviera la respuesta a su dilema.

—¿Fue por eso por lo que viniste a buscarme al estudio ayer? ¿Para decírmelo?

—Sí.

Percibo esperanza en su voz.

—Me lo acababan de decir.

Reflexiono. Ayer no estaba de humor para escuchar nada. Ethan me

consoló, me ayudó a olvidar y me hizo el amor. No me arrepiento de nada. Lo único que siento es que una fecha límite venga a empañar nuestra historia. No me hago ilusiones, porque una relación a larga distancia, después de unos meses, para dos personas tan ocupadas como nosotros, es casi imposible. Suspiro. No, no me arrepiento de nada. Incluso unos días, unas semanas o, en el mejor de los casos, unos meses con Ethan bien valen la pena.

Me observa, con mirada inquieta. Mi largo silencio no es agradable, lo sé, pero lo necesito. Me recompongo y le sonrío:

—Vale. Veremos qué tal hasta que te vayas y después... decidiremos.

Una fracción de segundo y veo la expresión de Ethan pasar de inquieta a feroz. Ahora soy yo la que se angustia y le digo:

—¿No... no es eso lo que quieres?

Ethan guarda silencio y se acerca a mí. Bajo el edredón, sus manos se aferran a mi cintura y me encuentro tumbada debajo de él, con sus caderas presionando mis muslos para recibirlo.

—No.

—Pero... va a ser complicado...

—No.

—¿A qué te refieres? Tú vas a estar en Londres...

—No.

El movimiento rítmico de sus caderas y la sensación que me produce su erección creciendo a través del jersey impiden toda reflexión lógica por mi parte, pero intento mantener la compostura.

—¿Y por qué no?! —grito, mientras intento soltarme.

—Me quedo en Nueva York. Encontraré la forma.

El fervor de su afirmación me sorprende y me quedo con la boca abierta antes de hacerle la pregunta que me quema en los labios.

—¿Por qué? Al fin y al cabo...

Ethan me besa con fuerza, poniendo fin a mi pregunta antes de mirarme con ojos ardientes. Cuando se decide a hablar, tengo las uñas clavadas en su

espalda y no puedo evitar seguir el movimiento de su cadera.

—Porque te quiero.

CAPÍTULO 25

DIANE

La semana siguiente a la revelación de Ethan, tengo la impresión de que el tiempo vuela. Es como si los engranajes ocultos tras las diferentes facetas de mi vida empezaran a funcionar para dar lugar a un nuevo decorado.

El lunes, al llegar al estudio, siento que un escalofrío atraviesa la compañía cuando Alexei entra en el aula, diez minutos antes de nuestra primera clase matinal. Por mi parte, lo observo con nuevos ojos. ¿Soy tan ingenua que ni siquiera me lo había planteado? Mi madre ocupaba tanto sitio, tanto por su gloria aplastante como por su ausencia, que jamás he pensado en buscar a mi padre. Después de todo, teniendo en cuenta la fama de mi madre, este padre hipotético no habría tenido problemas para encontrarme si hubiera querido. Que no lo haya hecho demuestra que no era lo suficientemente importante para él. Sin embargo, si la suposición de Ethan es fundada, no siento amargura. Como mucho, una leve sorpresa tintada de esperanza. Atenta, examino a Alexei. Sus ojos color ámbar son más dorados que los míos, pero sí son parecidos. Su tez, pálida aunque más cálida que la de mi madre, es igual que la mía. Me pierdo buscando indicios cuando la única respuesta que espero hoy es saber si he sido seleccionada. Me apresuro a colocarme en posición cuando un nuevo movimiento agita la sala. Joaquín acaba de entrar y se dirige a la barra, delante de mí, como si nada. Su rostro es un paisaje de diferentes colores. Tiene el ojo izquierdo morado, con tal inflamación que casi no puede abrirlo. El hematoma que lo deforma se prolonga hasta su mandíbula amoratada. Su cara está dividida en dos: la mitad derecha, fiel a sí misma con sus rasgos masculinos casi brutales, y la mitad izquierda, una especie de arcilla para modelar que se ha vuelto azul. No está desfigurado, pero no podrá subir al escenario los próximos diez días. Como empiezo a conocerlo, apuesto que será más bien una semana.

—¡Compañía, comenzamos!

La voz de Alexei resuena y todos nos colocamos en primera posición antes de empezar a calentar. Espío a Joaquín, que se ha colocado delante de mí sin decir ni una sola palabra. No tiene ninguna otra herida visible y se mueve con

la misma gracia de siempre, excepto por una cierta rigidez en el cuello que solo se percibe cuando se pliega en dos. Me imagino que el flujo de sangre de su cara magullada debe doler. En cuanto a sus contusiones, si las tiene, como buen bailarín que es, Joaquín sabe trabajar a pesar del dolor, con él y a través de él. Alexei sigue con la clase como si nada, pasando junto a nosotros y corrigiéndonos. Parece no prestar atención al rostro de Joaquín. A mi izquierda, veo a Liv que, una vez que Alexei pasa por detrás de ella, se permite echar un vistazo más detenido a Joaquín antes de abrir los ojos como platos. Hace un pequeño movimiento de cabeza en mi dirección y entrecierra los ojos al sospechar que yo tengo algo que ver con eso. Si lo supiera, si lo supieran todos. Pero no creo ser la mejor posicionada para hablar del tema.

Al final de la clase, Alexei nos detiene a todos con una mano:

—Compañía, el estreno es el viernes, el día después de Acción de Gracias. Así que os pido que este año no os paséis con el pavo.

Una risita recorre el aula. A Alexei le habría gustado que el estreno fuera el día de Acción de Gracias, pero Audrey lo ha convencido para que cambie la programación argumentando que perderíamos media audiencia por coma «postpavo». Nos dedica una pequeña sonrisa y continúa:

—Ha llegado el momento de anunciar quién interpretará el papel principal. No olvidéis que todos los seleccionados para ensayarlo tendrán la ocasión de bailar, pero para el estreno, he escogido a...

Se hace el silencio. Solo falta el redoble de tambor.

—Diane. Acabo de colgar el reparto de las representaciones siguientes en el pasillo.

Después de mi charla con Ethan, esperaba ser yo. Sin embargo, no puedo quitarme de la cabeza la impresión de que, quizá, soy la elección por defecto, que me ha elegido por los hematomas que tiene Joaquín en la cara. Antes de que ese pensamiento acabe con la alegría que siento ante la idea de abrir el *ballet*, Joaquín se me acerca:

—Tu novio tiene un estupendo gancho de derecha —empieza.

Arqueo una ceja, preguntándome adónde quiere llegar. No creo que la violencia resuelva nada, pero sé que Joaquín puede ser especialmente provocador cuando quiere. Esboza una sonrisa torcida, porque el hematoma

tira de su boca hacia la derecha.

—Lo confieso, lo provoqué.

—¿A una semana de la representación? ¿Es que no querías bailar o qué?

—De todas formas, no me iban a escoger para el estreno. Era algo que me parecía bastante evidente. Pero sí es cierto que no había previsto que nuestro altercado me dejara la cara hecha un cromo. Como te he dicho, tiene un gran gancho —añade, mientras se frota la mandíbula con las yemas de los dedos.

Asiento con la cabeza, consciente de que, si bien debería disculparse o explicarse, eso era lo máximo de lo que sería capaz. De todas formas, no es conmigo con quien tiene que disculparse. En cuanto a su afirmación de que, de todas formas, no le habrían escogido para el estreno, no me detendré en ella. El que no se consuela es porque no quiere, sobre todo cuando hay razones para ello. Incluso Joaquín, bajo toda esa chulería, no es insensible a la decepción.

—¿Amigos? —me dice, tendiéndome la mano.

Le tiendo la mía y preciso:

—Colegas. Por el momento.

La sombra de una sonrisa planea sobre la boca de Joaquín y, por primera vez desde que lo conozco, abandona esa fachada de seductor que es como una segunda piel para él. Lo paradójico aquí es que se vuelve todavía más seductor, pero mi corazón ya tiene dueño. Me dedica un pequeño saludo militar y sale de la habitación.

No me cruzo con Liv al salir del estudio y me habría gustado verla. Después de nuestra conversación, hace ya diez días, hemos firmado una tregua. No sé si sobrevivirá al anuncio del reparto. En el pasillo, un pequeño cartel indica los detalles de las próximas representaciones. Bailo en el estreno y luego cuatro veces más. Liv baila cuatro veces. Joaquín también baila, pero una semana después del estreno, el tiempo suficiente como para que su cara esté presentable o, al menos, «maquillable». Junto a la última representación está escrito «Joaquín/Diane», probablemente porque Alexei se reserva el derecho de optar por uno o por el otro. ¡Espero ser yo!

El martes, mi madre se pone en contacto conmigo para informarme de que irá a la representación. Después del desastre de la cena, no había dado señales de vida. Guillaume me contó que la hizo salir del apartamento justo después

de mi fuga tras pedirle que no volviera a poner un pie allí hasta que no se hubiera disculpado. Aprecio su gesto, a pesar de que es tan poco probable que Natalia Mychkine pida disculpas a alguien, aunque sea su propia hija, como falso que las puntas no hacen daño o que hay medias en que no se hacen carreras; pura fantasía. Su corto mensaje es prueba de ello. Sin embargo, hasta entonces, rara vez se había molestado en decirme si iría o no a una de mis representaciones. Quizá sea una buena señal. Si se disculpa después de la representación, tendré la confirmación.

Espero al miércoles para preguntarle a Guillaume si estará allí, excepcionalmente, el viernes. Si no me equivoco, hace ya diez años que no ha ido al *ballet* de forma voluntaria. Cuando nos encontramos en el salón, retuerzo las manos antes de esconderlas bajo mis muslos para no influir en su decisión:

—Lo entendería perfectamente si no quisieras, p...

—Vale, voy. Espero que me consigas una buena butaca. Después de todo, soy tu mejor amigo.

Me quedo con la boca abierta, sorprendida por la facilidad con la que ha aceptado mi petición. Cuando me repongo del *shock*, entrecierro los ojos y le pregunto:

—¿Estás seguro? Espero que no cojas la entrada para luego no venir.

—¡Venga ya, Diane! ¿Cuándo he hecho yo eso? Tengo ganas de verte.

—¿Estás seguro? Es *ballet*, lo sabes, ¿verdad?

—A ver, ¿de verdad quieres que vaya? Cualquiera diría que estás intentando convencerme de lo contrario —masculla, mientras me observa por encima de sus gafas.

—Que sí, que sí —exclamo antes de dudar.

—¿Qué? Dime lo que tengas que decirme.

—No quiero que vengas si todavía te resulta... doloroso.

—¿Doloroso?

Su sorpresa parece real y me pregunto si he malinterpretado todos estos años que ha pasado lejos de la danza. Guillaume, asumiendo que mi silencio

es la expresión de mis dudas, precisa:

—Tengo ganas de verte bailar, Diane. De hecho, hace ya mucho tiempo que tengo ganas. Y sí, si no fueras tú, no iría. No porque sea doloroso, sino porque es... aburrido.

—¿Aburrido?

Mi voz duda entre afrenta y sorpresa, algo que Guillaume capta de inmediato. Una sonrisa traviesa se dibuja en su cara cuando me responde:

—Sí, Diane, ha llegado el momento de ser sincero contigo. La danza me parece un poco aburrida. Desde hace... mucho tiempo.

Guillaume me deja con esa revelación y se va corriendo a clase. En cuanto a mí, tengo ensayo con vestuario y diez años de certezas que revisar. Incluso más. Guillaume que, a pesar de lo que pueda decir mi madre, era un bailarín prometedor en la escuela, piensa que la danza es «un poco aburrida»... desde hace mucho tiempo.

El jueves, ensayo la obra al completo sobre el escenario. Alexei es implacable. Me presiona y luego me presiona todavía más. Para él, la palabra «ensayo» no significa nada. Cada momento de la danza es un espectáculo. Es por eso por lo que sus clases son tan intensas, pero también tan apreciadas entre los bailarines. Está al cien por cien todo el tiempo. Después del enésimo *jeté*, me desplomo, resoplando como un búfalo. Tengo la impresión de haber bailado la obra tres veces, con las correcciones y las repeticiones de Alexei. Como bailo durante casi toda la obra, supone un auténtico reto. Alexei se me acerca y se agacha para ponerse a mi altura. Sus ojos color ámbar me buscan y me sonrío.

—Vale, Diane, ya estás preparada para mañana. Quiero que bailes y dejes de pensar.

—De todas formas, teniendo en cuenta cómo me siento ahora mismo, dudo que pueda hacer las dos cosas a la vez —mascullo, extenuada.

Me coge la mano y se la acerca a la boca antes de darme un beso curiosamente caballeresco.

—Confía en tu cuerpo. Él sabe dónde tiene que llevarte.

Sus palabras resuenan doblemente en mí. ¿Mi cuerpo sabe dónde tiene que

llevarme? Pues quiere llevarme a Ethan, eso lo tengo claro. Me sonrojo cada vez que pienso en él. Por suerte, mi cara, ya roja por el esfuerzo, no puede sonrojarse más, a pesar del escalofrío que me recorre al pensar en él. Después de aquella noche, seguida de un día en la cama, habita mis pensamientos y mi cuerpo. Me duermo sintiendo sus brazos a mi alrededor, me despierto pensando que su torso es mi almohada y, cuando una puerta se abre durante el día, siempre tengo la impresión de que es él el que llega.

Pero no.

Después de la declaración de Ethan, hicimos el amor. Mucho tiempo. Despacio. Como si al abrigo de su apartamento nada nos pudiera tocar. Ni la ampliación de su empresa a Europa, ni las tensiones de la compañía. Cuando nos separamos el domingo, decidimos esperar a la representación para volver a vernos. Ethan debía sumergirse en su trabajo para encontrar la forma de quedarse en Nueva York y yo tenía que concentrarme en mi danza. Nada de distracciones de orden físico, por muy irresistibles que sean. Desde luego, la energía que invierto en la danza es el resultado de mi libido sublimada. Frustrada, dirían otros. Después de ese fin de semana en el que Ethan y yo exploramos nuestra química, tengo la impresión de vibrar de energía contenida. Pongo fin a mis divagaciones antes de ponerme a enumerar los mil y un rasgos de Ethan que me gustan. Sus ojos. Su pelo descuidado. Sus manos. Oh, sí. Sus m...

¡No, Diane! ¡Concéntrate!

Llega el viernes y ya solo quedan unas horas y luego unos minutos para la representación. También para que vuelva a ver a Ethan. Y más que distraerme, eso multiplica todavía más mis ganas de estar allí. Sentada en el camerino que comparto con Liv, admiro las flores que me han enviado mis amigos. Guillaume me ha hecho llegar un ramo redondo en tonos naranjas. Abro la tarjeta para descubrir un conciso «El *ballet* es aburrido, pero tú, no» que me hace agitar la cabeza, atónita. Todavía no me he repuesto a su revelación y sospecho que me ha dado un indicio que explica la forma en la que le dio la espalda a lo que había ocupado su vida durante tanto tiempo. Alexei también me ha enviado un ramo, en este caso blanco, con una tarjeta escrita en ruso y una sola frase en francés: «Ver a Alexei Rostov para su traducción». Misterioso. Por último, he recibido un curioso paquete de parte de Ethan. Cuando lo abro, descubro un manojito de llaves con una tarjeta: «Te ofrezco el

disfrute de mi apartamento cuando lo estimes oportuno. La ropa es opcional». La insinuación me hace enrojecer desde la punta de los pies hasta la raíz del pelo y un ligero escalofrío me recorre al pensar en lo que me espera después de la representación. Si él supiera lo que le espera... Incluso Al me ha enviado un pequeño mensaje, al igual que Jill, que me ha emocionado especialmente.

Ha llegado el momento de subir al escenario. Alexei está en la entrada del teatro estrechando manos y hablando con periodistas y mecenas. Me habría gustado verlo antes del espectáculo, pero eso tendrá que esperar.

Me dirijo a los bastidores, tapada con mi gran forro polar para mantener los músculos calientes hasta el último minuto. Algunos estiramientos. Me quito el forro. El vestuario es de un diseñador norteamericano. En el primer acto, llevo una túnica blanca muy corta, mientras que el vestuario de la compañía es bastante colorido para que yo destaque más. Mi pelo está recogido en un sobrio moño. Parezco una alumna de una escuela de danza. En el segundo acto, ya soy adulta. Esta vez, llevo el pelo suelto y una túnica roja, tan sencilla como la del primer acto, pero en un rojo sangre con un broche dorado en el escote. La túnica se prolonga en una minicola que sube hasta fijarse a los hombros. Tengo la impresión de haber salido directamente de la mitología griega.

La música de Grieg, las *suites* de *Peer Gynt*, empieza con los instrumentos de viento que se alternan, seguidos de los de cuerda, hasta el apogeo, mi señal. Me toca entrar.

Dejo de pensar y mi cuerpo se entrega a la danza. Cuando termina el segundo acto, cierro los ojos un instante y me pregunto dónde estoy. Tengo la impresión de haberme quedado sorda. Ya no escucho la música, sino una especie de estruendo, como un terremoto que agita el teatro.

Pero no es un terremoto.

Abro los ojos. A pesar de los focos, consigo discernir algunos rostros en primera fila. De pie, están de pie y aplauden a rabiar. Me recompongo un poco. Mis músculos tiemblan por el esfuerzo que acabo de hacer. Siento el sudor caer por la nuca bajo mi pelo suelto, pesado. Esta noche van a dolerme los pies con todas las piruetas y saltos que acabo de hacer, pero, aparte de esas sensaciones, siento una gran paz. He bailado lo mejor que sé y he dado

todo lo que podía dar esta noche. Se cierra el telón, pero la ovación continúa.

Una vez que la compañía ha saludado, me toca a mí saludar al público. Alexei sube al escenario y la ovación se hace todavía más fuerte. Me giro hacia él para saludarlo antes de ir a buscar al director de orquesta para que salude también al auditorio. Cuando me dispongo a saludar a Alexei una vez más, con un pie detrás del otro y la mano en el corazón, me coge y me hace girar en el aire. El público, sorprendido, grita todavía más bravos y yo casi me echo a reír antes de que me devuelva al suelo.

El telón se cierra por fin y me dirijo a los bastidores, deseando cambiarme, ir en busca de Guillaume y Ethan y tomarme algo para celebrar el estreno antes de terminar en la cama de Ethan. Me guardo lo mejor para el final.

—Diane, *malénkaia maiá* —exclama Alexei antes de abrazarme una vez más.

—Gracias, Alexei, gracias por haberme dejado bailar —digo.

—Es cierto, gracias. Gracias por haberla dejado bailar —interrumpe una voz que conozco demasiado bien.

—Natacha, siempre igual de mala —responde Alexei con un tono cálido que no se corresponde en absoluto con sus palabras.

Por primera vez en mi vida, veo a mi madre en silencio. Abre la boca antes de volver a cerrarla con fuerza. La vuelve a abrir y suelta un motón de palabras en ruso que no comprendo, con sus manos yendo de Alexei a mí.

Alexei se gira hacia mí, bloqueando a mi madre.

—Diane, yo me ocupo de tu madre. Nos vemos el lunes y te digo qué dice la tarjeta que te he enviado con mi ramo, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza, fascinada por la calma con la que gestiona la situación. Coge a mi madre del codo, la aleja y los dos se ponen a hablar en voz baja, en ruso, mi madre a un ritmo furioso, mientras Alexei, que sonrío, lo hace a un ritmo mucho más pausado. El contraste de su pelo canoso con la cabellera negra y brillante de Natalia resulta dramático en el claroscuro de los bastidores.

Y entonces veo a Audrey acercarse.

—¡Bravo, Diane! ¡El público está encantado!

—Gracias, Audrey.

—Tenemos que hablar... —empieza a decir, pero mi atención está totalmente focalizada en la persona que hay detrás de ella.

—Yo... ¿Puede esperar al lunes? —balbuceo, distraída, antes de sonrojarme y empezar a disculparme.

Audrey echa un vistazo por encima de su hombro, sonrío y me tranquiliza con un gesto:

—Sí, claro, puede esperar al lunes.

Ethan espera, alejado. Lleva un esmoquin ajustado. ¿El mismo que se puso para *Romeo y Julieta*? Probablemente. Con sus zapatos brillantes, su camisa de un blanco resplandeciente y su cuello rígido con una corbata fina, parece pintado en negro, blanco y oro, un grabado masculino cuyo encanto un poco retro me hace sentir mariposas en el estómago.

—¿Nada de pajarita esta noche? —balbuceo.

—Guillaume me ha dicho que parezco un pingüino.

Me rodea con sus brazos antes de darme un beso en los labios.

—Has estado increíble.

—¿Increíble? ¿Es eso lo que vas a escribir en tu crítica?

—Creo que mejor me abstengo de escribir críticas sobre ti. No soy demasiado objetivo.

Ante su sonrisa de enamorado, bajo la mirada y suelto un largo suspiro de satisfacción.

—¿Qué pasa? —se inquieta—. He visto a Audrey hablar contigo. ¿Quieres ir a hablar con ella? Puedo esperarte, Guillaume está fuera.

Le sonrío.

—Ve a verla. ¿Qué te quería decir? Podemos vernos después, ya sabes —insiste.

Ethan está preocupado por lo que ha dicho Audrey, como si fuera a él al que estuvieran a punto de anunciarle, quizá, que se había ganado el rango de

bailarín principal. Si no fuera porque ya estoy loca por él, me enamoraría de él al instante. Me aferro con más fuerza a su cuello, sin preocuparme por la gente que nos rodea. Ethan me observa, inseguro, antes de esbozar una leve sonrisa. Y, por fin, respondo a la pregunta muda que se escondía en su declaración de hace una semana:

—Yo también te quiero.

—Por fin —se limita a decir antes de besarme.

Por fin.

CAPÍTULO 26

ETHAN

—Hummm... Noooooo...

La beso en el cuello, acariciando su hombro antes de sacudirla con suavidad.

—Despierta. Te recuerdo que has sido tú la que me has pedido que te despierte antes de mediodía.

—He cambiado de opinión —gruñe antes de taparse la cara con la almohada y darse la vuelta.

Algo que he descubierto estas últimas semanas es que a Diane le gustan los despertares que se alargan. Y desde que duerme conmigo, a mí también. La beso en el cuello, sigo por la columna vertebral y acaricio su espalda hasta llegar a sus glúteos. Muerdo con suavidad su dulce carne, pero no se mueve, seguramente porque ha vuelto a caer en los brazos de Morfeo. No me queda más remedio que recurrir a las armas pesadas. Deslizo una mano entre sus muslos y escucho, por fin, un gemido sordo. Pero ahora soy yo quien quiere quedarse en la cama más tiempo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, me contento con agarrarla por la cintura y darle la vuelta. Diane tiene los ojos entreabiertos y una pequeña sonrisa en los labios.

—Puedes seguir, si quieres —masculla antes de esconder un bostezo tras su mano.

—¿Qué diría el resto de bailarines de la compañía si supieran que su nueva bailarina principal es una perezosa además de una ninfómana? —le suelto, inclinando la cabeza con aire pensativo.

—¿Perezosa y frustrada, quieres decir?

Separa las piernas y yo me meto entre ellas antes de besarla, durante mucho tiempo, disipando poco a poco la bruma del sueño. Cuando nos separamos, a Diane le pesan los párpados, pero sus ojos son claros y sus iris color ámbar brillan.

La nombraron bailarina principal el lunes siguiente a la representación de

la obra de Rostov. Los críticos no pararon de alabarla, extasiados por la creación del coreógrafo y por su interpretación. La presencia física de Diane se prestaba perfectamente al personaje y su mezcla única de potencia, precisión y gracia fue celebrada casi de forma unánime, incluso en mi aplicación, *Show me*, donde otro miembro del equipo se encargó de escribir la crítica del estreno. He aprendido de mis errores. Si bien había estado duro la primera vez, no quería que nuestros usuarios se dieran cuenta al instante de que bastaba con que Diane apareciera en el escenario para que a mí me pareciera todo fabuloso.

Tras ese triunfo, Rostov la volvió a escoger para la última representación. De esa forma, satisfacía a un público que había encontrado a su nueva reina. Olvidando la escuela francesa y los orígenes rusos en favor del cliché del sueño americano, Diane venía a brillar en el país que reconocía el valor del mérito. Los críticos se lo estaban pasando en grande. Diane había concedido algunas entrevistas con Rostov en las que ciertos periodistas no se privaron de insinuar el posible parentesco. Pero Rostov no es su padre. Solo su tío, como le reveló en la tarjeta que acompañaba al ramo de flores que le envió la noche del estreno. La madre de Diane, a pesar de todos sus defectos, no le había mentado. Su padre se había «quedado» en Rusia. Enterrado, para ser más precisos. El padre de Diane, Vladimir, también conocido como «Vova», era el hermano mayor de Alexei, desaparecido en trágicas circunstancias días antes de su fuga a Occidente. Era el cuarto bailarín que aparecía en la foto que Alexei le enseñó a Diane y que luego le ha regalado. Según Alexei, los dos tenían los ojos color ámbar, característicos de la familia Rostov. También le contó a Diane cómo Vova y Natacha estaban locamente enamorados y cómo el anuncio de su embarazo, aunque inesperado, fue recibido con gran alegría, una razón más para abandonar el país. Por supuesto, eso no lo disculpa todo, pero Diane empezó a ver de forma diferente la distancia que su madre puso entre ellas desde que nació, así como el tiempo que ha necesitado Alexei para contárselo.

La vida de Diane ha cambiado. Empezando por mi presencia en ella. Nos vemos todos los días o casi todos, aunque solo sea para dormir juntos y, al observar el montón de ropa que hay sobre la cómoda, me pregunto si es demasiado pronto para pedirle que se mude definitivamente conmigo. He decidido pedírselo el año que viene. Después de todo, creo que puedo esperar hasta mañana.

Tras conseguir que salga de la cama y darnos una ducha juntos durante la cual tengo que pelear para defender mi virtud, por fin estamos listos para salir. Diane se ha hecho una trenza que luego ha anudado en una corona que le confiere un aire de reina disfrazada de pastorcilla. El frío de diciembre colorea sus mejillas y aparto mis ojos de ella solo para evitar comerme un poste o una boca de incendios. Por poco, cada vez.

Su risa resuena en la calle.

—¡Ethan! ¡Te vas a hacer daño, presta atención!

—Es tu corona la que me distrae. ¿Cómo te has hecho eso? —le digo, mientras toco su pelo con mis dedos.

Se aleja muerta de risa y tengo que meterme la mano en el bolsillo para evitar que la cosa vaya demasiado lejos.

—¡Para ya! ¡No quiero despeinarme antes de la fiesta de esta noche!

—¿De verdad que tienes que ir a ayudar a Guillaume a prepararla?

—Sí, como no ha podido celebrar mi nombramiento hasta ahora...

—¿Pero le has dicho que ya lo habíamos celebrado los dos juntos?

—¡Chsss! No me refiero a ese tipo de celebración.

—Eso espero.

Me inclino para robarle un beso. Me lo da sin hacerse de rogar y, poco después, nos encontramos en la calle glacial, con sus manos sujetando mi abrigo con dificultad a través de sus gruesos guantes y las mías intentando sentir su cuerpo bajo las muchas capas que se ha puesto. Una nube se eleva entre nosotros cuando nuestras bocas se despegan. Gruño un poco, apoyando mi frente en la suya.

—Tenías razón. Tendríamos que habernos quedado en la cama.

—No, eres un buen novio y has hecho bien. Tengo que ayudar a Guillaume, se lo he prometido.

«Novio», esa palabra me arranca una sonrisa cada vez que la pronuncia. Una sonrisa de imbécil de la que no para de burlarse. Dejo a Diane a regañadientes. Ella se mete en un taxi, mientras que yo bajo las escaleras del metro. Incluso el 31 de diciembre, los negocios no esperan.

Los despachos están vacíos, pero veo una luz encendida en el que compartimos Al y yo. Cuando abro la puerta, la encuentro en pleno trabajo, con el ceño fruncido. Su *look* se ha vuelto todavía más retro estas últimas semanas y sus labios rojos contrastan con su vestido negro, más propio de *La ventana indiscreta* que de este despacho.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias —murmura.

—En serio, Al, ¿cómo estás? —le pregunto, mientras me siento frente a ella.

Eleva la mirada, me observa y, al percibir mi expresión de preocupación, me dedica una sonrisa que no alcanza a sus ojos.

—De verdad, Ethan, estoy bien. No estoy muy segura de aguantar mucho esta noche, pero iré a la fiesta.

—Sabes muy bien que no es eso lo que te estoy preguntando. Si no quieres que nos veamos...

—¡Ah, no, no empieces otra vez!

Levanta la mano para apoyar su afirmación.

—No, pero entiendo que no debe ser fácil...

—Te he dicho que lo dejes. Aunque la forma en la que os pasáis todo el día enganchados ofende mi lado puritano, no podría estar más contenta. Deberías verte, Ethan, eres... eres feliz.

—Lo soy —confirmo, con una media sonrisa imposible de contener en mi rostro.

—Y yo también, de verdad. No es que, por verme soltera después de una larga relación que, según mis planes, debería haber acabado en matrimonio y, luego, en la llegada de dos niños, no vaya a estar bien.

Guardo silencio, sorprendido por ese plan perfectamente trazado.

—Quizá haya sido para bien, Al... —empiezo a decir.

—Sí, para empezar, voy a vivir un tiempo en Londres. La familia de mi madre está encantada. Y tú, tú vas a poder vivir tu historia.

Me dispongo a interrumpirla cuando me para en seco y continúa:

—No lo habría hecho si no hubiera querido. En última instancia, siempre habríamos podido enviar a alguien del equipo, pero creo que me vendrá bien. Después de cinco años en pareja viviendo como abuelitos en Nueva York, no me vendrá mal irme para intentar encontrarme.

En pareja viviendo como abuelitos. ¡Lo sabía!

Sven y Al se separaron hace casi un mes. Creo. Al no ha sido muy concreta, solo ha dicho que Sven debía volver a Suecia a principios de año, que no volvería y que no tenía pensado irse con él. Ha sido la ruptura menos dramática del universo. Aunque siempre haya pensado que había algo que no encajaba, esperaba algo más de emoción en caso de separación. Sven ha desaparecido de la faz de la tierra y Al sigue trabajando a destajo. Al instante me propuso irse a Londres en mi lugar. Su madre es londinense de pura cepa y toda su familia sigue allí. Me sentí un poco mal por ese regalo caído del cielo, pero ella parece estar totalmente convencida y no hay nadie en quien confíe más para lanzar nuestras oficinas europeas. Iré a verla de forma regular, pero nada que ver con los meses que habría tenido que pasar allí. Cómo haría Diane para despertarse cada mañana si no estuviera aquí para morderle el trasero y deslizar mis...

—¿Ethan? ¿Sigues aquí?

—¿Qué...? Sí, por supuesto.

—Pensabas en Diane.

—No, al principio.

Me defiendo alisándome el jersey por reflejo, pero los ojos de Al lo ven todo. Pone su mano sobre la mía.

—Estoy realmente contenta. Puede que, al final, tu novia consiga que me guste el *ballet*, quién sabe —me dice mientras se ríe.

—Y hablando de *ballet*, ¿vienes a la fiesta de principios de enero? Tengo dos invitaciones y Diane no la necesita porque es su compañía. Una para ti y otra para mí. Diane y yo te haremos compañía.

—No sé yo... —rezonga.

—¡Venga, podrás ponerte tu vestido más abullonado, como a ti te gusta! Y,

además, ahora tienes tiempo para divertirte, ¿no?

Al arquea una ceja, poco impresionada por mi descripción de sus gustos para vestir, antes de resoplar.

—Vale.

Sonrío y me siento delante del ordenador. A mi izquierda, escucho a Al refunfuñar.

—Mi vestido más abullonado... inculto...

Paso poco tiempo en el despacho, unas horas como mucho, para empezar a preparar el balance del año. A las siete, ya estoy delante del apartamento de Guillaume, con Al de mi brazo, a la que he tenido que arrastrar desde el despacho para asegurarme de que viene.

—¡Deja de moverte! Sven no está aquí. Guillaume no lo ha invitado.

—¿Y estás seguro de que Jill y Joaquín tampoco están? —me suelta, con cara de asesina.

—Sí, Diane me lo ha prometido.

Mi pelea con Joaquín ha sido la comidilla de la compañía y mi ojo morado, un recordatorio permanente del enfrentamiento. Incluso algunos de mis colegas han sugerido la posibilidad de sustituir nuestro partido de fútbol por combates de boxeo para canalizar mi agresividad. En cuanto a Al, no ha parado de burlarse de mí durante diez días. Ocupado en descubrir a Diane en ese momento, encajaba sus reacciones con una sonrisa indulgente. Embriagado por los inicios de esta relación, flotaba a mil pies por encima de los demás. De hecho, todavía no estoy seguro de haber bajado.

El apartamento no parece el mismo. Guillaume y Diane han hecho un buen trabajo. Han apartado los muebles a los lados para dejar espacio para bailar. Hay dos mesas atestadas de pequeños platos, seguramente preparados por Guillaume, y, con el rabillo del ojo, veo a través de la puerta abierta de la cocina una armada de botellas puestas en la salida de incendios, utilizada como frigorífico improvisado para la velada. Guillaume lleva unos vaqueros y una camisa con motivos azul marino sobre fondo marfil. Es Al la que verbaliza nuestra sorpresa ante semejante indumentaria... tan poco propia de él:

—Guillaume, ¿nos recibes en pijama? —exclama Al.

—Lo he obligado a que no se vista de profesor —interviene Diane.

—Y este es el resultado. ¡¿En pijama?! Al, me partes el corazón.

Guillaume desliza su brazo bajo el de su amiga y se la lleva al salón, donde ya hay varias personas. Yo solo tengo ojos para Diane, que lleva el mismo top esmeralda con el que la vi la noche de Halloween. Cuando no puedo dejar de mirar su pecho, agita el dedo índice bajo mi nariz.

—Te pido por favor que no te pases toda la noche mirándome los pechos.

—¿Entonces sí puedo tocarlos?

Avanzo con las manos por delante. Diane me esquiva metiéndose en la cocina. La sigo y cierro la puerta detrás de mí.

—Prisionera —exclamo, mientras la empujo contra la encimera.

Se engancha a mi cuello y me dice:

—¿Y quién te dice a ti que no te he traído aquí para aprovecharme de ti?

—Pues aprovéchate entonces —murmuro.

La beso, apresurándome a acariciar sus pechos a través del tejido de seda. Se estremece y gime.

—Será mejor que paremos. Guillaume va a venir.

—Una cosita —murmuro, deslizando mi mano bajo su top.

Suelto un suspiro de satisfacción cuando Diane se arquea contra mí, pero antes de olvidar dónde estamos, suena el timbre de la entrada.

—Diane, ¿puedes abrir si todavía no estás desnuda? —grita Guillaume desde el salón.

Se sonroja y, tras conseguir zafarse de mí, sale de la cocina para recibir a los recién llegados. Arqueo las cejas.

—Hola, Diane.

—Hola, os presento a mi novio, Ethan,

Novio.

Me gustaría que lo dijera sin parar, pero el placer que eso me genera no atenúa mi sorpresa y, después de que los recién llegados entren al salón, me

acercó al oído de Diane.

—¿Has invitado a bailarines de la compañía?

—Sí, ya me he cansado de ir en solitario —me susurra en un beso.

Sonríó, contento de verla tan relajada, llena de esperanza pero con una leve arruga en la frente.

—¿Qué pasa?

—Nada, que pensé que Liv también vendría.

—¿Liv? ¿Te refieres a Olivia Beaufort? ¿La bailarina que no puede ni verte?

Diane me había hablado de sus inicios en la compañía y no es que Liv me caiga demasiado bien, pero Diane parece sinceramente contrariada por su ausencia.

—No es tan mala como parece. Y Año Nuevo era la primera ocasión que tenía para invitarla... Vamos, es una larga historia.

La velada se desarrolla en un ambiente festivo al que contribuye el alcohol y la comida. Como buenos franceses, Guillaume y Diane han derrochado en champán, pero todo el mundo parece estar satisfecho, incluso Rostov que, invitado por Diane, se ha pasado unos minutos para abrazarla. Ahora que los lazos familiares se han dilucidado, está cada vez más presente en su vida e incluso ha declarado que se va a instalar en Nueva York con el objetivo confeso de enseñarle ruso a Diane. Cuando hizo semejante anuncio, Diane me lanzó una mirada nerviosa, pero, bajo ese miedo aparente, se escondía un alivio al que no había osado dar voz desde que reveló que era su tío: el alivio de haber encontrado una familia.

Se acerca la medianoche y me giro hacia Diane para estar seguro de que estamos justo donde debemos estar para el inicio del año, en los brazos del otro. Rodea mi cuello con sus brazos y nos quedamos en la pista de baile, casi inmóviles.

—¿Al se ha ido? —me pregunta.

Miro a mi alrededor y resoplo.

—Mierda, eso parece.

Diane se pone de puntillas para darme un beso breve en los labios.

—No te preocupes. Solo necesita un poco de tiempo. Iremos a tomar un *brunch* con ella mañana.

Le sonrío. Mi bella Diane, leal y atenta, artista y trabajadora. Ante mis ojos, veo cómo el rosa sube a sus mejillas y sigo escrutándola, deleitándome con el espectáculo. Espero seguir sonrojándola mucho tiempo.

Los invitados empiezan a gritar la cuenta atrás. Diane y yo seguimos en la pista, mirándonos a los ojos. Justo antes de que suenen las doce campanadas, me pregunta:

—Entonces, ¿cuál es tu propósito de Año Nuevo?

—Tú.

FIN

Attitude continúa con un segundo libro dedicado a Joaquín.

AGRADECIMIENTOS

Attitude es un conjunto de pasiones. Las mías son, ante todo, la danza, el espectáculo, la cultura, las *start-ups*, Nueva York y París, y las de los personajes. Jamás habría visto la luz sin una ciudad llena de personas buenas e inspiradoras. Me gustaría darles las gracias desde aquí.

Marie, lo confieso, fui yo la que te «cogió prestado» *Martine petit rat de l'opéra* hace veinte años. No lo volverás a ver jamás. Muchas gracias, de todas formas.

Éléonore, fue contigo con quien vi mi primer *ballet* en la Ópera Garnier, *La sîlfide*. Muchas gracias por haber hecho saltar ese cerrojo social que jamás debería haber tenido lugar ni razón de ser y por haber abierto la puerta a una pasión ya voraz. Mi cuenta bancaria está mucho más vacía, pero he ganado recuerdos inolvidables.

Meghna, Sindhura y Géraldine, gracias por nuestro «Book club», por vuestra buena disposición a leer todo tipo de literatura y por hacerme largos y detallados comentarios.

Myriam, que ha leído, vuelto a leer y corregido *Attitude*, mientras tomaba forma esta serie a cuyos personajes, eso creo, ama tanto como yo, sobre todo a Joaquín. ¡Eres la auténtica campeona de este libro!

Pierre-Antoine, gracias por haberme prestado tu experiencia como programador y *app-maker* para crear *Show me*.

Claire, gracias por tus lecciones sobre el modo de alimentarse de los bailarines y por tu lectura atenta y considerada. Léa, gracias por tu entusiasmo y tu disponibilidad. Eddy, gracias por ser mi Guillaume y por haber visto cuatro veces *Step Up 4: Revolution* conmigo (¿y cuántas veces sin mí?). Louise, gracias por pensar siempre en mí cuando escuchas a alguien hablar en francés, ¡eres una auténtica base de datos!

Gracias a Clément y Emilyne, cuyo entusiasmo y capacidad de reacción me convencieron de que harían justicia a la serie *Attitude* y a su primer volumen, *Diane*.

Gracias a Carole y Ophélie por sus respectivas revisiones pacientes,

precisas y minuciosas. Las dos me permitieron aportar el toque final a esta historia.

Thao, gracias por haberme esperado para asistir a tu primer *ballet* en el Lincoln Center y por no haberme puesto mala cara cuando te dije que íbamos a ver nata montada. Deliciosa, ¿verdad?

Gracias a todos los bailarines que me han hecho y todavía me hacen soñar: Marcelo Gomes, Roberto Bolle, Darcey Bussell, Mathilde Froustey, Myriam Ould-Braham, Gillian Murphy, Julie Kent, Aurélie Dupont, Nicolas Le Riche, Sylvie Guillem, François Alu y ¡tantos otros!

Por último, gracias a ti, lector. Espero que disfrutes tanto al descubrir *Attitude* como yo lo he hecho escribiéndolo.